

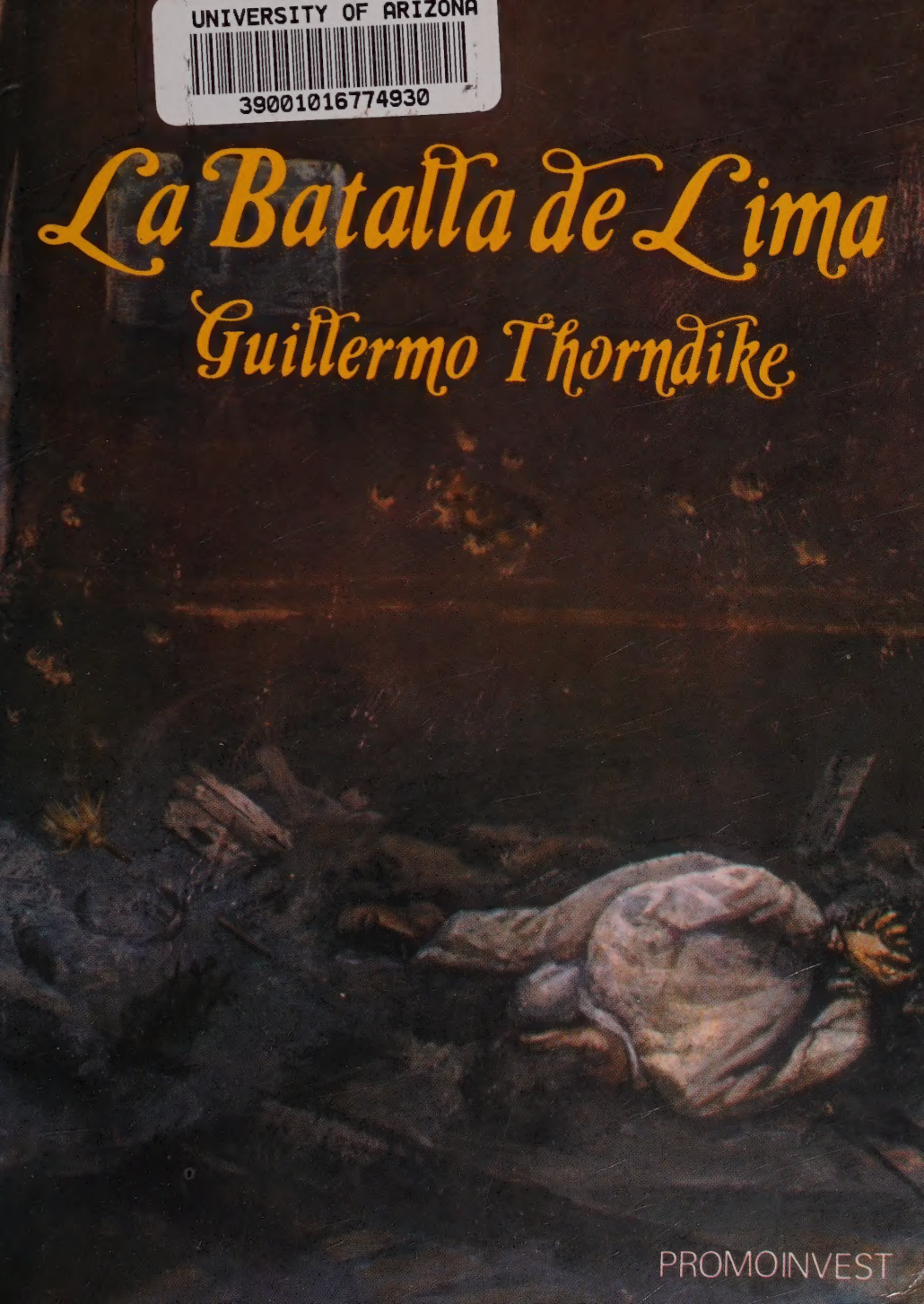
UNIVERSITY OF ARIZONA



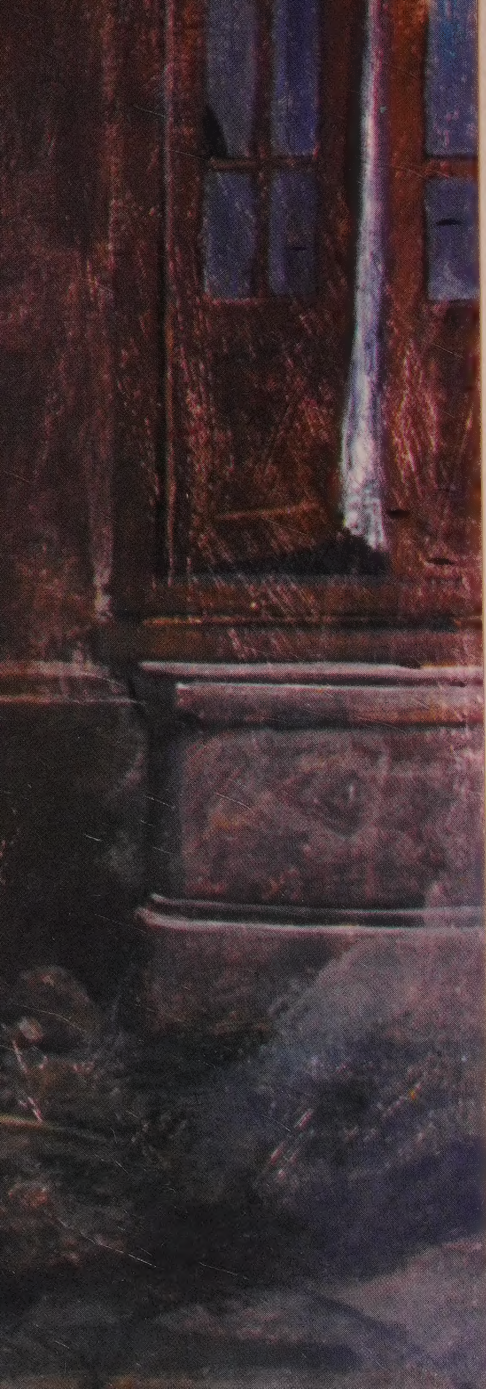
39001016774930

La Batalla de Lima

Guillermo Thorndike



PROMOINVEST



La Batalla de Lima

PA
1497
748
587

*La Batalla de
Lima*



PROMOVEST
COMPAÑIA DE INVERSIONES S.A.

Guillermo Thorndike

PQ

8497

T48

B37

La Batalla de
Lima



PROMOINVEST
COMPAÑIA DE INVERSIONES S.A.

Primera edición, 1979

10,000 ejemplares

PORTADA, Fernando de la Jara

Mapas reproducidos de la
Historia Militar del Perú
de Carlos Dellepiane

Fotografías:

Archivo del Instituto de Estudios Histórico
Marítimos del Perú.

Eugenio Courret — Archivo Rengifo
Diario "El Comercio".

LA GUERRA DEL SALITRE

- I. 1879
- II. El viaje de Prado
- III. Vienen los chilenos
- IV. La batalla de Lima

GUILLERMO THORNDIKE, 1979

DERECHOS EXCLUSIVOS DE LA PRESENTE EDICION:

PROMOINVEST COMPANIA DE INVERSIONES S.A.

AVDA. GARCILASO DE LA VEGA 955, TERCER PISO, LIMA 1, PERU

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS:

PROMOINVEST SERVICIOS S.A.

AV. GARCILASO DE LA VEGA 955, TERCER PISO, LIMA 1, PERU

TELEFONOS: 31-7872 32-6908

TELEX: 25824 PE PROMOINV

IMPRESO EN EL PERU POR EDITORIAL UNIVERSO S.A.

A Chipi y Max Zaidman

Lo que la ...
podría ... del ... del pro-
... en ... el ... a la ...
... de las ... que ...
... y las ... El ...
... el ... de las ...
... a ... un ...
... y ... y ...
... y ...

Para ...

... "El ..."

...lo que la enseñanza de la Historia podría extraer del análisis del presente, es decir, el atisbo o la sensación de las *fuerzas* que engendran los actos y las formas. El pasado no es sino el *lugar* de las formas sin fuerzas, a nosotros nos incumbe procurarle vida y necesidad, y prestarle nuestras pasiones y nuestros valores.

PAUL VALÉRY

Sobre "El cementerio marino"

Primeros días del verano

I

LA MIRADA DEL HOMBRE buscó una imagen feliz, la reciente oquedad de un cuerpo en el espacio, como si sus recuerdos estuviesen todavía al alcance de la mano. Una risa de niñas acometió por su memoria repleta de cadáveres. En verdad sólo se escucha tardíos campanarios y el murmullo de golondrinas llegadas a la ciudad al comienzo del verano. A pausas olfateó el rastro de las personas que amaba. Mañana, navidad. Algo absorbía hasta la última partícula de luz. A esta hora se incrustan palomas entre molduras rococó y el follaje se cimbra soportando invisibles urbes de gorriones. Tras el último rojizo resplandor diurno, una perfecta oscuridad emparedó ventanas teatinas y como un techo negro cubrió los tres patios y el pasaje para coches, donde el moro escarba las lajas. A tientas el hombre encontró un quinqué. Con prudente luz se observó un rato en el enorme espejo que perteneciera al abuelo Tadeo y que ahora cuelga en el salón. El revés de sí mismo no parece satisfecho. Tantas veces partió para siempre y sin embargo ha vuelto. Pero empezaba a desconfiar de su fortuna. Le decían tuerto y no lo era. Una vieja cicatriz tensaba parte de su rostro, confiriendo a su ojo izquierdo cierta dureza de cristal. Por ahí, entre el hueso y la pupila azul, lo había perforado un balazo veintidós años atrás. Entonces no vestía de coronel de línea sino de caballero cadete. Su jefe, Ramón Castilla, lo creyó muerto. Después de tomar Arequipa por asalto, supo que ese joven ayacuchano de un metro noventa de estatura seguía con vida. La Patria lo guarda para algo importante, dicen que dijo el Presidente. Lo envió a instruirse militarmente en Europa, a la academia francesa de Saint Cyr y después en las filas del ejército de Federico Guillermo de Prusia. Con polvorientas botas de montar, el hombre vagó por el salón donde se empozan recuerdos felices. Una leve sonrisa tironeó de sus

labios. Ni era tuerto, ni en verdad se llamaba Andrés Avelino sino Andrés Alfredo Cáceres Dorregaray. Pero antes de viajar a Saint Cyr, sus camaradas reunieron ahorros para obsequiarle un reloj en el que, confundidos por la costumbre de bautizar a cada Andrés como Avelino, le habían hecho grabar su nuevo nombre. No se molestó en rectificarlo. En el ejército le dicen mi coronel, sus amigos Andrés a secas y Antonia, su esposa, prefiere conocerlo simplemente como Cáceres. Salió al primer patio, adivinando en la oscuridad al niño montado en un delfín que corona la fuente de mármol. Cercana al río, la calle San Ildefonso está en paz. El coronel caminó lentamente hacia el patio de azulejos. Se pregunta si esta vez también ha de regresar. Desde el asalto de Arequipa, cuando la muerte lo equivocó por menos de una pulgada, miles de proyectiles han rasado su pellejo sin volver a herirlo. Repasó la primera caminata de Cusco a Tarapacá, los lentos meses de guarnición en Iquique, las marchas forzadas por el ardiente Tamarugal, las tres batallas, al hermano menor expirando entre sus brazos, camaradas reventados a tiros y después acuchillados, su propio batallón siempre al ataque hasta que perdió a casi todos sus hombres. En los últimos veinte meses, Cáceres ha avanzado y combatido y andado cuatro mil kilómetros, sufrido extenuación y sed insoportable, capitaneado siete cargas a la bayoneta. Su espada liquidó personalmente a ocho enemigos. Diez veces le mataron el caballo. Y nunca olvidó estos aposentos, en los que perdura el calor de su animosa familia, cierto aroma a infancia y a regazo materno. Con el quinqué en la diestra fue hasta su alcoba. Su mirada paseó el retrato de las niñas y de Antonia y fue a detenerse en la miniatura de Justa Dorregaray, el dulce rostro de quince años, justamente la edad en que quedó encinta de este hombre que marcha a la guerra. Sus padres venían de poderosas familias enemigas. Lo separaron de ella después del parto. Como todos los Cáceres, creció a la sombra del difunto abuelo Tadeo, el capitán real de caballería que en 1789 compró todas las quebradas de Pampas. El coronel habla quechua como su lengua materna. Escuchó a su ordenanza, Coyla, moviéndose por el segundo patio. Tus alforjas, Taita. Gracias, hijo. Memoriosamente preparó su último equipaje. A ratos se vuelve con brusquedad, como si quisiera sorprender imágenes que ya no están. La visión feliz pasó. Es como si flotara por el aire la posibilidad de una repetición. Como

mirar la paz, esa paz que residía en ciertos paisajes al atardecer o antes, sus verdes montañas ayacuchanas o la bahía de Chorrillos, a las cinco de otras tardes.

En Lima se acabó el carbón. Después de ocho meses de bloqueo, las máquinas de la empresa del gas se detuvieron hace una semana. Hasta ese viernes, el alumbrado público se había ido extinguiendo lentamente. Siempre más racionado, el combustible no duró hasta 1881 como habían calculado. Una noche sisearon los surtidores y la ciudad quedó a oscuras. Tampoco abundan cera o aceite mineral. Hoy sólo los templos resplandecían interiormente mientras tercias oraciones suben en espirales hacia la espalda de Dios. Antonia Moreno supo que la buscaban. Presentía al coronel moviéndose por casa. Deseó que concluyera la devoción, volver de inmediato. Pero mujeres, niños y viejos se movían en rebaños, al caer la noche agrupándose para el viaje a la iglesia o la farmacia. Sólo el crucificado expresa su habitual agonía de clavos y espinas y sin embargo la suya es menos muerte que la muerte en los campos de batalla. Nadie aquí sonríe, ni querubines de cartón ni ángeles de carne y hueso. Hortensia Cáceres pisa más fuerte a derecha y luego a izquierda, descansando así sus jóvenes botitos de charol como si fuera una zancuda. Zoila Aurora bostezaba, a ratos disimulando codazos con que Rosita, la menor y más hermosa de las hijas del coronel, corrige la somnolencia de la letanía. *Ora pro nobis, ora pro nobis.* El infierno aquí mismo, en derredor y ayer y también mañana, con todos sus destripados a bayoneta y sus hijos sin consuelo. Era el día en que el infierno reafirmaba su existencia, aquí y en ninguna otra parte, cuando los ojos interiores no servían para nada, sólo para mirar una inabarcable confusión negra, sólo para no ver. De esta víspera perpetua no hay escape verdadero. A la triste navidad de Lima no se aproximan voces celestiales. Ningún niño nacerá mañana en este país. Próximos cadáveres trajeados de algodón azul se apiñan bajo vanas bóvedas intuyendo a Dios. ¿Quién te pedirá cuentas a tí, padre eterno, por esta desesperanza insoportable? Pero el verdugo bíblico no se conmovió, ni se abrieron los cielos para que una compasiva luz apaciguara a la multitud. Por fin el sacerdote impartía su bendición. Antes de retirarse, el jesuita reconoció a la familia del coronel y sonrió afectuosamente. Que Dios la proteja.

El negro Patrocinio esperaba con el carruaje frente a

la iglesia de San Pedro. Agrupados feligreses emprendían el retorno a hogares que ya nadie puede dejar abiertos. Se turnan familias para vigilar zaguanes merodeados por mendigos que arrebatan en vez de implorar. Antier Nicolás de Piérola asumió personalmente el mando de los ejércitos. Treinta mil chilenos se acercan a Lima. Pronto la Guardia Civil se unirá a las tropas regulares. Y después, la Reserva. Ya los extranjeros neutrales se organizan para servir de policías en esta ciudad que va despoblándose de hombres. Antonia se acomodó en el Duchesne con sus hijas, la hermosa Martina a quien criaban en la familia y la nodriza Elena. Gregoria se acomodó en el pescante, junto a Patrocinio. En cinco minutos rodaron por el empedrado de San Ildefonso. Las puertas de la cochera y caballeriza estaban abiertas. En la penumbra del primer patio se estiraron los oficiales ayudantes. El fornido sargento Coyla, que salía con las alforjas del coronel, taconeó con prisa para abrir la portezuela del carruaje. Antonia sonrió. No se había engañado. Su esposo ha vuelto. La devoción de los soldados de Cáceres la hacía sentir de veras coronela. Las niñas gorjearon reconociendo al fiel sargento. Después volvieron por el patio, llamando a su papá.

Cáceres se había despedido del *Elegante* y de *Lunarejo*, sus dos caballos de batalla que esta vez no irán al frente. Entonces las oyó llegar. Rodilla en tierra, el macizo coronel dejó que se le colgaran del cuello. Mis mujercitas, dijo con su voz más tierna, mis mujercitas. Ha cumplido cuarenticuatro años. Tan ancho pecho, tan sólidos brazos recogieron a toda su prole. Sonreía cuando se irguió. A su esposa se le apuró el corazón. Cáceres había prometido regresar mañana temprano, después de llevar sus nuevas divisiones a Chorrillos. Ahora viste el guardapolvos de seda cruda con que siempre sale de campaña. El coronel sólo ha venido a despedirse o sus ayudantes y ordenanzas no estarían de guardia en el patio. Lo abrazó como memorizando el tamaño y fortaleza de su cuerpo. De regreso del sur, Cáceres descansó tres semanas en Lima. Luego viajó a Huaral, a entrenar nuevos batallones. A principios de diciembre volvió a su hogar. La tregua no duró. Un poderoso ejército enemigo desembarcaba en la playa de Curayacu, adueñándose en seguida de Lurín y de su generoso río sin disparar un tiro. Seis meses después de la carnicería de Tacna, el gobierno volvía a acordarse del más famoso de sus coroneles. Acarició las trenzas castañas de Rosita.

¿Ya te vas? Sí, ya me voy. Los chilenos están a una jornada de Chorrillos y recién se organiza seriamente la defensa. En sólo una noche, Cáceres se hizo reconocer por tropas y oficiales a quienes nunca antes ha mandado y que estaban dispersas en Surco, Chorrillos y Pacayar, concentrándolas antes del amanecer en el Huarangal de San Juan. Pero aún no ha terminado de organizar a sus flamantes milicianos. Debe ir al campamento de San Borja, a recoger soldados que ni siquiera tienen uniforme. Tal vez pueda visitar a su familia antes de la batalla. Antonia apretó los labios y un rato reclinó la cabeza sobre el pecho de su marido. Escuchaba un tranquilo corazón. Lo conocía fiero y a la vez tierno, pero también risueño, pero a veces silencioso. Callaba cuando las cosas iban mal, como ahora.

Todavía no separado de su brazo izquierdo o tísico, condenado a muerte prematura lejos de su hogar, el capitán Eduardo Lecca frenó a su bestia ante el principal de los Cáceres. Su diestra de bachiller endurecida por veinte meses de campaña, sostenía el estandarte que los carolinos le encomendaron entregar al coronel a principios de la guerra y que ha paseado victorioso por las colinas de Tarapacá y salvado de la derrota de Tacna. El teniente Retes recibió respetuosamente esa bandera de seda entintada con la vieja sangre muerta del teniente Padilla, del tuerto Yupanqui, del mayor Pardo Figueroa, del intrépido Zubiaga, del terco recluta Huayta. A la vista del estandarte se descubrió el sargento Coyla. Huayta era su pariente y había caído defendiéndolo ferozmente a la bayoneta. Después miró a Castellanos que sonrió con afecto. Aquel día aciago, Cáceres despachó al teniente a salvar el estandarte carolino que se tambaleaba al frente del casi exterminado batallón *Zepita*. Lo recogió de entre un hacinamiento de cadáveres. Los capitanes Bedoya y Torres Paz entregaron sus caballos al cabo Chuquihuara. Despuntaba la luna esparciendo cierta claridad sobre calles por las que imperiosas cabalgaduras y apurados carretones militares recuerdan que para Lima la guerra recién comienza. Un poco a tientas, los ayudantes se juntaban en el patio de mármol. ¡Vaya nochebuena! Crecía una monumental confusión. Los batallones ignoran aún quiénes son sus jefes definitivos. Oficiales todavía sin destino entorpecían las decisiones del Estado Mayor General. Parece que el coronel Ayarza vendrá con nosotros, dijo Castellanos. Acaban de confiarle la primera división del

Tercer Cuerpo. ¿Y los chalacos? Retes se encogió de hombros. Tres mil fusileros siguen estacionados en los castillos mientras el enemigo se acerca por Lurín. La idea de sólo escuchar la batalla desde inactivas trincheras portuarias, movió al teniente a pedir plaza junto al coronel Cáceres.

Antonia Moreno brillantó la luz del quinqué antes de salir al patio donde el imperturbable delfín sigue espurreando agua fresca. Rodeado por las niñas, el coronel parecía contar sus pisadas. Veía sin ver mientras luces pequeñas se agregan al resplandor amarillento que parece nimbar a su esposa. Volvió a besar a sus hijas, estrechándolas contra su pecho.

—Cúidemelo bien, Coyla —sonrió Antonia al ordenanza que sujetaba las bridas del caballo *Turco*.

—Señora, buenas noches —se acercaron los ayudantes.

Cáceres recobraba su guerrera corpulencia. Esta voz puede no ser amable sino bronca y estos brazos no dar cuartel. Su mirada recorrió rostros jóvenes. Casi todos sus actuales ayudantes, lo habían seguido por lo peor de la guerra. Oyó el más distante parloteo de obstinados cusqueños que no quisieron separársele después del desastre de Tacna, estrechó la diestra del negro Patrocinio, abrazó a Gregoria y a Elena, besó a la pequeña Martina y, una vez que recogió en una sola respiración todos los olores del hogar que abandona para librar combate a sólo quince kilómetros de distancia, murmuró un volveré pronto al oído de su mujer, se detuvo brevemente ante el chamuscado estandarte sostenido por Retes y tironeó de sí mismo montando el espléndido moro que le obsequiaron a su paso por Paucartambo. Antonia salió hasta la vereda. Chisporrotearon herrajes. Altas sombras se despedían de ella con la diestra en el quepís. Con rienda corta, el moro se revolvió mientras el coronel se descubría galantemente. Ya no podía distinguir sus facciones. Por un instante, la memoria de Cáceres fotografió a la mujer y a las niñas reunidas por la luz del quinqué. Las nueve de la noche. Después picó espuelas seguido por capitanes, tenientes, Coyla y los cusqueños y hasta por su ahijada, la rabona Huacacolqui.

A LOS RECLUTAS DEL BATAILLON *Lima* ni siquiera los habían tallado al cartabón. En el campamento de San Bor-

ja, el raso Collantes montaba guardia todavía trajeado de paisano. Hace cinco meses que recibe instrucción. Ayer cambiaron armamento. Con el nuevo peabody al hombro y un solo tirante de tela sosteniendo su maltrecho pantalón, Collantes va y viene por este territorio sin garitas, donde una apurada castramentación ha transformado potreros en cuadras y tapias en reductos. Aquí parece estar al mando el coronel Justo Pastor Dávila, venido del sur tan pronto fracasaron las conversaciones de paz a fines de octubre. Collantes nunca ha visto al jefe de estos batallones. Muñados de Canto Grande a la hacienda Tebes y después a San Borja, los reclutas del *Lima* N° 61 saben de oídas que el coronel hizo la campaña de Tarapacá, que combatió en Tacná y que hasta desembarcar los chilenos en la bahía de Paracas, mandaba una división en Arequipa. El señor Dávila hizo el viaje sólo con oficiales de su confianza, dejando atrás a bastante bien pertrechados veteranos del Alto de la Alianza. El mismo día que Collantes y sus andrajosos camaradas llegaban a San Borja, a la espera de uniforme y definitivas órdenes de combate, Dávila se instalaba en casa del hacendado. Así estuvieron una semana, como extraviados. ¡Alerta, las cuatro! Se encadenaban voces de centinelas dándose ánimo. ¡Alerta, relevo! Ya empuja el día por detrás de las montañas. Un débil rumor de cacharros anuncia que las rabonas despiertan para preparar el rancho. Por el camino se acercaban jinetes. Collantes apuntó su rifle.

—¡Alto, quién vive!

Los jinetes se detuvieron.

—¡Incansable! —con voz pausada pronunciaban el santo y seña.

—¡Vigilancia! —ladró el raso.

—¡Sostener! —replicó la voz.

Otra vez trotaron los caballos. Todavía desconfiando, Collantes calculó que llegaban cuatro.

—¿Este es el batallón *Lima*? —despacio se corporizó la sombra de un oficial.

—Sí, señor. Siga usted derecho hasta el sausal. Pasando la acequia están las tiendas.

—¿Y la comandancia?

—En el tambo, señor.

—Gracias, hijo —el coronel Domingo Ayarza tocó suavemente a su bestia con las espuelas. Este crispado aire campestre y el perfume de principios de verano tonificaban

al viejo militar huamanguino. Toda la vida aventurero, pronto cumplirá sesenta años. Recién ayer consiguió volver a filas. Antiguo camarada del General Pedro Silva, jefe del Estado Mayor General de los Ejércitos, acabó exigiéndole el mando de cualquier batallón de novatos. Sólo cuando retumbaron cañones chilenos ensayando una penetración por Manchay, desapareció el veto político que mantenía a Ayarza en el retiro. Mientras irrumpe una opalina claridad sobre estos campos de pisoteadas legumbres, el coronel observó la lamentable indumentaria de los hombres a su mando. Habrá batalla en cualquier momento y ni siquiera les han distribuido zapatos y frazadas.

—Bienvenido, mi coronel. . . feliz navidad —el teniente parecía conocerlo—. Soy José Gabino Higinio, señor.

—Claro, muchacho, claro que sí, ahora te recuerdo —Ayarza desmontó. Era hijo de un portero del Ministerio de Guerra. Creció entre soldados y de la Escuela de Clases llegó a oficial. Ha de tener casi treinta años.

Las cornetas de diana electrizaban a los cinco mil soldados puestos indecisamente entre San Borja, Monterrico y Chorrillos. El raso Collantes no tuvo tiempo de descansar los huesos. Aclaraba una cálida mañana. Tras el distante tiroteo que la víspera remeció las húmedas quebradas de Monterrico, un silencio apenas turbado por ululaciones de pájaros y el cascado canto de gallos que salvaron de la cacerola, propició un rotundo descanso a quienes van a morir. Mientras cabos provistos de baldes mojan a los remolones, la tropa del *Lima* corría a pasar lista y parte. En la sexta compañía que manda el teniente Aservi, el torcido Collantes está entre amigos de toda la vida. Casi todos de Chosica, se transmitían con un murmullo el nombre de su nuevo primer jefe. Ni uno solo de los reclutas sabe que Domingo Ayarza es un león cuando combate.

El cabo de semana, Uribe, echó una última terrible mirada a la sexta compañía y se volvió pisoteando polvo.

—¡Con su permiso, mi primero, se va a pasar lista!

El veterano sargento Jaija contestó el saludo con la diestra en el quepís y se dirigió a su superior.

—¡Con su permiso, mi teniente, se va a pasar lista!

Aservi se acercó unos pasos a sus hombres.

—¡Sexta compañía, buenos días!

—¡Buenos días —rugió la tropa.

—¡Feliz navidad, compañía!

—¡Feliz navidad! —volvió a rugir la gente.

—Tenemos un nuevo jefe, compañía. Es el coronel Domingo Ayarza. Me encarga saludarlos y anunciar que uniformes y pertrechos están en camino. Hoy mismo nos movemos al sur, compañía. A ver esas gargantas, que mi coronel escuche... compañía, ¡viva el Perú!

—¡Viva! —retumbaron los pechos del *Lima* N° 61.

—¡Muera Chile!

—¡Muera!

—Muy bien, sargento primero, pase lista.

La comandancia del batallón funcionaba en un tambo ruinoso. Ayarza no se molestó en descargar su equipaje. Escuchó el informe de los oficiales con expresión de disgusto. El *Lima* tiene apenas 403 soldados. Más de sesenta enfermaron de disentería en Canto Grande. A falta de capitanes, cuatro compañías están a cargo de tenientes. Nombró ayudante al teniente Higino.

No terminaban de pasar lista, cuando una numerosa cabalgata torció bridas hacia el campamento.

—¡El señor General Pedro Silva! —gritó el teniente César Rodríguez. Su padre y sus cuatro hermanos estaban en filas.

—¡Atención!

El jefe del Estado Mayor General llegaba con los coroneles Cáceres y Dávila. Ayarza salió a su encuentro. Estos jefes que olfatean al enemigo más allá de la Tablada de Lurín, han aprendido a matar a órdenes del mítológico Castilla. Cadete desde 1840, Silva obtuvo su primer galón en el furioso campo de Agua Santa y su segundo ascenso después de las acciones de Pachía y Carmen Alto. Ya era teniente coronel cuando participó en la carnicería de La Palma en 1855. Castilla volvió a ascenderlo después del espantoso asalto de Arequipa. Silva había tardado sólo dieciocho años en llegar a coronel pero demoró otros diecisiete en vestir fajín de general de brigada. Acaba de cumplir sesenta. Desde hace seis meses quería fortificar Lurín y Chorrillos. Igual que Cáceres, creyó siempre que el enemigo vendría por el sur. Pero el Jefe Supremo prefirió esperar a los chilenos en Ancón. Sabe el General que de nada sirven tardías lamentaciones. Hubiese preferido atacar al ejército de Baquedano mientras desembarcaba en Curayacu, oponerle en Lurín todas las fuerzas disponibles fuesen de línea o de reserva, privar al enemigo de agua dulce, atenazarlo por retaguardia con la inactiva guarnición arequipeña. Alguna vez Silva propuso conectar los aleda-

ños de Lima con una red ferroviaria. No era difícil estirar la línea hasta Lurín. Ya existía terraplén. Y en Chicla, donde se suspendieron las obras del Trasandino, abundan rieles, pernos y durmientes. No sólo liviana artillería sino gruesos cañones de sitio podrían haberse trasladado rápidamente a cualquier frente. Pero el Dictador deshechó todos sus proyectos. Tengo mi plan, respondía Piérola sibilantemente. Al menos ahora a Silva le está permitido reorganizar la línea de acuerdo a su criterio y experiencia. Apoyó una bota en la única silla de ese tambo destartalado.

—Coronel Ayarza, se le ha nombrado comandante general de la primera división del Cuarto Cuerpo del Ejército que manda el señor coronel Cáceres...

—Agradezco su confianza, mi General —carraspeó Ayarza. Ayer ni siquiera tenía ordenanza.

—... su otro batallón, el 28 de Julio, ya fue llevado por el coronel Cáceres al huarangal de San Juan. El coronel La Rosa tomará el mando del batallón Lima...

—¿Sólo dos batallones para mi división, señor?

—... también el batallón *Canta*, pero aún se encuentra en Huarochirí.

—Escasean los oficiales con experiencia, mi General. Además del mando de una división, puedo mandar un batallón.

—Encárguese del *Canta*, tan pronto llegue... —Silva se dirigió a Cáceres—. Al atardecer los quiero a todos en San Juan.

Entraban carretas colmadas de pertrechos.

—¿Aquí está el batallón Lima? —el teneinte coronel Adeodato Carbajal reconoció los caballos del General Silva y de su amigo Cáceres, miró a las compañías de paisano, resbaló de la montura a tierra entregando las riendas a un sargento. Al amanecer lo nombraron subjefe del estado mayor del Cuarto Cuerpo del Ejército. Pariente de los Bolognesi, de inmediato Cáceres lo envió a recoger personalmente cuanto faltaba a sus batallones.

—Cada cuerpo y cada división se hará responsable de la seguridad de su frente y de las avanzadas —explica Silva sobre un mapa extendido sobre la tierra—. Enviaré herramientas y sacos vacíos para que construyan sus propios parapetos. Todos los batallones deben estar listos para combatir y con manta a la cintura diariamente desde las cuatro de la mañana. Hoy mismo recibirán ron y víveres

para rancho adelantado. Concluído el segundo rancho, la vispera debe cocinarse el de la mañana. ¿Comprendido?

Los coroneles estuvieron de acuerdo.

—Nos atacarán por sorpresa y al amanecer y quiero a toda la gente desayunada antes de combatir.

—La línea de defensa es demasiado larga, mi General. No podemos poner a más de un hombre por cada metro. Casi me atrevo a calificarlo de ridículo —se preocupó Cáceres. Prefería tomar la ofensiva. Los chilenos atacarán en columnas de a veinte en fondo.

—Antes que nada debemos llegar a San Juan, señor Cáceres. Se hará correcciones sobre el mismo terreno —el índice de Silva buscó níveles en el mapa—. Abriremos una zanja de la culata de los morros de San Juan a las alturas de Pamplona. Caballeros... —el General se enderezó— ...los veré en sus puestos al anochecer.

Collantes nunca había visto a un General en su vida. Tampoco sabe como son los chilenos. A los diecinueve años salió de Chosica por primera vez como miliciano voluntario. Conoce Lima sólo porque atravesó sus calles desfilando hacia un cuartel. Después lo llevaron a la pedregosa pampa de Canto Grande. No ha disfrutado de un solo permiso. ¡Talla de tercera! —vociferó un sargento calculando su tamaño de una mirada. Collantes quiso protestar pero ya le echaban encima un uniforme de algodón azul, manta, una camisa, un calzoncillo de tocuyo, zapatos y escaarpines. Frente a otra carreta recibió un morral de lona, un quepís con visera de hule, cinturón y tahalí de cuero, porta-rifle y funda, hasta una pastilla de jabón y sebo para ablandar el calzado.

—¡Revista en veinte minutos! —gritaba el sargento Jaija a la sexta compañía— ¡Vivo, vivo! ¡ni que fueran señoritas!

Oye cabo, gruñía Collantes tratando de enfundarse en una camisa pequeña para su cuerpo, ¿cómo quieres que salga a desfilarse con esta ropa? Los soldados se arrancaban andrajos y se movían en cueros bajo el sol de diciembre. El cabo Uribe señaló al recluta Julca, a quién habían dado uniforme dos tallas más grande. Cambien uniformes, pedazo de cojudos. Gracias, mi cabo. Collantes meneó la cabeza. Trocó prendas con Julca sin perder de vista el resto de su equipo. Por la pedregosa carretera se ponía en marcha el batallón *Piura*, precedido por una banda de músicos. El 23 de diciembre también alzaba campamento,

aproximándose entre otros batallones que se agrupan, alinean, taconeán y, en fin, parten trabajosamente en pos del coronel Dávila, jefe del Tercer Cuerpo del Ejército. Salvo el *Lima* N° 61, atareado en vestirse de acuerdo a la ordenanza, el resto de tropas acantonadas en San Borja ya asistió a misa de campaña y pasó rancho.

Una enorme polvareda se alzaba de este laberinto de tapias y flojos caminos de hacienda. El Cholo Castilla sintió que una máscara de sudor y tierra empezaba a coagularse sobre el rostro. Al hijo del Libertador Castilla nunca le agradó la milicia. Sin embargo es buen espadachín y mejor caballista. Menos fornido que su padre, Juan Castilla es en verdad temido por la velocidad de sus puños. Había aprendido a boxear en Inglaterra. Casi en puntas de pies, con los brazos extendidos y el apuesto rostro moreno iluminado por una socarrona sonrisa, el ahora mayor ayudante del General Pedro Silva ha ofrecido dos o tres exhibiciones del prohibido deporte en el Club de la Unión.

—¿El campamento del coronel Cáceres? —el Cholo desmontó después de observar con divertida expresión a la tropa en calzoncillos—. ¿Qué ocurrió, capitán? ¿esta noche hay vaudeville?

—Recién llegaron los uniformes, mi mayor —contestó el capitán Bedoya.

—Ordenes del Estado Mayor General —explicó Castilla recogiendo sus alforjas.

Cáceres repasaba instrucciones a los jefes del Cuarto Cuerpo del Ejército. Sólo falta el coronel Lorenzo Iglesias, cuyos soldados ya se encuentran en Chorrillos. La pelea será dura. A menos que el Jefe Supremo decida jugar todas sus fuerzas en una sola batalla, será difícil contener el asalto enemigo. La primera división chilena al mando del comodoro Patricio Lynch, que desembarcó en Pisco hace un mes y que avanzó por tierra hasta seguramente unirse hoy al resto de su ejército, tiene más de diez mil veteranos en sus filas. La segunda y tercera divisiones enemigas suman casi dieciocho mil soldados de las tres armas. Veinticinco mil chilenos pertenecen a unidades de infantería y mil quinientos a bien montados regimientos. El resto sirve ochenta cañones Krupp y Armstrong, de los que setenta son poderosas piezas de 87 y 75 milímetros de calibre. Han de traer buenas ametralladoras. Y toda su artillería naval puede castigar de flanco las líneas peruanas. Frente a un adversario que además en olor de victoria, el Cuar-

to Cuerpo del Ejército no cuenta con más de tres mil quinientos reclutas. Cuatro mil sirven a órdenes de Justo Pastor Dávila. Menos de ocho mil peruanos tenían que defender el amplio campo de batalla en San Juan.

—Los batallones *Pichincha*, *La Mar*, *Manco Cápac* y *Ayacucho* ya están en posiciones —resumió el coronel Cáceres—. Señor Vivanco, llevará usted al batallón *Piérola* directamente a establecer avanzadas frente al Zigzag. Recuerde que en Villa hay tropas del coronel Miguel Iglesias. No quiero sorpresas.

—Sólo dispongo de treinta cartuchos por soldado, mi coronel —dijo el coronel Reynaldo de Vivanco.

—¿Qué rifles?

—Peabody, mi coronel.

—Señor Velarde —se dirigió al coronel Francisco Velarde, jefe de su estado mayor—, que distribuyan al *Piérola* cien cartuchos por cabeza. Coronel Ayarza, ¿terminaron de pasar rancho?

—Órdenes del Estado Mayor General, mi coronel —anunció desde la puerta el ayudante Lecca.

—Que pasen —suspiró Cáceres. Ojalá no hayan rectificado las instrucciones verbales recibidas temprano.

El Cholo Castilla taconeó dentro del tambo. Del sol a la penumbra, parpadeó buscando al jefe del Cuarto Cuerpo del Ejército. Zumbaban moscas en el caldeado interior. Los jefes lo observaron en silencio. Castilla reconoció al coronel Vivanco, como él nacido hace treintitrés años. Sus padres habían combatido ferozmente por el gobierno de la República.

—Mayor Castilla, bienvenido —se acercó Cáceres. Los vivanquistas le balearon el rostro cuando asaltaba Arequipa a órdenes del viejo Castilla.

—El General Silva me encarga entregar a usted órdenes escritas, señor —el Cholo estiró la diestra con una cartera de cuero. Agregó—: Ratifican las instrucciones verbales, señor. ¿Espero respuesta, señor?

—No, mayor. Diga usted al General que sus órdenes serán cumplidas.

—Así se lo diré, mi coronel. Pido permiso para retirarme, mi coronel.

—Continúe usted su misión, mayor Castilla. Y buena suerte.

—Muchas gracias, mi coronel.

Afuera resonaron los tambores guerreros del flaman-

te batallón *Lima* N° 61. Heredaba tradiciones del antiguo batallón *Lima* N° 8, integrado por los cabitos de la Escuela de Clases. Con la boca llena del rancho guisado por belicosas vivanderas, el raso Collantes corrió a recoger su fusil y su mochila. Ya el silbato del sargento Jaija llamaba a la sexta compañía.

—Muy bien, adefesios, vamos a pasar revista ante el señor jefe de la división... ¡vivo, vivo!

El cabo Uribe observó cachacientemente la indumentaria de los reclutas a sus órdenes. A falta de polainas de cuero, los habían provisto de blancos escarpines de desfile.

—¡Sexta compañía, atención! —gritó— ¡Alinearse por derecha!

Hombres corpulentos y famosos montan sus caballos frente al raso Collantes. La guerra, al fin. Una trepidación subterránea anuncia que se acerca la hora definitiva. El ejército se alejaba hacia las líneas de batalla. Sintió un cosquilleo en el estómago cuando cornetas y redoblantes comandaron a avanzar.

—¡Sexta compañía, paso redoblado!

—¡Paso redoblado!

La patria allí, bajo las suelas nuevas. Su polvoriento seco regazo remecido por el acompasado batallón, se alarga hacia un ondulante cascajar. Después verdeaban haciendas. Emborrachado por la música guerrera, el joven Collantes confiaba en la victoria.

LAS CAMPANAS AL VUELO interrumpieron el desayuno con chocolate y bizcochos en casa del ciudadano coronel Ramón Ribeyro. Los bronces de la Catedral no llaman a tranquilas devociones sino a empuñar las armas. Miró gravemente a su esposa Carmen Benites, a su anciano padre Juan Antonio, a las pequeñas Carmen y María Rosa, a su primogénito Juanito, su privado universo acaso reunido por última vez en este comedor con grandes aparadores que contienen la vajilla de domingo. Nadie había advertido a los jefes de la Reserva que este 25 de diciembre de 1880 debían correr a las trincheras. El coronel quedó inmóvil, calculando el tamaño de la catástrofe. El urgente campañear sacudía cristales y espantó a torvos gallinazos que subieron en círculos sobre la ciudad amenazada. ¡Santo

nombre de Cristo, dijo, atacan los chilenos! Porque en ese momento imaginó consumada la sorpresa y a los regimientos enemigos cargando paso al trote a la vuelta de la esquina. Ni siquiera escuchó su propia voz. Otras campanas se agregaban al rebato de la Catedral, colmando Lima de insoportable sonido. Arrojó la servilleta sobre la mesa, contempló brevemente a su familia y corrió a cambiar la levita dominguera por su uniforme de reservista. Antes que abogado o ministro de justicia, el cuarentón doctor Ribeyro había sido cadete de la Marina de Guerra. Cierta luz aventurera, que su profesión de árbitro y redentor no ha conseguido sofocar, persiste hoy en sus ojos melancólicos y en el rostro que aún bien afeitado trasluce una negrísima barba. De acuerdo a la ordenanza, el tahalí debe llevarse por debajo del talismán azul. Desde hace cinco meses, diariamente viste y desviste este mismo uniforme que ahora abrocha con expertos veloces movimientos. Envainó su espada y recogió el reloj. Los trescientos ciudadanos que sirven a sus órdenes en el batallón N° 4 deben ir primero al improvisado cuartel del colegio Guadalupe, donde guardan rifles y municiones. Antes de salir, corrió a la ventana. No había chilenos a la vista, sólo movilizados aturridos por el violento campanear, corriendo en aparente desorden como nerviosas hormigas. El alud de bronce cae a saltos sobre chatas techumbres de quinchá y barro, su masivo vaivén parece que agrietara las fachadas. Igual sonaron las campanas el 4 de abril de 1879, cuando Chile empezó la guerra. Pero entonces Lima no estaba con hambre, a medias vacía, ni acorralada por el mar, ni cavando apuradas trincheras en Chorrillos. Quienes hace veinte meses marchaban por Mercaderes cantando el Himno Nacional, hoy se enfundan el traje azul de la Reserva y, sin órdenes todavía, corren a buscar sus batallones. Para después, la despedida. Miró a Carmen con una mezcla de tristeza y orgullo. Ya lo sabes, si hay batalla vete con las niñas al colegio de Belén. Ella asintió, controlando lágrimas mientras el ciudadano coronel cargaba a sus hijos para besarlos de uno en uno. Lo vieron picar espuelas hacia la calle Ayacucho. Por su oscura mirada desfilan hombres sin llanto, seguidos por sus familias. Parece que Lima quisiera morir con sus ciudadanos-soldados. Frente a la casa del coronel Derteano, jefe de la Primera División, ya desmóntaba Narciso de la Colina a solicitar instrucciones. La guerra lo sorprendió hace veinte meses en Iquique.

Era director de los ferrocarriles de Tarapacá. Ahora está al mando del batallón N° 6. Sus hombres pelearán cerca de Ribeyro. Aquí ensordecidos por los broncos de Santo Domingo, hablaron a gritos. ¿Qué sucede? No lo sé. ¿Cómo dice? ¿Que no lo sé! En el patio ensillaban un hermoso potro inglés. A medio vestir, Derteano salió a su encuentro.

—¡Dentro de una hora... orden de marcha!

—¿Orden de qué? —Ribeyro empieza a enfurecer por el estúpido escándalo de los campanarios.

—¡Marcha! —Derteano señaló el sur. Su diestra parecía navegar por el aire. La Catedral se calmaba y ahora pudieron escucharlo—. ¡Reunión en la Plaza de Armas! ¿Comprendido?

María Carmela Roldán debió sujetarse de una silla cuando callaron las campanas. El profundo silencio no duró. Por las calles corren reservistas, se propagan clarines y después broncos tambores de guerra. Probablemente encinta, creyó desmayarse. Se sostuvo en pie mientras su esposo Juan Alfaro vestía uniforme en la alcoba. Se habían casado tan pronto el gobierno ordenó la movilización de todos los ciudadanos mayores de dieciseis y menores de sesenta. Recuerda ahora su breve luna de miel en el Hotel Terry de Chorrillos. Despertó una mañana tocando sábanas enfriadas, cierta forma al revés, el vacío de un cuerpo en esa habitación de paso. Amor apenas coincidencia, nombre murmurado desde adentro de las cosas, sonrisa predilecta bañada por la suave luz carnosa de tulipanes de cristal. Pero Juan no estaba, había ido a zambullirse en la bahía no importa que entonces fuese agosto. Como ahora, María Carmela contuvo la respiración, al acecho de ruidos que venían de más allá que hoy, de asuntos que habrían de transitar esa misma calle y frente a esa ventana por la que asomaba su perfil aterido. Desde abajo, envuelto en una toalla de felpa, el moreno rostro abierto por una sonrisa, Alfaro no vio pasar a escuálidas tropas muertas, cuerpos que en cierta congelada curva del tiempo estarían allí perpetuamente sin rango, asesinados en horribles y ultrajadas posturas. Ni pisoteó espesos charcos humanos, ni oyó a las escuadras de fusilamiento estampando sangrientas formas contra esas fachadas. Sus ojos tan actuales sólo descubrieron a la mujer que amaba y entonces alzó la diestra, saludando. Pero Juan Alfaro es un verdadero veterano. Acaso sabe qué se hace para no morir. Como contador del *Huáscar* había hecho toda la camapña naval a órdenes del

señor Grau. Después de la carnicería de Angamos estuvo prisionero en Chile. Lo canjearon el 31 de diciembre de 1879. Nadie lo obliga a servir en las trincheras pero igual sentó plaza como capitán y jefe de la cuarta compañía del batallón N° 8 de la Reserva. No tiene ni veinticinco años. Reapareció a saltos, metiendo el pie en el botín izquierdo. Todo el ímpetu se le disolvió ante la extrema palidez de su joven esposa. Prohibido llorar, sonrió, no tengas miedo... tenemos que vencerlos. Ella sorbió el llanto que principia. Está bien. Y después: iré contigo. ¿Te sientes bien? La joven sonrió animosamente. Secaba su rostro. Sí, claro que sí.

Hace casi veinte años, el ciudadano Saturnino del Castillo vistió uniforme de subteniente de línea. Después sobrevino la crisis con España y el joven oficial hizo cuanto pudo para salir de filas y decir lo que pensaba. Partidario de la guerra, no volvieron a admitirlo en el ejército, ni siquiera cuando la escuadra del rey atacó el Cállao en 1866. Desde entonces ha sido profesor del colegio Guadalupe y guarda-almacén en el puerto. Y, a veces, periodista y estrónomo, poeta y físico aficionado. En julio fue el primer voluntario que se enroló en la Reserva. En agosto ya era sargento. También hoy llegó antes que nadie al cuartel guadalupano. Anoche supo que los jefes de los batallones regulares partían a mover sus tropas a definitivos emplazamientos de batalla. Preocupado porque olvidan a los movilizados, deambuló solitariamente por la ciudad a oscuras. Se cruzó con el elegante coronel Canevaro y su estado mayor divisionario que trotaban al sur. El coronel Remigio Morales Bermúdez abandonaba su oscuro alojamiento en los altos del hotel de los Andes para encargarse de la caballería de línea. Por la Micheo tropezó con jefes artilleros y carretas de municiones. El sargento durmió con las botas puestas. Desayunó en la *Maison Dorée* antes de pasar por casa del inquieto señor Richardson. El antiguo gerente de la Compañía Salitrera en Iquique, vive ahora en un aglomerado interior cercano al colegio Guadalupe. Su joven y atractiva esposa y sus dos tiernos hijos llegaron a este destierro limeño con pasaporte visado por los bloqueadores chilenos en abril del año pasado. Hijo de inglés, Richardson ha sido coronel de los navales de Iquique y acompañó al Ejército del Sur por las colinas de Tarapacá y en su espantosa retirada hasta Arica. Ahora sin empleo, tirándola con sus ahorros y a veces de prestado, acabó me-

tiéndose en la Reserva. Pronto hizo amistad con el solitario sargento primero. Saturnino lo encontró en pantuflas, enjaulado en tres habitaciones atestadas con cuanto pudo salvar del sur. Yo que usted me iría preparando, murmuró el sargento. ¿De veras? Sí, sólo faltamos nosotros. Iba a explicarse pero estalló el campanear. Dejó a Richardson mudando ropas para correr al cuartel. Los hermanos Piñatelli montaban guardia en la puerta del colegio. ¡Sigan en sus puestos! —gritó el sargento. Fue directamente al arsenal, a sacar los rifles de la cuarta compañía. No son los mejores fusiles del parque limeño pero disparan balas verdaderas. Con la diestra sosteniendo el quepís sobre su venerable cabeza, jadeó detrás suyo el ciudadano soldado Manuel Pino. Actual consejero de Estado, ex-juez supremo, el raso de 54 años de edad saludó militarmente a su jefe Saturnino. Muy bien, doctor, deme una mano. De cuatro en cuatro sacaron aceitados chassépot de aguja hasta el patio. Después aparecieron Richardson, el joven subteniente Lembcke, el tuerto Velarde, los hermanos Iberico. Cinco minutos más tarde el señor Ribeyro desmontó frente a Guadalupe. La mitad de su batallón ya estaba sobre las armas.

Virginia Derteano observó a los reservistas que concluyen de trajearse mientras corren a sus cuarteles. Hace un rato, su tío Juan Martín Echenique se detuvo para anunciar que los trenes al frente saldrán en una hora. El jefe de la Primera División conversó con el jefe de la Reserva en el principal. Sus cuatro batallones deben ocupar el ala derecha de la segunda línea en Miraflores. Ya tamboreaban en Guadalupe. La joven regresó por opulentas alcobas a sentarse a espaldas de su padre, que por fin acaba de uniformarse. Una obstinada adversidad demacraba sus facciones. Su hijo Arturo, que volvió ileso de la batalla de Tacna, sirve ahora en la Escolta de Su Excelencia. Su Banco Nacional del Perú se ha hundido para siempre. Los corsarios chilenos de Lynch no habían dejado piedra sobre piedra en sus fundos azucareros del Puente y Palo Seco, los más importantes del país. Lo contempló en el espejo, todavía imperioso, como si despojado de sus inmensos caudales siguiera siendo el hombre más rico del Perú. También Derteano aprobó su apariencia: casaca de paño azul con doble hilera de botones de plata, vivos blancos y tres coronelas rojas en las mangas, presillas de seda en los hombros, palmas y rifles bordados con hilo de oro en el cuello, pantalón

azul, espada derecha, tahalí cruzado bajo la casaca de la que asoman tiros de seda celeste. Sus servidores esperan en el patio para acompañarlo a la batalla. Virginia le alcanzó un quepís también azul, adornado con una pluma. Derteano permitió que lo besara. Un reloj de péndola anuncia las once de la mañana. Cuida de Arturo si a mí me pasa algo, dijo por fin. Sí, papá. En el patio de esa espléndida finca, cuyo principal ha compartido alguna vez con los negocios de Dreyfus, Derteano se despidió de viejas sirvientas y chinos de confianza. Expertamente se afianzó en la montura de su potro inglés. Miró la casa como si no hubiera de volver. Después picó espuelas seguido por su escolta personal.

—Cuarta compañía, contados y completos, mi primero —anunció en el colegio Guadalupe el sargento 2º Augusto B. Leguía.

Aquí formaban los batallones N° 2 y N° 4 de la Reserva. El Estado Mayor General había asignado números impares a las unidades de línea y pares a los de ciudadanos movilizados. El ejército regular dará batalla por delante. Los reservistas, a quienes se considera soldados distinguidos, sólo combatirán si exterminan a los reclutas. Los regulares van a pie hasta San Juan y Chorrillos. Estos batallones viajarán en el Tren Inglés. Sin embargo el sargento de diecisiete años preferiría caminar o acercarse a la batalla, cambiando anticuados chassepot del batallón N° 2 por modernos rémington o nuevos peabody que acaban de entregar a los cuerpos de línea. No tan militares como los coroneles que caminan con sus tropas a Chorrillos, aquí los jefes permitían espontáneas arengas y juramentos patrióticos. La verdad, la Reserva no es lo que todos esperaban. Cuando en julio se llamó a todos los ciudadanos a las armas, el gobierno designó oficiales para diez divisiones con casi veinte mil combatientes. El ciudadano coronel Pedro Correa y Santiago, ex-alcalde de Lima, jefaturaba la Primera División con todos los conscriptos del ramo de instrucción pública. Juan de Aliaga debía comandar tres batallones de albañiles y picapedreros. A Serapio de Orbegoso, hermano del Secretario de Gobierno, le encargaron una división vinculada a las finanzas. A órdenes del hacendado José de Unanue se esperaba que sirvieran abogados, jueces y escribanos. Al coronel Bartolomé Figari le encomendaron poco marciales batallones de peluqueros, modistones, sangrado-

res y atildados comerciantes de encajes y camisas. Más afortunado, al ciudadano Ramón Montero se le entregaron los gremios de herreros y caldereros. En cuanto a aguerridos ferroviarios, nadie mejor que el hacendado Antonio Bentín para llevarlos a combate. Sólo dos semanas se dio de plazo para que todos los peruanos se alistaran. Después el gobierno amenazó con levar omisos a punta de bayoneta, apuinándolos primero en el Batallón Depósito y destinándolos después a cubrir bajas en vanguardia. Cuando a las tres de la tarde del 23 de julio las campanas de la Catedral convocaron por primera vez a la Reserva, no había sino seis mil movilizados. Desde entonces han recibido tres horas diarias de instrucción en las afueras de Lima. La ciudad se paralizaba a partir de las dos y media de la tarde. Hasta ahora oficinas públicas y tiendas abren a las seis de la mañana para cerrar después de mediodía, de modo que los reservistas puedan ejercitarse en la tarde. En noviembre reorganizaron la Reserva, dividiéndola en dos cuerpos. El primero tiene ocho batallones y está al mando de Correa y Santiago. Once batallones integran el segundo, al mando de don Serapio de Orbegoso. El sargento Leguía contempla a jóvenes, casi harapientos redoblantes. Envían a su batallón a ocupar el primer reducto de Miraflores, delante de la batería Alfonso Ugarte. Si los chilenos rompen las defensas de San Juan y Chorrillos, allí tendrán que contenerlos. Ya no hay tiempo para arengas, ni de leer la orden del día. Al otro lado de la ciudad se impacientan los trenes, cuyos pitazos apuran el desfile. Pero no todos han llegado a sus puestos a las once y media de la mañana. Leguía sonrió compasivamente cuando el gordo Antezana resopló por el patio, auxiliado por sus dos hijos mayores, también combatientes. Pesaba ciento cuarenta kilos y quedaba rezagado en todas las marchas. ¡De frente, marchen! El batallón N° 2 encabezaba el desfile con el coronel Lecca al frente. Tambores y clarines alegraron al sargento Leguía. Nacido en Lambayeque en 1863, a los catorce años lo enviaron a estudiar en el renombrado colegio inglés de Goldfinch y Blum de Valparaíso. Regresó a principios de 1879, convencido de que la guerra puede ganarse. Por la calle los rodea y sigue una multitud. El sordo Falucci, que no escuchó las campanas de la Catedral y a quien su madre y hermana decidieron ocultarle que probablemente el enemigo pasa al ataque, llegaba rojo de rabia a pedir su rifle en la tercera compañía. Redoblaron el paso por la calle

Judíos. En la Plaza de Armas esperaba el resto de la división.

Con ausente tiesura, el capitán Alfaro parece ahora más atento a sus soldados que a María Carmela y a la muchedumbre de mujeres y niños que respira como adherida a la Reserva. ¡Primera división, en marcha! ¡viva el Perú! Al capitán Alfaro lo sobresaltó una voz a sus espaldas. Una mujer enlutada abraza a un muchacho antes de empujarlo suavemente hacia el oficial. Capitán, le entrego a mi hijo, quiere defender a su Patria. Sí, a su edad ya luchaban en el *Huáscar*. ¿Cómo te llamas, muchacho? Federico Monesterio, mi capitán. ¿Cuántos años tienes? Trece cumplidos, mi capitán. Muy bien, ponte al final de la compañía, en Miraflores te daremos un rifle. Después retumbaron los tambores del batallón N° 8 y Alfaro alzó la espada, decapitando órdenes por el aire. ¡En marcha! ¡a la guerra!

Veinte mil personas pugnaban por despedirse de estos héroes. Viva, viva el Perú con todas sus llagas, muere hijo por tu país y tu familia. Un ventarrón agitó tafetanes y tironeó quitasoles de seda. Lentamente al paso, al ciudadano Ribeyro lo acarició el improbable soplo de los hechos no realizados. Nadie llora en este adiós definitivo. Voces, pitazos de tren, clarines, gritos y aplausos se confundieron por su cabeza hasta integrar un prolongado lamento. El viento agitaba el alto follaje de astrapeas y cipreses y palmeras en el gran parque de la Exposición y el coronel creyó entender que esa lúgubre ronca voz es posterior a éste día y sin embargo existe en este mismo lugar. Se paró en los estribos y se volvió a mirar a su batallón. Alti-vo anciano de ojos relucientes, sobresale de la muchedumbre su padre Juan Antonio Ribeyro. Al coronel se le mojó la mirada. Ya cerca de la estación, desmontó a la vez que daba diez minutos a sus hombres para que se despidieran de sus familias.

Richardson forcejeó hasta encontrar a los suyos. Alzó a sus hijos de tres y cuatro años de edad. ¿Decir qué? ¿Adiós? ¿que teme no volverlos a ver? ¿Que si muere mañana, acaso sólo guarden borrosa memoria de este hombre jovial y rollizo? Muy bien, adiós. Cuarta compañía, a bordo! Los silbatos de los sargentos apuran a reclutas besados por sus madres y esposas y niños. Richardson re-tuvo un instante a su mujer, mirándola intensamente. ¡Era tan joven, todavía tan bella! Adiós, pues. Hasta siempre, hasta otra vez.

—Vamos, Richardson, suba usted al vagón —el sargento Saturnino del Castillo señaló a los camaradas que ya abordan el tren. Se llevó una mano al quepís—. Señora, de nuevo mis respetos. No se preocupe usted.

—Yo volveré —ofreció con voz hueca el señor Richardson.

Un torrente de mujeres y criaturas se derramaba por el muelle, mezclándose a los reservistas que esperan el siguiente tren. Desde una ventanilla de segunda, Richardson clavó la mirada en su familia. Luego reconoció al apuesto Juanito Alfaro que parece retener eternamente la mano blanca de María Carmela, contempló a Ramón y Juan Antonio Ribeyro dándose el último abrazo, y, en derredor, a la multitud desenfocada, como vista a través de un cristal lluvioso, y más allá de la estación, los ficus a cuyo follaje se adhiere todo el polvo que empujan los vientos, aquella sombra azul del artillado cerro San Cristóbal, también la ciudad invisible y el verano que no podía ignorar, un sol maduro como una naranja en medio del plácido abejorro de las chacras regadas por el Rímac. Supo entonces que había vivido sin prestar atención a cuanto de veras importa y que allí todos comparten el mismo distraído error. La batalla, como un acto de suprema purificación, los justificaba para algún día volver, contritos y nuevos, tal vez victoriosos, a corregir todo lo pasado. El tren se mecía. ¡Vamos, a bordo! Por última vez sonaron los silbatos. Frenéticamente buscó a su familia. Como aguas turbulentas se mueven y refluyen, se engolfan y arremolinan cuerpos empujados desde el manantial callejero hasta chocar contra el muelle. Distinguió a su esposa y al menor de sus hijos, tan aturdido que ella debió agitarle la diestra en señal de adiós. Antes de preguntarse si verdaderamente quiere matar, Richardson descubrió que cantaba y que su voz crecía absorbiendo el sonido de otras gargantas. Apoyados en esta mitad del convoy, de cara al gentío, empinándose en estribos o en despreocupados libres racimos sobre los vagones, mil quinientos reservistas entonaron el Himno Nacional. Sólo ahora brillaron lágrimas como si se tratara de una estentórea pero dulcísima canción de amor. A la manera de un buque, lentamente desatracoó el convoy. El hollín aceitoso y casi imperceptible no pudo sofocar sus voces. Nada más se diluyeron en la distancia.

MARRON Y SALADA LA CUESTA, habían tallado un angosto camino carretero en los bordes de basalto que caen a pico y se hunden filudamente en aguas sin reposo. El coronel Billinghurst espoleó a su caballo por la resbalosa costra de este primer morro sin nombre, al que han acabado por llamar Salto del Fraile, como si fuera lo mismo que el siniestro boquerón azotado por las olas, sobre el que ahora se tiende un atrevido puente de madera. Jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte, al que pertenecen las tres divisiones del Primer Cuerpo de Iglesias, el coronel tараqueño de 26 años de edad estaba de pésimo humor. Si hoy atacaran los chilenos, no podríamos sostener combate más de diez minutos. Aunque todos sus batallones cavan trincheras y su armamento reluce en correctos pabellones, todavía no han llegado cofres de cartuchos y sólo el bien equipado *Guardia Peruana* N° 1 tiene más de treinta tiros por cabeza. En la estación de Chorrillos acaba de contar veintidós inmóviles cañones que no puede llevar a sus emplazamientos por falta de mulas. El Primer Cuerpo del Ejército no ha desayunado aún a las doce del día. Una monumental confusión crece por la calle del Tren, donde bomberos italianos uniformados de rojo y negro maniobran su máquina de 26 mangueras a contramano de la exasperada artillería nacional. Veraniegos resfríos y el agua chorrihana cargada de magnesia raleaban a algunas compañías en la víspera más solemne. Necesita picos y lampas para vigorizar trabajos de defensa. Después de que los torpedistas peruanos hundieron el crucero *Loa* en el Callao y a la *Covadonga* en Chancay, la escuadra bloqueadora bombardeó Chorrillos como represalia en setiembre pasado. Entonces los morros y este Trouville sudamericano estaban desguarnecidos. Por temor a nuevos torpedos, los buques chilenos dispararon por elevación desde atrás de la Chira y sus proyectiles cayeron fuera del balneario o no detonaron. Una semana después instalaban en el Morro Solar un pesado Rodman de a 500 traído del Callao y dos Parrot navales de a 70 libras, que alguna vez navegaron a bordo del blindado *Independencia*. Hasta diciembre volvieron a paralizar las obras de fortificación. La primera vez que Billinghurst inspeccionó estos cerros, nadie le preguntó quién vive. Ingeniero y hombre de negocios antes que coronel, intenta transformarlos en un apurado Sebastopol. Cuadrillas de chinos traídos de la hacienda Villa, apisonan senderos y terraplenes para instalar doce ametra-

lladoras. Pronto las avanzadas se conectarán por telégrafo con el montañoso cuartel chorrillano y con la Escuela de Clases. A falta de herramientas para abrir fosos, parte de las tropas alzaba parapetos de piedra, como si fueran rústicas pircas campestres. En la cima del Morro Solar, casi ochenta metros más alto que el peñón de Arica, el viento tironeó de su quepís con tapacuello. El pulverizado oleaje que retumba contra el macizo, flotaba como una evaporación hasta depositar una capa de sal sobre las rocas. Con una combustión entre parda y azul, ardía el verano en todo su esplendor. Más allá de la Chira y de las alturas de Marcavilca, el vaho oceánico se achata y esfuma con la recta costa de Conchán. Visto desde aquí, el arenoso Lomo de Corvina parece una duna en vez de un cerro que sostuviera la extensa Tablada de Lurín. Billinghurst estiró su antejo de campaña. Directamente al sur enfocó los humos de la escuadra invasora. A su izquierda se eslabonan los más pequeños cerros de Santa Teresa y las pedregosas colinas del Zigzag, territorio por ahora guarnecido por sólo cinco batallones. En dirección sudoeste, en la otra cara de Marcavilca, escarban sus trincheras los batallones *Guardia Peruana*, *Cajamarca* N° 3 y *Ayacucho* N° 5. ¡Capitán Chávez! Diga, mi coronel. Encárguese de entregar los víveres para el rancho. A la orden, mi coronel. Billinghurst se separó de los arrieros y sus mulas cargadas con charqui y menestras. Al trote entró en las baterías del Morro.

—Descansen, muchachos —desmontaba ágilmente. A su encuentro salía el coronel Valle Riestra—. Traje víveres para hoy y mañana. Prometen cofres de munición antes del anochecer.

—Lamento informar que los efectivos no llegan a ocho mil hombres. Y en el papel suman más de nueve mil —Valle Riestra sirve como subjefe del Estado Mayor del Ejército del Norte. Con grado de teniente, sus dos hijos lo acompañan a preparar la batalla. Y su sobrino Felipe combatirá a órdenes de Andrés A. Cáceres. Doblaba la edad a Billinghurst—. Y vea usted esto...

—¿Equivocados? —el joven coronel entró a una tienda de lona castigada por el sol. Bebió unos sorbos de agua tibia antes de mirar los mapas que Valle Riestra extendía sobre una mesa de campaña.

—...las curvas de nivel no corresponden a la realidad.

A simple vista puede comprobarse que los han dibujado mal.

—Francamente, parece un milagro que podamos organizarnos —murmuró Billinghamurst. Durante unos minutos estudió los planos topográficos que sirven a los ejércitos para orientarse. Ni siquiera parecen hechos por un profesional—. Hay que hacerlos de nuevo.

—Me permito sugerir que se le encomienden al mayor Pedro Alcócer. Es tercer jefe del *Guardia Peruana*. Ya ha efectuado mediciones por su cuenta.

—Hum. Ojalá no se confunda.

Valle Riestra replicó con un vago ademán. Bien, Billinghamurst hablará pronto con el coronel Miguel Iglesias. En nuestra propia casa y no estábamos preparados. Es verdad, se oscureció su segundo. Donde hay carne, falta sal y donde hay arroz, falta manteca.

En pie desde las cinco de la mañana, el teniente artillero David León bostezó mientras bajaba a Chorrillos con los reclutas Camacho y Espichán. Volvían veloces canoas con la pescada de la mañana, hurtándose del aburrido patrullaje naval enemigo. Los oficiales de la batería hicieron una colecta y sortearon quien debía comprar corvinas para el rancho. No parece que hoy ataquen los chilenos. Por la hacienda San Juan crece la polvareda de las divisiones que temprano partieron de San Borja. Mulas abrumadas con piezas de artillería trepan al Morro. Sintió el cuerpo caliente refrescado por el robusto viento sur. A las doce, a la una, empezaba a soplar todos los días. Entre el balneario y los cerros, en escarpado declive se equilibran chozas cerca del Alto Perú. A ese barrio miserable y sin agua habían empujado a los primitivos dueños de Chorrillos. El teniente observó a paisanas y niños pululando entre las casuchas. ¿Qué esperan para irse? El recluta Espichán preguntó que adónde, mi teniente. Su propia familia continúa afincada en esa ladera. León se encogió de hombros. No lo sé, dijo, pero no pueden quedarse, aquí va a haber una batalla. Ganaremos, protestó Camacho, tampoco la numerosa colonia italiana quería abandonar Chorrillos. El Morro se agrietaba bajo el ardiente mediodía. La mirada del teniente se extravió por la bahía azul vigilada por un crucero chileno. De aquí al Callao, el pescador José Silverio Olaya Balandra nadaba quince millas llevando mensajes a los patriotas. Los españoles lo fusilaron. Un Felipe Balandra sirve ahora como guía de las avanzadas

nacionales. También Espichán y Camacho son lugareños y pescadores. De guarnición en los cañones del Morro desde principios de diciembre, el oficial admiraba su destreza para capturar trambojos entre las peñas con sólo sus manos desnudas. A cordel pescaban desde el rincón de La Baja y los Caballitos, dos pequeñas playas de arena acosadas por el mar cerca del Salto del Fraile. Hace un año, al comenzar verano estos ranchos se llenaban de veraneantes. Entonces Espichán y Camacho preferían trabajar sosteniendo a las señoras cuando se remojaban en el mar o cargando baldes de agua dulce para que los caballeros disolvieran todo rastro de sal en sus cuerpos. A diferencia de tostados chorrillanos, a la gente de Lima no le gustaba asolearse por temor a las pecas. Escuchando parlotear a los reclutas, el teniente cajamarquino no entiende por qué las señoras jamás pasearon el malecón sin quitasol o la caprichosa arquitectura que clausuró el espléndido paisaje. Los dueños del balneario vivían más bien de espaldas al océano. La calle Lima no se interrumpe desde la Quebrada de Tenderini hasta la breve explanada por donde se baja a los baños. De los ranchos de segunda fila es imposible ver el mar. Tampoco se puede cruzar de la angosta y a trechos hedionda calle de Santa Teresa a la paralela y más aristocrática calle de Lima, porque el pueblo carece de vías transversales. No hay grandes jardines en Chorrillos. El palacete que perteneció al General Pezet tiene un hermoso patio interior colmado de tiestos con helechos, surtidores y estatuas, pero se levanta lejos del mar, en la transitada calle del Tren. Sólo don Uldarico Tenderini se preocupó por cultivar setos y macizos de flores en su quebrada, al otro extremo de la *corniche*. Árboles por fin frondosos dan allí sombra a estancias con gansos y a pulcros parterres en los que el dueño empinó sus propias estatuas, blancas como ángeles de mausoleo.

Auxiliado por sus reclutas, el teniente eligió pescado y crustáceos que pagó con toscos incas fabricados en la imprenta del gobierno. La Dictadura no tuvo más remedio que imprimir nueva moneda en papel barato, luego de que los corsarios de Lynch capturaran, a bordo de un vapor inglés, más de siete millones de soles en billetes recién hechos en el extranjero. Hoy los incas se cotizan a apenas dos peniques. León gana 390 mensuales y un coronel mil quinientos sesenta. El cielo de verano parecía un aceitoso estanque que reflejara un país humeante y azul. Regre-

sando por la techada rampa de madera, el teniente sintió un súbito aguijón en el pecho y estornudó una, dos veces. Ya en el malecón, miró desalentado el camino del Morro por el que siguen subiendo carretas. Vayan por delante, ordenó a los soldados. Un sudor frío volvió a traspasar su uniforme. Después le pareció desdoblarse, de manera que a ratos se veía a sí mismo, errando cuesta arriba. Estaba como extraviado, mascullando incoherencias sobre el enemigo, cuando tropezó con el cirujano Becerra. Ambos pertenecían a la guarnición de las baterías. Al primer vistazo supo que estaba con fiebre. Le tocó la frente. Quemaba. De ningún modo, se afirmó Becerra, usted no puede subir. El atontado oficial escucha y cree soñar conetas avisando que se acerca el enemigo. Déjeme, doctor, tengo que encargarme de mi cañón. Soplaba un brisote que lo hizo tiritar. Hombres con rifles subían al trote. Auxiliado por tropas de paso, el cirujano llevó a León a la línea férrea. Ordenó que lo transportaran a Lima, al Hospital Militar de San Bartolomé.

Delante del cerro Ceniza, el soldado Pablo Alas observó preocupado a los contratistas yanquis que sembraban minas terrestres. Dicen que basta pisarlas para que detone el polvorazo. No me gustan, dijo. Qué más quieres, protestó el exhausto soldado Cruz, están ahí para los chilenos. Hubiese llenado el horizonte de dinamita para hacerlo explotar cuando se acercara el enemigo. Alas dejó caer el pico y se acuclilló a seguir mirando. Al rato insistió: no me gustan, carajo. Impedían que los peruanos pasaran al ataque. Detrás suyo carraspeó el subteniente Federico Ugarte y los rasos callaron. Por menos desconfianza metían a la gente en un calabozo. Salvo los blocaos de la Hacienda Villa, esta parece ser la posición más atrevida. Mandaban al batallón *Libres de Trujillo* N° 11 a ocupar una prominencia separada de la línea que se extiende desde Marcavilca a Santa Teresa y el Zigzag, cien metros adelante de los parapetos donde por fin descansa el resto de la división. ¡Rancho, rancho! Alas se incorporó con hambrienta prontitud. Mientras la primera compañía se acerca a recibir su ración, otros soldados compartían la misma desconfiada actitud respecto de las minas. Esos explosivos automáticos no discernirán zapatos peruanos de botines chilenos. Alas regresó a la trinchera a rumiar su lenteja con charqui y arroz. Los polvorazos son el arma secreta que se anunciaba con un murmullo en los cuarteles.

El ventarrón embestia de frente, arrastrando cierta salobre frialdad y partículas de arena que fastidian a los vigías. Mientras se aovillaba en el cerro caliente, Alas miró el camino que viene de Lurín por la playa. La menestra se endureció en su boca. Crecía una resuelta polvareda.

—¡Mi teniente, los chilenos!

Ya las cornetas del *Ayacucho* y el *Guardia Peruana* anunciaban desde el Morro la aparición del enemigo.

—¡Encierren a los chinos! ¡señor Ochoa, sígame! — hoy encargado de la gran guardia peruana en los campos de la hacienda Villa, el veterano coronel Rosa Gil montaba un caballito morochuco en el viejo patio jesuita. Paso al trote, la sexta compañía del batallón *Callao* N° 9 corría a desplegarse entre la casa del hacendado y la ciénaga.

—Parecen muchos, mi coronel —por un elevado terraplén Ochoa azota a su pequeña cabalgadura serrana acercándose a la avanzada. En la hacienda hay una ametralladora sin artilleros. El segundo jefe del *Callao* N° 9 observa crecer rabiosamente la polvareda en la distancia. Habíamos artillado el cerro La Regla y fortificado el San Cristóbal, pero no se han concluido aún las trincheras del sur, por donde viene el enemigo.

Nadie más cerca de los chilenos que el subteniente Castorino Díaz. Su fracción asomaba por un cañaveral, allí donde acaba la verdura y se secan pantanosas ondulaciones. Se volvió a escudriñar los rostros de sus hombres. Bien, muchachos, romperemos los fuegos de la batalla de Lima. Que a nadie se le vaya el gatillo. Y cuiden bien su munición. Ducho en otras guerras, el sargento Vicente Ojeda calculó la velocidad con que se aproximan. Caballería, señor. Y a caballo no empezaban las grandes batallas.

Entre los rifles de la fracción y la playa, apareció montado el coronel Morales Bermúdez. Detrás suyo aguarda en columna la Quinta Brigada. Por los cañaverales se escucha avanzar a los fusileros chalacos. Al trote Morales Bermúdez subió a un desgreado melón. Sí, caballería. No menos de seiscientos jinetes desplegados en línea. Adrede removían el polvo a todo lo ancho del sur. Parece que se acercara todo el ejército expedicionario y nada más viene el regimiento *Carabineros de Yungay*. A ratos el coronel se siente jefe de una fuerza puramente decorativa. Seis contra uno, sería una estupidez atacarlos a caballo. Sabe la línea indefensa en casi toda la amplitud de San Juan. Volvió sin prisa, controlando su disgusto. Muy

bien, pie a tierra, a emboscarse entre esas altas cañas de azúcar.

Cuatrocientos chinos aullaban en el antiguo galpón de la hacienda. El telegrafista bajó del mirador y, por la casa vacía, se sintió perdido. El viento sur empujaba una amenazante polvareda sobre los sembríos de Villa. Corrió a activar su transmisor. Nerviosamente disparó entrecortadas noticias. *Tropa se avista en número crecido. Y después, como pidiendo auxilio: parece no ser avanzada.*

No es mucha munición cincuenta cartuchos por hombre, ni mucha tropa estos quinientos soldados nunca antes puestos a prueba en un combate. Pero José Rosa Gil no es un coronel improvisado, ni le tiene temor al enemigo. Envió al mayor Ochoa al flanco izquierdo, con instrucción de avanzar tan pronto la riflería de los cañaverales detuviera a los chilenos. Encontró a Morales Bermúdez calculando la distancia que los separa de los *Carabineros de Yungay*. Dos mil quinientos metros. En lo alto, la polvareda adelgazaba, delatando que no vienen más jinetes o infantería de refuerzo. Los echaremos pronto, sonrió el primer jefe del batallón *Callao*. Sí, claro. Morales Bermúdez creía necesario despedazar todos los sondeos de Baquedano. Si ya hubiese regresado del sur el coronel Sevilla con sus *Lanceros del Rímac*, podrían cortarles la retirada. Toda la caballería peruana, incluida la Escolta de Su Excelencia, no pasa de quinientos jinetes.

De carne Alas, y de hueso Cruz, no larvas imaginarias sino verdaderos rasos, barro original de ejército y naciones, contemplaron al coronel Justiniano Borgoño pisoteando el cerro Ceniza para contemplar al enemigo con un largavistas. Detrás suyo llegaba el altivo coronel Miguel Iglesias, ex-Secretario de Guerra y jefe del Primer Cuerpo del Ejército. El anguloso rostro del caudillo cajamarquino no expresa emoción alguna. Hoy no será la batalla. Doscientos metros por encima de Villa, el antejo confirmó que sólo se aproxima un regimiento de caballería. Llegan a excitar nuestros rifles, a calcular el tamaño de la defensa. El batallón *Callao* y la Quinta Brigada bastan para satisfacer la curiosidad de los intrusos. Ni siquiera lo preocupó que el Zigzag y San Juan estén abiertos.

—¡Fuego! —gritó Rosa Gil.

—¡Fuego! —repitió Morales Bermúdez.

Dos descargas sacudieron el cañaveral y los pantanos. Garzas y patos salvajes alzaban vuelo de las albuferas.

Quinientos proyectiles peruanos remecieron mamelones, enterrándose entre las patas de las cabalgaduras chilenas.

—¡Apunten tranquilos, carajo! —enfureció el subteniente Castorino Díaz. Ahora el enemigo desmontaba, a tirotearlos mientras oculta sus caballos de la riflería nacional. Las primeras descargas de la batalla de Lima no han causado bajas.

El telegrafista de Villa sudó junto a su transmisor. Nunca antes había escuchado el estruendo de un combate. Los del *Callao* N° 9 soltaban acompasadas andanadas a medio kilómetro de la finca. Después se oyó chasquear proyectiles chilenos. Pareció tartamuder veloces impulsos eléctricos: *En este momento se rompen los fuegos*. El pobre hombre ignora la diferencia entre una batalla y un reconocimiento. Más balazos zumbaron sobre la hacienda. Volvió a transmitir antes de salir en demanda de espantado refugio en el Morro: *Enemigo nos corta la retirada*.

—¡Tercera compañía, cien pasos al frente! —tronó el mayor Juan Ochoa. Por la ciénaga prefiere avanzar a pie. Espada y revólver en mano, marchó por esos gramadales combados bajo el peso de sus botas. Aquí la tierra amenaza romperse y succionarlos con barro fruíción. A trechos afloran aguas pronto recubiertas de una nata verde, sobre la que se abren pestilentes flores de pantano. Sobre sus cabezas se aturde un remolino de patos silvestres. Sus ochenta hombres deben recorrer más de mil metros para flanquear al enemigo. Bien cubierto por la riflería que ahora sostiene fuego graneado desde los cañaverales, Ochoa ganó cien pasos y luego otros cien y cien trancos después y cien más. Ahora vuelan sobre piedras al rojo vivo, bajo un sol que sancocha oblicuamente los arenales. Su hermano José Ochoa sostiene el gallardete de la tercera compañía. No es soldado de línea sino famoso tipógrafo que muchos años trabajó en la imprenta de "El Americano" en París.

Atrás se contagiaban los peruanos. La fracción de Castorino Díaz avanzó en demanda de una línea de mamelones que estorba la puntería. ¡En sus pueñtos, maldita sea! —bramó Rosa Gil. Los chalacos querían lanzarse al ataque, combatir a la bayoneta, liquidar cuerpo a cuerpo a los odiados carabineros. Pero el alto mando ordena solamente resistir, no exponerse mientras el resto de divisiones peruanas llega a la línea de San Juan. Con su furibunda espada en la diestra, el coronel salió al descampado

que surcan tiros de wíchester chilenos. ¡Atrás, carajo!
¡conserven sus posiciones!

Volvían a montar los jinetes de la Quinta Brigada. Morales Bermúdez ordena sostener el avance de la tercera compañía de rifleros por el flanco izquierdo. Eludiendo zancudales, sus cien jinetes trotaron con recargadas carabinas rémington y desnudos sables franceses centelleando al sol. Si sólo estos veteranos cabalgaran robustos animales de combate en vez de grenchudos aguilillos traídos de Ayacucho, si al menos sumaran un escuadrón completo, galoparían en línea a desalojar a los chilenos de sus cautos escondrijos.

—¿Ordeno ensayar la artillería? —Billinghurst ardía por sumarse a los defensores.

—No, coronel. No es necesario —Iglesias observa reventar la riflería nacional por el flanco izquierdo. Tendrá que amonestar a Rosa Gil por salirse de sus líneas en Villa. Desde el cerro Ceniza supo que la caballería enemiga comenzaba a replegarse. Preocupa al jefe del Primer Cuerpo que hoy los chilenos hayan tropezado con decidida resistencia, mientras que anoche estuvieron cerca de penetrar a Monterrico. Prefería librar batalla en San Juan que en las distantes quebradas de Cieneguilla.

—¡Señor Díaz! —enrojeció el coronel Rosa Gil—
¿Quién le ha ordenado avanzar?

Cornetas chilenas comandan la retirada de los *Carabineros de Yungay*. Por el flanco izquierdo los peruanos se despidieron con una descarga cerrada.

Castorino Díaz se mordió los labios.

—Nadie, señor.

—La próxima vez contráigase a cumplir mis instrucciones, ¿entendió?

—Sí, mi coronel.

—No quiero imponerle arresto porque es usted un buen oficial... —el jefe del *Callao* N° 9 observó crecer y alejarse la polvareda del enemigo. Con jubilosos gritos sus tropas saludaban la retirada. No ha visto caer chilenos y tampoco ha tenido bajas en Villa. Rosa Gil ni siquiera sonrió— ...ahora llévese su fracción a la hacienda.

Olas de hasta seis y siete metros se empinan y desploman en la atormentada costa de Conchán. Sobre los *Libres de Trujillo* rasan saciadas gaviotas, plañideramente de regreso a sus habitaciones del Morro. A derecha se sepulta un sol no se sabe si rojo o naranja, cuya fulgura-

ción rebota por el nuboso firmamento inflamándolo como el pedernal a la yesca. No es sólo el sol, también es su recuerdo, la memoria del día que acabó en vano. Navidad, año 1880. Nada ha sucedido hoy verdaderamente inolvidable. Del otro lado embiste una oscuridad violácea y refrescante. Prematuros clarines de retreta empiezan a escucharse por los cerros. Los soldados observaron a Iglesias y Billingham volviendo a los parapetos de Marcavilca escoltados por el coronel Borgoño. Ni Alas ni Cruz pueden moverse sin orden superior, alejarse de esta trinchera negra y de su difícil emergencia en la batalla. Tampoco pueden elegir un sitio para matar o ser muertos. Aquí los pusieron y aquí deben quedarse. El uno trujillano, el otro de Chicama, se han conocido en la sudorosa promiscuidad de un cuartel hace siete meses, cuando aún la guerra no iba a definirse en las puertas de Lima. A pie y todavía sin armamento los enviaron por el arenoso litoral. En Chancay recibieron rifles viejos. Los últimos tres meses recibieron instrucción a órdenes del coronel Cáceres. El Tuerto insistió en prepararlos al trote y a la bayoneta. ¿Y todo para ésto, para que no los dejen saltar trincheras adelante, aventarse contra el enemigo sobre subterráneos explosivos? Se miraron con desaliento. Morir, qué mierda. Pero sólo si sirve de algo. La gratuita, multitudinaria muerte inútil sublevaba silenciosamente a las tropas. ¿De veras la vida, aunque sea de barriga? La pequeña paz descalza, la zumbadora quietud de manantiales trujillanos, el sueño al descampado, el hogar entre cañas tapadas con barro y en adobe, en humosa ranchería, la vida en trapiche, en manada, bajo algarrobos cargados de faique rezumando miel, en industriosa hacienda ajena, en patio español, en arquería con galgos persas, en rencor perpetuo: nada importa si es la vida. O la muerte retumbante, heroica, memorable, no la muerte por equivocación y en derrota. ¡Primera compañía, atención! Abajo arriba, Alas miró al capitán Rubio. Nos jodimos, murmuró, otra vez de descubierta y sin enemigo al frente.

—Tropas por el Zigzag —anuncia el teniente Valle Riestra al coronel Miguel Iglesias en la cumbre de Marcavilca.

Desde la cresta, el ex-Secretario de Guerra enfocó su anteojo sobre cuatrocientos polvorientos soldados que fatigadamente se detienen en lo más bajo de la cerrillada. Por

San Juan crecían batallones que se acercan con implacable paso al trote.

—Cáceres —dijo el cajamarquino—. Son del Cuerpo de Cáceres.

—Ya era tiempo —respiró aliviado el coronel Billin-ghurst.

CUANDO LE EXTENDIÓ PARTIDA de bautismo hace catorce años, el cura de Huaraz escribió: Biviano Paredes. Y como Biviano quedó, con be de burro para toda su corta vida. Acuciillado sobre barbudos mamezones, contempló la nocturna inmensidad curvándose sobre pantanos y el impermeable arenal que más allá se extiende entre la Tablada y Conchán. Nada hay al frente como no sea un enemigo de nuevo en silencio e invisible. Como la mayoría de frescos combatientes regulares, Biviano nunca ha visto a un chileno. Cuando hoy llegó al frente, ya los *Carabineros de Yungay* se habían evaporado hacia Lurín. Viejos ancashinos los recuerdan al asalto de las posiciones de Santa Cruz hace casi medio siglo y afirman que en nada se diferencian del resto de la gente. El muchacho creía adivinar un hálito diabólico latiendo al otro extremo de la pampa. Habían venido con toda su pólvora y todos sus cuchillos a destruir un país ajeno. Acaso sus ojos fosforescieran como temidos carbuncios. No en vano el pueblo lloraba su aparición. Biviano no se habría sorprendido si al arrancar las botas a un chileno muerto, hubiese encontrado pezuñas de cabra en vez de pies. Hace un rato pasó la ronda a verificar si el joven centinela cumple con su deber. La oscuridad se llenaba pesadamente de ruidos y alazos. Biviano debe reconocer chicharras, moscardones como proyectiles, el rápido felposo andar de los zorros que cazan garzas o gallinas, grises lechuzas de mal agüero y, entre carridos y ululaciones, el ir y venir de otros centinelas del batallón *Piérola* N° 75. Atrás y a su derecha se levanta con impenetrable negrura el Morro Solar. Esa mole de basalto y mármol acompañaba sus espaldas. Cerca suyo se encadenan voces de alerta de los centinelas del *Callao* N° 9, que ocupa hasta mañana la hacienda Villa. Cerca de las nueve regresó la ronda. ¡Cuidado con los chinos! —advirtió el sargento Balaguer. A la quinta compañía le habían encar-

gado cerrar el camino de la playa. Con buena luz, por aquí puede llegarse a Lurín en cuatro horas de marcha regular. Otro camino vuelve por detrás del Lomo de Corvina, reuniéndose al de la playa en el abra de Santa Teresa, para pasar como una sola carretera a los pedregales de la hacienda San Juan y torcer, entre acequias y canaverales, en dirección de Chorrillos. Una tercera ruta, que bordea lo más alto de la Tablada, entra directamente a San Juan y continúa a la hacienda Surco y al pueblo de Barranco. Los arrieros prefieren el camino que sale de la Venturosa, en el pueblo de Lurín, y que se tensa como la cuerda de un arco por las lomas de Atocongo hasta desembocar en la hacienda Tebes, cerca de Monterrico Chico. El más escarpado camino sube a la quebrada seca de Manchay y por boscosos parajes viene a caer en la hacienda La Rinconada, en el valle de Ate. Biviano no tiene que averiguar cuál de estas rutas elegirán los chilenos para atacar Lima. Su deber consiste en vigilar el nebuloso sendero de la playa e impedir que los chinos de Villa escapen de su galpón para unirse al batallón de cantoneses que el enemigo ha concentrado en la pagoda de Lurín.

Cuarenta metros detrás del centinela, los coroneles y sus ayudantes desmontaron. Andrés Aveino Cáceres ahuecó las manos cerca de sus orejas, como si quisiera esturarlas. Allá, en dirección de los cerros traqueteaban fusiles. Recogió casi imperceptibles chasquidos, escurriendo el sonido a lo más hondo de su cráneo. No hay duda, a lo lejos combatían. Coyla, también el teniente Retes pegaron una oreja a tierra. Parece que los mamelones flotaran sobre un lago subterráneo. ¡Nada! Pero Cáceres no se engaña. Había escuchado balazos. Sacudido por rachas de viento sudoeste, el coronel Reynaldo de Vivanco paseó hasta detenerse junto al centinela. El terreno poroso devolvía como un tambor el sonido de sus botas. Biviano olrateaba el horizonte. Sólo oía a los insectos y las voces de los militares conversando al filo de la gran guardia peruana.

—¿Cuándo debía volver Sevilla? —Cáceres recogió una cápsula usada esa tarde por los rifleros del *Callao*.

—Mañana, quien sabe el lunes —el coronel Rosa Gil acompañaba a Cáceres en la inspección del frente.

—Espero que no lo hayan emboscado.

—Es un viejo astuto —sonrió el jefe del *Callao*.

—Sí, pero le han desembarcado un ejército a retaguardia —el jefe del Cuarto Cuerpo del Ejército regresó des-

pacio en busca de los caballos. Descorchó su cantimplora para refrescarse con unos sorbos de agua salobre. Podría encontrarse en el apurado pellejo del coronel Sevilla. El mismo día de su regreso del sur, el General Silva saludó al héroe de Tarapacá. Su Excelencia deseaba verlo de inmediato. Cáceres lo encontró en su despacho ahora adornado con mapas de Lima y sus provincias. Como era habitual, Nicolás de Piérola vestía uniforme prusiano y altas botas granaderas. Quería conocer, en toda su franca amplitud, las opiniones del coronel sobre el desastre de Tacna. El antiguo jefe del *Zepita* resumió los principales errores que a su juicio se había cometido desde principios de 1880. Para empezar, discrepaba de la división de nuestras fuerzas, en vez de concentrarlas en la destrucción de los expedicionarios chilenos. La batalla del Alto de la Alianza se iba ganando hasta que se agotaron las tropas de reserva. Si además de los ocho mil soldados que estaban listos para marchar de Lima a Tacna en diciembre del año pasado, el señor Campero hubiese dispuesto del Segundo Ejército del Sur y sus seis ametralladoras, Cáceres cree que habríamos vencido en toda la línea. Si hay algún responsable de la división de tropas nacionales, esa persona era Piérola que escuchó al coronel sin pestañear ni torcer su electrizante mirada. El actual jefe del Cuarto Cuerpo recomendó una actitud ofensiva tan pronto el enemigo desembarcara en el sur. Ahora el Dictador reaccionó con voz cortante. Vendrán por Ancón, según datos precisos y seguros que posee Su Excelencia. Cáceres parpadeó. ¿Ancón? ¿servido por un ferrocarril por el que convoyes del Trasandino pueden movilizar un ejército en menos de veinticuatro horas? ¿Avanzará Baquedano por la cuesta de Piedras Gordas, lejos de la protección de su escuadra? ¿Empezará su ofensiva final en un paraje sin agua ni vegetación? Piérola decía que es necesario vigilar Ancón y que está acordado el nombramiento del coronel como jefe de una división acantonada en Huaral. Después de la derrota de Tacna, Cáceres no había hecho otra cosa que imaginar la mejor combinación para atacar Lima desde los puertos controlados por Chile y, la verdad, no hay ninguna mejor que la ya empleada por el General José de San Martín al empezar su campaña de la Independencia. Si tuviese que mandar al enemigo, Cáceres desembarcaría como el Libertador en la vasta y tranquila bahía de Paracas, nutrida por el ubérrimo valle de Chincha y con buenas corrientes de agua. Desde allí una división poderosa con-

trolará los importantes graneros de Ica y Cañete y podrá avanzar al norte pegada a la costa, bajo la vigilante cobertura de la artillería naval. Así que el coronel pidió a Su Excelencia que le confiara el mando de todas las fuerzas rurales del sur y que le permitiera, además, trasladar su nueva división a Cañete. Ya he dispuesto lo conveniente para la defensa de esa zona, replicó el Dictador, y su jefe es el coronel Pedro José Sevilla. En noviembre, los chilenos habían desembarcado en Pisco. Con sólo la mitad de la división a su mando, el capitán de navío Patricio Lynch, que ahora prefiere usar el rango terrestre de coronel, había marchado desde entonces al norte para reunirse con el grueso del ejército invasor en Lurín. Sevilla, jefe de los bien montados *Lanceros del Rímac*, hostigó la marcha del *príncipe rojo* chileno sin conseguir detenerlo. Sus jinetes y los rurales del coronel Miranda son las únicas fuerzas nacionales que merodean el campamento enemigo.

—Vamos —dijo al fin Cáceres. Cumplía cuarenta horas de pie, sólo dormitando a ratos sobre la montura—. Y buena suerte.

—Visitaré su campamento —sonrió el coronel Rosa Gil.

También Vivanco montó. No pasará la noche en San Juan sino entre el Zigzag y Villa, al frente de su batallón. Nació hace 33 años, mientras su padre estaba desterrado en Ecuador. Quienes conocieron al General Ignacio de Vivanco, afirman que este hijo suyo es su retrato de los autoritarios días del Directorio. Afincado en el tranquilo barrio de Magdalena y fervoroso pierolista, organizó primero una columna de 200 ciudadanos armados por su cuenta y, ya coronel, viajó a Cajamarca a encargarse del flamante *Piérola* N° 75.

—No se confíe, señor Vivanco —Cáceres llevó la diestra al quepís.

—Pierda cuidado, señor —se despidió el otro.

La nocturna fragancia de huertas y potreros sembrados con panllevar excitó felices recuerdos al teniente Retes. Antes de embarcarse como raso voluntario a bordo del *Huáscar*, había sido agricultor. Administraba la hacienda Bujama, ahora devastada por el humeante coronel Lynch. Al menos sabe que su padre Joaquín Retes pudo escapar de los chilenos. Entonces el mundo y todos sus hechos tenían pausados plazos y era posible calcular el futuro en años y aún en generaciones. Ascendido a sargento y artillero de la Gatlíng del monitor, Retes hizo toda la campaña naval a órde-

nes de Grau. De Angamos y la prisión militar en Chile regresó con cicatrices de balas y elevado al rango de oficial. Un tiempo sirvió a bordo de las lanchas portuarias que salían de noche buscando pleito a los chilenos en el Callao. En demanda de batalla verdadera, terminó cerca del más intrépido de los coroneles peruanos. Cáceres echaba un pie en el estribo. Mientras se aleja el coronel Vivanco, el teniente ayudante recogió un puñado de tierra, desmenuzándola con la diestra. Conservaba su calor diurno, cierta aglutinada dureza. Estas mil fanegadas de la hacienda Villa fueron confiscadas por la Dictadura al ex-plenipotenciario Goyeneche. Lo acusan de contrariar instrucciones del gobierno cuando firmó el contrato *ad referendum* con el *Crédit Industriel*. Todos sus bienes, también este fundo que rezuma humedad a quince minutos de Chorrillos, acabaron intervenidos por representantes fiscales a principios de año. Antes propiedad de Juan Bautista de Lavalle y todavía antes de los jesuitas, la casa del hacendado se asienta sobre pilotes a mitad de camino entre la ciénaga y la carretera de Lurín. Sacudido follaje de grandes álamos de la Carolina, distante trueno de olas azotando la empinada playa de Conchán, viento enflautándose por el acueducto de ladrillo que devuelve las aguas de la laguna de Villa o rechazado atrás por la mole de Marcavilca, centinelas a pie y oficiales en mula o en caballos morochucos, todo se mueve por un país en cauteloso abandono. Parte de Villa está sembrado de caña dulce. Por la trocha que vuelve al abra de Santa Teresa, sostenida por un alto terraplén a cuyos bordes se ahondan zanjas de drenaje y estrechos zancudales, Retes picó espuelas en pos de su silencioso coronel. Otra vez Cáceres dormitaba en la montura y con los ojos casi abiertos. A la luz de la luna creciente, acamados cañaverales soportan el viento y se inclinan, regresan con un rumor fluvial, esparciendo otro perfume, húmedo y agrícola, que lava a los viajeros de la salobre vecindad del océano o del licoroso tufo del pequeño ingenio de la hacienda. Fuera de las minúsculas urbes peruanas, parece que la tierra no tuviese fin. Caña de todas las edades apretándose en rectangulares batallones, colma la noche como una masa más oscura que el brillantado resplandor de los astros. A veces la luna flota sobre esta almibarada llanura como detrás de una lupa y su luz se esparce entonces con violencia de fanal. Aunque desde hace diez meses bajo administración fiscal, sembríos y acequias fueron trazados a cordel y todo se mantiene rec-

tilíneo, práctico y bien rentable. Después se encrespaban los campos. Un abombado olor a ciénaga y desaplicadas pasturas afeaban el paisaje nocturno. Retes observa a ruminantes apiñados en gramadales o en malhumorados campos de malojo a medio devorar. Parece que las colinas de Santa Teresa acordaran inclinarse para que pase el camino. Con prontitud de vigilia, Cáceres contestó el alto, quién vive pronunciado por centinelas del Primer Cuerpo del Ejército. A derecha del abra, sobre grupas rocosas Retes descubrió a las tropas de su coronel. Más allá de los cerros ondulan secos cascajares, en la distancia comarcados por los cañaverales de San Juan. Allí destilan aguardiente que nutre a bien surtidas bodegas de italianos en Chorrillos. En pleno frente, Andrés Avelino Cáceres contempló su improvisado campamento. Veteranos del antiguo *Zepita*, los soldados Erasmo Yaya y Telmo Chuquihuara han construido un sombrero con ramas de sauce y hojas de plátano para albergue del coronel. La rabona Nicolasa Huacacolqui se acercó con un plato de latón lleno de bienoliente guisado de carnero y un cacharro de té. El ayudante saltó de su balgadura para empuñar las bridas de *Turco* cuando desmontó el coronel. Dos veces lo había visto pasar en Iquique. Hace un mes que sirve a sus órdenes y ya lo admiraba intensamente. Cáceres come aparte de su tropa y oficiales pero rara vez acepta otro alimento que no sea el mismo rancho destinado a sus subalternos. En campaña su lecho es el suelo y su almohada, la montura. Puede soportar más sed y más cansancio que ningún otro hombre de estos batallones. Tome usted un bocado y échese a dormir, dijo a Retes. Pero el teniente ni tiene hambre ni podría dormir en esta primera jornada al acecho del enemigo. Era diferente a bordo del *Huáscar*, donde tumbado en un coy aprendió a roncar mientras no hubiese zafarrancho. Casi sin proponérselo, subió despacio a las colinas donde se estaciona el batallón *Lima*. Cierta inabarcable desolación encorbaba su musculosa espalda. Le duele el país. Y la felicidad perdida, la ruina de sus sueños. Devastada *Bujama*, también se arruinó su familia. Y después, la vida puesta en juego. ¿Cuántos aquí morirán para alimentar una insaciable ambición de conquista? Retes se suponía pronto perforado por las balas. No es hombre capaz de rendirse. En Angamos agotó sus cartuchos y después lo hirieron. Sólo así lo capturaron. Se sentó en una cresta entre Santa Teresa y el Zigzag a contemplar la noche des-

habitada. Dolorosamente recordaba a miss Sara Crosby, la carnosa sonrisa vivaz, el apretado moño castaño bajo la cofia de la Cruz Roja, su cuello blanco, de carne perfumada. De regreso de Chile, había servido como ayudante del General Silva. Durante una visita al hospital de sangre de Santa Sofía, el jefe del Estado Mayor General de los Ejércitos se hizo examinar viejas heridas. Como un cicatrizado reumatismo entorpecía sus movimientos. El cirujano mayor Lino Alarco y el bonachón doctor Corpancho opinaron que Silva morirá a balazos o de puro viejo, no de enfermedad. En agosto, el hospital ya estaba repleto de malheridos recién evacuados de Tacna y Arica. Retes fue a pedir medicinas al botiquín. Allí encontró a miss Sara Crosby y a otras voluntarias de la Cruz Roja que trituraban sales y licuaban aromáticos expectorantes. ¿Está usted enfermo, señor teniente? —se burló Sara observando la fornida estampa del oficial. Las voluntarias y hasta el farmacéutico rompieron a reír. Retes tartamudeó explicando que su General necesita curación. Después de visitar las salas, Silva agradeció el socorro que a diario reciben sus deshechas tropas a las que falta de todo, desde hilas hasta cacharros para recibir el insípido rancho de hospital. Ingleses del *Phoenix Club* y de la *Victoria Fire Brigade*, los simpáticos *pompieri* de la *France*, también la activa colonia italiana obsequian utensilios, cigarrillos, periódicos ilustrados, monedas de níquel, cítricos, frazadas y hasta humildes colchones de paja. No sólo Hermanas de la Caridad y cirujanos asistían a rotos combatientes. Sofocada por un hedor a pus, vómitos y cloral, la señora Mercedes Cabello parecía a punto de desmayarse cuando el General entró a la sala de gangrenosos. ¿Se siente bien, señora? La escritora moqueguana había sido de las primeras en ceñirse el brazalete de la Cruz Roja. A sugerencia de los médicos británicos de la cañonera *Penguin*, sustituían cataplasmas por lavados con pasta de Viena o cloruro de zinc. Aunque partidario del cauterio y el bisturí, Alarco ordenó aplicar el nuevo tratamiento. Ese día la señora Cabello había hecho catorce curaciones. Insoportables tufaradas, repugnantes supuraciones, súbitos aullidos, nada borró de su rostro la animosa sonrisa con que contestó al General, no se preocupe usted, ahora termino con este muchacho. Retes la recuerda después, apoyada en una pared y buscando fósforos para encender un tembloroso cigarrillo puesto en sus labios. Silva convocó a las auxiliares de la Cruz

Roja. Lavan heridas, aplican vendajes, espolvorean *crisantemum* para liquidar parásitos, reparten rancho, confortan a los moribundos, baldean pisos, preparan medicinas. El General les dio las gracias a nombre del ejército. No ignoraba que estas damas han de volver a sus casas de noche, atravesando barrios infestados de chinos y pordioseros, así que desde mañana serán escoltadas por oficiales de su propio Estado Mayor. De ese modo Francisco Retes, teniente sin colocación definitiva, volvió a ver tres veces por semana a la señorita Crosby. Cierta exclusiva intimidad nació de esos encuentros en el hospital y a través de calles mortecinas y peligrosas, mientras él trotaba con protectora corpulencia detrás del carruaje. Pero Sara y el teniente se despedían rápidamente en el principal del comerciante Crosby, en el número 91 del jirón Cusco, él con un ceremonioso saludo militar, ella con una húmeda sonrisa. Ahora piensa que si herido, acaso lo lleven a una improvisada maloliente sala en la que encontrará a la señorita Crosby. Ella, está seguro, no desconoce un solo minuto de su vida. A su vez creía verla en quehaceres de hospital o en la intimidad de una casa que el teniente nunca ha visitado. Así que se contemplaba a sí mismo, desdoblándose hasta conversarse con palabras hermosas que sostienen al Retes único e indivisible, al verdadero y contradictorio que arroja pedruscos a las diez de la noche, golpeando esa negra ladera por la que llegarán los chilenos. Igual que el teniente, los novatos del *Lima* y el resto de divisiones movilizadas urgentemente, se detuvieron como al filo de un abismo contemplando el horizonte vacío. Después de tanta espera, la guerra no había llegado. Llegados a la línea de San Juan, de pie sobre el filudo Zigzag, miraron con desaliento a la caballería enemiga perdiéndose en dirección de Lurín. De una vez, la batalla. Para ahora los clarines ordenando cargar y a degüello. Desanimados reclutas resbalaron de esas crestas para acampar en hondonadas cascajosos, abrigándose del incesante viento sudoeste. También Retes hubiese preferido combatir esta misma noche. O pasar al ataque. La espera destrozaba sus nervios.

SOLO POR EL QUEPÍS DE CORONEL, se conoce el rango militar de Pedro José Sevilla, primer jefe de los *Lanceros del Rímac*. Con negras botas de montar y chaleco negro con cuello lacre y bordado, pantalón y paletó gris, fusta en la diestra y espuelas de plata, más bien parecía caballista que militar en campaña. Sevilla ha sido comandante general de la Brigada de Caballería del Ejército del Norte. Al atardecer del lunes 27 de diciembre contempló el lamentable estado de su tropa. Un mes atrás partió de Lima con dos escuadrones montados en los mejores potros del país. Regresa del sur por acorraladas montañas, con hombres y bestias al filo de la extenuación. Sólo la mitad de sus jinetes está armada con carabinas rémington. El otro escuadrón combatía a lanza y sable. Ayer intentó llegar a Manchay pero sus guías se extraviaron. Inquieta al coronel encontrarse cerca de Pachacamac, a sólo diez kilómetros del enorme campamento de los invasores. Esperaba la oscuridad para trotar de Calango a la pampita de El Manzano y eludir al enemigo por la escabrosa ruta de Cieneguilla.

—¿Orden de marcha? —el teniente coronel Aróstegui, segundo jefe de los lanceros, miraba preocupado en dirección de la costa. Por allí humeaba la numerosa flota chilena.

—Todavía no, Baldomero, tengamos paciencia —Sevilla calculó la hora por la inclinación de la luz. Saldrán tan pronto se ponga el sol. Temprano llenaron sus cantinas en un puquio. Hoy no se cocinó rancho. El coronel se cuidaba de no delatarse con fogatas o polvaredas. En fatigada desproporción de uno contra cien, además arreando mil cabezas de ganado, entorpecido por un grupo de refugiados, veinticinco rabinas y hasta una banda de músicos y dos curas que huyen de bandidos chinchanos, al veterano Se-

villa sólo le quedan dos alternativas: pasa desapercibido entre las avanzadas chilenas o tiene que forzar su entrada a Lima a sangre y fuego. Las órdenes son terminantes. Debe volver de inmediato. Los *Lanceros del Rímac* son los mejores jinetes que le quedan al Perú. Pronto habrá batalla en Lima y falta caballería. A lentos trancazos, Sevilla y Aróstegui se refugiaron en una choza de carrizos. Al rato comparecieron los mayores Cabrera y Gereda.

—Partiremos nuestras fuerzas en este orden —explicó el elegante coronel— . . . veinticinco tiradores en vanguardia con el señor Aróstegui. Los ciento cincuenta lanceros lo cubrirán al mando del mayor Cabrera. Luego, el ganado. El mayor Gereda cerrará la marcha con el resto de tiradores, las rabonas y los paisanos.

Sus oficiales asintieron. La ruta que seguirán es poco conocida aún para los peruanos. Usarían un camino de hacienda que sube de Calango al Manzano para cruzar el valle de Pachacamac doce kilómetros arriba de las tiendas chilenas. Después se esfumarán por las hospitalarias boscosas quebradas de Cieneguilla.

Más preocupado que sus jefes, el cabo 1º Pedro Sancho Dávila repasaba el filo de su lanza preguntándose cuando podrá rellenar su cantimplora en el frío torrente del río Lurín. No dijo palabra cuando el raso Avelino Malache preguntó si de veras cree que llegaremos a Lima. Hijo de un mandinga esclavo de la poderosa familia Sancho Dávila, cuyo apellido asumió cuando el Mariscal Castilla libertó a los negros, el cabo ha podido contemplar la flota de veintinueve buques enemigos que desembarcaba tropas cerca de Pisco y otra flota aún mayor en Curayacu. Secretamente Pedro Sancho Dávila piensa que poco podía hacerse para detener al invasor, opinión que ni siquiera se atreve a conversar con su hermano Emilio, también cabo de los *Lanceros del Rímac*. Al rato dijo, con disgustada voz, que por supuesto llegaremos a Lima, sarta de cojudos, no ven que estamos en nuestra propia tierra. Además, el coronel sabía pelear. Ya el 55 era distinguido militar a órdenes de Vivanco. Más impresionados por la feroz musculatura de Sancho Dávila que por la solidez de sus argumentos, los rasos callaron. Como Malache, los lanceros Zenobio Loyola y Anselmo Cevallos habían integrado la avanzada que husmeó de cerca el poderío de los chilenos desembarcados. Temprano el 19 de noviembre los buques enemigos se presentaron en la bahía de Paracas. Las fuerzas nacionales a órdenes del coronel Armando Za-

mudio no tenían cañones para rechazar a esa escuadra. Batallones de reclutas levados a punta de bayoneta, corrieron al primer liviano bombardeo naval. A Zamudio se le habían dispersado las tropas cuando recibió a un parlamentario chileno. Todavía amenazó con combatir hasta el último hombre. Después tuvo que escapar al interior.

Sólo los *Lanceros del Rímac* y los montoneros del coronel Miranda se interponían a fines de noviembre entre la expedición chilena y la capital del país. Pleiteaban entre sí los jefes nacionales del sur. El prefecto Villena acusó de traición al solitario coronel Zamudio y alzó montonera por Piérola y el Perú con todos los dispersos de Pisco. Cuando Sevilla insinuó que se pusiera a sus órdenes, el prefecto emprendió larga caminata a Lima por convenientes serranías. Malache, Loyola y Anselmo Cevallos habían recorrido Chíncha a órdenes del capitán Chumán. Por intactas haciendas holgaba el adversario. Pronto se supo que una brigada de la primera división chilena emprendía marcha hacia Lima. El *príncipe rojo*, como los diarios de Valparaíso llamaban al coronel-comodoro Patricio Lynch, traía consigo a las mejores tropas de Chile, fogueados zuavos del 2º de Línea, el regimiento *Artillería de Marina*, el batallón *Talca* que lo había acompañado a devastar las haciendas azucareras de Lambayeque, Chicama y Nepeña, aparte de expertos granaderos y una batería de montaña. Lynch avanzó imponiendo cupos y aumentando sus huestes con los chinos que libertaba por las haciendas. En Tambo de Mora no lo recibieron a balazos sino con amable alojamiento y el almuerzo servido. En Cañete, el coronel Sevilla emboscó su avanzada, volviéndolos a escaramuzar de madrugada y con neblina. Pero los trescientos *Lanceros del Rímac* no consiguieron desordenar la maciza columna de casi cinco mil chilenos y antes de que se disolviera la camanchaca continuaron al norte y por las sierras. Sólo casas desiertas y sin saquear encontraron en Cerro Azul. En la opulenta hacienda Unanue, el *príncipe rojo* cobró un cupo de veinte mil soles en plata. De Montalván, que fuera propiedad de O'Higgins, el coronel Lynch capturó óleos y objetos que pertenecieron al libertador chileno. El 21 de diciembre, Sevilla ignoraba que el grueso de los expedicionarios empezaba a desembarcar a sus espaldas, cortándole así la ruta a Lima. Mientras la Brigada Lynch alzaba campamento en Tambo de Mora, los peruanos ocuparon la hacienda Bujama, telegrafando información al co-

mando supremo en la capital. Al día siguiente, los *Lanceros del Rímac* y paisanos armados por el hacendado Joaquín Retes atacaron en un bosque a los granaderos enemigos. Hasta el pueblo de Mala, la pequeña tropa de Sevilla tendió otras tres emboscadas. Duda Malache que sus disparos hayan causado verdadero estrago al enemigo. Ha visto a ocho chilenos muertos después de sorpresivas descargas. Varios peruanos cayeron alcanzados por el masivo tiroteo de la Brigada Lynch. Ocultos en una colina, los lanceros de la primera compañía vieron fusilar a un negro harapiento, a quien el enemigo sorprendió con un vetusto fusil Minié. A Chilca los invasores llegaban en víspera de Navidad. Sólo entonces descubrió Sevilla que lo habían atrapado. Esperaba reunirse al ejército peruano en Lurín y sus exploradores volvían de encontrarse con otro ejército chileno de veinticinco mil hombres. La prisa con que partieron a ampararse en las breñas preocupa al desconfiado Malache. Sobre cansadas bestias poco podían hacer los lanceros si tropiezan con toda una división enemiga. Desde las alturas de Calango vieron hundirse el sol. Por el opalino crepúsculo de verano, reverberaron entonces las fogatas del campamento enemigo.

A las seis, Sevilla ordenó botasilla. Parte de sus jinetes debe distraerse en empujar ganado. Dicen que Lima sufre hambruna mientras los chilenos comen buey, yuca, papa, gallinas, choclos, camote y sandías que nada más recogen de estos fértiles valles. Lanceros, adelante. Malache picó espuelas a su zaino chileno, uno de los caballos capturados por Grau a bordo del vapor enemigo *Rímac*, a comienzos de la guerra. Hasta las botas de los lanceros, de buen cuero amarillo, alguna vez pertenecieron a los bagajes de los *Carabineros de Yungay*. Lanza en mano, el cabo Sancho Dávila cruzó resueltamente el río. El tostado alférez Ezequiel Balarezo apuraba a la primera compañía. Deben explorar, no demorarse en colmar cantinas de agua. Pronto el teniente coronel Aróstegui alcanzó a la vanguardia. Hoy no pueden extraviarse. Si ayer el guía no se hubiera equivocado, ya estaríamos en Lima. A las siete y media de la noche, el cabo Julián Bolívar reconoció la pampita.

—Estamos en El Manzano, mi capitán... por allá se llega a Cieneguilla.

—El Manzano, señor —a su vez Chumán indaga órdenes ante el segundo jefe de los *Lanceros del Rímac*.

—Seguimos adelante —Aróstegui escucha acercarse ganado y músicos, rabonas y carabineros. Muy bien, esta vez acertamos. Al amanecer desayunarán en La Rinconada.

Más atentos en volver a casa que en escudriñar tinieblas, los exploradores apuraron el trote por la pampita de El Manzano. Sólo a Sancho Dávila le llamó la atención cierto pesado silencio delante suyo. Muchos años miliciano, sabe que de noche hasta el aire se endurece cuando hay hombres al acecho. Hubiese preferido que los Lanceros descansaran mientras una fracción tantea malezas. Ni chicharras, ni luciérnagas, ni grillos. Después cambió el viento y su caballo sacudió la crin, soltando un relincho de advertencia. También el cabo olfateó un olor a sobaco, a sudor de tropa. Antes de que pudiera proferir un grito, quinientos rifles los fusilaron. Tan perfecta emboscada sembró confusión entre atrapados peruanos. Compañías escalonadas en El Manzano disparan al bulto mientras sueñan clarines chilenos ordenando fuego, ahora a discreción.

La segunda brigada de la Segunda División chilena los había atrapado. El coronel Orozimbo Barbosa, veterano del Alto de la Alianza, que en julio subió a la cordillera tacneña para liquidar a los *Guerrilleros de Vanguardia*, a cuyo jefe Leoncio Prado tomó prisionero, comanda esta noche al enemigo. Pero sus disparos sólo aciertan de cerca o por casualidad. Como los peruanos, esos rifleros del batallón *Curicó* tirotean a ciegas, más bien guiados por relinchos y voces de la tropa acorralada. Otras cornetas chilenas ordenan al regimiento *Lautaro* y al batallón *Victoria* pasar al ataque desde atrás y por el flanco peruano. Sevilla atravesó la pampa al galope. Detrás suyo cargó el mayor Gereda con la mitad de sus tiradores.

—¡Aróstegui, no se detenga! ¡Ataque usted! —el elegante coronel saltó de su montura entre apiñados lanceros.

—Lo mataron, señor —explicó Chumán.

Sevilla barbotó una exasperada maldición. Al otro lado de esos cerros se encuentra Lima.

—¡Cabrera!

—Voy llegando, mi coronel —al mayor que iba al frente del primer escuadrón le habían matado el caballo.

—Tome usted a quienes tienen carabinas y fuerce el paso de inmediato —Sevilla aún cree posible llegar a Cieneguilla. Por instinto sabía que el grueso de los chilenos no está al frente sino encerrándolos desde atrás. Acaso lo

quieren retrocediendo para acribillarlos peor. Llegaba Gereda—. ¡Bravo! ¡úñase usted a la carga!

Lanza en ristre, los hermanos Sancho Dávila acometieron detrás de los carabineros. Cien metros más lejos los contuvo una insoportable ríflería. Malache se golpeó la cabeza con una piedra cuando le tumbaron el caballo. En la oscuridad se lamentaban desparramados heridos. ¡Vamos, a la carga! ¡Hay que pasar, carajo! Atras se dispersa el ganado con una mugiente estampida. Pedro Sancho Dávila encontró una carabina rémington en el suelo. Sólo quedaba un cartucho. Su único balazo se hundió en una sombra de a pie. Después un clarín chileno ordenó cese el fuego y también callaron las carabinas nacionales. Cuatro veces habían cargado en vano. Todavía sin creer cierto que su negro pellejo siga intacto, Sancho Dávila miró el cielo para orientarse. Sin caballo, al menos puede caminar hacia los cerros y escurrirse a Lima. Borrosas estrellas le negaron salvación. A tientas regresó por la pampa buscando a su gente. Se han extraviado mulas con pertrechos, disuelto los músicos cuyos instrumentos están regados por El Manzano, escapado capellanes y rabonas. Con sólo una lanza para defenderse, Sancho Dávila silbó bajito llamando a su hermano. Andaba cerca, con Malache y Loyola. ¡Sargento, por aquí! Le ofrecieron unos sorbos de chicha. ¿Y ahora? No sé. Respetaban al sargento que aturdido por el estruendo, demora en reconocer norte y Levante. ¿Y el coronel? Creo que le dieron, se quejó Malache. Y el segundo jefe está bien muerto, así que el sargento debía dar las órdenes hasta que apareciera un oficial.

Pero Sevilla vivía sin un rasguño. El grueso tiroteo chileno estuvo a punto de sacarlo de la montura. Al rato su caballo se desplomó muerto. Espada y revólver en mano, erraba el coronel en busca de dispersos. Hasta que no brilló una turbia luz lunar detrás de veloces nubarrones, el jefe de los lanceros no comprendió el tamaño de su derrota. Había quedado solo por el monte. Lo mismo ha sucedido a sus hombres luego de desbandarse. Ya no eran dos escuadrones sino trescientas veces un hombre fugitivo. A las tres de la mañana entraron en acción los *Carabineros de Yungay*. Con la primera luz, dos mil chilenos de infantería dejaron sus posiciones de emboscada para perseguir a los peruanos. A las once de la mañana del martes 28 de diciembre, Sevilla se entregó prisionero a un cabo del regimiento *Cazadores*.

Ni veinte cañones habían logrado desembarcar los chilenos cuando al atardecer ofrecieron caballo al coronel peruano para llevarlo a Lurín. Hasta el último enemigo de infantería llegó a tierra provisto de rifle y cien cartuchos. Trabajosamente barqueaban pertrechos a Curayacu para de allí despacharlos a lomo de mula hasta Lurín. El coronel Barbosa no sale de un divertido asombro. Hubiesen dado batalla los peruanos en este valle y se habría desmoronado la invasión. Ahora los regimientos a órdenes del coronel Lagos se fortifican en la otra ribera del río, forrajea la caballería en campos de caña dulce y en succulentos alfalfares, empiezan a amontonarse cofres de munición en la antigua casa de los jesuitas, que también fueron dueños de la hacienda San Pedro, y un invicto aire de conquista comienza a respirarse cerca de las viejas ruinas de Pachacamac sin que hasta el momento los peruanos hayan dejado sus posiciones de San Juan y Chorrillos para reconocer la importancia del enemigo.

—Ya es tarde, señor —sonrió el chileno Orozimbo Barbosa—. Ni con todas sus reservas podrían echarnos de aquí. Hace unos días, quién sabe.

El jefe de la brigada y el vencido coronel se entrevistaban a la sombra de la ruinoso iglesia de Pachacamac.

—La guerra no ha terminado, será mejor que guarden energías —replicó Sevilla.

—Siento mucho que no pueda usted presenciar la próxima batalla... el General Baquedano quiere verlo, coronel —Barbosa estudió un rato el lamentable aspecto de las ranas capturadas, que se apiñan andrajosamente junto a los 55 lanceros que sus tropas tomaron prisioneros después del combate. Luego explicó a Sevilla que serán embarcados en el *Abtao* a la espera de un transporte que los lleve al campo de prisioneros en Chile.

—¿Cuándo enterrarán a los caídos?

—Mañana... mañana temprano y aquí mismo. Chilenos o peruanos recibirán los honores que dispone la ordenanza, señor.

Sevilla agradeció con una ligera venia de cabeza. Trece peruanos y cuatro chilenos murieron en el combate a ciegas. Al teniente coronel Aróstegui le preparaban sepultura a la entrada del camposanto. También los chilenos perdieron a un comandante, José Olano, segundo jefe del batallón *Curicó* que tendió la emboscada.

El cabo Marín, captor del coronel Sevilla, acercaba un caballo del regimiento de Cazadores.

De cuclillas en la delgada sombra de una finca de adobes, Sancho Dávila y Malache observaron a su coronel que se despedía del jefe chileno con un apretón de manos. Bienhumorados rifleros del regimiento *Lautaro* los habían acorralado en una quebrada sin salida. El negro clavó su lanza en tierra, rajándola con un corpulento esfuerzo. Luego se entregó con los brazos en alto. No ha vuelto a sonreír hasta ahora. Sostuvo la mirada gris de Pedro José Sevilla cuando rodeado por una escolta de cazadores se volvió a despedirse silenciosamente de sus hombres.

Desde Pachacamac, todo parece perdido.

Hasta Lurín, el valle se había convertido en una urbe improvisada. Tropas que pronto atacarán Lima, han construido chozas y trazado calles por las que deambulan en libertad. Asaban bueyes, carneros y hasta correosos burros. Desde su cabalgadura Sevilla linceó funciones de títeres, soldados que comercian en improvisados mercaditos repletos de yucas y choclos. Dolía el corazón a la vista de infinitas banderitas enemigas que el viento sacude sobre esas viviendas verdes. La miliciana multitud parece haberse dedicado hoy al aseo, pues todavía muchos caminan en calzoncillos. No importa que semidesnudos, los expedicionarios contemplaban con curiosidad el atuendo del prisionero. Cerca de San Pedro de Lurín, advirtió Sevilla que se estacionan tías tropas de guardia y que en el patio de la antigua residencia jesuita, hay ensillados caballos de alto rango. Sobre un yucal se alza una tienda con la insignia del general en jefe. A doscientos metros se alza sobre una huaca la casa transformada en cuartel supremo. En la amplia terraza a la que se llega por dos tramos de escalera con porosa balaustrada de madera, habían bajado toldos para protegerse de la intensa luz del atardecer. Mojado en sudor bajo el excesivo chaleco, Sevilla siguió a un oficial ayudante por ajetreadas habitaciones. El secretario del general en jefe, Máximo Lira, lo recibió como a un huésped. Asiento, señor. El señor Baquedano lo atenderá en un momento. Era verdad. En cinco minutos el propio secretario señaló una puerta que se abría.

—¿El coronel Pedro José Sevilla? —Baquedano aguardaba de pie, entre su jefe de Estado Mayor General Marcos Maturana y el general de brigada Cornelio Saavedra. El rostro bien afeitado, el espejo bigote castaño recién recor-

tado, vestía impecable uniforme con insignias y fajín blanco de general de división. Sus ojos negros examinaron la civil indumentaria del peruano. Por llegar del sur con cómodos sombreros de paja en vez del quepís de reglamento, los fatigados hombres de la Brigada Lynch debieron cumplir multitudinario arresto de ocho días. Baquedano no tolera a los militares en servicio y desuniformados. Como Sevilla, nació en 1826. Hijo del general de caballería Fernando Baquedano, a los doce años vino al Perú con la expedición de Gamarra y Bulnes que liquidó la Confederación Perú-Boliviana en Yungay, en 1838. Un año después era teniente del regimiento de Cazadores. Caído su padre en una contienda civil en la que ambos sirvieron en bandos opuestos, Baquedano salió de filas con rango de mayor en 1851 para dedicarse a la agricultura. Rebeliones de feroces araucanos lo devolvieron a la milicia y sus atrevidas campañas lo elevaron a coronel y general de brigada, comandante de armas de Santiago y jefe de la caballería chilena antes de 1879. Después de conducir las batallas de Tacna y Arica llegó a general de división y a comandante en jefe del ejército expedicionario. Se acuesta con el clarín de retreta y se levanta al alba. Como si fuese uno de sus subalternos, preguntó a qué se debe que los *Lanceros del Rímac*, incluyendo a Sevilla, no vistan uniformes sino sólo quepís militares. El prisionero explicó que no tuvieron ocasión de recibir uniformes antes de la intempestiva orden de partir al sur. Baquedano cambió miradas con Maturana y Saavedra. Después indagó si lo han tratado bien.

—Con toda cortesía, señor.

—Así debe ser, así debe ser —con voz cortante, el comandante en jefe chileno se repetía a sí mismo. Miró por la ventana en dirección a Lima—. Pronto habrá una gran batalla . . . —respiró profundamente—. . . una gran batalla.

—No esperé encontrar a su ejército en Lurín, señor —pareció reflexionar Sevilla—. Los creí peruanos.

—¿Peruanos, no? Claro, claro. Peruanos. Tampoco yo esperé que me obsequiaran Lurín —a pausas se volvió Baquedano. A lo largo de la guerra, muchas veces le han regalado ríos y manantiales. Sin los pozos de Dolores, la aguada del Conde en Moquegua, los ríos Locumba y Sama, la corriente del Azufre y ahora estas vegas en las que su ejército vivaquea plazeramente, no habría podido conducir tan lejos la invasión.

—¿Puedo preguntar, señor, cómo averiguaron cuándo

y por dónde intentaría pasar con mi gente a Lima? —no pudo aguantarse más el coronel.

Baquedano sonrió por primera vez.

—¿Qué te parece, Marcos, qué te parece la pregunta? —se dirigió al General Maturana.

—Antier ha de haber notado usted la ausencia de dos de sus hombres. Los tomamos prisioneros —explicó el jefe del Estado Mayor General enemigo.

—Siempre hablan, siempre hablan... bien, señor Sevilla, lamento conocerlo en estas circunstancias. Que lo traten como a un inglés, Marcos, como a un inglés.

—Me preguntaba qué clase de persona sería usted, señor. Llevo conmigo una grata impresión —respondió Sevilla.

—Gracias, gracias —resonaron las botas de Baquedano sobre tablas desvencijadas—. Permanecerá en mi campamento hasta embarcar en el *Abtao*. Le ruego sea prudente en su trato con mis hombres.

—He dado mi palabra de honor de no escapar, señor.

—Le creo, coronel, le creo —Baquedano se despedía con un estricto saludo militar—. Puede retirarse. Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Anocheía. Una enorme fogata y chillones instrumentos musicales que no parecen de este mundo, llamaron la atención de Sevilla. Siempre vigilado por el cabo Marín, el coronel peruano escuchó un excitado vocerío cantonés y se encaminó, entre curiosos oficiales chilenos, a la pagoda de San Pedro de Lurín.

—Nuestros auxiliares —mostró los dientes el cabo—. Son sus enemigos, señor coronel.

Sevilla se mordía el bigote. Sus mugrientos veleros trajeron de Macao a miles de estos miserables después encadenados para cumplir tramposos contratos de trabajo en fábricas y haciendas nacionales. Hasta el gran Garibaldi fue capitán chinero, en un buque de su compatriota Denegri. La reforma civilista de Manuel Pardo arruinó el negocio. Pero sólo esta guerra pudo devolverles la libertad. Habían distribuido viejas ropas chilenas y gastados zapatos al batallón de chinos. Oyó decir que según los cholos, en la pagoda se han reunido dos millones de pesos en carne de hacienda. Cuatro grandes faroles de seda y papel adornaban el santuario. Anunciado por un gong, un chino con modales de mandarín dedicó una reverencia a la estatua del

dios Kuong-Kong en el altar de caoba. Nadie aquí conoce el verdadero nombre de este general de cantoneses, a quien su pueblo acaba de elegir jefe sólo sujeto a la autoridad chilena. Acaso sería un deshonor explicar cómo a persona tan elevada, la secuestraron traficantes portugueses. Así que se llama a secas Quintín Quintana. Compadre del ministro de guerra chileno en campaña y del coronel Lynch, el jefe de los chinos reverenció ahora a Yong-long, blanquísimo dios a quien se supone hijo de Kuong-Kong, y al negro dios Afai, armado de una enorme espada. Concluidas las invocaciones a sus divinidades guerreras, Quintín Quintana llamó a sus lugartenientes. Con pausados movimientos decapitaban gallos, vertiendo su sangre en una tina para diluirla con agua.

—¡Muela Pelú! —aulló Quintín mostrando los gallos muertos.

Un feroz escándalo de voces chinas aprobó la consigna.

—¡Viva Chile! —siguió Quintana.

Prestaban juramento de lealtad al General Baquedano.

Cerca de Sevilla, el *príncipe rojo* fumaba un habano. Patricio Lynch había conquistado la adhesión de los chinos, poniéndolos en libertad y dándoles armas en las haciendas del norte que arrasó o a las que impuso cupos durante su implacable expedición corsaria. A bordo del crucero *Itata*, acomodó a casi setecientos chinos que fueron propiedad de Dionisio Derteano y otros hacendados, llevándolos hasta Arica como nueva fuerza auxiliar. El comodoro-coronel habla cantonés. Contemporáneo de Baquedano y su discípulo en el colegio Zapata de Santiago, como el general en jefe hizo la campaña de Yungay a la edad de doce años. Pero la carrera naval de Patricio Lynch, descendiente de irlandeses, empezó verdaderamente en los buques de guerra que Su Majestad Británica enviaba a Cantón para liquidar la Guerra del Opio. A los dieciséis años, el guardiamarina Lynch participó en el asalto del fuerte Amunhoy, en el combate de las fortalezas de Whampoo y en la toma de Cantón a órdenes del General Cough. Un año vivió en China hasta la paz de Nankín. Aunque los siguientes cuatro años los pasó de guarnición en el Mediterráneo y en Grecia fue maldisimulado favorito de la consorte de Otón I, Lynch nunca olvidó sus conocimientos del cantonés. Ahora traducía a sus ayudantes el juramento pronunciado por Quintín Quintana.

—Si el General ordena trabajar, trabajar. Si matar, matar. Si incendiar, incendiar. Si morir, toaos mueren... —los rápidos ojos de raposa, el grueso bigote gris del coronel-comodoro aprobaban la lealtad de los chinos. De uno en uno se acercan a beber una ración de agua y sangre frente a la atrabiliaria esatua de Kuong-Kong.

Después Quintín encabezó a sus paisanos a anunciar su juramento de lealtad ante Baquedano. Dueño de dos fincas y dos tiendas en Ica, el jefe de los chinos trabajó ocho años para el hacendado Quintana antes de recobrar su libertad y convertirse en influyente mandarín sudamericano. Tan pronto los chilenos desembarcaron en Pisco, Quintín ordenó a sus paisanos apoyar al enemigo del Perú. No había mejor manera de sacudirse de su virtual esclavitud en las haciendas costeñas que por medio de esta guerra. El jefe de los chinos solemnizó su alianza con Chile, bautizando a sus hijos y haciéndose compadre de los jefes de la invasión. Sin ganas de escuchar un largo discurso entre cantónés y castellano con improprios a su patria, Sevilla pidió al cabo Marín que lo llevara a su alojamiento. Llegaban carretas repletas de cartuchos y saquetes de pólvora. Troncos de espléndidas mulas arrastraban poderosos cañones Krupp de 87 milímetros y ametralladoras Gatling de campaña. El prisionero miró tristemente al norte, preguntándose que esperan los suyos para saltar de las trincheras y emprender la ofensiva.

TODAVIA EN JULIO, seis zapadores chilenos escarbaron el Morro de Arica hasta que sus azadones golpearon un ataúd de pino. George Hodges Nugent observó la derribada cruz de dos metros que los marinos de la *Covadonga* habían clavado sobre la tumba del coronel Bolognesi. Después permitió que sus ojos flotasen por la bahía llena de mercantes y por los filos del peñón que encanecían cubiertos de cenizas humanas. Cinco días humearon montones de cadáveres a los que el General Baquedano ordenó empapar con parafina y echarles candela después de la batalla. El hedor de lentas y aceitosas piras funerarias sigue adherido al paladar de mister Nugent, cónsul de Estados Unidos. Con aplomado semblante, el cirujano peruano Azcárate lo

sostuvo cuando desclavaron el ataúd. ¿Reconocen señorías al señor coronel don Francisco Bolognesi Cervantes? Ahora observó los restos de su amigo. Veinte días de muerte han disuelto lo principal de sus facciones. Pero el obstinado hueso, sus mechones blancos salpicados de coágulos oscuros, cierta manera de yacer difunto con la misma apostura con que había defendido su plaza hasta quemar el último cartucho, movieron a Nugent a decir que sí, es él, coronel Francisco Bolognesi, lo reconozco. También el ex-alcalde Domingo Pescetto asintió. Se necesita dos testigos, sello del gobernador, orden de embarque y hasta vistobueno de aduaneros chilenos para recuperar los restos del héroe. A su lado, los marinos enemigos dieron sepultura al coronel Zavala y al capitán de navío Juan Guillermo More. Con su uniforme naval adornado por una llamativa insignia de la Cruz Roja, Azcárate examinó los despojos de Bolognesi antes de que cerraran el ataúd y lo metieran en un hermético cofre de latón para su viaje a Lima. Zapadores y testigos cubren sus rostros con pañuelos. Expertamente el cirujano comprendió que le habían disparado un fusil a quemarropa para luego deshacerle el cráneo de un culatazo. Se irguió entonces hasta mirar de frente al chileno coronel Valdivieso, nuevo gobernador militar de Arica, como preguntando si había sido necesario. El jefe enemigo esquivó el altivo reproche. Ordenaba a sus hombres que apurasen la exhumación de More y Zavala. Cambiado su pabellón peruano por el de la Cruz Roja Internacional, el vapor *Limeña* fue admitido en Arica para recoger heridos y refugiados. Mejor si zarpaba hoy mismo. Azcárate, que viene al mando de la misión de rescate, pidió además los cuerpos de Bolognesi y demás jefes del Morro. El alto mando chileno accedió. Ya que More y Zavala estaban enterrados allí mismo, en lo alto del peñón y cerca de donde perdieron sus vidas, también podían embarcarlos. Pero el gobernador se excusó cuando se interesaron por Alfonso Ugarte. El señor Ostolaza rescató sus restos de las rocas del peñón. Lo enterraron en el cementerio de Arica. Antes de largar anclas, el capitán inglés Cross, separado del servicio en la *Pacific Steam Navigation Co.* por descubrirse con armas de contrabando para el Perú y que ahora servía de no tan neutral comandante del *Limeña*, descubrió con su anteojo la osamenta de un caballo en los riscos del Morro, sobre un lugar conocido como La Cinta. Pegado al largavistas, Azcárate reconoció blancos uniformes peruanos engarfia-

dos al abismo, combatientes que se descarnaban al sol en puntas inaccesibles. Cuando interrogó a G. H. Nugent, el cónsul replicó vagamente que cien cadáveres han sido recogidos de las peñas y que, la verdad, nadie sabe donde acabaron los cuerpos de Blondel o el heroico Arias y Aragüez. Mientras se repetía la maloliente operación de destapar ataúdes y reconocer a sus ocupantes, dudaba el cónsul de su propia existencia en carne y hueso. Residente en Arica la mitad de la vida, se negó a trasladar archivos, sellos y familia a bordo de la flota neutral que el pasado 7 de junio observó la batalla. No olvida que marinos chilenos e ingleses cruzaban apuestas y que dos mil esterlinas se jugaron a que Baquedano liquidaba el asalto en apenas media hora. Los marinos de Su Majestad Victoria descorcharon champaña celebrando por anticipado tan estupenda ganancia. Avezados conquistadores, saben que ni siquiera los rudos fusileros de Roberts o Gordon podrían capturar el Morro en tan poco tiempo, no importa la evidente inferioridad material y numérica de los peruanos. Nugent, que también ha sido agente consular británico, resolvió no moverse de casa. Izó la bandera de Estados Unidos y abrió puertas de par en par. Allí, en el penumbroso y friolento salón donde cuelgan sus credenciales y un retrato del presidente Rutherford Hayes, escuchó retumbar la batalla en la cima del peñón. Anteriores bombardeos habían desconchado su finca de ocho alcobas, dos patios y placentero mirador. Esa mañana la trepidación de la matanza hizo saltar cristales y bambolear lámparas mientras Nugent, su familia y medio centenar de refugiados se apiñaban junto al mesurado rostro republicano de mister Hayes, como si pudiese detener granadas con su sola presencia fotográfica. Cuando cesó el estruendo de los cañones, el cónsul se atrevió a subir al mirador. Una inmensa polvareda envolvía la cima donde ya ondeaba el pabellón de Chile. Balas a ras de los techos lo obligaron a retroceder. Aunque despedazadas y con todos sus jefes muertos en combate, tropas del *Iquique* y del *Tarapacá* resistían desde los peñascos de la calle Colón y en el palacete MacLean. No daban las diez de la mañana cuando el subprefecto Sosa se tambaleó por el patio pidiendo asilo. Al rato llegó el capitán de puerto, Raygada. A fuerza de bayoneta entraba el enemigo en una ciudad que no puede defenderse. Al repaso de heridos y paisanos siguió el saqueo. Arica se quemaba cuando vinosos chilenos entraron al consulado disparando sus armas a cualquier parte. Nugent se

recuerda gritando territorio neutral, territorio neutral a solas sobre las lajas, mientras hombres todavía no fatigados de matar lo pican con sus bayonetas y rompen ventanas a culatazos. Pero allí, en esa casa por lo común bienhumorada y hospitalaria, había vivido el comandante Bulnes, jefe de los *Carabineros de Yungay* a quien Grau capturó con todo su regimiento a bordo del *Rímac*, entregándolo después prisionero a las autoridades militares de Arica. Canjeado en diciembre, devuelto al mando de sus jinetes en marzo, ahora Bulnes volaba con medio escuadrón a salvar a sus amigos ariqueños. Sable en mano cargó la caballería dispersando a sus propios insurrectos rifleros. Nugent se daba por muerto cuando Bulnes y sus oficiales irrumpieron a tajos hasta interponerse entre refugiados y saqueadores. El jefe de los carabineros no respetó el derecho de asilo, pero al menos salvó la vida de Sosa, Raygada y otros oficiales peruanos, llevándoselos bajo serena custodia al edificio de la Aduana. Un pelotón de jinetes cuidó del consulado hasta el día siguiente. Con pisadas de sonámbulo, G. H. Nugent se atrevió después a visitar el cuartel general chileno. Manzanas enteras terminaban de consumirse por el fuego. Del palacete de la viuda MacLean sólo quedaban carbones. Y en cenizas, ni en piedra sobre piedra se habían convertido las fincas de Alimonda, de Goyonechea, de Ostolaza. El cónsul se negaba a creer: en escombros la callejuela Arias, arrasadas las buenas casas de San Marcos, las chozas de Pueblo Nuevo, hasta la Iglesia Matriz y la finca de Beretta donde funcionaba la Beneficencia. En vano protesta el cónsul italiano por el asesinato de Giuseppe Carniglia y otros de sus connacionales durante la multitudinaria borrachera de los regimientos vencedores. Peor la pasaron los peruanos. Setenta refugiados en la iglesia fueron fusilados en el atrio o cazados a tiros por la plaza mientras corrían en círculos en busca de imposible salvación. A veinte prisioneros extraídos del consulado británico los acribillaron frente al depósito de Daüelsberg & Schbering. Dos peruanos escondidos en el pozo de la plaza principal, perecieron apedreados. Bajo la hedionda sombra de hogueras alimentadas con dos mil cadáveres de ambos bandos, el General Baquedano enviaba su ejército a vivaquear lejos de las ruinas. Sólo salvó intacta la tripulación del *Manco Cápac*, cuyo primer jefe Sánchez Lagomarsino dinamitó y hundió el monitor en medio de la bahía. Recogidos por los botes del *Itata*, los marinos emprendieron largo viaje al campo

de prisioneros en San Bernardo. El mismo 7 de junio desembarcaron cirujanos y sanitarios de los buques neutrales. No se había permitido que las ambulancias peruanas salieran de Tacna y los heridos que salvaron del repaso, ahora morían de gangrena y fiebres. Repetidas protestas elevadas por los cónsules extranjeros a la flota neutral, suavizaron la innecesaria crueldad de los invasores. Baquedano despachó 406 heridos a bordo del crucero *Loa* que zarpaba al Callao. Otros 69 mutilados nacionales viajaron a Lima en el vapor chileno *Lamar* con la ambulancia del heroico cirujano italiano Bertonelli. Al mismo tiempo se presentaba el *Limeña* en Arica a completar la evacuación. El cirujano Garrido y el practicante Chacaltana, de la última ambulancia nacional que queda en el sur, esperaban a Azcárate en el muelle. Esta vez Chile permitía partir a veintisiete oficiales, no sólo a tropa amputada en las batallas. Ciento cuarentinueve lívidos combatientes del Perú y Bolivia embarcaron en camillas. Trescientas ochenta rabonas del deshecho Primer Ejército del Sur, ciento cuarenta huérfanos y hasta cinco expulsadas monjitas del Hospital San Ramón de Tacna completaban el pasaje. Cierta persistente tufo a chicharrón humano, los negros escombros de la ciudad, el atrio ensangrentado que culpables cepillos no conseguían lavar, despojos atrapados en los riscos, desencajados rostros de sobrevivientes y sanitarios contrastaban con la amable disposición de autoridades enemigas cuando al fin Azcárate pisó cautiva tierra peruana. El general en jefe se encuentra en Tacna pero ordena extender amplias facilidades a la Cruz Roja Internacional. Persona de suaves modales, Azcárate agradeció a nombre de la humanidad.

El gobernador chileno ordenó llevar a Bolognesi, More y Zavala a la iglesia e invitó al cirujano y a los testigos a acompañarlo al edificio de la aduana. Una generosa ración de coñac robusteció sus ánimos. Viejo soldado de carrera, el coronel Samuel Valdivieso es de la confianza de Baquedano y ahora, apoltronado en la misma butaca de cuero que alguna vez usaron el General Prado y el Almirante Montero, rindió un pausado informe al representante de la Cruz Roja. En efecto, no hubo bajas en la dotación del monitor *Manco Cápac*. De la Séptima División sólo salvaron dos oficiales. Y de la División de Alfonso Ugarte apenas escapó con vida el teniente Barbachán. En las baterías del Morro se capturó a veinte oficiales. El coronel Marcelino Varela se repone de graves heridas en casa del señor Pescetto. Sólo

354 individuos de tropa peruana se contaron vivos al final de la batalla. ¿Y el resto? Muertos, doctor, así es la guerra. Detrás y encima del coronel Valdivieso, cuelga ahora un óleo de Aníbal Pinto, presidente de Chile. Menos preocupados por nuevas batallas que por organizar la administración del territorio recién invadido, van y vienen ordenanzas con pasos de goma. Agujereadas banderas tintas en sangre se alinean a la izquierda del gobernador, esperando traslado a Valparaíso como trofeos de guerra. Frente a la inmensa aduana de fierro y ladrillo crece el bullicio de un ambulante mercado de pacotilleros del sur. Valdivieso ha empadronado a todos los peruanos que quedan entre Arica y Azapa. Nadie puede transitar sin permiso de los chilenos. Luego de entregar la relación de los prisioneros enviados a San Bernardo, dijo Valdivieso que 367 hombres, más peruanos que chilenos, se despeñaron del Morro en lo peor del combate. Un ayudante se acercó con un manojo de papeles. Bien, todo en orden, firmen los testigos por triplicado y dése el doctor por recibido.

Atardecía cuando un limpio clarín impuso silencio en Arica y dos compañías de *Zapadores* taconearon frente a la aduana.

¡Honor a los caídos!

¡Presenten, armas!

La espada del coronel Valdivieso saludó la aparición de la caja de zinc con los restos de Bolognesi.

Azcárate saludó militarmente. Hasta siempre, mi coronel. Una silenciosa muchedumbre chilena observa la ceremonia militar. Cuando los tres ataúdes estuvieron en fila sobre arzones de artillería, un capellán responseó brevemente y la banda de músicos del Batallón *Zapadores* emprendió una oscura marcha fúnebre. Igual despidieron con honores al señor Grau antes de sepultarlo en una fosa del desierto boliviano. Más negro que nunca el Morro, su roca se agrandaba detrás del cortejo. Viejos vecinos de Arica siguieron a los jefes chilenos y a los enviados de la Cruz Roja hacia el muelle. Flanqueados por rifleros enemigos, los restos de Bolognesi, More y Zavala llegaron al embarcadero mientras los tambores resonaban a difunto. No había otra bandera peruana en el horizonte que el agitado tafetán a popa del *Limeña*, más pequeña que la insignia de la Cruz Roja enarbolada en el mastelero mayor.

LOS ZAPATOS QUE PERTENECIERON al coronel Francisco Bolognesi y que su hijo Enrique usó durante la batalla de Tacna, se habían deshecho durante la espantosa caminata por la cordillera. El joven teniente de artillería debió envolverse los pies con pellejos de carnero hasta conseguir ojotas en Torata, en las sierras de Moquegua. Auxiliado por el cabito Porturas y otros nueve voluntarios que reunió entre los dispersos de Tacna, Bolognesi siguió salvando su cañón por escarpados senderos. Con tenacidad de familia, izó el Blakeley a pulso por las montañas. Cuarenta días demoró en encontrar al comandante Huacullani y a su montonera en la puna moqueguana. Ignoraba la suerte corrida por el coronel en Arica. Los peruanos confirmaron que había muerto peleando en el Morro. Mi teniente, debe estar usted orgulloso. Con ojos nublados, el joven Bolognesi agradeció el sincero pesar de Porturas. Mes y medio habían atravesado juntos lo más filudo de los Andes. Para el cabito, el rescate del cañón se había convertido en un asunto personal. Al principio rezongó, imposible llevar este armatoste a Lima, mi teniente. Francamente, Porturas creía haber cumplido con su país. En campaña desde abril de 1879, el cabito tomó por asalto la cima de San Francisco, sufrió sed e insolación en el Tamarugal, descargó su rifle contra los chilenos en la quebrada de Tarapacá, llegó de hueso y pellejo después de la retirada a Arica, combatió en Tacna hasta que su compañía y su batallón quedaron exterminados y así como no recuerda si tiene quince o dieciséis años, tampoco sabe como escapó con vida del asalto final contra los últimos reductos nacionales. Por Pachía se extravió. Escapando de sañudos sables chilenos, Porturas encontró al teniente Bolognesi que empujaba su cañón por una quebrada. Empinados senderos no desalentaban al joven oficial. Su deber era combatir y, en caso de retirada, salvar el Blakeley a su mando. Porturas quería largarse a Bolivia, a cualquier parte donde hubiera un poco de paz. Sin embargo se fue con Bolognesi, arrastrando la pieza por punas y abismos. Huacullani proporcionó mulas al harapiiento puñado de peruanos. A principios de agosto llegaron a Arequipa. Sobre ojotas, cubierto con un poncho y un deshila-chado uniforme, el joven oficial tuvo que relatar varias veces su odisea. Pese a declaraciones chilenas de que Enrique no ha caído en el campo de batalla y que no está herido ni prisionero, ya lo daban por muerto. Aparecía en mal momento. El nuevo ministro de Estados Unidos en La Paz

pasaba por Arequipa y superiores intereses diplomáticos exigen atender al yanqui mister Adams antes que al joven semidesnudo héroe. Bolognesi instaló su cañón frente a la prefectura y, entre desconcertado y furioso, esperó a que se ocuparan de él. Adams, que es veterano general del ejército de la Unión, viajaba por tren extraordinario al lago y a Bolivia cuando los arequipeños lo retuvieron. Declinó alojarse en un palacete de sillar por cuenta de los peruanos, prefiriendo la hospitalidad de los yanquis del ferrocarril. Después el prefecto González Orbegoso le ofreció un banquete al que asistieron jefes del Segundo Ejército del Sur y los más opulentos vecinos de la ciudad. Sólo cuando Adams siguió viaje al altiplano, Bolognesi pudo hacerse anunciar en la tienda de Justo Pastor Dávila. No tenía dinero ni para enviar un telegrama a sus hermanos en Lima. Aquí parece que se hubieran agotado los fondos fiscales. Hasta el rancho de la tropa se conseguía al fiado. Devuelto a su antiguo rango, el coronel Recabarren prestó uniforme y zapatos al descolocado oficial. Aceptaban el cañón pero no hay puesto para el hijo del héroe en estos batallones reforzados con veteranos del sur. La verdad, llegaba tarde. Hace dos semanas partieron por tren a Puno los últimos oficiales llamados por el gobierno a Lima. Enrique no lo pensó dos veces. Seguiría su viaje a pie.

A fines de setiembre, una patrulla de gendarmes capturó al teniente Enrique Bolognesi y a su ordenanza Perico Porturas en un camino de Chincha.

El activo subprefecto Agustín Matute estudió la lamentable apariencia del oficial, por ahora arrestado en un mugriento tambo de Ungará. Hace un mes que el gobierno se defendía de crecientes partidas de bandoleros. Lo habían confundido con el barbudo asesino Loayza.

—¡Exijo una explicación! —llamearon los ojos del teniente.

—No es común que caballeros como usted atraviesen Chincha a pie y casi sin ropa, señor —Matute meneó la cabeza. Bastaba verlo andar por el tambo para descubrir a todo un oficial de línea. Decidió presentarse—: Agustín Matute, subprefecto.

—Teniente Enrique Bolognesi, brigada de artillería de campaña, Primer Ejército del Sur.

Matute silbó.

—¡Primer Ejército del Sur!

—¿Por qué se sorprende, señor subprefecto?

—Ya no existe —sonrió la autoridad—. El almirante Montero se encuentra en Lima, bajo arresto domiciliario. ¿Puede explicarme qué hace por aquí?

Más bien modesto, antiguo funcionario del Ministerio de Gobierno en olvidadas provincias, don Agustín Matute ya no cree posible eso que llaman triunfar en la vida. Sin embargo la guerra lo transformó en un incansable organizador de refuerzos. Gracias a Matute, los heridos del sur reciben sustancioso rancho en el hospital Santa Sofía de Lima. Sus incansables caravanas abastecen de víveres a la sociedad benéfica que preside doña Jesús Itúrbide de Piérola. En el sur, Matute prestaba auxilios al recién llegado coronel Zamudio y, pese a las intrigas del prefecto Villena, contribuía a reclutar voluntarios para la nueva reserva de Ica. Proporcionó caballos a Bolognesi y a su ordenanza y con seis gendarmes por escolta, los invitó a descansar en Chincha.

La historia del teniente no lo conmovió. Después de comida, mientras fumaban atesorados habanos, don Agustín Matute admitió que también él estaba abandonado a su suerte.

—Todo mi territorio anda soliviantado y nadie sabe quién manda. Tal vez usted pueda informar a Su Excelencia, señor Bolognesi.

—No creo llegar tan alto, señor Matute —sonrió el teniente disfrutando de una tibia noche, en esa huerta en la que juegan los hijos del subprefecto—. Mire usted cómo me ha encontrado... a pie y hambriento.

—Pero en Lima será distinto, acuérdesese de mí... —Matute abandonó su mecedora para recoger unas cartas que guardaba en la alacena. A la luz del quinqué examinó pliegos elegantes— ...vea usted, carta del Secretario de Guerra, carta de doña Jesús, carta del General don Pedro Silva, carta de Su Excelencia. ¡Felicitaciones, Matute! ¡muy agradecidos! ¿Sabe por qué?...

Bolognesi negó con la cabeza.

—...porque aquí sobran alimentos y yo he despachado una caravana semanal para los hospitales y para la sociedad "Pan de Santa Rosa para los pobres". Sin embargo a Lima no ha llegado ni la mitad. ¿Quién roba? ¡Todos! Cañete, Imperial, Chincha, el país está infestado de salteadores de caminos. Y no vaya usted a creer que son cualquier cosa, señor teniente. El coronel de La Melena ha estado persiguiendo a los negros de Merejo hasta Lunahua-

ná y tuvo que volver por refuerzos. Pues Merejo me ha desvalijado siete caravanas. Opino que el gobierno no debe permitir que los bandoleros engorden con alimentos enviados para nuestros heridos de Tacna y Arica.

Haciendas abandonadas por sus dueños, poblaciones vacías, iglesias clausuradas, así recuerda Bolognesi la campaña de Ica.

—Tiene usted razón, don Agustín.

—Hago lo posible —Matute mostró una sonrisa a medias desdentada—. Al zambo Lobatón lo colgamos del pescuezo y a los hermanos Santa Ana los hice fusilar en Tambo de Mora. No me detengo en pequeñeces pero tampoco puedo gobernar la provincia con veinte gendarmes a quienes usted ya conoce.

—Imaginé que habría una división de línea en Chincha.

—¡Qué va! ¡Ah, si don Nicolás supiera!

Antes de dormir, Matute invitó al teniente un puro de uva especial. Abrió su despacho de autoridad para continuar la conversación. Rara vez encuentra el subprefecto a quien exponer sus problemas. Aunque somnoliento, el joven Bolognesi ansiaba conocer qué ha sucedido en el país desde la batalla de Tacna.

—Los chinos se están organizando. Ya he informado al señor Secretario de Gobierno pero no me han dado respuesta. Hay un tal Quintín Quintana en Ica, que tiene gran ascendiente sobre los asiáticos. Debíamos meterlo en prisión. Ya lo creo que sí. Por su culpa no hay chino en Chincha que no esté a favor de los chilenos. ¡Vaya! Parece imposible, ¿verdad? Montoneros, bandidos, chinos y negros, todos dedicados a su propio negocio. Y cuando pido ayuda a los movilizados, nadie me atiende. ¿Usted cree que no conozco lo que hablan? ¡El pobre Matute! —y el subprefecto se tocó la sien— ¡el loco de Matute! Pero el coronel de la Torre no obedece las órdenes del coronel Zamudio, el prefecto Villena no reconoce la autoridad militar, el coronel Sevilla no tiene cuando aparecer y todos los días hay problemas con los reclutadores. Yo he conseguido voluntarios de buenas maneras. Pero esa gente, no. Quieren llevar cholos a balazos y confiscar mulas y caballos así que la gente se larga al monte y toma las armas, ¿contra quién? . . . ¿contra Chile? No, señor. Contra mí, contra el gobierno.

Tampoco para los chilenos la guerra marchaba del todo bien. Matute volvió a apoltronarse encendiendo su segundo cigarro de la noche. Después de varias victorias terrestres,

Chile se dividía y sus mandos militares también. Muerto de apoplejía el Ministro de Guerra en campaña antes de la batalla del Alto de la Alianza, renunciado Domingo Santa María, el presidente Pinto tuvo que formar un desacertado gabinete de radicales cuya cartera militar encomendó en un principio al secretario de la Escuadra. Eusebio Llillo recibió noticia de su nombramiento a bordo del *Blanco Encalada* en el Callao y viajó a Santiago no para jurar el cargo sino para presentar su carta de renuncia. Así que Pinto designó Ministro de Guerra en campaña al ex-secretario de Baquedano, al mismo José Francisco Vergara que por necesidad o miedo incumplió órdenes del general en jefe en el Alto de la Alianza y a quien jefes de división como los coroneles Amengual y Velásquez habían acusado de cobarde antes de caer la noche del 26 de mayo pasado. De regreso a Chile, Vergara justificó su conducta acusando de ineptitud a quienes ahora debe mandar como Ministro. Su elevación al gabinete causó un auténtico motín en los capamentos enemigos. Baquedano quiso renunciar, lo mismo que cinco de sus coroneles. La crisis se agravó con los ascensos pedidos por el gobierno y otorgados en julio por el Congreso de Chile: a general de brigada los coroneles Prieto, Godoy, Saavedra y Sotomayor, ninguno de los cuales ha intervenido en la presente guerra. Además Pinto no ascendía a coronel al jefe del regimiento *Atacama* o al viejo carnicero Barceló, sino al comandante Castro, del 3º de Línea, al que sus segundos hubieron de sustituir en el asalto de Arica, pues quedó paralizado por el miedo.

Matute parecía bien informado. Por sus manos pasaban secretos despachos que porfiados tacneños envían a caballo hasta Arequipa y que, cifrados de acuerdo a una antigua clave diplomática, prosiguen viaje por el telégrafo que atraviesa Chíncha. Los tacneños dan puntual razón de movimientos de tropas, desertiones de impagos enemigos y aún envían crónicas a los periódicos de Lima. Varias veces han apaleado de noche a comerciantes extranjeros que se entienden con Baquedano. A un capitán chileno que pretendía forzar a una tacneña, lo cosieron a puñaladas. Francamente sublevadas, matronas de Tacna arruinaron una parada militar arrojando baldes de agua sucia al altivo estandarte del regimiento *Buin*. En las veladas musicales, cantan a voz en cuello nuestro Himno Nacional. Gracias a ellos se sabe que el batallón *Maipú* se sublevó en el antiguo litoral boliviano y que en Tacna, el alto mando chileno tuvo

que ordenar el fusilamiento de *Cazadores del desierto* y rifles del 3° de Línea para evitar una insurrección. Treientos cazadores estacionados en Pachía huyeron del campamento chileno y Moquegua se llenaba de desertores que prefieren asaltar caminos a seguir impagos a órdenes de su patria. Mientras tanto el comodoro Lynch atacaba el norte del Perú. Ya arrasó la hacienda del Puente, propiedad de Derteano, cuyo ingenio azucarero y alambiques valían un millón de esterlinas. No importa las conversaciones de paz, Matute cree que pronto Chile tendrá que extender la invasión o se desbandará completamente su numeroso ejército expedicionario.

—¿Conversaciones de paz? —se sorprendió Bolognesi.

—Sí, mi amigo. Pronto deben reunirse representantes de Perú, Chile y Bolivia. Nada ha trascendido por los diarios. Pero tampoco es un secreto bien guardado.

—¿Pero de qué paz podemos conversar con los chilenos? —enfureció el teniente.

Tres días permaneció Bolognesi en casa de don Agustín. Insistía en continuar a Lima, así que el subprefecto le obsequió mulas, víveres y hasta dos carabinas Spencer con doscientos cartuchos. El viernes primero de octubre, Bolognesi y Porturas estaban listos para partir. El teniente aceptó acompañar al cura de Tambo de Mora y a su sacristán, ambos espantados por historias de bandoleros. Al rato se les unieron un italiano, que dice haber conocido al coronel, y dos virtuosas viejas señoritas con tres morenos sirvientes de cabezas grises. Matute expresaba preocupación. No hay Dios ni ley en esos caminos. Las últimas noticias no tranquilizan al subprefecto. Huacho anda revuelto desde que se suicidara el capitán de puerto y que, revólver en mano y con apoyo de la fuerza pública, el subprefecto secuestrara a una doncella. En Cañete, las tropas montadas del coronel Mariano Alvízuri han propinado una pública golpiza al subprefecto de la provincia después de una borrachera. Merejo vuelve a asomar por las sierras de Lunahuaná.

—¿Ud. cree que exagero? —desconfió Matute. Abrió la boca y su índice señaló agujeros en su dentadura—. Me rompieron la mitad de las muelas por impedir una pelea de gallos. No se confíe, amigo Bolognesi.

—Tendré cuidado, don Agustín.

Se despidieron con un abrazo. Seguido por las silenciosas señoritas y el cura que a ratos charla demasiado y a ratos reza en fervoroso latín, al teniente le parece empezar

una segunda vida desconectada de su anterior existencia, allá en el sur. Entre chacras sembradas de azúcar y algodón, a la sombra de huertas y platanares, el desgobierno pintado por Matute resulta una fantasía. Cuatro meses después de la gran batalla y a un año y medio de haber dejado su casa, el joven Bolognesi apura el trote sin creer verdaderamente que aquí sólo manda el más fuerte. Lo tensaba un insoportable deseo de ver a su familia. Su hermano Augusto viste uniforme de teniente y el pequeño Federico ya es un hombre. Por fin de Chíncha pudo enviar un telegrama a su madre, pero quería abrazarla hoy mismo si fuera posible. En un recodo del camino chinchano, cuatro balazos le tumbaron la bestia. Mientras se desplomaba, vio a unos arrieros acribillados junto a un platanar. Con avezada prontitud, el cabito Porturas desmontó con la carabina en las manos. Se arrastró en auxilio de Bolognesi.

—¿Le dieron, mi teniente?

—Ni un rasguño, cholo —el artillero forcejeaba por desenfundar la carabina. Parapetado tras la mula muerta, Porturas adivinó cuerpos moviéndose por un cañaveral. Los baleó al bulto. Oyeron un gemido y un rumor de fuga.

—¿Chilenos, mi teniente?

—Peor que eso —rabió el hijo del héroe—. Peruanos renegados.

LOS OJOS GRISES DE monsieur de Champeaux persiguieron en el reloj los últimos treinta segundos de 1880. Nada hay que celebrar tras puertas clausuradas. A oscuras y en silencio, Lima no pareció enterarse que ha concluído este año aciago. Ni queman monigotes, ni sirven chocolate en familia, ni relumbran castillos de fuegos artificiales en las plazas de barrio. Champeaux ofreció su musculosa diestra al teniente Remy. Bien, llegamos a 1881. Resulta increíble que no se haya librado aún la gran batalla. El jefe de la Guardia Urbana se sirvió un vaso de tinto y brindó con su ayudante. A la paz, teniente. Y a la buena fortuna de seguir con vida. Antiguo coronel del ejército de Francia, desde hace nueve años es gerente de la Compañía del Muelle Dársena del Callao. Tuvo que mudarse a Lima cuando empezó el bloqueo en marzo. Gracias a su amistad con el almirante du Petit Thouars, pudo enviar a su familia

a lugar seguro. Cañonazos chilenos averiaron en 1880 las propiedades de la empresa. Los accionistas parisinos confían en el eficiente retirado coronel que los representa en el Perú. Champeaux se limitaba a cursar periódicas reclamaciones por intermedio de su legación. Sabe que pronto debe definirse la guerra y que entonces, cualquiera que sea el vencedor, ha de reparar dique, grúas y rieles y recibir incontables fardos de mercancías para este desabastecido país. La verdad, simpatizaba con el Perú, la pobre república dispendiosa. Sin embargo no comparte el optimismo de los limeños. Cierta inocultable caos preside la defensa de la capital. En vez de trasladar cañones y artilleros del Callao a San Juan y Chorrillos, la Dictadura se entretuvo fortificando los cerros inmediatos a Lima. Ya los chilenos habían desembarcado en Paracas cuando se inauguró con toda pompa la Ciudadela Piérola en la cumbre del rocoso San Cristóbal. A monsieur de Champeaux lo maravilla semejante despilfarro. Porque habían tallado una carretera en zigzag para elevar pesados cañones de sitio hasta la cima arrasada y abierta por vertiginosas trincheras, y tal castillo de granito a doscientos metros sobre los techos de Lima y a muchos kilómetros del verdadero frente de batalla, ni siquiera sirve hoy para apostar vigías. Sin embargo, la guarnición del San Cristóbal está al mando del héroe Villavicencio y cuenta entre sus artilleros a los mejores de la escuadra. Los fortines de La Regla o del cerro El Pino tampoco ayudarán a detener la conquista chilena. La línea de defensores se adelgaza a lo largo de doce millas de accidentes naturales. Calcula Champeaux que Su Excelencia necesita tres veces más soldados, mejor artillería y más ametralladoras para clausurar un campo más amplio que Waterloo. Bien, teniente Remy, hora de cumplir la ronda. Veamos si los chinos duermen. El boticario-teniente fue por los caballos. El jefe de la Guardia Urbana salió unos pasos por el desierto jirón Camaná. Sólo militares pueden transitar entre diez de la noche y cinco de la mañana. Y civiles provistos de salvoconducto.

La patrulla del sargento Percepied marchaba acompañadamente por los Barrios Altos. Armados de silbatos y garrotes, los franceses se alumbran con liternas a kerosene por calles como muertas, en las que trasijadas jaurías escarban basura de cinco días. En sus primeras noches de actividad, la Guardia Urbana metió a la cárcel de Guadalupe a todos los vagos que duermen en la vía pública. Los

soltaban al día siguiente. El malhumorado alcalde Torrico advirtió después que no hay alimento para tantos menesterosos acampados en zaguanes o por los puentes y que la cárcel sólo admitirá a delincuentes verdaderos. Percepied no estaba de acuerdo con semejantes instrucciones. Partidario del más severo ejercicio de la autoridad, adivina el peligro comunista dentro de cada infeliz vestido con andrajos. ¿No sería mejor enviarlos al frente, a cumplir trabajos forzados en defensa de su patria? También el correcto monsieur Prugnes debe contenerse para no arrestar a chinos tumbados en pestilentes racimos cerca del mercado. La ciudad conserva una tensa tranquilidad. No hay quien no tenga un pariente o amigos en los frentes de San Juan y Miraflores. En más honesto vecindario, al sargento Percepied le pareció escuchar risas prostibularias. ¡Alto! Los franceses se miraron, acechando una prohibida jarana. Salvo una reyerta a cuchillo en las inmediaciones de Acho, ha sido una noche tranquila. El sargento consultó su reloj: casi la una. Ordenó al cabo Mayot que diese una vuelta a la manzana con diez hombres.

De paso por la Intendencia, monsieur de Champeaux se interesó por la suerte del mayor Taramona, sintiéndose un poco culpable de que lo hubieran arrestado mientras cumplía órdenes superiores. Lo sorprendió que el oficial continuara encarcelado. En el frente necesitan caballos y mulas y a Taramona le encargaron conseguirlos. Dicen que el coronel Billingham ordenó reunir cabalgaduras a la chilena, sin pedir permiso y por la fuerza. Así que Taramona y su fracción de jinetes avanzaron hasta Chillón echando lazo a todo cuadrúpedo de saludable aspecto, no importa dónde lo vieses, si en libres potreros o uncidos a respetables carruajes de ciudad. Aunque el gobierno de Lima y hasta la sumaria administración de justicia han sido encargados al alcalde Torrico, todavía sesionan secretarios de estado y manda en palacio el canciller Pedro José Calderón. Apeados personajes neutrales protestaron ante el jefe de la diplomacia peruana. Monsieur de Champeaux creyó al principio que le habían robado su caballo. Lo encontró en Santa Catalina, entre otras bestias requisadas por el obstinado mayor Taramona. A su protesta siguió pronto la del ministro boliviano Zoilo Flores, cuyo carruaje no podía moverse por culpa de la requisa. Mientras tanto Taramona, que ya había enviado doscientas mulas para aliviar a estancados artilleros en San Juan, llevó su audacia al extremo de mero-

dear caballerizas gubernamentales. Cuando sus hombres se apropiaron de dos excelentes animales de la Secretaría de Marina, usados por el señor Secretario Villar para sus desplazamientos en la ciudad, explotó la frágil paciencia del canciller Calderón. A falta de rápidas tropas para ejecutar inapelables decisiones, encargó al comisario Polo y a los bien montados agentes de la policía secreta que apresaran a Taramona y devolvieran los caballos a sus dueños.

En el cuartel segundo, Champeaux escuchó disgustado las últimas novedades. La compañía del capitán Bonrsot había exigido salvoconducto a un desuniformado jinete que resultó ser el señor Secretario de Marina y que amenazó a los guardias con usar la fuerza contra la fuerza si no le franqueaban inmediatamente el paso. Rumbo a los Barrios Altos, donde los silbatos anuncian desórdenes, el jefe de la Guardia Urbana desconfía de su propia autoridad. Le han dicho que no debe responder ante nadie más que el alcalde de Lima y sin embargo hay personajes que se sienten por encima del burgomaestre. Recordaba su entrevista con el canciller, temprano, en la tarde. Más bien moreno, de ensortijado cabello y labios carnosos, Calderón pesa cien kilos y vestía su propio uniforme diplomático. Recibió jovialmente al jefe de la Guardia Urbana. Había sido el mejor amigo de Nicolás de Piérola en el Seminario de Santo Toribio, donde ambos fueron protegidos del obispo Huerta y vistieron sotana. Más tarde colgaron los hábitos para dedicarse al periodismo y la política. Los viejos amigos del claustro de Santo Toribio, continuaron siéndolo a lo largo de veinte críticos años. Cuando en 1865 Pezet designó canciller a un Calderón que no había cumplido treinta, muchos se preguntaron qué desconocida influencia lo había aupado de un solo salto a los hombros del poder. Pronto se supo que estaba dispuesto a firmar la paz de las islas Chíncha. Entonces poderoso, no olvidó a Piérola, concediendo subvención gubernamental al periódico que dirigía. Hundido por la revolución de Mariano Ignacio Prado y hasta motejado de traidor, resucitó Calderón por influencia de Piérola, cuando joven ministro de hacienda vendía el guano a Dreyfus. El gobierno lo envió como plenipotenciario ante la corte de Prusia. Fueron los mejores años de su vida. Cancelado de la función diplomática por Manuel Pardo, el ahora poderoso canciller ha sido representante político de Piérola durante siete años de intriga e insurrección. Un rato charló con monsieur de Champeaux en animado francés. Mien-

tras daban cuenta de una copa de oporto y almibaradas frutas de convento, Calderón elogió la estupenda organización de la Guardia Urbana. La ley se hace para todos, había dicho el canciller, así que ya lo sabe, Champeaux, mano firme. Tan cívica como desinteresada y ejemplar colaboración serviría además para mejorar tensadas relaciones entre la Dictadura y la escuadra neutral, que empeoran por culpa de quienes huyen por el Callao a pedir una protección que es competencia de la república peruana. Fresco en su memoria el rostro del secretario de relaciones exteriores, monsieur de Champeaux picó espuelas por la plazuela Bolívar, alarmado por un creciente escándalo de silbatos.

Mayot descubrió a dos bamboleantes fugitivos cuando terminaba de dar la vuelta a la manzana.

—¡Alto! —gritó el cabo. Los infractores del orden público y del toque de queda se le escurrían por la oscuridad. Señaló la callejuela con su garrote y ordenó como quien solicita una carga a la bayoneta—. ¡A ellos, adelante!

Fatigado por el peso que soportaban sus piernas, uno de los ebrios se entregó a la Guardia Urbana. El otro siguió corriendo. Pero Percepied trotaba con el resto de su patrulla a cortarles la retirada. Un cuerpo sudado y voluminoso se le vino encima en la bocacalle. ¡Déjenme, carajo! El leal sargento Percepied no soltó a su presa. El borracho lo arrastraba, así que el bombero Bouchacourt le descargó un garrotazo en las piernas. El desconocido gimió, doblándose para frotarse las pantorrillas.

—¡Malditos franceses!

Traían al otro ebrio. Parecía alemán y rió del injuriado semblante de su compañero de parranda.

—¿Qué sucedió, Mayot?

—Desconocieron la voz de alto, mi sargento.

—¿Nadie más con ellos?

—Creo que no, mi sargento. Aunque ahora que lo menciona, creí escuchar voces de mujer.

—Que las busquen, Mayot.

—A la orden, mi sargento.

Percepied acercó una linterna al prisionero. Jadeaba repartiendo codazos a los franceses que lo sujetan.

—¡Suélteme, imbécil! ¿No sabe quién soy yo?

—Un borracho —sonrió Percepied—. Queda arrestado por orden del alcalde.

—¿Y quién es el alcalde para arrestarme a mí, estúpidos?

—*Vae victis!* —la risa sacudía al alemán cuyo rostro resulta vagamente familiar a Percepied.

—¡Los haré meter presos por desacato! —prosiguió el prisionero. No tan gordo como el alemán, su aliento empapado en buen vino y coñac golpeó el rostro del sargento—. ¡Mierda de franceses!

—¡Al depósito! —replicó Percepied.

—¡Soy el canciller del Perú! ¡afrentan a mi país, malditos!

—Y yo soy el jefe supremo, ¿eh? —el sargento sonrió a sus subalternos— ¡Canciller! ¿Se dan cuenta? ¡En mangas de camisa y borracho! Oye tú, cerdo, ¿por quién nos tomas?

—*Roma locuta, causa finita* —volvió a celebrar estro-pajosamente el alemán.

—¡Alé, al depósito, a dormir la borrachera, cerdo!

Aparecía al trote monsieur de Champeaux.

—Percepied, ¿cuál es la razón de este escándalo? —des-montó el jefe de la Guardia Urbana.

—Ebrios, mi coronel. No hemos podido ubicar a las señoritas pero estos caballeros intentaron huir...

—¡Soy Pedro José Calderón, malditos!

—...los cargos son desorden público, ebriedad, insulto a la autoridad, suplantación de identidad, además de no tener salvoconducto en horas de queda y estar impropia-mente vestidos...

—*Mon Dieu!* —palideció Champeaux levantando una linterna para ver el rostro de Calderón—. ¡Es verdad!...

Los franceses aflojaron.

—...señoría, ha sido una lamentable confusión, haré que lo lleven a su domicilio —ahora iluminó al alemán. Era nada menos que el excelentísimo señor von Gramatzki, ministro plenipotenciario del Emperador de Alemania en el Perú.

ANTES DE QUE UN LENTO AMANECER de latón iluminara cetrinos gramadales, Andrés Avelino Cáceres acometió la áspera cuesta del cerro Volcán. Desde que acamparon detrás del Zigzag, había trepado a todos los cerros y explorado senderos aparentemente a ningún lado. Nadie más se aventuraba fuera de las líneas de defensa, a reconocer el

terreno por el que seguramente llegara el enemigo. Anoche se sirvió festivo rancho y ración extraordinaria de ron. Que acabara 1880 y empezara un nuevo año con la esperanza de una victoria definitiva, no conmovió al coronel. En la guerra todos los días son iguales. No cuentan los años sino para calcular el desgaste propio y del enemigo. Preocupado por la posibilidad de una sorpresa, no pegó los ojos en toda la noche. Visitó las avanzadas y con dos ayudantes se aventuró hasta la Tablada de Lurín. En vez de regresar a su sector de la línea peruana, Cáceres se dirigió a las faldas del Volcán, frente a las divisiones de Justo Pastor Dávila. Una claridad azul se desbordaba por la cordillera cuando dejó a Retes cuidando los caballos y emprendió la ascensión. Aunque veinte años más joven, el capitán Lecca se quedaba atrás. Su jefe sólo descansó a mitad de la cuesta. Después sanguínea, la mañana creció entre desmenadas nubes rubias, calentando totoras y espinos como hechos de alambre. Casi a las siete, el coronel bordeó un risco y alcanzó la cumbre. Diez minutos después, su ayudante lo encontró enfrascado en la contemplación del horizonte.

—Bien, señor Lecca, ahí los tiene. . . —sonrió Cáceres ofreciéndole el catalejo— . . . chilenos de carne y hueso, ¿ah? No los veíamos desde Tacna.

El capitán silbó entredientes. Esto era lo que había buscado su coronel desde hace una semana, un buen puesto de observación para vigilar el campamento de Baquedano. Más alto que la Tablada y que el cerro Papa y otras polvorientas colinas, desde aquí se veía al enemigo instalado en las ruinas de Pachacamac y vivaqueando en la ribera norte del río.

—Son muchos, mi coronel.

—Dos por cada peruano, si no me equivoco —concedió Cáceres—. Vendrán en columnas y nuestra línea tiene un hombre de profundidad. Vamos, Lecca, deme el anteojito y borre esa cara de preocupación.

—Sí, mi coronel.

A juicio de Cáceres, insistentes reconocimientos chilenos por el lado de Manchay y La Rinconada tienen por objeto confundir al alto mando nacional. Baquedano prefiere los caminos cortos y los asaltos frontales, así que vendrá por la Tablada de Lurín y forzará el paso en San Juan. Para flanquear a los peruanos, envolviéndolos después por retaguardia, tendría que recorrer ásperas breñas sin desplegar

caballería y cañones hasta caer en Ate. Además se alejaría de los fuegos de su escuadra, mientras que avanzando por la Tablada, su artillería naval castigará el Morro Solar y, por elevación, las trincheras de San Juan. Ahí estaba, pues, el enemigo. Veinte minutos empleó en estudiar la disposición de su campamento. Ni dudarle, Lecca, vendrán de frente. Con experta mirada, el coronel reconocía pesados cañones de campaña listos para avanzar. La feroz braveza que antier desordenó el océano frente a Lima, llegó tarde para impedir que desembarcaran su artillería. Allá, entre Pachacamac y las alturas de Lurín, abunda el agua fresca y han de haber capturado ganado y sembríos para sostenerse sin recurrir a secos víveres de campaña.

De regreso a su vivac, Cáceres encontró al Jefe Supremo que llegaba de inspección. Sólo diez escogidos jinetes de su escolta y el secretario lo siguen por San Juan. Piérola vestía uniforme gris, a la prusiana, con sombríos brandemburgos y casco alemán, coronado por un cóndor de dos cabezas, el emblema federal de Perú y Bolivia. Sus altas botas a la federica estaban cubiertas de polvo.

—Bienvenido al frente, Excelencia —Cáceres saludó militarmente. Por última vez habían conversado en el palacio presidencial, a su regreso del sur. Entonces el coronel anunció que los chilenos entrarían justamente por Lurín. Ya se conoce en Lima el descalabro sufrido por el coronel Sevilla y sus *Lanceros del Rímac*, de los que siete oficiales y 54 clases cayeron prisioneros.

—Buenos días, señor Cáceres —el Dictador desmontó echando una mirada crítica al paupérrimo campamento del Cuarto Cuerpo del Ejército. Corrían rifleros a rendirle honores de ordenanza—. ¿Cómo les va por aquí, coronel?

—Es urgente que me envíen al batallón *Canta*, señor. Tengo informes de que no se ha movido de Huarochiri por falta de bagajes. Tampoco he recibido la ametralladora.

—Anote usted, señor García —se dirigió el Jefe Supremo al comodoro Aurelio García y García, su nuevo secretario en el frente de batalla.

Se agrisaban sus espesas patillas, ajándose su semblante. De corta estatura y cuerpo enjuto pero vivaz, Piérola parece haber envejecido varios años desde julio. Preside una república acorralada, con autoridad que se desvanece más allá de estos cerros y que por el norte se extingue en Chancay. El valiente cojo Larrañaga, cónsul peruano en Panamá, consiguió introducir seis mil bultos con armas y municiones

a bordo de veleros remolcados por mercantes ingleses o en pequeños vapores que entregó a atrevidos contrabandistas yanquis, pero todavía hay rifles y cañones, explosivos, cartuchos y ametralladoras atascados en el istmo, armamento inservible en esta hora suprema. Con pesados uniformes de paño humedecidos por el sudor, subieron al Zigzag para observar la sucesión de parapetos de defensa. Al principio encargada la fortificación de Lima al alcalde Porras, el vecindario trabajó gratuitamente veintidós domingos en abrir carreteras y alzar fortines demasiado cerca a la ciudad. Antes del desacertado bombardeo naval de Chorrillos, la Dictadura asumió directamente la conducción de las obras y Porras, sintiéndose injuriado, renunció al cargo de burgo-maestre. Piérola en persona ha diseñado esta línea que se extiende desde la punta de Chira hasta más allá del cerro Pamplona, en Monterrico Chico, y la segunda línea de reductos que arranca en Almendáriz y pasando por La Palma, Tebes y Matasango, llega a Monterrico Grande y aún se retrepa sobre Vásquez y el cerro San Bartolomé antes de extinguirse por Ate y el cerro El Asesor. Desde esta colina, el Dictador miró largamente a las tropas que soportan el sol detrás de pircas y fosos que hasta hoy había conocido sólo como trazos de lápiz sobre un mapa. Era su primera visita al frente de San Juan. Sin embargo, no parecía contento.

—¿Cuál es exactamente su sector, señor Cáceres?

—El Primer Cuerpo ocupa toda la zona del Morro, Santa Teresa y el Zigzag occidental —Cáceres señalaba los batallones a órdenes de Miguel Iglesias—. Mis tropas llegan hasta el cerro Viva el Perú. De allí a Monterrico está el coronel Dávila.

—¿Y está usted de acuerdo?

—No, señor. Con toda franqueza, no estoy satisfecho. Hay claros que me es imposible defender. ¿Es la definitiva línea de batalla?

Piérola se acarició la barbilla. Personificaba al Perú en su momento más negro. Camino de San Juan, lo vitoarearon las tropas. Es la esperanza, la última carta. Y sus órdenes son supremas, inapelables, solitarias. Desconfía de viejos militares que se resignan a servirle de edecanes en el terreno de combate. Pocos desafinan con un coro de alabanzas cuando el Dictador expone sus puntos de vista, pero a sus espaldas lo critican ferozmente. Cáceres era el mejor de sus coroneles, disciplinado y valiente. Aunque las

mejores tropas sirven a órdenes de un amigo del Dictador, el cajamarquino Miguel Iglesias, había encomendado lo peor de la batalla al corpulento oficial ayacuchano, que ni es su partidario político, ni está de acuerdo con la estrategia personal de Piérola. Esos ojos que mesmerizan a pobres multitudes, se clavaron en el coronel.

—No, claro que no —admitió el Jefe Supremo—. Es una línea provisional y la vamos a rectificar...

—Es necesario.

—...estrecharemos esos intervalos que son una verdadera amenaza.

—Mientras tanto extremaré las precauciones, señor —el coronel secó su frente con un pañuelo—. Hoy mismo he observado no sólo a las avanzadas chilenas sino el campamento de Baquedano.

—¿Desde dónde? —se sorprendió Piérola.

Cáceres señaló la cumbre del Volcán.

—Con un largavistas, por supuesto.

—No es posible —casi sonrió el Dictador. Lurín no estaba a la vuelta de la esquina. Desde que se declaró la guerra, Piérola no había visto a los chilenos.

—Lo llevaré si desea, señor. No está lejos de nuestra línea.

—Muy bien, acepto. Echémosle un vistazo a esos salteadores de caminos. Señor García, ¿quiere usted venir?

El comodoro, aunque enfermo, no podía negarse.

—¡Retes! ¡los caballos! ¡Y avise al coronel Ayarza que pasamos al Volcán!

—¿Retes? —se interesó el Dictador— ¿el mismo del *Huáscar*?

—Es mi ayudante, Excelencia.

—Su padre se portó noblemente en Bujama... lo felicito, señor Cáceres.

Piérola dejó a su escolta detrás del Zigzag. Sólo García y García y el teniente Retes acompañaban al Jefe Supremo y al coronel Cáceres cuando al trote cruzaron el breve arenal rumbo a los cerros. Desde el Viva el Perú, Ayarza ordenó que la primera compañía del batallón *Lima* avanzara doscientos metros en formación de guerrilla. Por allí desemboca la desguarnecida carretera de las Lomas.

Justamente Cáceres señalaba la bifurcación de ese camino. Al pie del Volcán, se divide en ramales a San Juan y a Tebes. Consideraba oportuno establecer una fuerte avanzada que controle el acceso desde Lurín. Piérola si-

guió preguntando y Cáceres replicaba con su franqueza habitual. Toda la defensa resulta un poco, digamos, un poco estática y las batallas se ganan con acertados movimientos. Tal vez conviniera que pasara la vanguardia chilena para atacarla de flanco con el cuerpo de ejército encargado a Belisario Suárez, mientras las divisiones de Cáceres e Iglesias volvían a cerrar el frente. A la sorpresa debe contestarse con la sorpresa. Además, Cáceres desconfiaba de la solidez de esas pircas, no importa que tengan un metro de ancho. Mejor sería amontonar sacos de arena, que absorben balas en vez de rebotarlas.

—Haga usted la prueba, Excelencia —propuso mientras desmontaba en las faldas del cerro. Recogió una laja para aventarla con toda su fuerza. Al choque con las rocas se rompió en varios pedazos—. Imagine usted que sucederá cuando caigan balazos, van a convertirse en verdaderas esquiras.

—¿Por aquí? —el Jefe Supremo contempló la abrupta subida.

—Sí, por aquí es... Retes, encárguese de los caballos —el coronel miró las líneas peruanas y descubrió al precavido Ayarza al frente de los rifleros del batallón *Lima*—. Estamos bien cuidados, señor.

—Lo sé, coronel, lo sé.

Piérola indicó a Cáceres que trepara por delante. Al principio lo siguió con resueltas pisadas. Más pesado que el magro gobernante, pronto oyeron jadear al comodoro.

—Espere, coronel —Piérola se interesó en el pálido semblante de García y García—. Será mejor que regrese...

—Puedo continuar, Excelencia.

—... de ningún modo, no quiero que le venga un ataque por dar un paseo —la voz del Dictador no admite réplicas—. Espéreme abajo.

Aprovecharon para recuperar el propio resuello. El sol de las diez abrasaba la otra cara del Volcán. Un rato observaron descender al antiguo jefe de la segunda división naval. Absuelto de todos los cargos presentados en su contra después del combate de Angamos, García y García participó en las fallidas conversaciones de paz en Arica como representante del Perú. El Jefe Supremo alzó su electrizante mirada hasta recorrer la fornida apariencia del coronel. Debo estar envejeciendo, dijo con súbita familiaridad, siempre fuí un buen excursionista y ahora debo admi-

tir que estoy cansado. No, no... ¿ seguiremos arriba —con-
tuvo un ademán de Cáceres invitando al regreso. Bien,
Excelencia, sígame entonces. Por aquí se inclinaba el cerro,
aunque no lo suficiente como para sacudirse de piedras suel-
tas que dificultaban la ascensión. A ratos el coronel se
vuelve para avisar que hay una roca floja, que cuidado, que
pise usted por allá. En el escarpado tramo final, tendió dos
o tres veces la diestra para izar al Jefe Supremo por encima
de filudos obstáculos. Después supo que Piérola no llegaría
a la cumbre. El violento esfuerzo enrojecía su rostro.

—Descansemos, coronel.

—Sí, Excelencia.

A doscientos metros de la cima contemplaron las de-
fensas peruanas en toda su amplitud. Sentado en un es-
calón de piedra, el Jefe Supremo disfrutó del paisaje. Dentro
de cuatro días cumplirá 43 años. Había sido el mayor de
sus hermanos, casi un padre adoptivo. Tres han muerto en
abatida juventud, José Víctor antes de la adolescencia, Fe-
lipe Amadeo a los 24 años y Emilio recientemente. Varios
Piérola combatirán en estos campos de San Juan y Chorri-
llos. Su hermano Carlos es primer jefe del batallón *Guardia
Peruana* N° 1, que defiende el flanco occidental del Mo-
rro Solar. Su hermano Ezequiel es jefe de la artillería vo-
lante. Y el joven alférez Piérola sirve como artillero en una
batería rodada en el Huarangal. Reflejo de un inabarcable
viaje interior por pasados tiempos felices, el rostro del cau-
dillo expresaba tristeza cuando Cáceres carraspeó, trayén-
dolo de regreso.

—Me admira que haya subido usted por aquí, coronel.

—Es mi deber, señor.

—No podemos cometer una sola equivocación —re-
flexionó el Dictador. Discutió posibles modificaciones de la
línea de defensa. Era como si empezando por fortificar Cho-
rrillos, se hubiesen diluido los recursos militares a medida
que se estiraba el ejército hacia los cerros de Monterrico.
No sólo cuenta el coronel Iglesias con el apoyo de las bate-
rías del Morro, sino que, aparte de un obús y dos viejos
pero efectivos cañones navales de a 32 libras, dispone en
Santa Teresa de veintiséis cañones entre nacionales y Va-
vasseur y Armstrong y de dieciocho piezas fabricadas por
White y Grieve y dos Selay en el Zigzag occidental. Ca-
torce ametralladoras completan el equipamiento de esas di-
visiones. Cáceres sólo tiene diez cañones en el Zigzag cen-
tral y oriental y trece en el Viva el Perú, todos de fabrica-

ción nacional. Le han prometido ametralladoras que aún no llegan al frente. En cuanto a Dávila, su dispersa artillería debe cubrir Pamplona, Monterrico y hasta La Rinconada. Piérola ofreció traer inmediatamente al batallón de guardias civiles que está en Huarochirí al mando del inspector Ambrosio Negrón. Lo colocarán de avanzada al pie de este cerro, clausurando el camino de las Lomas. Ya descansado, el Dictador prefirió regresar.

—¿Algo más, señor Cáceres? —dijo cuando llegaron a las faldas del Volcán.

—Si usted me permite, señor, quisiera pedirle que reincorpore a filas a un buen jefe que ha sido separado del ejército...

—¿Quién? —cortó la voz de Piérola.

El comodoro se acercaba.

—...Me refiero al coronel Manuel Velarde, señor. Puedo atestiguar su valerosa conducta en el sur, en particular en el Alto de la Alianza.

La mirada del Dictador pareció disolverse por colinas que sancochaba el sol. Había suscrito un decreto echando de filas a Velarde por cobardía frente al enemigo. Pero el jefe del estado mayor peruano ignoró el úkase y favorecido por la opinión de los jefes de batallones nacionales y del propio presidente boliviano Campero, combatió en los altos de Tacna.

—Tengo mala opinión de esa persona —replicó el Jefe Supremo. Escudriñó un inocultable desencanto en el rostro de Cáceres—. Sin embargo, creo que todos los peruanos, salvo los traidores, tienen derecho a defender nuestra patria.

—He practicado un extenso reconocimiento hasta La Rinconada y Manchay acompañado por el señor Velarde, Excelencia. Puedo asegurarle que no defraudará al Perú.

Piérola hundió la barbilla hasta casi tocar con ella su uniforme prusiano.

—Muy bien, señor Cáceres. Ya que usted lo recomienda con tanta vehemencia... —sonrió a la vez que ofrecía su diestra— ...veré la forma de darle colocación.

—Gracias, Excelencia.

—Confío en usted, coronel.

El jefe ayacuchano saludó militarmente.

ANTES DEL CLARÍN DE diana, Coyla se echó el rifle a la espalda y retrocedió a beberse un mate de coca en el campamento. Hilachas de humo azul se desprendían de moribundas fogatas. Silenciosos centinelas cuidan el sueño del coronel Cáceres. Se había tumbado a descansar a las dos de la mañana. A principios de enero, el jefe del Cuarto Cuerpo del Ejército redoblaba la vigilancia frente a San Juan. Su ordenanza lo observó echado en el suelo, envuelto en un capote y con la cabeza apoyada en la montura. Así duerme cuando hay peligro, con las botas puestas y la diestra sobre la espada. Contagiado por la prudencia de su jefe, Coyla se agregaba voluntariamente a los vigías en horas somnolientas. No siempre había sido ordenanza del jefe, pero servía a sus órdenes desde que el batallón *Zepita* partió del Cusco hacia Tarapacá, tan pronto los chilenos invadieron Bolivia en 1879. Después de tres batallas, todavía cabo primero, Coyla no quiso separarse de su coronel. Cinco días después del desastre de Tacna, los sobrevivientes se reunieron en Tarata. Sólo agua fresca y una buena cosecha de choclos esperaban a esos mil quinientos harapientos peruanos. Vencieron, después los derrotaron, pero ninguno se ha rendido. Agotada la munición, se derrumban los caballos y se amotinan sargentos exigiendo comida y dinero, un general en quién creer. Ya don Narciso Campero y los aliados estaban de regreso en Bolivia. Entonces Cáceres reconoció a Coyla y a otros veteranos del *Zepita*. Con ellos sofocó varios conatos de motín y dispersión. Un sumario pelotón de fusilamiento disuadió a los descontentos que querían largarse a saquear las sierras. Mientras los jefes celebraban junta, el rifle de Coyla vigilaba a deshechas huestes. Después supo que sólo su coronel y el jefe de la artillería quisieron reorganizar un batallón y hos-

tigar retaguardia enemiga. La mayoría votó por retirarse hacia Arequipa. Allí esperaba una lacónica orden suprema: que entregue Montero el mando a Justo Pastor Dávila y que regrese a Lima la mayoría de jefes. La tropa quedaba en el sur, a reforzar el Segundo Ejército. Ahora Coyla se sublevó. Extendían pasajes en tren para el señor Cáceres y sus ayudantes. Yaya y Chuquihuara, la rabona Nicolasa Huacacolqui protestaban. Nadie quería separarse del coronel. Ascendido a sargento, Coyla pidió que los llevara consigo. El antiguo *Zepita* ya no existe. Y ellos se habían acostumbrado a servir con Cáceres. Así que don Andrés les hizo sitio en un vagón de segunda para el rápido viaje a Puno. Después al trote por altas planicies o encañonados por las riberas del Vilcanota, ha de haber comprendido el coronel que no se combatió en vano desde 1879. Pueblos enteros salían a vitorearlo. En Sicuani se le ofrecieron quinientos voluntarios para formar un nuevo batallón *Zepita*. Coyla inflaba el pecho, orgulloso de su amistad con el héroe. Más allá del imponente desfiladero de Huambutío, esperaba un centenar de jinetes. Coyla se santiguó. Con poncho de nogal y botas argentinas con espuelas de plata, un misti altivo salía a su encuentro. Aunque había sido prefecto del Cusco, el militar no lo reconoció. ¿Coronel Cáceres? Yo soy, señor. El otro se quitó el sombrero y todos lo imitaron. Al todavía magullado teniente Castellanos se le anudó la garganta. Los capitanes Bedoya y Lecca cambiaban miradas. Coyla explicó que José Aste-te, dueño de Paucartambo, ha convocado a los ayllus para saludar al coronel. Es un largo viaje. A Paucartambo entraron al atardecer del día siguiente. Entre ondulantes papales en tiempo de cosecha y campos de trigo y cebada, más bien bajaron hacia un paisaje húmedo, salpicado de dalias andinas y baranihuas, saludables molles y corpulentos pisonais. Frente a una casa de grandes dimensiones, de alta piedra y coronada de tejas, Coyla vio palpar una densa multitud color sangre. Cáceres y el hacendado cabalgaban adelante. Detrás de ayudantes y ordenanzas, la comitiva de mayordomos hacía restallar sus látigos al viento. En Paucartambo se alzó un ensordecedor y guerrero sonido de pututos. Con ponchos incaicos tejidos con rombos rojinegros, aguardaban en la explanada varayocs venidos de todos los ayllus de la región. Después callaron bombos y pututos y Astete detuvo su caballo en medio de la in-

diada. Se dirigía al coronel cuando elevó su voz mientras agitaba el sombrero en la diestra.

—¡Tukuy sonquyhuanmi napaykuiko kay sumac hatun wiracocha!...

Cáceres asintió agradecido.

—¿Qué ha dicho? —urgió Lecca al experto capitán Lazúrtegui.

—Con todo corazón saludamos a este gran caballero —murmuró el ayudante.

—...¡llactanchisma chayamusqanta!

Se alborozaron los pututos y Cáceres agradeció los vítores.

—...por haber llegado a nuestro pueblo —tradujo el capitán a los oficiales limeños.

—¡Cáceres waminka hatun humayucmi Qosqo llactac umalliqnin!... —se oyó nuevamente al hacendado—... ¡chilenukunata pampasqan rayku hatun auqanacuypi!

El bronco sonido de los caracoles guerreros saludó las palabras del hacendado.

—El general Cáceres es una gran cabeza del pueblo del Cusco por haber vencido a los chilenos en una gran guerra —volvió a traducir Lazúrtegui.

El coronel estrechó la diestra del hacendado y esperó a que se hiciera el silencio. Entonces se irguió sobre los estribos y con la misma voz que había ordenado a degüello en las victoriosas colinas de Tarapacá, poderosa pero ahora impregnada por la dulzura de una lengua que conocía desde la infancia, respondió a la bienvenida.

—Paucartambo llaqtaman tukuy sonquyhuanmi napaykuni kay chaskikuyninmata Zepita auqanickunaman...

También Castellanos urgió a Lazúrtegui que tradujiese el discurso.

—Al pueblo de Paucartambo saludo con todo mi corazón por este recibimiento a los guerreros del batallón *Zepita*...

—...kikillantacmi wiracocha José Astetita kay chaskikuy humallisqanmanta...

—...igualmente al señor José Astete por haber presidido este recibimiento...

Pero Cáceres no había terminado. Ahora tronó.

—...¡Causachum Paucartambo llaqta!

—¡Causachum! —contestó la indiada.

—¡Causachum Perú llaqtanchis!

—¡Causachum!

—¡Huañuchuntac chilenukuna!

—¡Huañuchun! —y la indiada arrancó a bailar mientras pututos y bombos sonaban más fuerte que nunca.

—¡Por Dios, Lazúrtegui, qué dijo! —se exasperó Lecca.

El capitán ayudante sonreía hasta las orejas.

—Muera Chile... cojudos, aprendan quechua.

Oscurecía. Cáceres y Astete desmontaron primero. El hacendado lo condujo brevemente a su vieja casona, a presentarlo a su familia. Después escoltó al coronel a la explanada y, aunque habían cabalgado con él desde la víspera, le mostró ahora a todos sus mayordomos y capataces. Cáceres a su vez le presentó a los oficiales ayudantes y a sus ordenanzas. Al fin, mientras se servía una monumental conejada y una huatia con papa, olluco, habas verdes y choclo, Astete lo acompañó a saludar a varayocs y comisiones de ayllus que ofrecían su lealtad y ayuda para combatir al enemigo chileno. Encendían antorchas y fogatas y Astete ordenó repartir chicha a todos los presentes. Arpas, mandolinas, bombos y violines arrancaron a tocar una burlona melodía contagiosa. El coronel observó a un centenar de bailarines con atuendo de abigeos y sombreros adornados con cintas. No conocía la danza y se inclinó para preguntar su nombre al hacendado.

—Son los chilenos —sonrió Astete.

Casi a medianoche, Coyla siguió al coronel al interior de la casa. En la puerta quisieron detenerlo. El sargento dedicó una furiosa mirada a los mayordomos de Astete. Donde durmiese Cáceres, allí estaría Coyla para guardar su sueño. Está bien, explicó el coronel, es mi ordenanza. Los llevaron a la alcoba principal, a la que pongos silenciosos acarrearabn agua fresca y caliente en jarras de plata.

En esa habitación de altas paredes tapizadas con damasco de seda roja y artesonado con pan de oro, el jefe del *Zepita* lavó su rostro endurecido por desiertos y punas mientras Coyla miraba en derredor suyo como si estuviera en una iglesia. El coronel abrió la cama, palpando finísimas sábanas de holanda, mantas de lana de vicuña y un cobertor tejido con hilos de oro y plata. Después sonrió a Coyla. Vete a dormir, ordenó mientras tomaba suavemente las alforjas a las que el sargento se abrazaba. Sí, Taita. Duerme tranquilo, Taita. El ordenanza cerró la puerta tras de sí y se echó allí mismo, de través, con el rifle entre los brazos.

Tres días descansaron en Paucartambo. Confundido entre mayordomos y sirvientes, Coyla asistía a los banquetes desde un extremo del gran comedor. No ignora que Astete es dueño de ciento sesenta mil hectáreas de papales y trigales, bosques, montañas y pasturas, con incontables llamas y alpacas, enormes rebaños de ovejas de Castilla y lanudos bueyes, excelentes caballadas y treinta mil indios que no pueden abandonar la hacienda o transitar caminos sin su permiso. Tampoco ignora que ayllus importantes son sus feudatarios, que todo Paucartambo es suyo. Pero nunca imaginó Coyla estos candelabros y fuentes de oro macizo. Probó inconclusos manjares, delicadas truchas, gelatinas que le parecieron sin sabor alguno, espesos chunes, untuosos adobos cusqueños. En las cocinas, la Huacacolqui relataba su vida como rabona del glorioso *Zepita*. Ha cargado alimentos, cartuchos, hasta rifles sobrantes por desiertos que las viejas de Paucartambo nunca conocieron. Ha visto pasar a hombres famosos, a Mariano Ignacio Prado waminka, a Narciso Campero waminka, a Juan Buendía waminka, a otros que combatían en grandes buques de metal en aguas más grandes que el infinito lago contenido en las montañas. Lazúrtegui tuvo que castigar a Yaya y Chuqui-huara, tan enchichados que apenas podían sostenerse en pie. Tres noches durmió Coyla atravesado frente a la alcoba del coronel. Astete parecía haberse acostumbrado a la corpulenta y silenciosa sombra del sargento que no se aparta del héroe. Ahora acucillado junto a los cacharros de la Huacacolqui en San Juan observó a *Turco* mordisqueando briznas de alfalfa cerca de la tienda donde se afeita el teniente Castellanos. Astete regaló ese caballo. La mañana que partieron de Paucartambo, Coyla salió con las alforjas del jefe para ensillar el caballito que lo traía desde Puno. En su lugar aguardaba un nervudo potro argentino, con la montura del coronel. Al sargento le dio un salto el corazón. Este espléndido moro se veía azul bajo el crispado amanecer cusqueño. Corrió en busca de Cáceres gritando Taita, te han cambiado de caballo, ven Taita, mi coronel.

—¡Coyla! —ahora y a su espalda llamó el jefe del Cuarto Cuerpo del Ejército.

—Ordéname, Taita.

Cáceres frotaba su espalda, oliscando el amanecer como si por la consistencia del aire pudiera conocer que se acerca el enemigo.

—Ensilla a *Turco*, Coyla —un bien entrenado instinto

guerrero tensaba al coronel—. ¡Castellanos... que venga don Adeodato Carvajal! ¿No llegó aún la artillería?

Yaya pasaba la rasqueta al moro. Una intensa luz lila se derrama sobre el árido campamento. Coyla dejó su rifle en pabellón mientras recogía la silla de montar del coronel. Como un soldado de infantería, casi nada necesita en su existencia de campaña. Tijeras, peine y navaja, una pastilla de jabón corriente, sólo un uniforme y la camisa de repuesto, botas que Coyla abrillanta en momentos de descanso. Cáceres vive de acuerdo a la estricta ordenanza. Ha venido aquí a estar despierto, a vigilar, a combatir. Había enrollado su frazada y su capote. Frente a un breve espejito rectangular, ya afeitó mejillas y mentón. En una batea de madera se lavaba de la cintura para arriba. Rasguños de antiguos combates han dejado su marca en ese torso blanco, que contrasta con sus brazos atezados por la intemperie. Debajo de músculos poderosos se adivinan huesos fuertes y anchos. Esto es su casa por ahora: media docena de chozas y parchadas tiendas de campaña donde habitan sus ayudantes y funciona el estado mayor, la cocina nutrida por rajas de algarrobo donde ya humean los sabrosos cacharros de Nicolasa Huacacolqui y, detrás de los sombreros, letrinas cubiertas con tierra tan pronto son usadas. Cáceres desayunó de pie, conversando con el teniente coronel Carvajal. Clarines de diana se escucharon en toda la línea. Ajustada la cincha, puesto el freno en la boca de *Turco*, el memorioso sargento Coyla recogió su rifle. Igual que todos los amaneceres de campaña, el equipaje del coronel está listo para emprender viaje.

A CABALLO, LOS JEFES del Cuarto Cuerpo del Ejército escuchaban las instrucciones del señor Cáceres cuando un tronco de mulas entró al campamento, arrastrando ruidosamente un liviano cañón de bronce. Sobresaltado, Coyla apuntó su rifle. ¡Alto, alto carajo! —gritaba un joven oficial artillero. Después miró al ceñudo sargento y sonrió—: Hombre, quítame eso de encima, ¿no ves que soy peruano? Retes se acercó a investigar quién arremetía contra la explanada donde Nicolasa Huacacolqui se arma de piedras y abanica el polvo que ensucia su rancho recién cocinado.

—¿Se encuentra aquí el coronel Cáceres? —pregunta el capitán Enrique Delhorme.

—La próxima vez golpea antes de entrar —sonrió Retes.

—No tengo la culpa —el artillero estrechaba la diestra del teniente—. ¡Malditas mulas! Tres veces se me han desbocado... —llevó la diestra al quepís saludando al señor Cáceres— ...Mi coronel, capitán Delhorme, mi coronel. Quinta compañía de Artillería de Campaña, señor. Me envía el coronel La Fuente a servir en su sector.

—Lo esperamos desde hace una semana, señor Delhorme —Cáceres conoce bien a este oficial de veintidós años. Antes de servir como instructor en Lima, perteneció a la guarnición de Iquique—. ¿Sólo trae ese cañón?

—Mi batería está en la hacienda Bocanegra, señor. Y no dispongo de más mulas...

El jefe del Cuarto Cuerpo pareció buscar paciencia en el rostro de los coroneles a sus órdenes.

—...estuvimos desmontados hasta ayer, señor. Tendré que hacer varios viajes.

—Entiendo, capitán... Adeodato, que instalen la batería en la avanzada del Zigzag. ¿Y sus bagajes?

—Traigo lo suficiente para diez disparos, mi coronel. Los bagajes están en retaguardia por falta de movilidad. Espero traerlo todo antes de retreta, mi coronel.

—Proceda usted, capitán. Señor Retes, pida usted una fracción al coronel Ayarza y auxilie al señor Delhorme.

El frente, por fin. Desde la víspera de navidad, el capitán había acercado sus cañones a la línea de batalla. Sólo cuando las mulas requisadas en Chillón se entregaron a los regimientos de artillería, pudo La Fuente enviar sus piezas al sur. Otras baterías, embarcadas por tren a Chorrillos, ya ocupan posiciones en San Juan. En días de aspirante, Delhorme ha cabalgado muchas veces por estas cerrilladas. Aquí íbamos a morir o a sostener nuestro derecho a ser libres. Recogió un puñado de tierra, acercándose a al rostro para mirarla y olerla. Polvo único, polvo paterno. Si los fuegos de la prolongada línea peruana no contienen el asalto enemigo, si sus tarros de metralla no lo despedazan en espantosas brechas, a este polvo sin semejanza se mezclará la sangre reluciente de Delhorme y sus subalternos. Nada más que veintidós años y ya le parecía ser viejo. Hace un rato encontró al teniente Enrique Bolognesi montando su cañón entre Chorrillos y San Juan.

Toda la familia se preparaba para defender Lima. También Augusto Bolognesi llegó ayer al frente. El joven Federico servía en el fortín del cerro El Pino. Y su tío Mariano, de guarnición en el Callao, solicita inmediato traslado para intervenir en la batalla. Muy bien, aquí. Delhorme elegía el sitio de su muerte. Ningún cañón de campaña más avanzado que esta pieza. El capitán paseó el atrincherado terraplén hasta volverse sonriente al subjefe de estado mayor del Cuarto Cuerpo. Creo que es una espléndida posición, dijo el artillero. La servirá él mismo. Si el enemigo desemboca por el camino de Las Lomas, sus disparos lo tomarán de flanco. Dotación y mulas no bastaban para empujar cuesta arriba el cañón de 60 milímetros, así que don Adeodato Carvajal y el joven artillero contemplaron llegar la mañana del 6 de enero, mientras se acercaba a ayudarlos media compañía del batallón *Lima*. Patria de polvo y pantanos, país de sangre y hueso. Por Villa empieza a diluirse la niebla nocturna. Como un baño de aguagoma disuelve manchas de oscuridad y, todavía veladas por la humedad, reaparecen formas diurnas, lo sólido y real, con su miliciana multitud turnándose para vigilar el horizonte entre banderas rojiblancas estiradas por el viento. Toca tierra como quien hunde la diestra en una entraña adolorida. Graves pulsaciones corren hasta las yemas de Delhorme. Sí, el país se queja, descuartizado. Veintidós años y tanto por hacer. Sonrió a su amigo Retes cuando llegó con los refuerzos. ¡Arriba, vamos! Tensaban sogas arrastrando la pieza a repecho. Más allá, eso es. Después se despidió Carvajal y el capitán tendió su diestra al teniente Aservi, gracias por ayudar con su gente hasta pronto compañero. Y a tí, cómo te va, sonrió a Retes. Por última vez se vieron cuando el *Limeña* volvía del sur. El teniente apretó los labios. Como a muchos oficiales le disgustaba la pasividad dispuesta por el alto mando ante los reconocimientos de Chile. El propio Baquedano ha venido con trescientos jinetes a pasearse frente a San Juan. Vamos, replicó Retes, te invitaremos desayuno. Casi seis meses se han cumplido desde que juntos subieron a la *Mama Pancha*, como conocen en la escuadra a la pesada lancha aduanera *Urcos*, para recibir a los heridos de Arica y saludar los restos de Bolognesi, More y Zavala. A bordo, el capitán encontró a varios conocidos del *Huáscar*. Juanito Alfaro estaba de novio, en vísperas de casarse. Santiago Távara todavía era cirujano mayor del Callao. Otoyá está

al mando accidental del *Rímac* cautivo en la bahía. *Mama Pancha* dejó atrás el Muelle Dársena, a trechos arruinado por el bombardeo enemigo. A la misma hora, la víspera, torpedearon al *Loa*. Anocheceía ayer, cuando el crucero chileno *Amazonas* se acercó al naufragio, casi ocho millas al norte de San Lorenzo. Falúas de la vecina flota neutral recogían sobrevivientes en la oscuridad. Más tarde se vio relampaguear los reflectores eléctricos del *Blanco Encalada* frente a la desembocadura del río. Por noticias recogidas en los buques neutrales, se supo que sólo 55 chilenos salvaron del torpedo. Ciento dieciocho enemigos se ahogaron en diecisiete brazas de profundidad. Ocupados en rastrear el fondo marino y en rescatar nuevos cañones a pique en las rotas bodegas del *Loa*, los acorazados del almirante chileno Galvarino Riveros no emprendieron el habitual bombardeo de represalia. Al atardecer se presentó el *Limeña*, con bandera de la Cruz Roja y bodegas repletas de heridos y refugiados. Mientras venteaba su nave por la bahía a las cinco de la tarde, el capitán Cross telegrafió a tierra que trae a bordo los restos de los héroes de Arica. Una muchedumbre de jefes militares y navales pugnó entonces por embarcarse en las lanchas de la aduana y la capitania.

En el portalón de estribor, Delhorme saludó al cirujano Azcárate. Luego observó el puerto como quien parte de viaje. Voluntarios de la Unión Chalaca y de la Salvadora Lima se alineaban con sus camillas en la Dársena. De parte del almirante Bergasse du Petit Thouars se acercaba una falúa francesa a pedir noticias. Desorientadas ráfagas empujaron hacia el buque olores de tierra: tufo de orinientos callejones portuarios y de aguas mansas entre barbudos pilotes recubiertos de algas, viento que raspa vastos cascajares sobre los que germinan inmundicias y cornisas, techos de zinc y campanarios ensuciados por pequeños buitres de ciudad, cosas y sueños encerradas por la guerra necesaria, remotas huertas, parches de legumbres tocados por la garúa, iragancia de juvenes eucaliptos, vinagrillo humano apretujado en blocaos o empinándose por estrechos largos balcones de esponjosa madera. Pero no había hedor doméstico o perfume evaporado de ese paisaje más herrumbroso que verde, capaz de lavar la gangrenosa peseta que rebota por los sentidos del cirujano. El capitán Cross salió al portalón encendiendo un tabaco, a contraviento. Al fin había largado anclas, terminado su misión. Pronto desembarcarán a humildes desconocidos héroes de Tacna y Arica

con toda su pus y sus muñones intactos, sus heridas todavía, su muerte a la vista, su dulce olor putrefacto que saludarán los estandartes. Qué tal viaje, mister Cross. El inglés apretó la diestra de Távara. Pase usted y véalos, señor cirujano mayor. Cinco no soportaron la travesía. Chile repatriaba a moribundos y amputados, quienes nunca más podrán oponérsele con las armas en la mano. Caía la noche. Siempre más apagada Lima, con su mortecino gas racionado por la escasez de carbón, casi a oscuras el Callao donde prudentes espaciadas lámparas de kerosene emiten un delgado resplandor amarillento, los venidos de tierra se movieron sin tropezar por la penumbra del buque, como una raza cuyos ojos hubieran mutado de diurno cristal a fosforescentes pupilas submarinas. ¡Escolástico Canales, batallón *Ayacucho!* Presente. ¡Filomeno Huarhua, batallón *Zepita!* Presente. El practicante Chacaltana no se separa del soldado cusqueño mientras izan, bajan camillas por embreados espacios y peldaños guarnecidos de bronce. Al comienzo de la guerra, en este buque viajaba el Presidente de la República a encargarse personalmente de su ejército en el sur. Y a bordo del *Huáscar*, al mando de la pequeña escuadra que lleva al Supremo Director y a su estado mayor, no ignoraba el señor Grau que así el país está perdido, que nada hay de veras bueno para combatir al enemigo, un cañón veloz, un solo buque inalcanzable, ni siquiera caballos, proyectiles de acero, capotes de invierno, oportunos rifles. Hacía muchos meses de Angamos y ya olvidaban a Miguel Grau. ¿Dentro de cuántas semanas la amnesia nacional cubrirá el sanguinolento rastro de Huarhua por el costrón tacneño? Llegado a cubierta, Chacaltana parpadeó buscando el Callao. Botes iluminados con antorchas se acercaban en cauta procesión a las siete y media de la noche. La Dársena brillante, los hoteles chalacos y sus luces de colores, la divertida Lima exhalando un distante resplandor a todo gas, todo había desaparecido desde que el practicante partió con su ambulancia al sur, en abril de 1879. Delhorme lo saludó al pasar. Le parecía conocer a todos, sanitarios y heridos que ni siquiera se quejaban. Siguió al señor Otoya a una bodega, donde se alineaban tres cofres de latón, en los que una tosca caligrafía de zapador chileno había escrito el nombre de sus ocupantes. Con los brazos más bien amarrados uno al otro que cruzados sobre el pecho, Delhorme contempló el ataúd de Bolognesi. Puesto a su derecha, el marino que encalló la

Independencia volvía como un héroe a la ciudad que lo llenó de improperios, que hasta le dijo traidor. Detrás del artillero, Retes los recordó de activa carne y hueso, de luto y de paisano More hasta no recobrar con su espada el honor de vestir uniforme naval, entre otros jefes a Bolognesi en Iquique, a Zavala y Ugarte abordando el *Huáscar* chamuscado después de su combate con la *Esmeralda*. ¿Qué raro privilegio era esta vida en bloqueo, en círculo cerrado, en perfecto golfo, en isla al revés? La guerra encima, en derredor, sofocándolos, más poderosa que Delhorme y Retes, en fin contenida en estos cofres de higiénica hojalata. Pero nadie había muerto en vano o sufrido gangrena, la sed total de los desiertos por una menudencia, ni era posible rendir este polvo paterno que recubría las montañas o regresaba vuelto adobe, camino, legumbre, rueda cotidiana por un tiempo dentado y arrogante, negro océano sin profundidad que también ha de morir en playas inimaginables. Tiempo de hojalata, tiempo de arena, balazo puesto entre sus ojos, al corazón de antiguos líquenes, a su rostro de ameba. ¿Cuántos meses muerto, señor Grau? ¿existe de veras la paz en alguna parte, mi almirante? Después Delhorme y Retes reconocieron al teniente Augusto Bolognesi. Miraba atontado los cofres idénticos. El capitán artillero señaló el ataúd del centro. Ahí está su padre, Augusto. Lentamente el joven oficial cayó de rodillas. Nadie lo oyó sollozar.

CLAREABA LA MAÑANA del 6 de enero, pero la luz demoró en filtrarse a través de las nubes que cubrían Miraflores. El ciudadano coronel Ribeyro desconfiaba de este tiempo caprichoso. Rastreó la humedad que acuchillaba sus articulaciones y, antes de estornudar con desagradable insistencia, sacudió el rocío adherido a su capote. Los hombres del Batallón N° 4 habían cantado y discursado hasta después de medianoche. Salvo centinelas que miran perpetuamente al sur, dormían ahora en tibias chozas de carrizos y esteras. A Ribeyro se le cerraron los ojos en la trinchera del reducto. No parecía verano. Doce meses atrás a comienzos de enero los balnearios del sur ya estaban habitados y lleno el Hotel Principal de Miraflores. Pero hasta las estaciones titubeaban en medio de una confusión uni-

versal. A fines de noviembre llovió por primera vez. No la familiar y casi imperceptible garúa limeña sino gruesos goterones tropicales empaparon la ciudad durante dos horas. El 5 de diciembre se repitió el fenómeno. Después llovió un rato todos los días, tronaron tempestades más allá de Chosica, se desbordaron acequias y el ruidoso río Rímac recobró un prematuro tamaño estival, como si antes de navidad hubiesen llegado las barrosas avenidas de marzo. Luego prevaleció la promesa del verano y los campos de Miraflores volvieron a agrietarse como si nunca los hubiera tocado la humedad. En lagunajos y barrizales que tardan en secar, también en el río que adelgaza entre sorprendidos totorales, se criaban plagas de zancudos que ahora, cuando empieza el año decisivo, molestan a las tropas estacionadas entre los pantanos de Villa y Miraflores. El tiempo siguió puesto de cabeza y hace una semana despertó Ribeyro alarmando por la violencia de las olas. Tronaban contra los acantilados como disparos de cañón. Una braveza que no se había visto en muchos años removía la casi siempre plácida bahía. En el Callao, la marejada inundó los castillos y acometió espumosamente contra el dique y la Dársena. Cautelosos buques chilenos se retiraron a alta mar. El estruendo de millones de pedruscos restregados por la violencia de las aguas, apenas había disminuído esta mañana. Vapor salado o neblina, cierta acuática consistencia del aire mojaba el aliento de los reservistas.

—¿Té, mi coronel?

Ribeyro agradeció el cacharro ofrecido por el raso Ricardo Olmedo. Como a casi todos los hombres de su batallón, lo conocía desde antes que acudiera a filas. A los cuarenta años, Olmedo persiste en reírse de la vida. Había convertido a sus camaradas de la cuarta compañía en voluntarios cocineros del segundo reducto miraflorentino.

—Olmedo... ¿qué esperan para tocar diana?

—Enseguida lo averiguo, mi coronel.

Un intenso perfume a madreSelva brota de huertas y jardines en el pueblo cercano. Por allá, rumbo a la calle Lima y a la plazuela de la iglesia, se alzan monumentales pinos araucaria y una que otra encina venerable. Jóvenes pero frondosos y verdinegros ficus despiertan mojados cerca de la Bajada Balta, cuya rampa de madera conduce a los baños desiertos. También hay pinos detrás de este reducto, a medias apoyado en la inculta pampita de la hacienda Surquillo.

Las defensas no estaban terminadas cuando el Batallón N° 4 se instaló en Miraflores el día de navidad. Al primer reducto, levantado entre la quebrada de Almendáriz y el pueblo, falta llenarle con agua su foso de siete metros de ancho por tres de profundidad. Ya que no hay cómo desviar acequias para inundar zanjas, alguien propuso hacerlo a baldazos. Ribeyro rió de semejante ocurrencia. Aquí no se ha concluido de apisonar el parapeto de tierra de dos metros de altura y cinco de espesor. Mirando al sur, el reducto se levanta a izquierda de los rieles, entre la línea de Chorrillos y los potreros de Surquillo. Un laberinto de tapias se entrecruza en derredor de las posiciones de Ribeyro. Primero sus tropas carpintearon chozas para albergarse. Durante tres días, doscientos chinos contratados a iniciativa del coronel Derteano, acarrearón carretillas de tierra o apilaron sacos de arena reforzando el parapeto. Después se agotó el dinero recolectado por estos limeños de buen vivir. Hasta el poderoso Derteano está arruinado tras veinte meses de guerra y bloqueo. Así que el ciudadano Ribeyro se despojó del talismán de coronel y en proletarias mangas de camisa se armó de un hacha y empezó a talar olivos que obstruyen su campo de tiro. Desde entonces el Batallón N° 4 había foseado su fortín, derribado arbustos y espinos luego amontonados en los flancos y, en fin, abierto troneras en gruesas tapias vecinas y hasta construido un polvorín subterráneo.

Una somnolienta corneta esparció el toque de diana. Los trescientos voluntarios del Batallón N° 4 emergieron con arrugados uniformes. Desde hace una semana duermen con el rifle en pabellón, al alcance de la mano. Ribeyro miraba a los ciudadanos a sus órdenes, hombres pacíficos de pronto puestos a bruñir bayonetas a la espera de un avezado enemigo. Formadas las compañías, pasan lista y parte. Raso de la quinta compañía don Manuel Pino, supremo magistrado. También raso el tuerto Tranquilino Velarde, casado y con cinco hijos. Y el bachiller Juan Tagle. Y el adolescente Manuel Bonilla. Y el comerciante chalaco Juan Dionisio Rivera, que en 1873 fuera coronel de cívicos y que hace unos días cumplió cincuenta años. Cabo primero el agricultor Panizo, a los 58 años jefe de numerosa familia. El ciudadano coronel los revistó con afectuosa sonrisa. Ya llegaban canastas de tibios torpedos, el enorme pan militar horneado en las panaderías de Lima.

A las siete y media, Ribeyro montó su caballo y escol-

tado por sus ayudantes, trotó rumbo al pueblo. A la misma hora picaba espuelas el coronel Lecca, por el camino que retrocede del primer reducto a la batería Alfonso Ugarte y de allí a Miraflores, por la orilla sin urbanizar de la bajada a los baños, frente al delgado malecón sombreado por ficus y a la glorieta de madera blanca. Los jefes de batallones del ala derecha convergían a la perfumada calle Lima, cuyos buenos ranchos están clausurados y en silencio. Entre primitivos techos de mangle y torta, por este lado de Miraflores se adivinan surtidores y la opípara huerta del italiano Porta, el primero que afinó a lo grande en el balneario. Ordenada la movilización total de ciudadanos, Porta acreditó que su hijo Alfredo era súbdito extranjero, inscrito en el consulado de Italia desde 1864. Pero periodistas del diario "La Patria" descubrieron que en 1876, al cumplir su mayoría de edad, el joven Porta optó por la ciudadanía peruana, inscribiéndose en el registro cívico y sufragando en las elecciones de ese año. Ahora se les menciona como ejemplo de desamor al Perú y su enorme quinta está despoblada, en vergonzoso encierro. Refrescado por el húmedo aire matinal, Lecca se encogió de hombros mientras chupaba su infatigable cigarro y torcía bridas hacia el palacete campestre de don Guillermo Scheel.

Sólo la residencia mirafloresina de Cabada, cajamarquino propietario de minas de oro y plata en Contumazá, puede compararse a la espléndida construcción veraniega del antiguo socio y apoderado de Dreyfus en el Perú. Ni en el almenado rancho de Palmieri, ni en la huerta de Porta se mezclan tan embriagadoramente el perfume de madre selva y jazmines, ni florecen tan sangrientas buganvillas o se derraman doradas campanillas sobre arcos y glorietas como en los jardines de Scheel, donde se alberga el comandante de la primera división. Nada se había movido de su lugar en la finca protegida por la neutral y poderosa bandera del Imperio Alemán. Servicio, vajilla de plata maciza, biombos de China, esbeltas sillas Chippendale, peinadoras y alcobas pompadour, porcelanas y perezosas de mimbre, todo está dispuesto como si en vez de la gran batalla fuese a inaugurarse una placentera vacación estival.

Ribeyro saludó al coronel Lecca con la diestra en alto. Vecinos en la guerra, eran amigos desde buenos años de paz. Iba a preguntar qué tal la pasan en el primer reducto cuando una invisible alarma agitó a los caballos. También relincharon las bestias alineadas en la puerta de la quinta.

Instintivamente los coroneles miraron al sur, como si desde aquí pudiesen descubrir el peligro.

Retumbó un cañonazo.

¡Enemigo a la vista en San Juan! ¡a las 7 y 36 de la mañana se acerca el ejército chileno! ¡Todos a sus puestos de combate!

Chirrió la puerta por la que antes transitaban confortables carruajes e irrumpió el coronel Darteano seguido por varios oficiales. ¡Señor Ribeyro, a su reducto! Del frente telegrafían que se aproxima el enemigo. Parece que quisieran desbordarnos por el Zigzag y San Juan. Dos minutos después el receptor de Miraflores disparó otro mensaje: los chilenos también se acercan a las trincheras de Santa Teresa.

AL PIE DEL CAÑÓN DE AVANZADA, el capitán Delhorme escudriñó la Tablada de Lurín. Sus ojos penetraban como recubiertos con cristales de aumento. No abundan los largavistas en la línea peruana. El señor Cáceres tiene un antejo personal. El Estado Mayor General se servía de un telescopio ubicado en el Morro. Delhorme era el primero en descubrir a los enemigos. Calculó que hay seiscientos desplegándose a ocho kilómetros de distancia. Sus propias líneas estaban distraídas así que ordenó cargar con pólvora y soltar un cañonazo en blanco.

El eco de su disparo rebotó contra los cerros. A saltos trepó Cáceres a la cresta del Zigzag ¡Enemigo al frente! A simple vista parecía un reconocimiento más importante que los anteriores. De lo alto del Morro partían cohetes de colores, propagando la alarma general. Al toque de las cornetas, dieciséis mil peruanos corrían a sus puestos de combate. El jefe del Cuarto Cuerpo del Ejército espoleó a su caballo, comandándolo hacia el baluarte donde ahora Delhorme recarga su cañón con una granada.

—¡Chilenos en la Tablada, mi coronel! —pareció alegrarse el artillero— . . .todavía fuera de distancia. Si se acercan un poco, puedo acertarles.

—Muy bien por avisar, capitán. Ahora espere mis órdenes.

Aumentaba el atrevimiento del enemigo. El 24 de diciembre cambió disparos con los peruanos en Manchay. En

navidad, los *Carabineros de Yungay* fueron rechazados por el batallón *Callao* y la Quinta Brigada de caballería en Villa. Hace diez días hubo un corto combate en Sisicaya, donde acampa el batallón de mineros y ferroviarios del coronel Bentín. El 28 de diciembre, tropas de la división Lagos volvieron a probar las defensas de Villa. Ocho días atrás, ciento cincuenta jinetes chilenos se filtraron hasta Ate para observar nuestras líneas desde atrás. Hace cuatro días el vapor *Gaviota* se acercó a la Punta Chira y navegó cerca del Morro. El mismo día, Baquedano se acercó a Villa con trescientos jinetes. El 3 de enero, granaderos chilenos fueron contenidos cerca del cerro Papa, en el arrenal de San Juan. Antier, la cañonera *Magallanes* se pegó al Morro navegando de sur a norte. Ayer, la brigada de Orozimbo Barbosa volvió a tantear la ruta de La Rinconada. Media hora estuvo Cáceres pegado al largavistas. El enemigo reanudaba su cauteloso avance. Baquedano en persona descende por el camino de Las Lomas, por donde puede ver las defensas chorrillanas además de los distantes campanarios de Lima. Lo acompañan cien granaderos y cien cazadores, aparte de cien rifleros del regimiento *Buín*, 1º de Línea. Intervienen en la observación del campo de batalla todos los jefes de divisiones chilenos y el estado mayor general en pleno. Como antes del encuentro de Tacna, traen a los infantes en ancas. Veinte poderosas mulas soportan cofres de munición o arrastran artillería. Son cuatro piezas de campaña, dos Armstrong ingleses de 66 milímetros y dos pesados Krupp de 87, todos fabricados durante 1880. Cuando hubo adivinado que primero se aproximarán los jinetes bajo la cobertura de cañones seguramente servidos por los mejores cabos enemigos, Cáceres se volvió a contemplar sus propias líneas. Por San Juan se escucha el Himno Nacional tocado por todas las bandas de músicos. En el Morro retumban tambores enardeciendo a los defensores. Un suave viento en contra sacude treintiseis estandartes peruanos, como si ya se lanzaran cuesta abajo y a la carga de sus parapetos. Sobre colinas y cerros, coroneles a caballo acortan riendas esperando la voz de ataque. Desde Chorrillos crece el unánime vocerío de las tropas vitoreando a Su Excelencia. Luego cambió miradas con los jefes que silenciosamente se le habían reunido. En el rostro que ya no es amable, por el mentón de piedra y los duros pómulos que tensan su vieja cicatriz, en los ojos verdes que frente al peligro sólo descubren el camino más

corto a la sorpresa, en su posturá de atacar siempre, en esa manera de jugarse la vida en todas sus decisiones ante el enemigo, el viejo coronel Ayarza reconoció cierto resplandor victorioso. Si hemos de ganar batallas, será en pos de este ayacuchano obstinado y valiente, para quien nunca nada ha sido imposible. Lo quería y respetaba como a un hijo que salió mejor que el padre. Regresando de Tarapacá, con sus victoriosas huestes semidesnudas y hambrientas, Cáceres había exigido a ciertos jefes el juramento de nunca abandonar la lucha contra Chile. Ugarte y Zavala lo cumplieron con sus vidas. Recabarren acabó temporalmente preso por contrariar instrucciones superiores y mover batallones arequipeños en auxilio de las tropas de Tacna. Morales Bermúdez y Manuel Velarde fueron los últimos en abandonar el Alto de la Alianza. Ahora Cáceres había pedido el mismo juramento a su paisano Ayarza, al puneño coronel Buenaventura Aguirre, al aristocrático Vivanco. La guerra concluirá con los peruanos vencedores en San Juan y Chorrillos o no acabará nunca.

A las nueve retumbaron dos cañones enemigos. Sus proyectiles cayeron a un kilómetro del Zigzag. Dieciséis mil voces gritaron viva el Perú, acallando las detonaciones chilenas. Salvo los jinetes de Morales Bermúdez que alardean por Villa y cinco compañías de rifleros que se abren en guerrillas entre lagunas y cañaverales a la derecha, nadie sale a enfrentar al invasor que se aproxima a seis mil metros, todavía fuera del alcance de los rifles peruanos.

—El Jefe Supremo está en Pamplona —Ayarza adivinó el pensamiento de su paisano.

—Gracias, coronel. Quédese al mando.

Van y vienen trenes entre Miraflores y Chorrillos. Los gruesos Krupp de campaña enemigos sacudieron ahora los campos de San Juan, detrás de los parapetos. La respuesta de las baterías del Morro estremeció cristales en Chorrillos. Por la calle del Tren se oye avanzar paso al trote a demorados refuerzos. El médico inglés MacLean tranquilizó a la señora de Montesrese. Empezaron los dolores. Tal vez a la noche o mañana sea el parto. A cada nuevo cañonazo, la mujer empuñaba las expertas manos de Juana Caycho, partera chorrillana cuyo marido, Ramón Salazar, hoy vistió uniforme de cabo explorador. No se preocupe, niña. No es la batalla, todavía. A tres, cuatro kilómetros estallan metódicas granadas chilenas, midiendo distancias. Más fuerte se escucha tronar al Rodman de 500

libras del Morro Solar y a los livianos Vavasseur del ala derecha. Luego creció una crepitación de rifles. Otro tren con pertrechos bufó en la estación chorrillana. Con una desesperada mueca, el caballero Leonardo de Montescrese contempló a su joven y pálida esposa. En vísperas de nacer, la criatura daba saltos en el vientre hinchado. Creyendo que la batalla se daría por el norte, como aseguraba el gobierno hasta fines de noviembre, el súbdito italiano se trasladó a Chorrillos. Cuatrocientos de sus connacionales, entre pescadores y bodegueros, rehusaban abandonar el pueblo. Antier, el plenipotenciario Viviani visitó Chorrillos, instándolos a clausurar sus negocios y mudarse a Lima o Ancón. En Chile se cree que estos garibaldinos combaten del lado peruano. Veinticinco genoveses quedaron arruinados por el saqueo en Tacna. Ebrios vencedores violaron y después asesinaron con bayonetas a una italiana en la alameda tacneña. Al comerciante Rafael Rossi lo aplastaron a culatazos en el interior de su pulpería. Giovanni Raffo, agente consular de Italia en Tacna, fue puesto preso por un coronel chileno y allanada su oficina donde se refugiaban casi quinientos extranjeros. Ningún paisano debe quedarse en Chorrillos y nadie quiso moverse. A insistencia del excelentísimo señor Viviani, los súbditos del rey Umberto aceptaron que esposas e hijas fueran a Lima, a acogerse a la hospitalidad de acaudalados compatriotas. Pero Montescrese no cree prudente trasladar a su señora a Lima. Los trenes han sido afectados por el servicio militar. Acaorean munición, víveres para el ejército, también a rezagados combatientes. A veces se atascan varias horas en Miraflores. Tampoco MacLean, rotundamente escocés y neutral, piensa abandonar el balneario. Ofrecía cuidar de la señora. No tuvo ella un fácil embarazo. Hasta que el saludable clima chorrillano tonificó a esta madre primeriza, se temió por su vida. El caballero de Montescrese confía en el anciano MacLean y en el pabellón italiano enarbolado en lo alto de su propio rancho.

Cerca de la residencia de Tenderini, los bomberos de la Garibaldi N° 1 formaban en disciplinadas compañías. Seis compatriotas de la Bomba Roma entregan escalas, mangueras y hachas prestadas hasta después de la batalla. El conde Carlo Carenzi-Galesi aprobó sonriente a los mata-fuegos de uniforme rojo y negro, con quepís de cuero en los que letras de bronce relucen con el venerado nombre de Garibaldi. El fundador de la moderna Italia vivió en el

Callao, durante los años en que parecía derrotado. Algunos, como el gordo Astrona, lo conocieron hace veinticinco años, sentado en la puerta de una quinta chalaca. Si huele a pólvora, efusivos pescadores y bodegueros se sienten algo corsarios y se transforman en camilleros, vigilantes de la Guardia Urbana o bomberos. Sus vivas a Italia y a Garibaldi se escucharon hasta la estación ferroviaria. Carrenzi-Galesi no acompañó a los garibaldinos que empujan la bomba de veintiséis mangueras traída desde el Callao. Lo preocupaba la salud de Viviana de Montescresce. Secretario de la Sociedad Italiana de Beneficencia, protector de la Escuela de Música y miembro de la Sociedad de Bellas Artes, el conde es influyente italiano y viejo amigo del ministro del rey Umberto. Considerándose a salvo de los horrores de la guerra, insiste en que Montescresce se vaya cuanto antes. Desde la villa de Tenderini, donde hace seis, siete años veraneaba el Presidente de la República, contempló el humo de los cañones peruanos elevándose por el Morro Solar. El pausado intercambio de cañonazos no anuncia combate a muerte sino otro tanteo de las defensas.

Lejos de huir hacia Lima, los habitantes del Alto Perú subieron a los cerros a presenciar la escaramuza. También Nicolasa Huacacolqui escucha rasar granadas chilenas desde una trinchera del Zigzag. Por Pamplona pide un rifle la valerosa chalaca Ursula Vargas. En 1865 combatió a órdenes de Montero y Rivarola, en las filas del *Zepita*. Cuando las elecciones del setenta y seis, se batió a tiros en la plazuela de Santa Ana contra los capituleros civilistas. En Ucaciquino sirvió a órdenes del coronel Dávila y concluyó tomando un rifle por la causa pierolista. Ya que no puede molestarse al Jefe Supremo, buscaba a su joven amigo el coronel Billinghamurst. El secretario García y García le rogó que volviera al atardecer. Después salió al encuentro del señor Cáceres. Cincuenta enemigos acaban de galopar frente a las trincheras peruanas sin que la fusilería consiguiera derribarlos.

—Solicito permiso para atacar con dos batallones, señor García. Le pido comunicárselo al Jefe Supremo.

—Ya conoce usted las órdenes, coronel —se fatigó el comodoro.

—Insisto, señor García... no podemos seguir con los brazos cruzados, extendiendo facilidades al enemigo.

—¿Usará usted infantería para perseguir a granaderos y cazadores?

—La Quinta Brigada está en Villa —se obstinó Cáceres—. Y Su Excelencia dispone de ciento cincuenta hombres del Escuadrón Escolta. Tampoco olvide que hay presentes oficiales de la Columna de Honor.

Ayer Piérola cumplió 43 años. Eligió la fecha para dictar una orden que sorprendió a todos, menos al coronel Cáceres. Rehabilitaba a Manuel Velarde, coronel ex-jefe de estado mayor peruano en Tacna, encargándole la jefatura de una columna integrada por todos los jefes y oficiales sin puesto en el frente. Pasaban de cien antiguos guerreros, la mitad de los cuales ha venido a Chorrillos a la espera de órdenes.

Cuatro proyectiles de 87 milímetros habían desmoronado trozos de la línea en el cerro Pamplona sin que Nicolás de Piérola parpadeara. Mientras el ex-Secretario de Guerra Iglesias y el General Silva regresaban a Lima a apresurar definitivos movimientos de tropas, el Jefe Supremo conducía la guerra desde su nuevo cuartel general en la Escuela de Clases de Chorrillos. Tan pronto se escuchó el cañonazo de alarma, Su Excelencia se dirigió a la línea de batalla seguido por una corta comitiva. Mientras espera respuesta, el jefe del Cuarto Cuerpo del Ejército observó al almirante Montero y a los generales Buendía, Segura y Vargas Machuca que le sirven de ayudantes de campo.

—Al señor Secretario de Guerra... —se oye la imper turbable voz de Piérola a ratos apagada por el estruendo de la riflería nacional que persigue a las descubiertas chilenas— ...ordeno en la fecha que el coronel Negrón, que está en Huarochirí con un batallón de guardias civiles, se venga inmediatamente a Lima. Al efecto, Vuestra Señoría hará salir un tren expreso que conduzca a esta fuerza cuando más tarde mañana temprano. Proceda Vuestra Señoría a proveer esta noche misma de uniforme al Batallón *Canta* que acaba de llegar...

Más cañonazos chilenos agrietaron la pampa próxima al huarangal. Piérola se humedeció los labios. Cambiaba de opinión.

—...Haga Vuestra Señoría que la fuerza de *Canta*, uniformada o no, se venga mañana temprano, es decir, en la mañana del 7, a Chorrillos, por tren. En el caso de no tener recibido su uniforme, lo remitirá Vuestra Señoría a esta villa. Ordenó al coronel Velarde que se venga, con la parte que tenga lista de su columna, a amanecer si es posible en Monterrico Chico, donde hallará armas. He orde-

nado al Jefe de la Reserva que, acuartelado como se halla el número 32, de con él guardia en Palacio y Moneda y tenga el resto listo para guarnición de Santa Catalina... Relevada la guarnición de Palacio, que se venga aquí toda la fuerza de Junín.

Sólo al terminar su dictado de órdenes a la vista del enemigo, pudo acercársele su secretario. Hablaron en voz baja. Después Piérola buscó con la mirada al coronel Cáceres y negó con un movimiento de cabeza.

LA CÓLERA ADELGAZABA LOS labios de Antonia Moreno esa mañana del 6 de enero. A Lima se le acaban los víveres —y no hay qué comprar. Hace once días que cerraron para siempre las tiendas de abarrotes. Enlutadas mujeres disputaron ayer magras raciones de carnero. Hoy ni siquiera quitaron el candado a la puerta principal de la plaza grande. La negra Gregoria había vuelto con vacías canastas. En casa tendrán que arreglárselas con alimentos secos. Una escuálida multitud erraba por los suburbios de Lima en busca de comida. Nadie parece acordarse de los menesterosos. Se oyó acercarse un carruaje por la calle de San Ildefonso. Golpearon aldabones mientras el viejo Patrocinio corría a abrir. Un Duchesne tirado por dos jamelgos tan huesudos que salvaron de la requisa, trae a su amiga Rosa Elías de Montero, al fatigado cirujano Alarco y a la anciana señora Dartnell. Más rápido que el cochero del almirante, Patrocinio tiró del estribo y abrió la portezuela del carruaje. Aunque estuviesen en enero, la misma luz de otros veranos no alumbraba este patio revestido de mármol. En lo alto de la fuente, el delfín expulsaba pacientemente un chorro de agua. Se curvaba en gotas, cayendo como un sauce en busca del río. Una pátina aceitosa recubría los platos de la fuente, dándoles la apariencia de una pila bautismal. Multiplicándose con silenciosa levedad, Patrocinio empujó las puertas de cristales. No tuvo que anunciar visitas.

—Bienvenidos, bienvenidos... —por primera vez en la mañana sonrió la esposa de Cáceres. Detrás suyo llegaban las niñas—. ¿Hay noticias del frente?

—Nada importante —tranquilizó el cirujano—. No se preocupe tanto, Antonia.

Ella negó con la cabeza.

—Cáceres sabe cuidarse —dijo animosamente—. He reunido una montaña de hilas.

Alarco recogía donaciones para el hospital de sangre de Santa Sofía. El óleo del antiguo capitán real pareció contemplar a los recién llegados. La vieja señora Dartnell devolvió una enérgica mirada al cuadro de don Tadeo Cáceres, el aventurero descendiente de la tuerta de Éboli. Se apoyaba en un hermoso bastón con puño de marfil y oro. Pasó afectuosa revista a las niñas. Pues ella sí que tiene novedades. Hasta cincuenta incas por un porongo de leche y veinticuatro por una docena de huevos, los especuladores cobran lo que quieren y no hay a quien quejarse. A los extranjeros que huían al Callao a embarcarse en pontones y hediondos veleros neutrales protegidos por Petit Thouars, se sumaba desde temprano una mal disimulado éxodo de ciertos pudientes a Ancón. Aunque bombardeado antier por la escuadra chilena, dicen que allá no escasean alimentos y que los buques de guerra extranjeros se preparan para fondear en su amplia y tranquila bahía. Claro que sí, una pésima época. Y encima nos habían disuelto a la Guardia Urbana por orden del Consejo de Secretarios de Estado. En las esquinas de Lima se amontonan desperdicios. Nadie recoge la basura desde que la Reserva partió a Miraflores en Navidad. Hay barrios que ya no se puede atravesar ni siquiera a la luz del sol. En la callejuela de Hoyos se respira una pestilencia a sudor y opio ahora fumado a plenitud en madrigueras de chinos. Cerca del mercado, prostitutas borrachas disputan clientes a las once de la mañana. Tampoco se interrumpía el negocio en los lupanares próximos a Juan Simón.

—Hay harina y manteca en la aduana de Santo Domingo —dijo Antonia, observando de reojo a Gregoria y Patrocinio que llevaban atados de vendas y sábanas al carruaje—. Es preciso repartir víveres a los necesitados.

—O por lo menos venderlos a precio justo —añadió la señora Dartnell.

—Sólo puede autorizarlo don Nicolás —se oyó a Rosita Elías. A su esposo, Lizardo Montero, lo habían rebajado a simple ayudante de Su Excelencia. La policía secreta le impidió moverse de Lima hace dos semanas. También su hermano Carlos Elías estaba vigilado por los soplones. A los más notables civilistas les habían negado un puesto de

combate. Hasta el liberal doctof Químper sufría virtual arresto domiciliario.

—¡Don Nicolás! —refunfuñó Antonia. No le simpatizaban los Piérola, no importa que Cáceres se subordinara como un buen soldado—. Alguien debiera hablar con su mujer, pero claro...

—¡Claro! —repitió Rosita.

—...ella, ella sólo huele a sacristía.

—Pero es un acto de caridad —relexionó la señora Dartnell.

—Olvédelo —convino Alarco—. De veras, olvédelo. Es una pena pero doña Jesús vive en otro mundo.

Un rato charlaron en el salón. Después Patrocinio anunció que había terminado. Apilaban vendas y lienzos en el interior del carruaje.

—¿Cómo traerán a los heridos de Chorrillos? —se interesó Antonia.

El médico no supo que contestar. En octubre ordenaron que todo el personal de la Cruz Roja se alistara en la Reserva de la Artillería y en los batallones N° 54 y N° 56. Así que las ambulancias civiles que ya habían acompañado al Primer Ejército del Sur tuvieron que disolverse y entregar enseres e instrumental a la Sanidad Militar.

—Supongo que habrán organizado ambulancias militares en Chorrillos —también a Alarco lo agota esta guerra caracterizada por la improvisación. Más que la hambruna, lo preocupa el desamparo de las farmacias limeñas. Escasean belladona, alcanfor, morfina, benjuí, oportunos bromuros, hilo quirúrgico, liquidámbar, útiles habas de Tonkín, hasta árnica, peligroso digital, polvos de Seidlitz y diáfana trementina de Venecia. Los cirujanos de la escuadra neutral acaban de obsequiar cloroforno para amputaciones sin dolor.

Retumbaron cañonazos en el horizonte.

—¿Oyó usted?

—Sí, claro que sí —Alarco y la señora Dartnell acechaban el polvoriento silencio que se extiende entre la ciudad y el frente. Otra vez cañoneaban—. Tal vez sea otro reconocimiento.

—Es lo mismo —se sobrepuso Antonia Moreno—. Tarde o temprano la batalla tiene que librarse. Gracias por visitarnos...

—Buena suerte —sonrió la señora Dartnell

—Dios la bendiga. Y usted, doctor, vuelva a su hospital.

Durante media hora, el viejo coronel Manuel María Gómez escuchó tronar artillería por el sur. Daba lo mismo haber cumplido sesentidós que cincuentinueve años. Ha peleado en tantas batallas como el General Pedro Silva, que ya tiene sesenta. Sin embargo al cuñado de Miguel Grau lo rechazaron por viejo en el Ejército de la Reserva, cuando quiso sentar plaza como soldado raso. Desaparecido el almirante, muerto en juventud su hermano Enrique Grau, fallecida de enfermedad Ana Grau el año pasado, el señor Gómez se siente a la vez impelido a combatir y responsable de sus numerosos sobrinos. El dinero de la colecta nacional no se ha empleado en adquirir un blindado que lleve el nombre del héroe, sino en otros gastos reservados, de los que el comisionado de la Dictadura en Europa aun no ha rendido cuenta. Al propio Miguel Grau lo rebajaban en la memoria nacional a héroe de segunda categoría. Doloritas Cabero ha pasado apreturas económicas durante 1880. Aunque son unos niños, los hijos del Almirante querían escaparse a matar chilenos. Tan pronto se escuchó combatir en el sur, Dolores Grau fue a visitar a su cuñada Doloritas. A solas en su casa llena de recuerdos de Ingavi y La Palma, el coronel Gómez abrió un ropero y contempló su antiguo uniforme del ejército de línea. Como quien aún no se ha decidido, empezó a cambiar de ropas. Recordaba a su taciturno cuñado antes de partir en campaña por última vez. No sus sobrinos sino sus hijos quedaban en Lima y sin embargo Grau marchó a cumplir con su deber. Bien, se dijo frente al espejo, nos presentaremos en Miraflores, a ver si de ahí se atreven a echarte, Manuel María Gómez. Examinó y cargó de balas su revólver. Llenaba sus alforjas cuando sigilosas pisadas de papel prensado se escurrieron hasta sus orejas.

—¿Qué haces, Francisco? —dijo sin necesidad de volverse.

—¿Tú también peleau, señol coloné? —al antiguo cocinero chino de Miguel Grau se le estrangulaba la voz.

—Sí, también yo. No soy tan viejo.

—Netonces yo acompañaü, coloné, tiene pues que cuidau camisa y zapato, también lancho plepalau...

—Ah, Francisco, pásame la espada. ¿Quieres ser mi ordenanza?...

El chino dijo que sí.

—...¿Y quién velará por la señora Doloritas? ¿Tú crees que el Almirante estaría de acuerdo?...

Otra vez el chino asintió.

—...No, de ninguna manera. Tienes que quedarte. Además, no es tu guerra.

—Chino peleau con chileno, chino también puede peleau con peluano.

—No me discutas, Francisco. Tu sitio está junto a la señora Doloritas. Mi esposa también quedará sola. Se acercan días difíciles.

—No plecopau, coloné —el cocinero bajó la mirada.

Por última vez don José María Hernando paseó la vacía cámara de diputados. Desde que concluyó la legislatura ordinaria de 1879, este alto salón rectangular ha permanecido clausurado. Recinto de leyes efímeras, aquí se incubaron admirables ideas incumplidas. Esta es la capital del país imaginario, la fraterna humanidad inexistente de la palabra para afuera. Interrumpido a tiros y a bayoneta, una vez lo clausuraron con un simple candado incrustado en sus puertas. En constante mudanza, perpetua negación de sí mismo, rabiosamente conservador y de inmediato liberal y hasta jacobino, noble y a la vez sometido, y también venal, patria activa, error frecuente, mezquina trastienda de negociados, ágora de hombres justos, bazar inundo, desde estas curules tapizadas con seda francesa se han enfrentado visionarios y mercaderes, emancipadores y traficantes de una patria no efigiada en adobe sino en mármol, nunca en harapos, casi siempre de perfil griego y diáfanas vestiduras, en el colmo del atrevimiento cubierta con un gorro frigio. Cierta fracasada semejanza a la Cámara de los Comunes se respira entre cuatro filas de sillones sobre los que se alargan tribunas de madera. ¿Cuándo empezó el error? ¿alguien ha intuido la equivocación original? Desde 1821 la gran potencia sudamericana se ha desintegrado. Alto Perú, selvas amazónicas, seiscientos kilómetros de litoral, ahora también Tacna y Moquegua y luego el inmediato sur y en fin Lima, ¿qué nos queda de la primera república sino escombros? Como ancianas mujeres persiguiendo un marchito esplendor por rostros de gárgola, los peruanos buscábamos consuelo en el espejo de la historia. Esa juventud de anchas fronteras, no volverá. Nos habíamos dejado descuartizar porque en la limeña médula del país, el suplicio no pareció herirnos hasta hoy, cuando ya es tarde, cuando la república se nos muere.

¿Será posible el aniquilamiento, la diáspora peruana? Hernando rehusaba convertirse en un hombre sin tierra. También él había sido actor importante del fracaso civil y ha concluído de panteonero, meticoloso guardián de esta tumba en la que yacen leyes y alegatos, la patria irrealizada. Porque de nada sirven las leyes contra natura. Sólo lo irreal deja de cumplirse. Nada podían edificar con materiales de otro mundo. Hernando ha sido liberal. Diputado a la Convención Nacional de 1856, a culatazos lo echaron a la calle. Otra vez diputado en 1867, la fuerza volvió a desconocer su mandato. Sólo del 72 al 76 terminó el período para el que un pueblo, que parece indiferente, lo había elegido. Pocos como este ayacuchano sin fortuna, conocen mejor las maniobras interiores del poder. Desde que Pardo concluyó su mandato, Hernando desempeñó la complicada función de Oficial Mayor de la Cámara de Diputados. Casi cuatro años gobernó la encrucijada a la que llegan oficios y proyectos de ley que él podía demorar o favorecer. El motín del 21 de diciembre de 1879 licenció a diputados y senadores. Sin embargo alguien debía cuidar esta propiedad de la Nación. Pintadas de blanco las balaustradas, sin partícula de polvo la alfombra roja, intactos los brocados, en su sitio la enorme lámpara de cristal, sin embargo nada existe aquí como no sea un grueso silencio empapado de memoria. A José María Hernando no lo removieron de su cargo. Capitán de taquígrafos, pajes y conserjes, durante un año ha conservado este recinto como si mañana pudiese volver a sesionar. En lontananza retumbaba el cañón. El Oficial Mayor subió al estrado de la presidencia. Hubiese querido discursar ante la asamblea de fantasmas cuyo murmullo no cesa de acompañarlo. Movi6 la cabeza afirmativamente, dándose la razón. Así es, sólo hay una forma de salvar al Perú. Debíamos fundarlo, regar su incipiente raíz con sangre, persistir en la pelea, obligar a los hijos de los hijos a ser mejores mediante un acto de multitudinario heroísmo. El señor Hernando ignora si será capaz de cumplir como guerrero, pero se propone intentarlo.

—¿Don José? —una voz titubeaba cerca de la escalinata que conduce a la galería del público. Era su yerno Julio Becerra, funcionario de una dependencia gubernamental que no se puede abandonar. No iré al frente. Hernando ya había decidido pedir un rifle. Debíamos vencer o morir, morir sólo para que sobreviviera la idea del Perú.

—Aquí estoy, acércate —sentado en el sillón de pre-

sidente, el Oficial Mayor observó a Becerra avanzando de espaldas a la luz. El alto estrado empequeñecía al transeúnte con levita de burócrata.

—¿Me mandó llamar, don José?

—Sí, hijo. Quiero que me ayudes. Debemos guardar estas cosas en sitio seguro —su diestra abarcó el crucifijo, la campanilla de plata, la quieta bandera peruana, el escudo de bronce que sustituyó al opulento emblema de plata maciza, fundido en los días de la colecta nacional.

Becerra parpadeó atemorizado.

—¿Adónde piensa llevarlos?

—Yo soy el responsable de que se entreguen a los representantes del pueblo la próxima vez que se reúna el Congreso, pero hoy mismo me marchó a Miraflores. Así que te las doy a tí. Sabrás cuidar de todo si yo muero. Pertenece al Perú, ¿me entiendes? Nada debe caer en manos de chilenos ni ser utilizado por usurpadores.

—Telegrafíaron a Palacio que aún no empezó la batalla, don José. No tiene por qué apurarse.

—¿Me ayudarás?

—Sí, don José. Por supuesto que sí.

En dos viajes llevaron emblemas y crucifijo a la secretaría. Antes de hundirla en un cofre, Hernando agitó la campanilla. Desde que el invasor apareció en Lurín, había trasladado silenciosamente los archivos del Parlamento a su propia casa. No olvidó encajonar tinteros y hasta escupideras de bronce. Valiosos libros, el voluminoso original del diario de debates, la atormentada manuscrita historia de la república en hundimiento, el gran pabellón peruano que flotaba sobre el edificio del pueblo, todo cuanto puede meterse en fardos ya fue embalado por el solitario Oficial Mayor y de a pocos conducido a su domicilio. Nada más faltan estos símbolos de la presidencia y cuatro o cinco enrollados óleos de los próceres. Becerra tendrá que continuar la mudanza. Ni siquiera preguntó a su yerno dónde esconderá estos bienes de la Nación. Su propia casa no era lugar seguro.

—Bien, me voy —a José Lucio Maldonado se le oprime la voz. Su esposa lo amaba como a un perdedor sin remedio. Así era y así también es el amor. Llamarse Adriana, tener una hija de un año y un marido sin empleo desde que nació la criatura, haberlo escuchado pasear su insomnio enjaulado por cuatro paredes sin esperanza o hablar a solas, saberlo desesperado y darle compañía, confiar

en él, ahora despedirse, sonriendo a pesar del miedo, besándolo sin que parezca la última vez: también así es la vida.

Maldonado tardó un cuarto de hora en arrancarse de esas habitaciones por las que debe diez meses de arrendamiento al señor Riva Agüero. Desde su hacienda Melgarejo, el propietario manda preguntar cómo van las cosas. Verdaderamente no cobraba. Y para Maldonado todo iba de mal en peor. Jefe de una sección del Ministerio de Guerra, luego funcionario del Ministerio de Gobierno, la dictadura lo despidió precisamente cuando se hundían negocios y casas de comercio. Había prohibido a su esposa que lo siguiera a la estación. Aunque ha cesado el cañoneo en San Juan, la gente no se mueve de los jardines de la Exposición, desde dónde acecha el resultado de la guerra. Sin rifle ni uniforme, Maldonado avanza confundido entre otros voluntarios. Sin pausa rodaban trenes al sur, cargados con perrechos de última hora. En la estación cerraban el paso a quienes no visten uniforme o no saben explicar a qué unidad pertenecen. También ayacuchano, Maldonado reconoció al señor Hernando. ¿Va usted al frente? Así es, llegó la hora. ¿Puede llevarme? Haré lo posible. No quieren ociosos en Miraflores. Hernando se presentará ante su amigo Natalio Sánchez, teniente coronel y segundo jefe del batallón N° 6 de la Reserva. Uno de los 33 diputados que combatieron el contrato Dreyfus, el señor Sánchez ha de proporcionarle un fusil.

Con su antiguo uniforme oloroso a alcanfor, el escudo de Benemérito de la Patria bordado en la manga izquierda, el coronel Manuel María Gómez llegaba a la estación llevando del brazo a su esposa Dolores Grau. Lo seguía el chino Francisco cargado de alforjas con ropa limpia y algunos víveres. Acababa de despedirse de la viuda del Almirante. Los hijos del héroe lo quisieron acompañar. No se preocupen, su viejo tío Manuel volverá lleno de trofeos —había dicho aunque por dentro desconfiara de la falta de iniciativa nacional. Ni bandas de músicos, ni flores o banderas este 6 de enero de 1881. Parten los últimos voluntarios forcejeando por un sitio en el atiborrado único vagón de segunda. Los trenes se mueven ahora sólo con fines militares. Gómez abrazó a Dolores Grau con sabio amor de viejo. Treinticuatro años se han compartido, en la bonanza y en la tristeza. La hermana mayor del héroe de Angamos acaso recuerda otros tiempos en que tampoco se dijeron adiós. Gómez ascendió en la milicia a golpes de espada. A veces mal-

trecho, siempre ha podido regresar. Nos vemos después de la batalla, vida mía. Dolores apoyó sus palmas en el pecho todavía robusto del anciano coronel. Te estaré esperando, esposo. El silbato de la locomotora apuró a quienes se despiden. Gómez no olvidará la valerosa sonrisa de Dolores, ni la silenciosa pena de Francisco. Cuando el señor Grau embarcaba, el cocinero prefería encerrarse en un altillo. No soporta las despedidas y sin embargo se ha atrevido a pisar la estación. Nada más se miraron. Los ojos de Gómez decían lo que no han dicho a su mujer. Adiós, Francisco, esta vez no hay regreso.

Hasta siempre, ciudadanos soldados.

—DESCANSEN, MUCHACHOS —EL CAPITÁN Adolfo de la Jara volvía por el flanco izquierdo del tercer reducto. Ya los exploradores enemigos se retiran por la ruta de Atocongo. Los hombres de la cuarta compañía estaban en ayunas a las diez y media de la mañana, así que el capitán dispuso que pasaran rancho y después, después a trabajar. Nadie protestó. Igual que en el segundo reducto, aquí el terreno se inclina sensiblemente hacia el Sur. Las cinco compañías del batallón N° 6 se turnan para limpiar malezas y tapias en su campo de tiro. Se pregunta de la Jara si alcanzará el tiempo para derribar obstáculos que pueden convertirse en parapetos enemigos. La verdad, esta segunda línea es casi ficticia. Nadie defiende el laberinto de adobe que los separa del batallón de Ribeyro a su derecha y del N° 8 en La Palma. Clavaban estacas a fin de proteger sus flancos. Habría que traer agua desde Surco para inundar el foso inconcluso que se abre delante del parapeto de tierra. Tampoco hay acequias. Y aún no llegó la artillería.

Manos arriba. Su hermano Luis le hundía el índice en la espalda. Adivina quién vino. Los de la Jara también combaten en familia. Luis era teniente de la primera compañía, en la que sirven empleados de banco y contadores. Por el rostro de Adolfo creció una incontenible sonrisa. Un joven espigado, de recién cortado uniforme de oficial, le abrió los brazos.

—¡Numa! ¡qué bueno verte!

Después de abrazarse aparatosamente, se sentaron en

lo alto del reducto, cortando rebanadas de torpedo con una bayoneta. Al rato llegó el capitán Bermúdez con cacharros de té.

—Sólo falta el viejo —se alegró Adolfo—. ¿Cómo conseguiste ese galón de subteniente?

—Serviré en el batallón *Guardia Peruana* —el bachiller Numa Genaro Llona tuvo que pedir puesto al propio Jefe Supremo. Su padre, el poeta ecuatoriano Numa Pompilio Llona es viejo amigo de los Piérola. Había criado a sus sobrinos de la Jara. Ahora todos se le iban a la guerra.

—Si nos atacan por Villa, te tocará lo peor de la batalla —reflexionó Luis. El *Guardia Peruana* defiende el ala derecha.

—Mejor. Así ustedes no tendrán que pelear —veintidós años ha cumplido el bachiller. Hasta 1880 estudiaba en Francia. Volvió para hacerse soldado, pero Piérola lo destinó a la cancillería, a que sirviera de intérprete. Cuando antes de Navidad lo rechazaron en los batallones de línea, había gritado: ¡Si no me conceden puesto de combate, yo sabré tomarlo! Después de todo, la vida sirve para amar a una mujer incomparable o para morir gloriosamente. Llona estaba hecho, como Byron, para un inolvidable sacrificio. El capitán de la Jara bebió del cacharro que ofrecía su cuñado Bermúdez. ¿Cuántos volveremos? ¿qué hacíamos aquí, hombres de buena voluntad? Hasta 1870 Juan Pablo Bermúdez ejerció la profesión de abogado en Iquique. Su cuerpo no está hecho para los rigores de la guerra, ni la suya es una edad para retemplar músculos en quehaceres de atletas. Sin embargo su cuñado se alistó a órdenes de la Colina desde julio y ahora jefatura la guardia del estandarte. Al propio capitán de la Jara le ha costado endurecerse para soportar marchas o trepar cerros sin perder aliento. A la edad de quince le dieron empleo en la Aduana del Callao. A los 38 ya es jefe de la sección cuenta y numeración. Un año menor, su hermano Luis es jefe de cuentas corrientes del Banco Inglés y se le augura buen porvenir. Temprano golpeados por la adversidad, los de la Jara nunca se han dado por vencidos. Pero la guerra, pero estas espadas con las que ensayan mandobles en la práctica del atardecer, pero tácticas de guerrilla enseñadas en la urgente academia que no se interrumpió cuando llegaron al frente, nada parece tener sentido. Alzó el cacharro como si estuviera lleno de champaña. Al Perú, dijo con fervorosa solemnidad, y a que volvamos a reunirnos en casa.

El teniente coronel Natalio Sánchez acaba de reincorporarse al batallón N° 6. Había viajado hasta Lambayeque, a dejar entre parientes a su esposa y seis hijos. Atravesó un país en escombros. Ancón y Chancay, bombardeados desde el mar. En Puerto Supe el sol blanqueaba las osamentas de cuatrocientos carneros muertos a garrotazos por el regimiento *Buin*. La próspera hacienda San Nicolás, carbonizada. En Nepeña, casas, ingenio, alambiques, todo cuanto pertenecía a Derteano sufrió el suplicio de la dinamita. Ferrocarril y edificio fiscal de Chimbote, arrasados. Todo el valle del Santa, en ruinas y quemado. La salvaje expedición del comodoro Patricio Lynch dejó por el norte un rastro de ruinas y pobreza. Trujillo se salvó porque Albretch, dueño de Casagrande, satisfizo un rescate de 150,000 monedas de plata. Chocope se negó a pagar y dinamitaron el pueblo. Veintiséis tramos del puente sobre el río Jequetepeque, destruídos. San Pedro de Lloc, saqueado. Y el puerto de Pacasmayo. A punta de bayoneta, pueblos y haciendas tuvieron que entregar dinero, chafalonía, relojes de bolsillo, alianzas matrimoniales, víveres, ganado. Y Ferreñafe, asaltado. En ruinas, Pátapo. Las mejores casas de Chiclayo, incendiadas. El próspero molino de Dall'Orso, robado. La municipalidad, en escombros. Y Monsefú, Eten, y al norte, Paita, todo pasto de vengativas llamas. Natalio Sánchez no ha visto sólo la huella de una guerra. ¿Qué implacable rencor había avivado el predominio peruano desde los tiempos de su grandeza virreinal? Enemigos todavía no avistados desde este reducto, no vienen a ganar batallas sino a destruir, destruir vidas, cosechas, destruir rieles, puertos, destruir ciudades, porvenir, hasta la memoria. El Perú debe carbonizarse, perecer con todos sus hijos. Allá por 1802, el padre de Sánchez combatió a los franceses de Napoleón. Era español pero no se movió del Perú después de la Independencia. Le había enseñado que no hay enemigo grande cuando uno no se rinde. Antes de volver de Lambayeque, reunió a sus hijos y frente a su esposa y a su madre anciana, explicó que acaso no vuelvan a verse. Ya nada importa como no sea este país cautivo. Moriré si la situación lo demanda —había dicho. Sólo el menor se asustó de la gravedad de su semblante y rompió a llorar. Pero el mayor prometió tomar el puesto paterno si lo derrotan en Lima. Y otro de sus hermanos tomará su sitio si también cae. Y así lucharán hasta que no quede un chileno usurpador sobre tierra peruana. Le dolían sus

tiernos ausentes, como si su retrato, llevado bajo el talismán azul, irradiara una lлага penetrante y sin fondo.

¡Primera compañía, a las lampas!

Escuchó al teniente Iberico apostando tabaco a que la primera compañía vence a la compañía de tipógrafos a derribar una tapia que obstruye su campo de tiro a trescientos metros de reducto. Devuelto a Miraflores, a hoy día, a este uniforme azul, Natalio Sánchez descendió del parapeto. Sus subalternos habían organizado una pequeña urbe de chozas a cincuenta metros del polvorín. Bautizaron senderos con nombres de ciudad. El detall queda en Mercaderes, la comandancia en Pescadería, la primera compañía duerme en Desamparados. A la cocina se la conoce como *Maison Dorée*. A las chozas donde duermen los tipógrafos se les dice "La Patria", en homenaje al subteniente Lira, regente del diario pierolista. Para ir al retrete, los bien-humorados ciudadanos del tercer reducto seguían un sendero que llaman Carabaya. Por esa calle se viajaba en Lima para llegar a la Legación de Chile.

—Tenemos más voluntarios, señor Sánchez —el coronel de la Colina se ocupa de comprobar personalmente si es correcto el calibre de los cartuchos que recibieron la víspera—. Atiéndalos usted.

—Con gusto, mi coronel.

Hombre de negocios arruinado por la guerra civil de 1857, después director general de hacienda y, en fin, contador mayor de la República, a Natalio Sánchez le resulta difícil modificar amables modales a los 44 años de edad. Impartía órdenes a veces añadiendo un por favor, o hágame usted el servicio. Más allá de huertas, alfalfares y cañaverales de San Juan, el ejército vuelve a sus campamentos alzando una polvareda por los cerros. En dirección contraria, detrás del reducto, esperaba un puñado de paisanos.

—Piden rifles, señor —saludó el sargento Márquez.

—Vaya, si es mi amigo Hernando —sonrió el teniente coronel—. Pues vamos a conseguirselos, sargento. Todos son bienvenidos.

También al quinto reducto seguían llegando voluntarios. Al raso Santiago Portal, que va y viene rifle al hombro por detrás del parapeto, lo sorprende la rapidez de las acciones. Nunca antes había combatido. Se escucha un cañonazo y en cuestión de minutos se enfrentan los ejércitos. Igualmente rápido se desconectaban. Hace un rato se tendió

tras el parapeto, un poco sorprendido de su sangre fría. Ahora sabe que lo peor es el miedo al miedo. Portal ha cumplido 58 años sin nunca haberse puesto a prueba a fondo. Cierta suficiencia de veterano atiesaba su postura cuando, de regreso sobre sus propias huellas, distinguió a un zambo vacilante que se acercaba carabina al hombro.

—¡De los Heros! —llamó al otro centinela—. ¿Ves lo que yo veo?

—Vaya que sí —se asombró su camarada, que también había cumplido los cincuenta.

—Pues llama al sargento.

El joven Germán Carrasco terminó de arreglarse un tapacuello con un pañuelo cosido al quepís. Humeaba la pampa bajo el sol de enero. No están hechos los ciudadanos para tan violenta luz al descampado. Veinte rasos descansan en las chozas del campamento, heridos de insolación o con rostros ampollados. Francamente los morriones de la Reserva, o ros de Olano como prefiere llamarlos la Intendencia, no protegían de veraniegas llamaradas. De noche refresca, pero aparecen zancudos. Varios han enfermado de terciana. Mientras no se trajo agua bombeada de los manantiales de Barranco, menudearon casos de disentería. No todos habían curado. El cuarto reducto empieza a parecer un hospital de campaña.

—Otro voluntario, mi sargento.

—Que lo vea el coronel —Carrasco carece de rango para aceptar o despachar combatientes.

—Mejor recíbalo usted, mi sargento.

—¿Por qué?

—Creo que es ciego, mi sargento.

Carrasco enmudeció un rato. Ya teníamos cojos, tueros, sordos y obesos. Sólo faltaba un ciego.

—¿Seguro?...

Don Ambrosio de los Heros apretó los labios. ¡Como si a los cincuenta años y en plena guerra tuviese ánimo para mentirle a su sargento!

—...disculpe usted... —Carrasco se incorporó— ... vamos a ver.

Con el rifle a la espalda, Carrasco salió al encuentro del zambo. Una vetusta carabina de chispa se equilibraba sobre su hombro derecho. Le calculó setenta, por lo menos. Irremediables cataratas bloqueaban sus ojos. El sargento tuvo piedad por el anciano trajeado con un parchado pantalón y una camisa sin color.

—Soy el sargento Carrasco, ¿en qué lo puedo servir?
—Vengo a combatir, señor.
—No está usted en edad, abuelo. ¿Ha sido soldado?
—Sí, señor. A órdenes del Mariscal Castilla, señor.
—Váyase a casa, abuelo, deje que los jóvenes hagamos el gasto.

—Gracias por considerarnos jóvenes —sonrió Portal.
—He caminado desde Lima, señor, y no pienso regresar —insistió el zambo.

—Bien —se rindió Carrasco—. Que decida el capitán.
Pero el capitán Juan Alfaro no supo qué contestar. Ciudadanos soldados contemplaban con respetuosa curiosidad al zambo erguido bajo el sol.

—No puedo aceptarlo —meneó la cabeza el veterano del *Huáscar*—. Tiene más de sesenta.

—No me voy, señor, con todo respeto —se obstinó el zambo.

—Tendré que consultar con el mayor.

El coronel Juan de Dios Rivero observaba las obras del polvorín de La Calera. Malhumorados cardos se adherían a sus botas. Acaba de comunicar el jefe de la Primera División que no es posible cambiar rifles a los batallones de Miraflores. De orden de Su Excelencia, el mejor armamento se destina a tropas que continúan llegando a San Juan. La suprema decisión disgustaba al coronel. Entonces vio acercarse al mayor Aquiles Donayre, al capitán Alfaro y al sargento Carrasco, escoltando a un zambo viejo que a trechos tropieza, vacila y vuelve a estirarse.

—Sigán trabajando —ordenó a los ciudadanos que pausaban para mirar tan extraño cortejo—. ¿Qué sucede, señor Donayre?

—Este hombre quiere agregarse a nuestro batallón, mi coronel.

—Imposible —Rivera examinó al viejo de cerca— ... verdaderamente imposible.

—Cabo primero Manuel Castañeda —se presentó el zambo—. Veterano de La Palma, señor.

—Es que usted no sirve para nada, hombre de Dios —se molestó Rivera—, ni para mirar el combate, porque no ve.

—Para algo serviré, señor. Estoy resuelto a quedarme.

—Nadie va a estarlo cuidando, ¿comprende?

—Puedo cuidarme solo, señor.

—Ha venido a pie desde Lima, mi coronel —intercedió Alfaro.

—¿Cuántos años tiene, Castañeda? —Rivero no se dejaba convencer.

—Creo que setenta y cuatro, señor.

El coronel clavó sus ojos en Alfaro.

—Muy bien, ya que usted se interesa, téngalo en su compañía. Dele algo de comer y, capitán, que no estorbe... ¿entendido?

—Sí, mi coronel.

TRES DÍAS DESPUÉS DE QUE Baquedano tanteara por última vez las defensas nacionales, se oyó cañonear en La Rinconada. El señor de la Riva Agüero abandonó el desayuno para asomar al patio de la Hacienda Santa Clara. No hay artillería nacional tan lejos en las quebradas. Seguro de que está en marcha una sorpresa chilena, ordenó que ensillaran su mejor caballo. Como una gigantesca caracol, el eco de las breñas agrandaba el trueno de expertas piezas Krupp. Debió fortificarse y se ha descuidado la ruta que por Manchay se curva hasta el gran campamento chileno. Propietario de la hacienda Melgarejo y buen conocedor de la región, a fines de diciembre Riva Agüero acompañó al coronel Cáceres en un extenso recorrido que los llevó casi hasta el río Lurín. Un aparente laberinto de quebradas ciegas y gargantas que se estrellan contra paredes de roca, confunde a los forasteros. De esta parte de la provincia no hay planos topográficos. Pero Riva Agüero conoce el territorio desde la infancia. También los baqueanos de su fundo podían galopar desde Melgarejo hasta Pachacámac sin equivocarse el camino. A mitad de la exploración, el hacendado detuvo su cabalgadura. Esto es el portachuelo de Manchay. Aquí debíamos defendernos. No es posible pasar a Lima como no sea por esta angostura de doscientos metros de ancho. Colinas escarpadas forman un rocoso anfiteatro desde el que avezados rifleros pueden contener y dispersar a todo un ejército. Pero la víspera del reconocimiento de Baquedano por San Juan, no había en La Rinconada otras tropas que el colecticio batallón *Pachacámac*, cuyos doscientos hombres desuniformados só-

lo disponen de fusiles Minié, los más viejos del arsenal limeño. Ese día, el coronel Miranda instó a Riva Agüero a que abandonara Melgarejo por otra residencia menos comprometida. Sus potreros concluían a sólo dos cuadras de la zanja abierta a toda prisa entre La Rinconada y Pampa Grande en la que va a atrincherarse su pequeño batallón.

También los cañonazos sorprendieron al rehabilitado coronel Manuel Velarde. Sólo setenta antiguos jefes y oficiales sin colocación pudieron conseguir caballos para seguirlo a Monterrico como ordenaba el Jefe Supremo. Llegado el 7 de enero, descubrió amargamente que ni le enviaron armas, ni había rancho para la Columna de Honor. Desde entonces esperaba instrucciones disfrutando de la hospitalidad de prósperas y boscosas haciendas. Fogueado miliciano, su oído no se engaña. Allá, detrás de los cerros, en la más vulnerable posición peruana, se combate con una numerosa fuerza enemiga. Con agrio semblante visitó el telégrafo. ¡Nada, ni una palabra! Ni se mueve el flanco izquierdo del Cuerpo al mando de Dávila, ni abandonan su campamento los batallones de Belisario Suárez, ni dan señales de actividad las divisiones de la Reserva que el coronel Juan Martín Echenique mantiene inmóviles entre el reducto de Matasango, las baterías de Vásquez y el pueblo de Ate. Quince minutos después de empezado el ataque, Velarde decidió actuar por su cuenta. Que otra vez lo echen de filas o que lo fusilen si desean, pero no permanecerá inactivo mientras los mal armados cívicos de Miranda se enfrentan solitariamente a una división chilena.

Aunque durante un año podría haberse edificado en el portachuelo de Manchay inexpugnables defensas, a última hora se tuvo que abandonar el desfiladero. Hundidos en la zanja inconclusa que cierra el paso a La Rinconada, los peruanos soportan el bombardeo cada vez más certero de cuatro veloces cañones enemigos. El coronel Mariano Vargas, jefe de la desesperada resistencia, ignora que esa batería Krupp de 75 milímetros está al mando del mayor von Köeller, el mejor artillero prusiano durante el asedio de París. Como numerosos oficiales del ejército imperial alemán, von Köeller es uno de los expertos contratados para Chile por la casa Krupp y que, ya no simple instructor de chilenos cabos de cañón, ha terminado por manejar personalmente la nueva artillería modelo 1880.

Aún los más limpios días de verano amanecen neblino-

samente en las chatas sierras de Manchay. A partir del cerro de La Molina cambiaba el clima. Un fresco andino alivia el horno de las quebradas al atardecer. La humedad se enreda en la boscosa Rinconada como si fuera otra latitud, siempre otoño o primavera. El joven alférez Urrutia desconfía del friolento vaho adelgazado entre sauces y lúcumos y pacayes por el que se corporizan mágicos caminantes. En este país en perpetua evaporación mientras sale el sol, de silenciosos aparecidos y quietos alfalfares, resultaba difícil adivinar al enemigo. Llegó humosamente a las 7 y 45 de la mañana, como en puntas de pies. Durante la noche ha de haber acampado en Manchay. Cautamente exploradores chilenos atravesaron a oscuras los indefensos desfiladeros. Con la primera luz, la división ch'lena creció hasta Pampa Grande. En extenuados aguillillos, Urrutia y sus seis compañeros contemplaron jinetes e infantería llegando como los retratos al papel fotográfico sumergido en un baño de sales. También los enemigos llegaban a mirar primero, con la misma cautela con que el alférez medita su apurada situación. Cien granaderos se le desplegaban al frente. Otros cien traían en ancas a rifleros del *Buin*. Atrás, confusamente aumenta la masa de infantería. Otros quinientos *buines*, el tercero de línea en pleno, un batallón del *Lautaro* vienen al ataque mandados por Orozimbo Barbosa. Robustos potros sureños sacan dos y hasta tres palmos de ventaja a estos peludos caballitos morochucos que montan los peruanos. Urrutia debía evitar el campo sembrado con minas automáticas frente a la trinchera así que hundió espuelas hacia los cerros, faldeándolos de regreso a La Rinconada mientras tiroteaba al aire para alertar a los suyos.

Cuando el coronel Mariano Vargas llegó hace diez días a encargarse de este frente, nadie conocía su nombramiento. Tampoco llegaron cuatro cañones y una ametralladora que le habían prometido. El coronel Roca y Boloña, jefe de la Reserva local, le proporcionó peonada para abrir la trinchera de un kilómetro. Pero este 9 de enero, Vargas sólo cuenta con la *Columna Pachacamac* para defender la entrada a Lima. A galope tendido recorrió el callejón que empieza en la hacienda Melgarejo. Ya los cañonazos prusianos castigaban la trinchera con terrible precisión.

—¡Usted es el jefe! ¡Dígame ahora que debo hacer!
—enfureció Miranda. Sus armas minié son lentas de recargar y de cortísimo alcance, y sus hombres, provincianos

sin uniforme, a los que no se ha dado descanso desde que los chilenos entraron a Pisco. A diario exigía refuerzos.

Vargas jamás ha ganado una guerra. Coronel a fuerza de antigüedad, contempló a los ciento cincuenta voluntarios de Miranda metidos en ese foso que les queda grande, apuntando silenciosos fusiles contra una división de dos mil quinientos chilenos. Había solicitado por lo menos dos batallones. Anoche le enviaron cien voluntarios pero sin armamento. Contestó con una resista usted lo que se pueda y si lo flanquean, métase al bosque. Cinco minutos demoró en encontrar a su caballo espantado por el cañoneo. Todas sus vidas dependían de la velocidad con que se moviera el resto del ejército peruano. Atravesando un enjambre de proyectiles, voló en busca del telégrafo.

Las vacas habían derribado cercas y en estampida corrían hacia el monte. La formidable trepidación del bombardeo agrietaba la residencia campestre del señor Riva Agüero. Austeros muebles biedermeier, apacibles mecedoras, altas alcobas de adobe, la terraza con sus enormes geranios africanos, la avenida bordeada de tilos y jacarandás, todo queda al alcance de balas que todavía matan al azar. Pero La Rinconada es una isla. ¿Es que nadie más escucha a esa artillería que metódicamente trizaba a los nuestros? El telégrafo escupía su tartamudeante respuesta. Dice el Estado Mayor General que no se preocupe usted, señor Vargas, no son chilenos los que atacan sino batallones peruanos enviados para vigilar Manchay. El coronel se desplomó en una silla.

A Riva Agüero no le permitieron pasar de La Molina. Ha sido de todo en el Perú, menos Presidente de la República. No hay quien haya olvidado su importancia política: alcalde de Lima, senador, presidente del Congreso, supremo consejero, ministro de estado, plenipotenciario en París. Desde la revolución pierolista, prefirió refugiarse en Melgarejo. Alcanzados por un telegrama del General Silva, los oficiales de la Columna de Honor ocupan posiciones en las alturas de La Molina. Riva Agüero contempló con asombro a inmóviles fuerzas de la Reserva, a menos de una legua del combate. Ordenes definitivas los clavan a retaguardia. En verdad creían que la guarnición de La Rinconada anda confundida.

Las minas despanzurraron a uno de los *buines* y a dos caballos chilenos. Ya desmontado, con sus seis regulares

en el flanco izquierdo, el alférez Urrutia supo que se le acababan todos los plazos. En dos líneas de mil rifles cada una, los chilenos principiaban su avance. Rodilla en tierra, mil disparan y se tienden a recargar sus buenas armas francesas y belgas. Los otros mil avanzan seis pasos, hacen fuego y a su vez se tumban a preparar sus armas. Cada andanada sacude la trinchera. Quinientos chilenos subían a las colinas para fusilar arriba abajo a los peruanos que sacan la cabeza. Y la artillería los seguía despedazando. Después granaderos y cazadores sortearon el campo minado, persiguiendo la huella del alférez y sus jinetes. Minúsculos disparos no detuvieron a doscientos enemigos que sable en mano se escurrían a retaguardia. Miranda ordenó a su corneta que tocara retirada.

Huir, ahora. Nada más salvar el pellejo. Mierda de fusiles, mascullaba el coronel mientras los minié se atascan en manos de la tropa. ¡Salgan de ahí, al bosque, pronto! Urrutia se persignó. Tendrá que correr un kilómetro a gachas por la zanja mientras la caballería vuelve grupas para lanzarse a la carga desde atrás. El resto de la división que ataca, suspendía sus fuegos para no herir a sus propios granaderos. Por la cabeza de Urrutia reverberaban antiguas explosiones. Aún ensordecido por la reciente rifletería, avanzó tropezando por el cascajoso fondo de la trinchera. Sólo metro y medio de tierra para esconderse, Urrutia. Un interminable kilómetro para seguir con vida. ¿Dónde están los nuestros? Creía casi no haberse apartado del flanco izquierdo, como en un sueño corriendo sobre una tierra en movimiento que volviera a ponerse bajo sus zapatos, idéntica, lejos siempre. En verdad pasó exhalado, achatándose debajo de sables que intentaban cortarlo en dos y sólo sajaron aire. Quienes ya alcanzaron el bosque, cubrían con escasos disparos a los que deben salir a descubierto y atravesar un alfalfar hasta la espesura. En el descampado esperaban tintos sables de caballería. No se toma prisioneros. Urrutia tropezó con un cadáver y cayó de bruces en la trinchera. Recogió su espada antes de asomar. El viaje ha concluido. A tajos reventaban cráneos. Competían los chilenos en degollar a los peruanos. Con el acero en la diestra, el oficial de diecinueve años intentó sortearlos. Como el alfiler a la mariposa, una espada lo atravesó desde atrás.

LA QUINTA BRIGADA VOLVÍA al trote por San Juan. Sólo cuando la división chilena apareció en La Molina, se convenció el alto mando de su propia confusión. Contenido por la gruesa artillería de sitio emplazada en Vásquez y acaso atemorizado por el bronco enorme cañón del cerro San Cristóbal, el enemigo dio por concluída su excursión a la una de la tarde, justo cuando demoradas órdenes de ataque movilizaban a las divisiones de Dávila y empujaban a la Reserva. Al atardecer, la brumosa Rinconada exhaló apariciones que nerviosos vigías vistieron con uniforme y estandartes de Chile. La propia *Columna Pachacamac* debió rehacerse y ocupar el puente de Monterrico. A las tres de la tarde se presentaron tres mil soldados de línea con el coronel Dávila al frente. Antes del anochecer volvieron a Pamplona. A las nueve el coronel Vargas reportó que otra vez se acercaba el enemigo. Resultó ser un rebaño de cabras. El coronel Juan Martín Echenique se negaba a enviar batallones de reservistas a La Rinconada. A las 3 y 30 del amanecer del lunes se tocó generala en el campamento de San Juan. Tampoco era el enemigo. A las cinco, neblinosos regimientos parecían moverse al acecho de Lima y simultáneamente se vio chilenos en las alturas de Barbadillo, por sorpresa en la hacienda Vásquez, a repecho por La Molina. El General Pedro Silva ordenó que la Quinta Brigada lo acompañara a reconocer Rinconada y Pampa Grande. Nadie había regresado por allí después del combate. Los jinetes de Remigio Morales Bermúdez atravesaron el bosque a la hora fantasmal en que se evapora la niebla. Un intenso rumor de pájaros, el propio trajín de los caballos era cuanto se escuchaba. Habían saqueado Melgarejo y asado bueyes en el lugar de la carnicería. Sobre el alfalfar se oscurecían salpicaduras de sangre. El viejo General observó con una mueca a los peruanos muertos. Morales Bermúdez contó veintisiete cadáveres repasados a cuchillo. Conocía este estilo de matar, cebándose en los caídos. Antes del fallido asalto al cerro San Francisco, el jefe de la Quinta Brigada había visto a la descuartizada caballería peruana y boliviana en Negreiros. Muchos fueron casi decapitados al primer tajo o les reventaron el cráneo hundiéndoles sables hasta la nariz. Después los siguieron clavando y sajando. Antes de sepultar a los caídos, la Quinta Brigada faldeó los cerros para explorar la amplitud de Pampa Grande. Sólo quedaba el masivo rastro de los chilenos regresando a Pachacamac. Por

el bosque encontraron los cadáveres de tres enemigos. Los enterraron junto a los infelices caídos de la Columna. Fatigada por la larga cabalgata bajo el sol, ahora la Brigada se detenía a pedir agua en el campamento del Cuarto Cuerpo.

—Buenas tardes, mi coronel —saludó el capitán Lecca—. El coronel Cáceres lo invita a refrescarse en su alojamiento.

—Gracias —el corpulento veterano siguió al ayudante con taciturnas pisadas. Peleábamos la guerra con caballerosas reglas sólo observadas de nuestro lado. Igual que Cáceres, el jefe del antiguo batallón de los cabitos combatía desde que se nos declaró la guerra y en veinte meses de campaña ha contemplado muchas matanzas. Sin embargo no conseguía olvidar una sensación de horror frente a la pálida carnicería de Rinconada.

—Entra, Remigio —afectuosamente lo recibió Cáceres. Parecía adivinar lo que se mueve tras su semblante.

—Gracias, mi coronel... coronel Ayarza, buenas tardes, señor Díaz...

—¿Una taza de té? —ofreció Adeodato Carvajal.

—Y un poco de coñac —añadió Cáceres.

—Le dieron duro al pobre Miranda... pobre gente —Morales Bermúdez no viene de buen humor. Desde que empezó la guerra, los refuerzos nunca llegan a tiempo. A sus cabitos los bajaron a tiros de la cumbre de San Francisco, cuando ya la habían conquistado a la bayoneta. Nadie los siguió. Y el coronel Leiva, a quien Piérola acaba de designar su ayudante de campo, llegó tarde a Moquegua, ni siquiera al Alto de la Alianza. El jefe de la Quinta Brigada sorbió el té. Tomará rancho más tarde, cuando sepa adónde debe pernoctar. ¿Se acuerdan del pobre Sepúlveda? Su voz se remontaba a los primeros días de campaña en el desierto. A Sepúlveda y sus húsares los pasaron a cuchillo en una calichera. Pues lo mismo se ensañaron con la *Columna Pachacamac*.

—¿Cazadores?

—Granaderos —el jefe de la Quinta Brigada liquidó su ración—. Y dos regimientos de infantería, por lo menos...

Cáceres no ha olvidado a los insepultos destrozados cuerpos de los jinetes de Sepúlveda, comidos por los buitres en Negreiros. Después del combate, la caballería chilena degolló a los heridos.

—...me preocupa la precisión de sus cañones —Morales Bermúdez había contado los agujeros abiertos por los Krupp de 75 milímetros y calculado la distancia desde la que

hicieron los disparos—. Casi todos sus tiros dieron en el blanco, a cinco mil metros de distancia. No se logra sólo con buena artillería.

—Tal vez hayan conseguido mercenarios —desconfió Ayarza—. Ya sobran ingleses en sus buques.

—Escuché decir que un ingeniero inglés se pasó a los chilenos en Rinconada —calcula Morales Bermúdez que ya Baquedano conoce en toda su amplitud las zonas minadas frente a San Juan y Chorrillos.

—¿De veras?

—Sí, y uno de *nuestros* ingenieros.

—¡Grandísimo cabrón! —enfureció José Díaz.

—La próxima vez no será un reconocimiento —habló Cáceres.

Los coroneles abandonaban la choza. Miraron el campamento de San Juan, acaso pensando lo mismo.

—Mejor —se oyó a Morales Bermúdez—. Me estoy cansando de esperar.

—Hum —Ayarza avanzó dos o tres pasos y se volvió bruscamente. Conocía a estos oficiales desde hace muchos años—. Creo que perderemos la batalla...

Cáceres no se atrevió a contrariarlo.

—...el único consuelo que tengo es que no saldré vivo de ella.

13 de enero de 1881

I

—ATACARÁN AL AMANECER —opinó el sombrío General Pedro Silva—. La luna tocará a su conjunción esta noche.

Los coroneles reunidos en el Huarangal escuchaban silenciosamente. Habían examinado sin mucho entusiasmo la fortaleza de sus líneas. Sólo Canevaro parecía confiar a ciegas en la victoria peruana. Al menos estaban seguros de que habrá batalla antes de doce horas. Después de embestir Rinconada, el enemigo no volvió a tantear las defensas nacionales. Baquedano espera plenilunio para avanzar por la Tablada y Conchán sin que su ejército se pierda en nocturnos arenales.

—Que la tropa descanse hasta medianoche —cortó la voz del jefe del Estado Mayor General—. Caballería embriada a la una. Rancho a las tres. Todos en sus puestos a las cuatro.

—¿Santo y seña, mi General? —se oyó al coronel José Díaz.

—*Enemigo-prepara-sorpresa* —veinte días en el pedregoso frente al sur de Lima demacraban a Silva. Si faltan cabalgaduras, si los cartuchos fabricados en Santa Catalina resultan defectuosos, él tiene la culpa. Si se atraesan trenes con bagajes, se quejan del Estado Mayor. Debajo suyo contrariaban órdenes urgentes. El coronel Echenique se apropió de mulas destinadas a la artillería de San Juan, para montar a jefes y oficiales de la Reserva en retaguardia. En Lima metieron presos a quienes requisaban caballos. No basta una sola vía férrea para el ir y venir de convoyes con pertrechos. Desde Santa Catalina, el coronel Nicanor González anuncia que la fábrica de municiones empieza a desarmarse y que no todos los cartuchos salen del mismo calibre. Faltan balas y nadie, ni siquiera el Ge-

neral Silva, puede solucionarlo en la víspera de la batalla. El veterano militar disimulaba un intenso disgusto. Eche- nique se le había amotinado, lo mismo que las autoridades de Lima. A esta reunión de jefes no asiste el comandante del Tercer Cuerpo. Se hacía representar por los coroneles Canevaro y Díaz, agregado a su estado mayor divisionario. Nueve días atrás, el exasperado Silva telegrafió al Jefe Supremo: *No sufro al coronel Dávila, ponga Vuestra Ex- celencia remedio.* Una hora después, Piérola contestó: *Cal- ma, mi General.* Así que calma, pues. Con estos hombres, bisoños o templados, díscolos jefes o de toda confianza, ha- bía que defender Lima. Todos eran necesarios. No in- terrumpió sus instrucciones—: Quiero las guerrillas des- plegadas a vanguardia. Tan pronto se conozca la aproxi- mación del enemigo, se encenderán faroles a retaguardia. La alarma será difundida desde el Morro con cohetes de co- lores.

—Hay brechas en Pamplona —carraspeó José Díaz—. ¿Debemos esperar refuerzos?

—Ni pensarlo... por lo menos hasta que comience el ataque. Sólo cuento con los batallones de Suárez y no pue- do moverlos mientras no conozca la dirección de los chi- lenos.

—Los haremos correr, mi General, acabo de apostár- selo a los ingleses —sonrió Canevaro estirándose. Tempra- no había ofrecido un banquete a los oficiales de su división. Defendía el ala derecha de Pamplona, a órdenes directas de Justo Pastor Dávila. Decidió despedirse con opulento es- tilo, así que hizo traer los mejores vinos y cristalería de su palacete de Chorrillos, vecino a la mansión de Tenderini. Escortados por el Cholo Castilla, marinos de la escuadra británica visitaban las líneas de San Juan. Los sentó a su mesa y, después de achispados brindis, invitó al comandante Markham, tercer jefe del acorazado *Triumph*, a otro almuer- zo dentro de una semana, la próxima vez en su palacio limeño.

—Que todos cumplan con su deber —Silva dio por con- cluída la reunión. Desde el Huarangal contempló el atarde- cer. Otros días acaban entre chisporroteos iqtensamente rojos o con algodonosa mansedumbre entre celeste y melo- cotón. Hoy se extiende un borrascoso cielo gris, tan pesado que el viento del sur no consigue disolverlo. Un sol casi granate se derrumbaba allí donde acaban las nubes, en el indeciso horizonte chato del mar.

—No creo que la luna llena le sirva de mucho a Baquedano —murmuró el coronel Cáceres.

—Me pregunto cuántos de nosotros volveremos a ver el sol —repuso Silva. Sacudió su uniforme. No había podido cambiar ropas en una semana. Se acercaban sus ayudantes con los caballos—. ¿De veras cree que puedan extraviarse desde Lurín?

—Con esta cerrazón, sí. Por supuesto que sí.

—Es posible —ahora Silva se mordió los labios. Miraba a Cáceres de reojo. Su ejército no sólo está fragmentado en línea y reserva de línea y en otra reserva, la de soldados distinguidos que manda el coronel Echenique, sino también en cuerpos y divisiones y a la vez en ejército del centro y en ejército del norte, respectivamente a órdenes de los generales Juan Nepomuceno Vargas y Ramón Vargas Machuca. Temprano, esos jefes han impresionado a Su Excelencia vaticinando ataque chileno por Ate y Vitarte. Piérola titubeó. Sólo la intervención de Silva impidió que se trasladara tropas de San Juan a Rinconada. Para atacar por retaguardia, Baquedano tendría que conducir su ejército a través de ciento diez kilómetros de breñas, usando caminos que no convienen para el transporte de bagajes y artillería. Como Cáceres, el jefe del Estado Mayor General no cree que los invasores se alejen demasiado de su escuadra—. Sí, es posible que se pierdan y ni siquiera conozco si nos conviene. Creo que atacarán por su sector, señor Cáceres. Debo decirle que no espere refuerzos inmediatamente. Ya usted sabe lo que sucede con mis órdenes.

—Comprendo, mi General.

—Más bien ayude usted a otros sectores.

—Lo haré si es posible, mi General.

EN LAS TRINCHERAS DEL MORRO Solar, las tropas dormitaban con arreos de combate. El coronel Iglesias observó la Tablada con el telescopio. Si se mueve el enemigo, ha de hacerlo por el camino de Las Lomas, invisible desde aquí. ¿Nada? El General Vargas Machuca se obstina en suponerse atacado pronto por el débil extremo izquierdo de las líneas en Ate. Nada. Ni un alma. Temprano tendremos neblina, ya podía adivinársela amontonada contra el Lomo de Corvina o condensándose entre los mamelones de Villa.

El intenso resplandor de la luna se filtraba por porosas capas de nubes cargadas de agua. A veces rota por el cielo en movimiento, veteada de oscuridad, la luz blanquísima esparcía ondulaciones sobre el arenal. Parecen hileras de enemigos volando al encuentro de las rocas. Gritos de alto, quién vive, se encadenan en derredor de la cumbre donde Iglesias al fin endereza el cuerpo, oírece el telescopio al General Vargas Machuca. Procuraba no imaginar la batalla mientras no sea inevitable. Aquí, donde todo es árido, los soldados descansan como fangosas figuras, entre alertas y chorreados contra ínfimos apoyos. Sus rifles perseguían instintivamente el ruido de zapatos sobre el pedregullo. Cerraban párpados registrando el compás del oleaje que crece contra los farallones, por ahora fuera de tiempo, intactos, abrazados a largos fusiles peabody que asoman por los parapetos de piedra. En el rostro del ex-Secretario de Guerra se congelaba cierta melancólica expresión. Veía a los suyos no antes sino después de la batalla, una despedazada y sanguinolenta multitud. Abanicó la noche, como si así pudiera diluir premoniciones en el aire. Sus ojos retuvieron el rastro de sol sobre el horizonte. Con este miércoles cualquiera, se iba para siempre el mundo conocido. Podía olerse la carnicería que se acerca. Fríos cuchillos penetran con esas ráfagas de viento sur. Ya nada se puede añadir a esta fortaleza de roca viva, ni más soldados, ni otros cañones, ni fosos o abismos abiertos a golpe de pico. La suerte estaba echada.

—Con su permiso, señor —lo sacudió una voz—. Vengo a despedirme, señor.

El mayor Alejandro Iglesias había observado un rato el afilado semblante de su padre absorto en un paisaje que aún no ha sido. Tercer jefe del *Cajamarca* N^o 3, el joven Iglesias solicita el más peligroso puesto en las trincheras de Santa Teresa. El General Vargas Machuca decidió retenerlo cerca del Morro. No lo quiere muerto al comenzar la batalla. Aquí mandaba el ex-Secretario de Guerra y el viejo militar prefiere entenderse con un hombre a quien no le han baleado a su hijo. Ahora los Iglesias se apartaban del oscuro séquito encabezado por el General. Cúidese, papá. Sí, hijo, sabré cuidarme. Era su guerra más que de ningún otro peruano. Miguel Iglesias ha sido el reorganizador del ejército desde los días finales de 1879, ministro más poderoso que nadie, sólo debajo del Jefe Supremo. Su hermano Lorenzo mandaba una división a órdenes

de Cáceres. Hasta su pacífico cuñado Agustín La Rosa sirve de capitán en la minúscula *Columna Huacho*. Como una lamentación subió por las rocas. Contempló a su primogénito. Confío en ti, Alejandro. Lo tomó de los hombros, viéndolo ahora y toda la vida, con sus edades superpuestas, el pequeño y el mozo y en fin el hombre hecho a su imagen y semejanza, desde la infancia atezado por una existencia más campestre que urbana, atrevidamente a caballo, habituada a mandar.

Regresaron del brazo, en silencio. Dentro de unas horas ya no dependerá de ellos volver a verse.

—¿El coronel Iglesias?

Llegaban jinetes.

—Aquí estoy.

—De parte del coronel Billinghamurst, mi coronel, tiene urgencia de entrevistarse con usted —habló el ayudante capitán Chávez.

—¿Dónde se encuentra?

—En la tienda del Estado Mayor.

—Yo iré a verlo —Iglesias se volvió a abrazar a su hijo por última vez—. Buena suerte, mayor.

—Gracias, señor. Con su permiso, señor.

—Puede retirarse, mayor.

No se movió hasta que le fue imposible separar la silueta de su hijo de la atormentada oscuridad del Morro. Entonces su voz recobró una tajante entonación. Sin mirar a quienes lo aguardaban a unos pasos de distancia, pronunció un vamos, señores, queda mucho por hacer.

En la tienda del Estado Mayor del Ejército del Norte servían té caliente cuando entraron Iglesias y Vargas Machuca.

—¿Qué ocurre, don Guillermo?

—Me es muy difícil expresar mi desagrado en las actuales circunstancias, mi coronel —se incorporó el jefe del Estado Mayor del Norte. Con un ademán dispuso que sus ayudantes abandonaran la tienda. Sólo permaneció a su lado el viejo coronel Valle Riestra—. Todo sigue patas arriba. Lea usted esto.

Los ojos de Iglesias se endurecieron mientras revisaba los papeles entregados por Billinghamurst. Según la revista del 12 de enero, el Ejército del Norte tiene 9,288 individuos de tropa distribuidos en el primer y segundo cuerpos. Sin embargo el coronel Valle Riestra afirma que la fuerza efectiva de combate se reduce a 7,835 soldados.

—¡Imposible! ¿Usted suscribe este informe? —escudriñó el sereno semblante del subjefe del Estado Mayor.

—Sí, mi coronel.

—Faltan casi mil quinientos hombres —Iglesias pasó los papeles a Vargas Machuca—. ¿Y dónde están?

—Enfermos, ausentes, de permiso o desertores. Si mañana hay batalla, ya no tiene remedio —Billinghurst ofreció una taza de té al ex-Secretario de Guerra—. Me permito sugerir que traiga tropas de retaguardia.

—No hemos podido conseguir toda la munición requerida, mi coronel —agregó Valle Riestra. Ayer sólo disponían de 470 mil cartuchos, sesenta por cada rifle. Iglesias exigía una dotación de trescientos tiros por soldado.

—Yo mismo se lo ordené al General Silva —se fastidió.

—Pedí dos millones de cápsulas, señor y me dieron la mitad —dijo Valle Riestra.

—Y la munición de las ametralladoras vino cambiada —Billinghurst sacudía la cabeza.

—Debemos darnos por bien servidos si llegan a funcionar seis de las catorce...

—Faltan artilleros.

—...así es, y los cañones siguen desmontados, ni siquiera tenemos alfalfa, señor.

—Malditos inútiles —mascó Iglesias—. Que venga el General Silva inmediatamente.

—¡MI SARGENTO, ALGUIEN SE acerca! —el urgente susurro del cabo Ninahuanca se escurrió por la neblina.

—¡Callarse! —contestó el joven sargento 1º Adolfo Viera. Desde medianoche se opacó el aire. La bruma que habitualmente se levanta al amanecer, se espesaba en la primera hora del jueves 13 de enero. Doscientos hombres de la Columna *Junín* están de avanzada en el arenal. Daba lo mismo acechar playas y Tablada a ojos cerrados. Gruesos nubarrones ocultan la luna llena. En pleamar, las olas de Conchán esparcen su inoportuno estruendo hasta los mamezones. Pero la niebla conductora de minúsculos sonidos traicionó a quien llegaba extraviado. Viera identificó pisadas y después una cabalgadura. No el rumor de un ejército sino de un solitario intruso, decidió salir a capturarlo—. ¡Besosa, Pacheco, tú también, cabo... armen bayoneta!...

Diecisiete años tenía el sargento. Sus hombres obedecieron sin un ruido.

—...Mogrovejo, dile al mayor que tenemos visita. Y no hagan bulla, cojudos. Ningún chileno viene solo.

No hay zapatos suficientemente anchos para los terrosos pies de Anselmo Ninahuanca. Veintiséis años había caminado descalzo o con libres ojotas. Cuando la Columna *Junín* llegó al cuartel de Santa Catalina, en vano intentó introducirse en rígidos botines del ejército. Arriero, después ferroviario, Ninahuanca puede echarse un ternero a la espalda y cargarlo de Lima a Chosica sin soltar un quejido, así que el veterano mayor Casós ordenó que nomás siguiera con sus fuertes ojotas de cuero. Esos pies que nunca pierden equilibrio, pisaron ahora con sigilosa liviandad, como si para sostenerse encorvado y con el rifle al acecho no necesitara apoyarse sino en lo más delgado del polvo.

Viera se orientaba de oído. El intruso podía estar a veinte metros o a cien. Le pareció que se alejaba hacia la playa. Al rato regresó, oblicuándose frente a la avanzada peruana. Buscaba a los suyos. Palpita la nariz del sargento oliscando a su presa. Diez minutos jugaron a la gallina ciega. Por fin precisó un cuerpo atrapado en la neblina. Sacudió al cabo por el uniforme, indicándole por señas que rodeara al extraviado. No apartó sus ojos de la brumosa figura que se evapora y corporiza tanteando un camino a cualquier parte. Después Viera descubrió a la mula con abultado bagaje. Con la bayoneta por delante se le echó encima.

—¡Quieto o te mato!

El chileno sollozó. No era combatiente, sino sanitario de una ambulancia. Detrás suyo apareció Ninahuanca. El sargento desconfiaba de esa niebla tras la cual han de acercarse otros enemigos.

—¡Rápido, regresen!

No se veía más allá de sus cuerpos reunidos. Ninahuanca se orientó por los mamelones. ¿Quién vive? ¡Perú! ¡traemos un prisionero! El mayor Manuel Casós, veterano del Alto de la Alianza, se acercó a la fracción.

—Un ambulante chileno, mi mayor. Dice llamarse Manuel Rojas y que su ejército se encuentra frente a nosotros.

—Lo felicito, sargento —echó una feroz mirada al prisionero—. ¿Es verdad?

—Sí pues, ñor.

—¿Cuántos hombres han partido de Lurín y a qué hora?

—Como treinta mil, ñor. Salimos a las cuatro.

EL SOLDADO PABLO ALAS contuvo un bostezo en su trinchera. Más bien aburrido que con sueño, mantiene los ojos fijos en la bruma que parece diluirse lechosamente. Se derrama la niebla a ras de tierra, como un líquido oloroso a cueva y pantano. Al otro extremo de la pampa, el batallón *Libres de Cajamarca* N° 21 custodiaba el abra de Santa Teresa. Un guijarro acertó en el cuerpo de Alas. Se oía chasquear piedrecitas que los centinelas se arrojan unos a otros indagando si todo esta bien, si nadie se ha dormido. El raso se tensó escuchando voces de quién vive en la distancia. Preparó el rifle. Antes de que una patrulla nacional subiera hacia estos parapetos, el sargento Girón y el cabo Morillo se cobijaron junto a Pablo Alas. Muy bien, quién vive. ¡Perú! Una fracción de la Columna *Junín* trae a un prisionero. Tenemos enemigo al frente, explicó el sargento Viera tomando aliento. Los *Libres de Trujillo* rodearon al infeliz chileno. ¿Y ese traje? Pertenece a una ambulancia, dijo Ninahuanca.

El coronel Justiniano Borgoño había dormido un par de horas. Se hizo despertar a medianoche. Para la batalla vistió pantalones blancos, botas granaderas de hule y casaca azul con coronelas.

Echó una mirada al cielo. Como una borrasca se apiña sobre el Morro. Envainó la espada y revisó el tambor de su revólver. Acabado de afeitarse, el ventarrón hirió su rostro. Acaso no atacaran al amanecer como se temía. Las nubes bajas se extienden hasta Lurín, por lo menos. Sin resplandor lunar y con neblina, era posible que el cauto Baquedano postergara su avance hasta mañana. Decidió visitar sus líneas. No había caminado veinte pasos cuando tropezó con el capitán Rubio y un grupo de soldados que traían a un prisionero.

—Enemigo a ocho mil metros, mi coronel —saludó el oficial.

MANUEL ROJAS, CHILENO DE Concepción, observó sorprendido la juventud del coronel Billinghamurst. Ambos de veintiséis años, uno llegó con una mula del cabestro por desconocidos mamelones, el otro mandaba sobre el Ejército del Norte. Rojas ha sido subalerno toda su vida y el coronel no tiene tiempo que perder. Telegrafió al Estado Mayor General que se acerca el enemigo, despachó a su ayudante Portocarrero a dar aviso al coronel Iglesias y a prevenir al coronel Cano en Villa y, en su tienda de campaña, apuró el interrogatorio. A ocho mil metros de las líneas peruanas, seguramente el enemigo espera un poco de luz para pasar al ataque. Quedaban dos o tres horas. Manuel Rojas temía por su pellejo y prefiere entenderse con los peruanos. No pertenece a la neutral Cruz Roja sino al cuerpo de ambulancias militares del invasor, así que Billinghamurst mostró sus cartas: habla rápido o lo fusila por espía. El chileno eligió la vida.

De conocer, conocía lo que cualquier soldado o ambulante que haya salido del campamento chileno de Lurín. El General Saavedra, inspector del ejército enemigo, prefería demorar el asalto hasta traer sus reservas de Tacna y Antofagasta. El ministro de guerra en campaña quiere entrar a Lima por Manchay y Ate, lo mismo que el General Maturana. El coronel Velásquez, jefe de la artillería, se opuso rotundamente a penetrar en las sierras. En la mañana del 12 se supo que Baquedano había decidido el ataque frontal contra San Juan y Chorrillos. A las cuatro de la tarde, las divisiones chilenas partieron de Lurín precedidas por alegres fanfarrias. A las cinco ya entraban a la Tablada y al camino de la playa. Desde medianoche, tres divisiones con treinta mil hombres y cien cañones y ametralladoras han de estar tomando posiciones de asalto. Rojas sólo puede decir que la primera división al mando de Lynch se acerca por la ruta de Conchán, con siete veteranos regimientos, dos batallones y los granaderos a caballo. Extraviado a retaguardia, el ambulante debe haber seguido de largo confundido por la niebla hasta dar con nuestras líneas. No parecía un ardid. Billinghamurst dio por terminado el interrogatorio. Enviaba al chileno preso a Chorrillos.

Esa noche inquieto, Nicolás de Piérola abandonó el balneario a las diez, sólo acompañado por el coronel Octavio Chocano, su hijo el capitán Piérola y veinticinco jinetes del Escuadrón Escolta. La espera carcomía a Su Excelencia. Hay quienes aseguran festivamente en sus orejas que

Baquadano es supersticioso, que nunca atacará un día 13. Otros creen que el enemigo pedirá refuerzos al sur, atemorizado por las sólidas defensas del Morro. No faltan los que auguran batalla para el aniversario de Yungay, el 20 de enero, o quizá para el 12 de febrero, cuando se recuerda Chacabuco. Desde diciembre, cuando asumió el mando supremo de los ejércitos que defenderán Lima, Piérola dormía sólo un rato después de agotadoras jornadas. Un angosto lecho de campaña lo persigue por el amplio frente. Al comenzar enero se instaló en un soleado rancho chorrillano, cerca de la cuesta del Morro Solar, a cuyo telescopio subía para observar un horizonte siempre vacío. Las tropas lo vitoreaban. El batallón de Vivanco lleva su nombre. Otro batallón usa la fecha de su revolución. El grito de viva el Perú, viva Piérola resuena por las líneas si sale de inspección. Su caballo blanco, el uniforme y casco prusianos, su característico cóndor bicéfalo que aviva el espíritu confederado con Bolivia, sus famosas botas granaderas han acabado por simbolizar el poder de este país que se derrumba. Antes usó barba. Ahora afeitada su mentón. El rostro tenso, los ojos de gavilán, desorbitados, como en trance de hipnosis, avanzan enmarcados por frondosas patillas agrisadas por la guerra. Pocos como él despiertan tan contradictorias emociones, la adhesión a muerte o el odio total. Verdaderamente no tiene confidentes. Más alto que ninguno, sólo su confesor puede tratarlo con amable igualdad. No importa la voz de espontáneas pitonisas que calculan siempre para más tarde la gran batalla, Piérola intuía que la hora se acerca. Ante mapas en los que clavaba tachuelas rojas por el Perú y azules por Chile, ha imaginado infinitas veces el desarrollo de la batalla por aquí y también a oriente y al norte de la capital. Los viejos generales le causan hastío. Acabó considerándolos desprovistos de imaginación, buenos sólo para servirle de edecanes. Pedro Silva era el más flexible. A diferencia de otros, sacrifica opiniones propias en beneficio de un plan de batalla decidido sin apelación por Su Excelencia. Sin embargo andaba peleado con Dávila y Echenique, ambos de toda la confianza del Dictador. Antiguos militares y jefes nuevos no parecen entender la disciplina del mismo modo. Rumbo a Vásquez y Ate, la cabalgata de Su Excelencia bordea adormecidos campamentos. La guerra paralizaba barbecho y molienda. Fincas abandonadas sirven ahora de pequeños cuarteles. Surco, Tebes, Mendoza, Matasango, la indus-

triosa campiña limeña se ha transformado en un gran vivac que aguarda el golpe en dos frentes separados por casi veinticinco kilómetros de distancia.

LAS HERMANAS FALCONÍ escaparon de Pachacamac mientras Baquedano revistaba a las tropas chilenas que desfilan hacia el puente de hierro de Lurín. También la división acantonada en La Venturosa avanzó hacia la ruta de Atocongo. Al anoecer, las valerosas peruanas esquivaron a centinelas enemigos y en burro trotaron cuesta arriba hacia Manchay. Dueñas de una chacra que sirvió de hospedaje al teniente coronel Robles, jefe del regimiento *Lautaro*, las Falconí habían planeado reunir información antes de pasarse a sus líneas. Las voluntarias espías conocen bien esta ruta por los cerros. Sólo doscientos cincuenta infantes del batallón *Curicó* y cincuenta granaderos quedaban en Lurín resguardando parque y bagajes, vitales líneas de aprovisionamiento con la escuadra cuyos transportes siguen al ancla frente a caleta Pescadores. A marchas forzadas es posible sorprender Lurín y tomar a Baquedano entre dos fuegos antes de que inicie su asalto contra San Juan y Chorrillos. Pero todo fracasará si no llegan a tiempo hasta las avanzadas peruanas. En Manchay Bajo cambiaron asnos por mulas. Tres horas tardaron en recorrer la sinuosa quebrada de Manchay. Aparecieron en La Rinconada antes de medianoche. ¿Quién vive? ¡Perú! Jineteaban como varones. Vengo de Pachacamac, explicó Rufina Falconí, traigo datos importantes para el Jefe Supremo. Pues están de suerte, sonrió un oficial peruano, Su Excelencia se encuentra en Ate, a un cuarto de hora de aquí.

Todo tranquilo por el extremo flanco izquierdo. En la hacienda Vásquez, el Jefe Supremo había encontrado a su primo Echenique, jefe de la Reserva. La mitad de sus batallones acampa en esa zona, en previsión de que irrumpa el enemigo por la ruta de Manchay. Difusos centinelas reconocen el atuendo único de Su Excelencia, presentan armas. Después del considerable sobresalto provocado por el último reconocimiento chileno, la paz había vuelto a estas haciendas. Acababa de completarse el tendido de telégrafo entre Chorrillos y Ate. Tampoco llegaban noticias del otro

extremo de la línea. Piérola casi empieza a creer que no habrá batalla en día 13. Se acercaba a su caballo para emprender el regreso, cuando un pequeño grupo de jinetes llegó en su busca. ¡Excelencia, Excelencia, peruanas de Pachacamac! Cálmesese, capitán. Galantemente el Jefe Supremo ofreció su diestra para que desmontara Rufina Falconí. Era mujer fuerte, de 45 años y cabello recogido en un negrísimo moño. Contempló a Piérola como si fuera una aparición celestial. Ese hombre que sonríe afectuosamente es el Perú en su hora más terrible. La mujer que no había temblado al escurrirse entre vigías chilenos, rompió a llorar.

En la comandancia de Ate, las Falconí recobraron la compostura. Traían su propio plan de batalla. No sólo han visto partir las divisiones de Baquedano por caminos que sólo conducen a San Juan y Chorrillos, también han escuchado conversar a confiados jefes enemigos. La ruta de Manchay está libre. Tres horas sobran para acometer Lurín con caballería. A las cinco o seis de la mañana podían reforzarla batallones de infantería. La retaguardia de Baquedano es un regalo. Pero el Jefe Supremo se mostró más interesado en la marcha del enemigo. Desconfiaba de la prontitud del ejército a sus órdenes y no descuidará la defensa por una súbita aventura en las quebradas de Pachacamac. Las peruanas describieron el avance chileno con toda exactitud. Por izquierda, pegada a la playa, vieron alejarse la columna con la primera división de Lynch. Esa fuerza trae escogidos regimientos, el ya famoso *Atacama*, que cumple las peores tareas de la guerra y que integran mineros y los más duros voluntarios de Chile, los zuavos del 2º de Línea y el 4º de Línea. Además siguen a Lynch los regimientos *Talca*, *Colchagua*, *Chacabuco* y *Coquimbo* y los nuevos batallones *Quillota* y *Melipilla*. Por el camino de las Lomas avanzan las divisiones del General Emilio Sotomayor y del sanguinario coronel Lagos, rebautizado por los tacneños como *Lagos de sangre*. Otra división de reserva, al mando del coronel Arístides Martínez, seguía las huellas de Lynch por la carretera de la playa. La caballería chilena empezó a salir de Lurín mientras las peruanas subían a Manchay a las siete de la noche. Sólo Baquedano, su estado mayor general, un pelotón de granaderos y dos compañías de rifleros quedaban en San Pedro de Lurín. Detrás de la atractiva máscara del caudillo, al fondo de esos ojos que exhalan energía, de la garganta para adentro se confundían visiones. ¿Golpear la

retaguardia chilena? ¿Acaso a tiempo para capturar a Baquedano en su desprevenido campamento? ¿Movilizar ya mismo todos sus batallones a San Juan? ¿Abandonar los reductos de Miraflores? ¿Traer por ferrocarril a las tropas chalacas? Ah, si los sorprendidos pudiesen sorprender al adversario. Un año había demorado en dibujar las dos líneas de defensa. Un miedo que no creyó posible, lo acuchilló por el vientre. No temía a la muerte, temía equivocarse. Ha prometido vencer y ahora, ahora titubeaba. ¿Y si las hermanas Falconí estuviesen tendiéndole una trampa? Es demasiado tarde para verificar su historia. Agradeció tan valiosa información y las mandó a retaguardia, con discreta custodia. Un rato permaneció vacío, en silencio, observado por su hijo y el coronel Echenique. Entonces llegó telegrama de Chorrillos. Habían capturado a un chileno. El ejército de Baquedano está a ocho mil metros de nuestras líneas. El Jefe Supremo contestó lacónicamente: *Ya lo sabía.*

COYLA OLFATEÓ LA NOCHE. Las más gruesas nubes empezaban a diluirse, filtrando un creciente resplandor lunar. Pero la niebla continúa estancada sobre el arenal y frente a los mamelones de Villa. Retes observó casi divertido al sargento que se obstinaba en husmear el aire como un galgo.

—¿Qué ocurre, cholo?

—Huele a chileno, señor —el cusqueño no bromeaba—
¿Usted no siente?

—No, francamente no.

—Me disgusta el silencio —se oyó a Delhorme subido al parapeto de su cañón. Callaban buhos, hasta plácidas cigarras. Había cesado el viento. Nada se mueve detrás de la neblina y no es posible que el universo haya quedado así, tan súbitamente quieto.

Retes trepó al borde de la trinchera. Sí, es verdad. No era un silencio hueco sino macizo, una quietud en vez de una ausencia. De este lado se oye rebotar piedritas que se arrojan entre vigías. También los peruanos callaban. Ni una luz, ni un relincho, nada turba la espera.

Portachuelo, camino, declives, colinas de setenta metros, todo sin novedad. Cáceres podría recorrerlo con los ojos vendados. Como si Lima fuese la capital de otro país,

como si hubiera estado ausente de su hogar durante un siglo, los recuerdos se le achicaban ante la enormidad del presente. Por cuarta vez inspeccionaba su sector. No lo preocupa un ataque frontal contra su línea, sino la posibilidad de que lo envuelvan atravesando los claros donde se encuentran tercer y cuarto y primer cuerpos del ejército. A la penumbra del neblinoso plenilunio contempló al desaliñado y novato batallón *Canta*, último en llegar al frente. Ayarza en persona tuvo que tomarlo a sus órdenes. Terminaron de entrenar a esos voluntarios de Huarochirí a espaldas de San Juan. Los habían vestido de prisa, con uniformes siempre demasiado grandes. Sólo su entusiasmo, su limpio amor al Perú impedía reirse de su estrafalaria apariencia.

Los capitanes Lecca y Bedoya siguieron a su jefe hasta la batería de avanzada. Retes y Coyla saludaron al coronel como sorprendidos en falta. Su sitio estaba en el campamento. Sin embargo Cáceres compartía la misma preocupación. Aquí se siente al multitudinario camaleón acechando desde la bruma.

—El Estado Mayor General nos quiere desayunados cuando aparezca el enemigo —recordó el coronel. Tan importante como el valor en combate era la paciencia para esperarlo—. Abra bien los ojos, señor Delhorme. Y ustedes... —se dirigió a Retes y al ordenanza— ...vayan a tomar alimentos y no se aparten de mi lado.

Encontró al coronel Lorenzo Iglesias buscándolo en el campamento. Jefe de día en el sector del Cuarto Cuerpo, a medianoche se introdujo en el Morro, a visitar a su hermano.

Compartía una taza de té con el ex-Secretario de Guerra cuando se supo la captura del ambulante chileno. Lorenzo Iglesias escuchó el informe de Billinghamurst y regresó a informar a su jefe.

—Son treinta mil, vienen por la playa y la Tablada —dijo preocupado—. Parece que no habrá sorpresa por Manchay.

Cáceres asintió.

—Se lo dije a usted, ¿recuerda? Después del último reconocimiento tenía que producirse el ataque. Baquedano vendrá de frente agrupando todos sus recursos. Así prefiere pelear y hasta ahora no le ha ido mal.

Como el ex-Secretario de Guerra, el hermano menor de Iglesias no es un coronel de carrera. Tiene 33 años y una

división a sus órdenes. Clavó sus ojos en el veterano Cáceres como preguntando qué hacemos.

—A prepararse, señor Iglesias, hay que darles un buen recibimiento. Todos a sus puestos. Que nadie fume. Mejor que nos crean dormidos.

Llegaba Adeodato Carvajal con un telegrama del Morro.

—Sí, sí, ya estoy enterado, el enemigo al frente —Cáceres echa un vistazo de despedida a este campamento que ha habitado durante veinticinco días—. ¿A cuántos hombres asciende nuestra fuerza efectiva?

—Tres mil quinientos siete, señor —se preocupó el subjefe de su estado mayor—. Y sólo hay ciento veinte cartuchos por cabeza.

—¿No tienen munición en Miraflores? Pídala otra vez, haga el intento —Cáceres acomodó su quepís y consultó el reloj—. No atacarán antes de una hora.

Sus ayudantes montaban. El capitán Bedoya sostiene el ensangrentado estandarte carolino, emblema de la Patria y del Cuarto Cuerpo del Ejército. Expertamente los cusqueños desmantelaban tiendas y hasta las cnozas. También las rabonas ayudan a empaquetar bagajes. Coyla llenaba su morral con cápsulas, después la manta que enrolló a su cintura. Observó a su jefe, despidiéndose. Se verán después de la batalla o nunca. Cáceres envió a los antiguos soldados del *Zepita* a reforzar la atrevida posición del capitán Delhorme. Se disponía a visitar a su paisano Ayarza cuando el teniente Castellanos descubrió que se acerca Su Excelencia.

—¿Sin novedad, coronel?

—Tenemos enemigo al frente —Cáceres adivinó que el Jefe Supremo viene de lejos. Su blanca cabalgadura estaba mojada en sudor.

—No lo hemos visto todavía —contestó Piérola. Invitó al jefe del Cuarto Cuerpo a que lo acompañara. Se dirigía al Morro Solar—. ¿Qué piensa usted del pretendido asalto?

—Es de esperárselo.

—¿De veras lo cree? —todavía el Dictador se aferra a la posibilidad de una retirada chilena ante la magnitud de las defensas. En verdad las creía formidables.

—Atacarán al amanecer, tal vez antes, igual que en Arica —dijo el ayacuchano.

Cabalgaban unos metros delante de sus respectivos ayudantes. Piérola reflexionó un rato.

—¿Y cree usted que nuestros soldados se porten bien?

—Gente robusta, bien plantada —el coronel no pierde de vista los cerros a su izquierda—. Parecen bravos. No tienen instrucción pero sí obedecen, vamos a darle mucho trabajo al señor Baquedano.

—Ojalá —dijo Piérola—. Ojalá sea como usted dice.

LA LUNA SE OCULTÓ A LAS cuatro de la mañana. ¿Y ahora, mi sargento? Ahora qué, dijo despacio Adolfo Viera. Se viene el día y con la luz llegarán los chilenos al asalto. Hundidos en la primera fila de trincheras, los doscientos hombres de la *Columna Junín* escuchan la sigilosa aproximación de la División Lynch. Ignoraban el tamaño del asalto. El joven sargento imagina un ejército parecido al peruano. Nunca había visto otro mejor. Estaba seguro de que los livianos cañones de Grieve o White, los antiguos Vavasseur y el gran Rodman del Morro son insuperables y que los suyos, *Columna Junín*, la vecina avanzada del batallón *Piérola*, los dieciséis mil combatientes que en silencio ocupan parapetos desde Marcavilca a Pamplona, eran tan numerosos como el enemigo que se acerca. Si se hubiera disuelto súbitamente la niebla y la incipiente luz del jueves 13 de enero le hubiese permitido ver a los regimientos 4º de Línea y *Chacabuco* ya dispuestos en columnas de ataque, y aún detrás a los batallones *Coquimbo* y *Melipilla* y 36 cañones Krupp de 87 y 75 milímetros y tres ametralladoras listas para romper fuegos y, en fin, los acorazados *Blanco Encalada* y *Cochrane*, la corbeta *O'Higgins* y la cañonera *Pilcomayo* enfilando su artillería contra este territorio, acaso Viera habría comprendido el sobrehumano tamaño de su valor y de quienes lo acompañaban en la trinchera. A medida que se acerca, resulta imposible no escuchar al enemigo. Uno que otro relincho, el crujido de miles de botas amarillas sobre mamelones y ondulaciones de arena, hasta la unánime agitada respiración de esos chilenos que reanudaron su aproximación a las 3 y 30 de la mañana, palpitaban en las orejas del sargento. El telescopio del Morro ha de haberlos descubiertos por que de la cumbre se elevaron cohetes de colores. Entonces Viera descifró brazos y piernas y rifles en ese brumoso amanecer a su encuentro. Enemigo a la vista, murmuró. La voz corrió de

un combatiente a otro. Enemigo, enemigo. El mayor Casós dejó que se aproximaran otros cincuenta metros.

A izquierda de la *Columna Junín*, el coronel Reynaldo de Vivanco podía escuchar al ejército chileno moviéndose en disparatadas direcciones. Lo están flanqueando o llegan al ataque por donde nadie espera. Ignora que la misma niebla que aquí acorta la visibilidad a cincuenta metros, ha confundido a veinte mil enemigos. La Segunda División al mando del General Sotomayor erraba por el arenal, desfilando de flanco pero invisible ante los rifles del *Piérola* N° 75 y, en dirección contraria, busca sus objetivos la primera brigada de la División Lynch.

—Los oigo caminar por todas partes —murmuró el teniente Felipe Valle Riestra.

Vivanco asintió. Las avanzadas peruanas no llegan a tocarse. Ambos ejércitos se respiraban en las orejas y en ninguna parte rompían fuegos.

Cien metros al frente, el raso Huaynate codeó a Biviano Paredes. Ahí están. El segundo batallón del regimiento *Atacama* al fin encontraba su camino. Paso al trote se venía encima de la avanzada. También el cabo Malma y el raso Pajuelo apuntaron con sus rifles. Son muchos, mi cabo. Alguien rezaba.

—¡Primera compañía, fuego! —la aguda voz del mayor Casós comandó la descarga de cien fusiles peabody. Trizaron a los chilenos de vanguardia. Ninahuanca no veía otra cosa que sombras echándose al suelo. Después relampaguearon las armas enemigas. ¡Segunda compañía, fuego! Ya los rifleros de la primera habían recargado sus armas. Se oyó crecer el tiroteo por la izquierda.

Detrás de los cerros de San Juan, al otro lado de los parapetos habían encendido faroles rojos, azules y blancos avisando que el enemigo se acerca en masa. Por el Morro chisporrotearon más cohetes de señales: enemigo a la vista. Después se oyó traquear distantes fusiles. Cerca de Chorrillos, el Jefe Supremo cambió miradas con Cáceres. Faltaban diez minutos para las cinco. Volvieron grupas hacia la pampa que acababan de atravesar. Azuladas guerrillas enemigas se desparramaban por allí, donde la falta de soldados impidió que se enlazaran los ejércitos de Cáceres e Iglesias. Ya los chilenos acosaban por retaguardia a los *Libres de Cajamarca*, que ocupan una adelantada elevación de setenta metros en el abra de Santa Teresa, a la vez cortando en dos la línea peruana y flanqueando el Morro.

Cáceres desenvainó su espada. Sus ayudantes lo imitaron. Estallaba la ríflería desde los parapetos de Iglesias.

—Son chilenos, señor —dijo el coronel ayacuchano.

Piérola asintió gravemente. Sin decir palabra, picó espuelas hacia el Morro Solar.

Coyla se pregunta dónde estará su coronel y si no lo necesita. Esta niebla impide afinar puntería. Habían imaginado una defensa desde intactos parapetos y diez minutos después de rotos los fuegos, empieza a lucharse cuerpo a cuerpo. Observó a Delhorme que salta a descubierto, calcula distancia, regresa a su cañón, ordena rasar la pampa con tarros de metralla. El mismo capitán visaba la puntería. Pero algo fracasa. Esquirlas y clavos de esos tarros fabricados recientemente en Lima, caen demasiado cerca, sin derribar columnas enemigas que ya los desbordaban. Chuquihuara anunció que refluyen chilenos a tomarlos por detrás. ¡Bayoneta! —mascó el sargento del antiguo *Zepita*. Ya los artilleros empuñaban carabinas para combatir en corto. Sólo Delhorme se obstinaba en recargar su pieza. Una fusilería que parece total y que sólo empieza, remecía San Juan. Ochenta cañones chilenos tronaron en ese momento. La batalla, al fin. ¡Viva el Perú! ¡Viva el batallón *Zepita*! —bramó Coyla. Los cabos Yaya y Chuquihuara y los rasos Sulca y Ccahuay lo obedecían como a un coronel. ¡Deténganse, no sean locos! —tarde quiso contenerlos el capitán Delhorme. Los cinco veteranos se lanzaron a la carga cuesta abajo.

En lo peor de las avanzadas, Biviano Paredes se tomó confianza después de matar por primera vez. Descargas, cañonazos, cornetas, tambores de guerra, alaridos de muerte, órdenes, moribundos relinchos golpean por su cabeza en confusión. Como en una isla combatía el batallón *Piérola*. Engordada por la polvareda que alzan los asaltantes y por el vaho de los disparos, la neblina se cerraba aún más en derredor del joven soldado. Llegaba la mañana sin prisa. Respira tierra, picantes emanaciones de pólvora. Si al menos hubiese tenido tiempo de liquidar su cantina de ron. Primero emergen sombras de confusos uniformes. Otros esperaban para hacer fuego. Creyendo peruano a un zuavo, el cholo Pajuelo lo dejó llegar. Ahora boqueaba con las tripas rajadas por un bayonetazo. A la quinta compañía que cierra filas, todavía se acercan camaradas a quienes dispersó la primera embestida chilena. No podían fusilar sombras al bulto. Mírenles las patas, gritaba Bi-

viano más fuerte que los estampidos. Sólo los chilenos usan botas amarillas en vez de escaarpines.

El corcoveo de la muerte tocó al coronel Vivanco. A la luz que llega vio gotear su espada, como si por el acero se le chorreara el cuerpo. Pero no es suya esa sangre adherida al filo, ni recuerda en qué momento descargó el corte, ni el rostro de su enemigo. Los muertos de la guerra no tienen nombre o facciones, sólo una máscara de ferocidad y espanto. El propio Reynaldo de Vivanco se revolvía con la faz deformada por un rabioso instinto. Hombre de buena voluntad ahora a control remoto, defendía a tajos esta tierra, su casa, el derecho a seguirse llamando Vivanco. Tostados fusileros del *Atacama* lo persiguieron a tiros desconociendo su importancia, el respeto que merece el hijo del famoso caudillo. También Vivanco combatía sin memoria hasta que aquella espantosa convulsión se propagó a su organismo. Moría su caballo, la piel junto a su piel, la pobre bestia subalterna. Se hundió de manos, clavando el hocico ensangrentado en el polvo. El coronel se sintió catapultado. Recogió su espada contemplando la agnía del caballo. Lo remató con su revólver. ¿Está usted bien, mi coronel? El teniente Valle Riestra saltaba de su cabalgadura para entregársela al primer jefe. Detrás suyo se hundía la línea peruana. Quiso contar a los camaradas caídos pero la matanza es más veloz que sus ojos pardos. Al ataque de la primera brigada de la División Lynch se sumaba ahora otra brigada al parecer de reserva. La mitad del solitario *Piérola* N° 75 había sucumbido en los primeros veinte minutos de batalla. Los chilenos no se detenían a liquidar el obstinado bastión cajamarquino. Embestían de paso, a quemarropa exhalados por la neblina. Llegaban en silencio, a disparar de cerca su primer cartucho. El estruendo de la batalla crecía ahora detrás de los hombres de Vivanco. La espantosa ululación, única nota, todos los sonidos en una sola trepidación que penetra hasta los huesos, sofocaba la voz del coronel. El muchacho de la corneta tocaba ataque sin pausa. El verdadero asalto se daba en Santa Teresa o penetrando por San Juan. El largo y afilado rostro del joven Valle Riestra busca adonde retroceder para afirmarse y combatir en orden. Habían quedado atrapados y a la vez fuera del verdadero campo de batalla. De nuevo montado, Vivanco sacudió al corneta como despertándolo. Luego disparó órdenes. ¡Grupos! Y después: ¡vanguardia! Habrá que efectuar una conversión

de línea, ponerse de flanco a incesantes columnas enemigas hasta apoyar espaldas contra Santa Teresa y retreparse a las trincheras nacionales. ¡Armen bien la bayoneta! —gritó el coronel— ¡Señor Valle Riestra, reúna a los dispersos e inicie el movimiento!

Cabo, qué hacemos. Biviano se achata entre camaradas muertos, apilados unos sobre otros. Los usaba como parapeto para hacer fuego y ocultarse a recargar su arma. Su blusa de algodón estaba manchada de sangre ajena. Habían derribado a todos los oficiales de la quinta compañía. Cerca suyo se desplomó el sargento Hidalgo con la frente rebanada por un balazo. Sofocados por el vapor de la batalla, no veían al coronel que reagrupa a deshechas unidades. Aquí, Malma está al mando. Qué hacemos, mi cabo. Biviano cambiaba su rifle atascado por el peabody de un muerto. Había visto lo suficiente, cuerpos baleados y luego repasados a filo de corvo o abiertos por las planas bayonetas enemigas. Chilenos verdaderos, no contados por los viejos de Yungay, son vulnerables a nuestras balas y duros estoques que coronan los peabody nacionales. En verdad parecen oler a azufre pero ahora Biviano los desprecia. A cien metros un adversario rapiñaba el cuerpo de un sargento. Calmadamente hizo puntería y le alojó un balazo en las costillas. ¡Muy bien, soldado! Espada en mano, Valle Riestra busca a la quinta compañía. ¿Dónde está la gente, cabo? Malma señaló a los catorce rasos que lo acompañan. Todos los que quedan, mi teniente. ¡Síganme! ¡Viva el Perú, muchachos! Ya Vivanco espoleaba su espumosa cabalgadura, señalando con su espada la brecha por donde cien rifleros deben desplegarse. A la punta de tan arriesgada evolución, Valle Riestra encabeza a menos de cuarenta infantes. Parecía que ya los chilenos habían terminado de pasar hacia San Juan. A medida que se apartan de su primitiva posición, raleaba la neblina. A pesar del estruendo que crece en todo el frente, Biviano sintió palpar el suelo, como un puente colgante por el que galopara una muchedumbre. A boca de jarro emergió un brumoso regimiento chileno en columna de ataque. No tuvo tiempo ni de oprimir el gatillo. Estrelló su culata contra ávidos aceros. Clavado por muchos filos, Valle Riestra yacía boca arriba, con la lengua afuera, vomitando sangre a pulsaciones. El primer bayonetazo levantó a Biviano del suelo. El choque contra mil doscientos enemigos despedazó a los sobrevivientes del *Piérola* N° 75. Otras

bayonetas penetraban al recluta. Recta y helada muerte a fondo por sus tripas, se desplomó gruñendo. Ni siquiera pidió piedad.

A DERECHA DE LA LÍNEA peruana, clareaba sin que la Segunda Brigada de Lynch hubiese podido arrollar a la pequeña *Columna Junín* y a la guarnición de Villa. Los huancaínos retrocedían a otras trincheras próximas a Marcavilca, oponiendo ordenadas descargas y a ratos paralizando a cinco mil atacantes. Cuando el asalto de la infantería chilena pareció sucumbir de cansancio, arreció el bombardeo de la escuadra y de 36 Krupp de montaña cuyas punterías afinaba el prusiano von Köeller. Una aceitosa humareda negra se elevó entonces de Villa. El capitán Max Velarde pudo recoger la máquina del telégrafo y salir de la hacienda antes de que una certera andanada deshiciera el galpón de chinos y toda la fábrica del ingenio. Grandes proyectiles de 250 libras ululaban desde los acorazados para batir rancherías y cañaverales. Los disparos inflamaron toneles de aguardiente, depósitos de chancaca. El terraplén con rieles a Chorrillos se agrietó. Ardieron palomar, maestranza, corrales. Sacudida y quemada la hacienda por la poderosa artillería enemiga, se creyó imposible que los rifleros huancaínos consiguieran sostenerse en su pantanosas trincheras. Vista desde el fortín de Marcavilca, la Segunda Brigada de Lynch se oscurecía y achataba detrás de mamelones y gramadales todavía pegoteados de neblina. Al otro lado del quemante vaho de la batalla, los rifles de la primera compañía del batallón *Guardia Peruana* N° 1 están fuera de distancia para auxiliar a los defensores de Villa. Dos ingleses y un griego ayudan a montar la ametralladora Gatling que debe barrer las faldas de Marcavilca. Retumbaba el grueso Rodman de la cumbre, aunque sin causar estragos a la columna enemiga. Detrás de parapetos alzados con sacos de arena, el capitán Bonifacio Malón revista uno por uno a hombres que observan sombríamente la matanza. Abajo, los peruanos pelean en desventaja de veinte contra uno. Aquí no pasan de cien los que deben contener el asalto chileno por el áspero desfiladero que interrumpe el fortín. Mientras crece el día, a simple vista es posible contar hasta cincuenta cuerpos aventados y rotos por los cañonazos del invasor entre Villa y Marcavilca. Pero la *Columna Junín*

volvió a contener un segundo asalto, demorando la batalla por el flanco derecho. Todavía en pleamar, la playa es intransitable en la Punta de Chira. El sargento Góngora animaba a su fracción. Véanlos bien, carajo, vienen muchos y no pueden con nosotros. Acaban de distribuir doble ración de aguardiente. Salientes de roca los protegen del bombardeo de la escuadra. Impaciente por combatir, el mayor Pedro Alcócer va y viene por el terraplén. Anoche había concluido de dibujar el plano topográfico del campo de batalla. No importa que tarde para sacar copias y distribuirlo a los jefes peruanos, el mapa calentaba el pecho del tercer jefe del batallón *Guardia Peruana*. No será del todo inútil allí, plegado bajo la camisa del oficial. Ahora Alcócer conocía cada palmo del Morro, como si fuese otro de los baqueanos de Chorrillos. Cambió palabras con el artillero mister Oxley. También mister Johnson y Papan-drea han participado en guerras europeas. Cien fusiles y una Gatling tendrán que detener a una división chilena en esta estrechura.

MINERO DE HUALGAYOC y hombre de confianza de Iglesias, el coronel José Joaquín Bernal comprendió que debía cerrar la brecha abierta por los chilenos. Desordenados asaltantes intentaban escalar parapetos ocupados por los *Libres de Cajamarca*. No recibirá instrucciones de la jefatura del Primer Cuerpo, pues la embestida del invasor lo había desconectado de sus propias líneas. De cara al asalto frontal, la segunda compañía se tiroteaba a quemarropa con chilenos de entreverados batallones. Hombres del *Talca*, *Atacama* y zuavos del 2º de Línea acometen contra el más cercano objetivo, trepando lo que sea, en salvaje desorden.

—¡Resista usted, señor Villarán! ¡ya viene ayuda! — Bernal consiguió escurrirse hasta los parapetos de la segunda compañía. A balazos se quebraban, parecían estallar las piedras lastimando rostros nacionales. Acosado por el chasquido de las balas, el coronel se dejó arrastrar por el retumbante desconcierto de la batalla. Separaba voces enemigas de las propias, clarines de ataque en ambos bandos, idénticos gemidos. Demoró en volverse hacia Villarán—. Capitán, sosténgase con su gente. Atacaré por detrás del cerro.

—Vaya tranquilo, mi coronel —a los cuarenta años cumplidos, este limeño que durante cinco meses trabajó en la fortificación de Arica se preocupaba más por la suerte de su anciano padre, hoy atrincherado en un reducto mirafloresino. Muy bien, intentaremos llegar a nuestras líneas de la derecha. El resto del batallón dejará por retaguardia este cerrito, cargando de flanco a enemigos que presionan contra Santa Teresa y se cuelan hasta detrás del Zigzag. Aunque maltrecha, la segunda compañía aguantaba el asalto. Arriba abajo fusilaba al invasor. ¡Apun en bien, cuiden la munición! Villarán salta de un parapeto a otro. Confiaba ciegamente en el valeroso viejo Bernal. En el primer parapeto vio combatir a bayoneta. ¡Teniente Gazco, sígame! En el aire un proyectil alcanzó al subalterno. Todo a la vez: el pulmón arrasado, la sangre atascándose por nariz y garganta, el rostro deshecho contra las rocas, el paladar amargo, una infinita llaga interna abarcando todos sus sentidos. No hay sitio para nada más que dolor. Villarán recogió su cabeza lívida. ¿Qué pasó, muchacho? El fuego de la segunda compañía tituteaba. Mientras arrastra al teniente lejos de rabiosos disparos, los defensores empezaron a retroceder.

Ignorante de que al derecho del cerro se desmorona la resistencia, José Joaquín Bernal gritó sus órdenes. ¡Armen bien la bayoneta, a la carga peruanos! Espada en mano, las grises hirsutas patillas sacudidas por el huracán del combate, el coronel se lanzó por delante. Sus tropas soltaron un bronco muera Chile. Una lechosa claridad alumbró la aparición de los cajamarquinos al ataque. Los recibieron con una cerrada descarga de fusilería. Pareció que el cráneo de Bernal soportaría el balazo. Resistió su hueso con un interminable crujido. Al fin se astilló, sin reventar, permitiendo sólo un agujero. La bala se detuvo en su cerebro. Ya Bernal había rodado del caballo. Su ayudante Bellido corrió a auxiliarlo. Un hilo de sangre ensuciaba el rostro del jefe. Ni vivo ni muerto, el rostro manteía una expresión de ferocidad, como si la instantánea parálisis lo hubiera convertido en su propio inalterable retrato.

Como la segunda compañía al perder a su capitán, el resto de batallón se desbandó. Segundo jefe y oficiales intentaron contenerlos. ¡Vuelvan, carajo! El furioso teniente coronel Rojas disparó su revólver contra quienes daban la espalda al enemigo y partían en estampida hacia Li-

ma. Cinco o seis rodaron baleados por sus propios oficiales. No bastó para impedir la fuga.

AL ROMPER LA MAÑANA, el coronel Billinghamurst llegó a las trincheras del batallón *Ica*, el mismo que encendió la revolución pierolista de 1879 sublevándose en su cuartel de la Inquisición. A derecha huían los *Libres de Cajamarca*. Al otro lado de la pampa, el Escuadrón Escolta contemplaba impasible la llegada de los chilenos.

—¡Señor Valle Riestra! —se dirigió al sub-jefe de Estado Mayor del Norte— ¡Hágalos cargar!...

Pese a que ya se encuentran a distancia de tiro, los rifleros del *Ica* no habían roto sus fuegos. La Tercera División que manda el coronel Arguedas estaba en medio de la batalla como si se tratara de un pacífico alarde. Billinghamurst enfureció.

—...¡capitán Chávez, de mi parte diga al coronel Arguedas que ordene atacar!

Aunque la neblina todavía entorpece la visibilidad, el coronel Valle Riestra ha observado por el telescopio que del *Piérola* N° 75 no queda sino un rastro de cadáveres. Dejó toda tristeza para más tarde, apurándose al encuentro del Escuadrón Escolta. Creyendo todo perdido, los jinetes volvían grupas para retirarse a Chorrillos.

—¡Afuera sables carajo! —rugió el viejo. —¡Nadie ordena correrle al enemigo, malditos cabrones!...

Los jinetes miraron confundidos al furioso coronel. Se le había volado el quepís al galopar hacia la pampa.

—...¡afuera sables, he dicho! ¡Carguen contra los que se retiran! ¡Un peruano que huye es peor que un chileno!

El coronel Arguedas continuó inmóvil en lo alto de una colina. Se limitaba a mirar la dispersión del *Libres de Cajamarca*, que pertenece a su división. Tampoco se mueve el Segundo Cuerpo de Belisario Suárez.

—¡De orden del coronel Billinghamurst, mi coronel, que ataque usted de inmediato! —gritó el capitán Chávez llegando cuesta arriba con una mojada cabalgadura.

—Sí, claro —Arguedas parecía ver más lejos que el ayudante del Estado Mayor. Más viejo que de costumbre, acartonado, como si por un error hubiese excedido el plazo de su vida, señaló la izquierda—. Por ahí también vienen.

Estallaba a plenitud la riflería del Morro. Chávez lo vio inclinarse sobre el pescuezo del caballo y quedarse quieto, con los ojos puestos en algún lugar del horizonte. El capitán se mordió el bigote. ¿Qué sucede con todo el mundo? ¿Dónde está Suárez? Torció bridas para volver a Santa Teresa. Dos descargas chilenas aturdieron al ayudante. Cerca suyo rasaron proyectiles. Sobre su encabritada bestia se volvió a mirar. Treinta, tal vez cuarenta balas habían acribillado a Arguedas y a su caballo. Convertido en atónita piltrafa, el cadáver se equilibraba sobre el animal malherido. Después titubearon las patas y el coronel se desplomó a tierra. Encima suyo se derrumbó el caballo.

Atento al ataque chileno que al fin parecía organizarse, Billinghamst había descendido al primer parapeto de Santa Teresa. Destruídas las avanzadas del cuarto y primer cuerpos, dispersado el batallón *Libres de Cajamarca*, habrá que combatir en estas trincheras. El coronel Iglesias ha de estar inspeccionando a los batallones de la derecha y Vargas Machuca buscaba al Jefe Supremo para traer urgentemente a la reserva. Los vavasseur del coronel Jesús del Valle cañonearon la pampa. Frescos regimientos enemigos rectificaban su rumbo de asalto a la azulada luz del 13 de enero. El absorto grupo de oficiales del Estado Mayor había quedado solo. A sus espaldas se evaporaba el batallón *Ica*. Casi en puntas de pies, echaban a correr. Ahijado de Billinghamst, también tarapaqueño y ahora su ayudante, el teniente Portocarrero lo descubrió primero. Se acercan chilenos y el joven coronel desenvainó la espada para comandar personalmente la carga de peruanos. Su ayudante lo sacudió. ¡Nos abandonan, mi coronel! Por un momento Billinghamst dejó caer los brazos.

Hubiese perecido el Estado Mayor del Norte a no ser por el mayor Vélez. Dos veces su tierra ha sido saqueada. Primero Baquedano, después una expedición al mando del artillero Salvo, depredaron Moquegua. La última vez el invasor cobró un cupo satisfecho con ahorros, joyas y hasta ornamentos sagrados. Después echaron candela a las mejores residencias. Aunque es nuevo como tercer jefe del batallón *Junín* N° 13, Vélez saltó de los parapetos ordenando cargar a la primera compañía. Detrás suyo el coronel Porras arengaba al resto del batallón. El moqueguano y los suyos avanzaron doscientos metros. Nadie los siguió. ¡De pie, malditos! ¡He dicho a la carga! Estos rasos a quienes Lima había recibido con honores cuando llegaron del

centro, rehúsan moverse. Sólo la cuarta compañía obedeció al primer jefe. Sobre las trincheras, un balazo tumbó al caballo de Porras. Abajo Vélez se oblicuaba al frente de ochenta huancaínos que trotan a la bayoneta. Billinghamurst y los suyos aprovecharon para salvarse. Antes de reunirse al batallón *Libres de Trujillo*, el jefe del Estado Mayor del Norte vio caer al mayor Vélez. Malherido quien los conducía a combatir, sus soldados regresaron corriendo. ¡Fuego, fuego! —vociferaba Porras. Un pálido ayudante le cedió el caballo. Como una peste se contagiaba el miedo. Espada en mano, Porras decidió cargar solo. A veinte metros volvieron a matarle el caballo. Herido en un brazo, gritó a sus huestes que se movieran a la derecha, al encuentro de los trujillanos. Una veintena de chilenos acometía por los parapetos a la bayoneta. A tajos de espada, el sangrante señor Porras se abrió paso hacia las líneas del Morro. El *Junín* N° 13 se dispersaba vergonzosamente. La Tercera División del Primer Cuerpo del Ejército había dejado de existir.

A LAS CUATRO DE LA mañana, el coronel Cáceres había ordenado que su primera división ocupase posiciones de combate en el ala derecha. El *Lima* N° 61 quedó en el cerro, el batallón *Canta* se atrincheró en la quebrada y el *28 de Julio* quedó en el flanco, separado de la Tercera División de Arguedas por una colina. Aunque la batalla sacudía el amanecer en dirección del Morro y Santa Teresa, para las tropas del coronel Domingo Ayarza el combate sólo empezó a las cinco y media. La división chilena del General Sotomayor se había extraviado en la neblina. Debíó haber atacado frontalmente las trincheras de este sector una hora antes. Inicialmente contenida la Segunda Brigada de Lynch, el jefe chileno Baquedano envió toda su reserva a auxiliarlo. Así fue como los regimientos *Zapadores* y *Valparaíso* penetraron por la brecha de Santa Teresa y como el 3° de Línea embistió a los batallones de Ayarza, al mismo tiempo que refluían enemigos tomando al *28 de Julio* por retaguardia. Aunque descentrada, la división Sotomayor atacó al fin, por azar eligiendo el punto más débil de la izquierda, allí donde se encontraban las fuerzas de Cáceres y Dávila. Toda la línea peruana se tambaleó.

Los novatos del *Canta* controlaron el asalto chileno sin perder un parapeto hasta que los balearon por la espalda. Cuando Cáceres llegó de Chorrillos, Ayarza quería ir personalmente a matar a Arguedas.

—¡Nos ha traicionado! —grita el viejo ayacuchano—
¡El maldito batallón *Ica* está acribillando a mi gente!...

—¡Calma, coronel!

—... ¡Yo mismo ajustaré cuentas con ese traidor!

—¡Son chilenos, coronel! —Cáceres lo vio sorprenderse—
¡No queda un peruano entre nosotros y el Morro!
Ayarza demoraba en creer. Miró a su superior, a di-

minutos combatientes desplegándose a retaguardia para tirotearlo de lejos. La nueva luz no bastaba para distinguir el color de uniformes y banderas.

—¡Señor Lecca, vuele en busca del coronel Suárez y pídale que ataque ahora mismo! ¡Diga de mi parte que nos puede salvar! ¡Retes, Castellanos, reúnan artillería a retaguardia, necesitaremos toda su ayuda! ¡Señor Ayarza, es preciso rehacer la línea!

—Ordene usted, mi coronel.

—¿Qué sucedió con la avanzada?

El jefe de la Primera División se pasó un índice por la garganta.

—Los cañones también se perdieron —dijo.

Chasquearon balazos en derredor de los jefes del Cuarto Cuerpo.

—Ordene que el batallón *Lima* baje del cerro y avance inmediatamente a limpiar el flanco derecho. Buena suerte, coronel.

Ayarza le estrechó la diestra. Mientras Cáceres trotaba con dos ayudantes hacia el resto de su línea entre el Zigzag y Pamplona, el jefe de la Primera División hizo retroceder al *28 de Julio*. Luego evolucionó el *Canta* hasta ponerse en línea perpendicular a trabajosos parapetos. Cumplían sus instrucciones como veteranos. Ahora forzaba a los chilenos a cambiar la dirección del asalto, a la vez que se defendía de los tiradores instalados en las antiguas posiciones de Arguedas. Un estruendo aún más poderoso llegó desde Pamplona y el Zigzag oriental. Ignora el viejo ayacuchano que después de la división Sotomayor, pasaba a la ofensiva la división Lagos.

Por fin asomó un intenso resplandor solar. Pronto se diluirá la neblina empozada frente a San Juan y podrán ver la magnitud de la batalla. En lo más alto de los parapetos, al teniente Aservi se le secaba la garganta. Antes de las cuatro su gente pasó rancho. La sexta compañía aún no ha disparado un solo cartucho. Parte del batallón *Lima* entablaba duelo de fusilería con el enemigo que presiona por el Zigzag central. El coronel La Rosa espera órdenes. Inactivos soldados observaron la exacta conversión de línea dirigida por el propio Ayarza. Después el viejo coronel picó espuelas a su encuentro.

Esto pasaba por imaginar una batalla sin movimiento, como si en vez de vastas colinas y difíciles quebradas tuviesen que defender una fortaleza medioeval, con murallas

y torreones bien definidos. Las minas automáticas no sirven para nada, porque el enemigo llega pisando senderos peruanos. Se necesita urgentemente a las reservas y ni un batallón viene a ayudarlos mientras que ya todo el ejército de Baquedano entró al combate. Ayarza procuraba no enfurecer. Debía sostenerse aquí a todo trance. Cambió impresiones con La Rosa.

—Ya lo sabíamos, mi coronel... demasiado grande el frente para tan poca tropa —admitió el jefe del *Lima* N^o 61.

—Lleve usted a su gente a reforzar al *28 de Julio* —empezó a decir Ayarza.

—¡Chilenos por el abra, mi coronel!

Entraban en columna, cargando contra el flanco del batallón *Canta*.

—¡Iré a echarlos con una compañía! —vociferó el jefe de la División—. ¡Usted ataque a los que vienen por retaguardia!

Cuarenta cañones chilenos descargaron su primera andanada contra el cerro. Al raso Collantes le pareció que el cielo se rajaba encima suyo. Sus camaradas se encogieron, cubriéndose la cabeza con los brazos. Los proyectiles pasaron de largo, removiendo y agujereando la otra ladera. ¡Arriba, cabrones! —la emprendió a puntapiés el furioso sargento Jaija— ¡Nunca dan en el sitio la primera vez, cojudos! ¡Tomen sus rifles, afuera esos pechos! A caballo se acercaba el jefe de la División. ¡Sexta compañía! —volvió a gritar el sargento— ¡saluden al señor coronel!

—¡Buenos días, mi coronel! —aulló la tropa.

—¿Quién está al mando?

—Yo, señor. Teniente Aservi, mi coronel.

—¿Y el capitán?

—No hay, señor.

—Muy bien, Aservi, por ahora considérese capitán. Espero confirmar su ascenso después de la batalla.

—Muchas gracias, mi coronel.

—Vamos a echar a esos malditos de abajo, señor Aservi.

—A la orden, mi coronel —el oficial se dirigió al sargento—. ¡Bayonetas!

—¡Sexta compañía, armen bien la bayoneta!

Se oyó la cuchillería engarfiándose en la boca de los rifles peabody.

—¡Listos, mi coronel!

—¡Paso ligero al trote! —Ayarza desnudó su espada y se colocó al frente de la infantería.

¡Paso al trote, paso al trote!

Otra vez retembló la ladera alcanzada por la artillería. Granadas de 87 milímetros despedazaron rocas cerca de los peruanos. Collantes ocupaba pesadamente su organismo. Se sintió macizo así, trotando cuesta abajo. Había llegado la hora. Lo inimaginable sucede ahora frente a sus ojos. Al frente se reagrupaban enemigos, disponiéndose a fusilarlos. ¡Paso al trote, paso al trote! A ratos revienta el aire, ha de succionar aliento de entre un acre vaho gris. A cien metros traqueteó la riflería chilena. Ayarza no se detuvo. El sonido de cornetas ordenando ataque enardeció a Collantes. Llegaron al llano. ¡Viva el Perú! ¡muera Chile! Se derrumbó Huaynate. A Nureña le reventaron el pecho. Dieciséis fueron alcanzados por balas chilenas pero la sexta compañía continuó a la carga. Sus pies golpeaban al unísono, multiplicándolos como si fueran todo un batallón. Con las bayonetas por delante, sin haber disparado un solo cartucho, los peruanos atacaban gritando furiosamente. Collantes eligió a su enemigo. Lo veía alzar-se, titubear. También el chileno lo elegía. ¿Hasta cuándo guarda su disparo, la segura muerte a quemarropa? Los del vecino batallón *Canta* oyeron chirriar aceros. El estoque de Collantes desvió la plana bayoneta enemiga. Furiosamente hundió la culata en las costillas del chileno, que se tendió aún dueño de su fusil. Entonces Jaija lo vio dar cuartel. Desclavando su propia bayoneta de los riñones de un infeliz, gritó mávalo, mávalo carajo. El sargento disparó antes de que el corvo chileno pudiese sajar a Collantes desde abajo. Entonces el recluta comprendió que se debe matar enteramente, pisotear cráneos, mojarse en sangre. Rabiosamente aplastó el cadáver y siguió embistiendo.

La corneta ordenó detenerse y cesar fuego cuando ya el raso desembocaba por el portachuelo. Jaija le dio un palmazo en la nuca. Casi te matan por cojudo. Sí, mi sargento. Llevan el corvo en la bota, no te olvides. No, mi sargento. Treinta hombres de la sexta compañía murieron en el contraataque. Nada puede hacerse por los heridos porque no llegan ambulancias peruanas al frente. Recuperó el resuello mientras se atrincheraban formando un martillo con el *Canta*. Ahora Collantes descubrió su tinta bayoneta, el cartucho intacto, el rastro de chilenos despanzurrados.

Después de felicitar al valeroso Aservi, el coronel regresó a observar retaguardia. Lejos de aparecer refuerzos, aumentaba el número de chilenos que por rebatimiento acababa a su pequeña división. Tomado entre tres fuegos, despachó a un ayudante a pedir auxilio a Belisario Suárez. ¿¡Por Dios, qué espera!?! Tiene más de tres mil soldados inmóviles y no combate. Y hay seis mil ciudadanos armados en Miraflores. El coronel La Rosa subía a repecho con con el resto del batallón *Lima*, para limpiar de francotiradores su antiguo flanco derecho. Abajo creció el griterío chileno. Devolvían el ataque a la bayoneta. Vio que Aservi saltaba con su tropa y acometía a más numerosos adversarios. Ayarza clavó espuelas a su exhausto caballo morochuco. Apenas detuvo a su bestia cuando reconoció al capitán Higinio con una fracción del *Canta*. ¡Sígame, a la carga! Veinte metros más lejos lo desmontaron. La sexta compañía sucumbe de pie. El contraataque conducido por el magullado viejo coronel nuevamente dispersó al enemigo. Pero la defensa se derrumba. Sólo con veinte hombres, Ayarza siguió combatiendo. Esto es el Perú, un anciano enfurecido con la espada roja, un puñado de cholos desaliñados que rehusan ceder. Vacío su revólver. En los últimos veinte minutos había muerto a tiros o con su acero a cinco chilenos. ¡A degüello, maldita sea! ¡Muera Chile! ¡Capitán Higinio! José Gabino Higinio yacía moribundo desde que empezó el contraataque. Ya los encerraban. Un balazo le arrasó el hombro izquierdo. Se le derrama un chorro de sangre por el pecho. Ni siquiera se quejó. Entre los dientes comprimía todo su dolor. Aquel tiro no pudo detenerlo. A dos pasos, a todavía menos del adversario, clavó su espada por sexta vez. Tres disparos deshicieron su pecho. A la misma hora, una bayoneta atravesaba por el estómago al pequeño raso Julca. Vagamente el señor Aservi recuerda que eran las seis y media de la mañana.

MIL DOSCIENTOS *buines*, el regimiento *Esmeralda* y el batallón *Chillán* tomaron por asalto la zanja defendida por quinientos peruanos del *Ayacucho* N° 43, separando al Cuarto Cuerpo de las fuerzas que defendían Pamplona. La veterana Brigada de Orozimbo Barbosa envolvía por derecha y retaguardia al bisoño batallón *Libertad* que acabó disper-

sándose. Enviado por el General Silva para anunciar que ya se acercan refuerzos, el Cholo Castilla galopaba por detrás de Pamplona cuando se le cruzaron espantados peruanos. En lo alto de los cerros, sobre los que se cierra la sanguinaria tenaza de la división Lagos, las cornetas tocan retirada. Era un sonido inevitable, más bien una disculpa que una orden, pues ya los liberteños corrían hacia los cañaverales, a Lima, a cualquier parte. En medio de esta confusión, vociferando malditos traidores, no huyan carajo, el hijo del Libertador reconoció a un j.nete que intentaba interponerse entre los desbandados y retaguardia. A planazos de espada, invocando el nombre de la Patria, en fin a tiros de revólver no conseguía contenerlos. El furibundo Castilla se le reunió. Cómo van las cosas, mi coronel. La rabia hacía tartamudear al veterano José Díaz. Resulta que toda la noche hemos sabido que se venía el ataque en masa por este lado del frente y no se avisó al Tercer Cuerpo. Una división entera fue sorprendida por la batalla mientras en vano vigila Monterrico. Hay artillería rodada en Ate y Rinconada, hasta en el cerro de La Molina. A la columna de guardias civiles que defendía el ingreso por el Volcán, la arrasaron en cuarenta minutos de bombardeo y asalto. Catorce mil enemigos embistieron Pamplona. El *Ayacucho* resistió hasta ser exterminado. La División de Lorenzo Iglesias parece borrada del mapa. Atacado en todas direcciones, Justo Pastor Dávila decidía retirarse a la línea de Miraflores. Francamente amotinado, el coronel Canevaro rehusó abandonar el centro de Pamplona. Dice que el Jefe Supremo ha ordenado resistir y que resistirá hasta que el propio Piérola disponga lo contrario. proyectiles enemigos zumbaban por toda la amplitud de San Juan. El Cholo Castilla no se molesta en esquivarlos. Al coronel José Díaz le parece conocer esa arrogante postura, a la vez impávida y burlona. Recordó al Libertador, su antiguo jefe. El batallón *Huánuco* está a cinco minutos de marcha, mi coronel. Parece que al fin se movilizan las reservas. Pues bien, informe usted que Canevaro ha decidido quemar todos sus cartuchos y seguir peleando a bayoneta no importa cuantos vengan al ataque, llámese a eso insubordinación o heroísmo. ¡Mil contra catorce mil! Si iban a ayudarlos, mejor de una vez o ya no se molesten en caminar hasta Pamplona. ¿Y usted, mi coronel? Me vuelvo al cerro, buena suerte señor Castilla.

Por aquí, la dispersión se había consumado. La furiosa ofensiva de Lagos y Sotomayor descuartizó el ala izquierda. Castilla emprendió cautelosamente el regreso a Chorrillos, donde espera reunirse al jefe del Estado Mayor General. Daba pena el Perú así, mientras unos rehusan ceder un palmo de polvo y otros fugaban. Al trote por amenazados senderos que atraviesan la hacienda San Juan, recuerda Castilla a Castilla, que podía organizar un ejército a partir de doscientos fieles veteranos. Y era como si el viejo guerrero ocupara su formidable mitad dentro de este cuerpo tenso, traspasado por la humillación de nuestras líneas que se hundían.

Pudieron matarlo sin siquiera darle el alto. Pero el coronel Holley, jefe del regimiento *Esmeralda*, reconoció al hijo del Libertador.

—¡Ríndase, señor Castilla!

Los chilenos penetraban profundamente en los cañaverales. El Cholo se descubrió rodeado de adversarios. Quinientos rifles lo apuntaban. Desnudó su espada.

—¡Entréguela en el acto, señor Castilla! —Holley no lo quería muerto— ¡Salve al menos su vida! ¡ríndase!

—¡No me rindo! —enfureció el mayor. Ensangrentó las espuelas. Cargaba solitariamente contra todo un regimiento—. ¡Fuera de mi país, malditos! ¡Viva el Perú!

Holley lo vio galopar rectamente hacia el estandarte chileno.

—¡Fuego!

YA EL CORONEL CÁCERES HABÍA despachado al resto de sus ayudantes a pedir refuerzos. Mientras Ayarza sostenía el ala derecha, el jefe del Cuarto Cuerpo inspeccionó el combate en el centro. La división del coronel Pereira no cedía posiciones. Sobre esta parte de la línea peruana se concentra ahora la artillería enemiga. A ratos era imposible sacar la cabeza por los parapetos.

—He pedido auxilio así que aguante usted —dijo Cáceres. Pereira asentía. Acaso aún se puede transformar derrota en victoria—. No me pierda una sola trinchera y cuidado con retaguardia.

—Así se hará, mi coronel —Pereira señaló la izquierda—. Allá la están pasando peor.

Al trote rumbo al cerro Viva el Perú, Cáceres empieza a comprender que el asalto de Baquedano sigue confusas direcciones. La misma bruma que ocultó al enemigo de los rifles peruanos, los había extraviado al extremo de que atacaron flancos nacionales siguiendo direcciones opuestas entre sí. Porque acometían el Morro de este a oeste y Pamplona al revés. Hubiérase concentrado nuestras fuerzas o al menos llamado oportunamente a las reservas y a esta hora ya celebraríamos victoria. Si Chile pierde una sola gran batalla, también perdía la guerra. Sencillas combinaciones se mueven tras alertas sentidos del jefe ayacuchano. Con la certidumbre de haber podido vencer a su modo y sin embargo estar sujeto a equivocadas instrucciones por un elemental sentido de disciplina militar, el solitario Cáceres entró cautelosamente al sector de Lorenzo Iglesias. Como una tormenta alejada por el viento, la trepidación de la batalla se achicaba detrás suyo. Entre el Zigzag y el cerro Viva el Perú, de allí a Pamplona imperaba un absoluto silencio. Ni chilenos ni peruanos a la vista, ni heridos quejándose, sólo cadáveres por las colinas, en hondonadas, doblados sobre las pircas. Una infinita piedad se le expandió por el pecho. *Turco* relincho agitado. El pesado olor de la muerte endurecía el aire mientras el sol se infla, sube aceitosamente amarillo más alto que la cordillera. Estiró su largavista. Guardias civiles y chilenos yacían en sangrienta confusión por los bordes del Volcán. Aquí, a sus pies, se desparrama el mudo rastro de una matanza. Nuevas tropas del batallón *Ayacucho* habían soportado a pie firme el asalto chileno. Cáceres reconoció uniformes e insignias enemigas. El regimiento *Buín* 1º de Línea corrió con lo más duro del combate. Había *buines* entreverados con los bravos del *Ayacucho*, unos a otros todavía clavados con bayonetas, desplomados en racimos dentro de la trinchera, en actitud de no haber muerto aún, de seguir descargando la definitiva mutua estocada durante los siglos venideros. Con repugnante zumbido pululaban moscas por rostros que expresan no haber capitulado. Al inquieto paso de *Turco*, Cáceres comprobaba que no se ha dado ni se recibió cuartel. Todos los defensores, aunque muchos agujereados a tiros, fueron pasados a cuchillo y sus cráneos aplastados a golpes de culata. Una gris sanguinolenta gelatina donde se escondían memoria, amadas visiones, el registro efímero de la vida, salpica oscuros charcos de sangre succionados por el

polvo o se adhiere a la filuda pirca que no soportó el ataque. A gotas se han desangrado otros, con tambaleante huella que conduce a cuerpos de súbito tumbados, de piel a piel abiertos luego por corvos y carniceras bayonetas. Maldito infierno que se disfraza de paraíso y sueño, bola sin fin, rugosa, al azar por el espacio, pelota de sangre, trompo del que nunca podremos apartarnos, inmensa cárcel planetaria, hogar en fin, paupérrima ilusión. Cáceres ha visto otras matanzas, sus propios muertos, pero jamás nada parecido a este paraje donde la batalla apenas se detuvo, para continuar después al norte, a casa, a la ciudad cada vez más indefensa donde están Antonia y las niñas. Daban las siete de la mañana. Contra el Morro Solar y Chorrillos se estrella el fragor de rifles y cañones. Todavía el coronel se acercó a Pamplona, a observar las líneas encargadas a Dávila. Su anteojo lo acercó a chilenos rapiñando cuerpos. Al pie de los cerros, sobre un caballo muerto reconoció el cadáver del coronel José Díaz. Han de haberlo visto, pues le dispararon al azar. Cáceres picó espuelas para recoger a las tropas de Pereira y Ayarza. Ni uno solo de sus ayudantes había regresado.

LA ÚLTIMA VEZ QUE EL GENERAL Pedro Silva observó la batalla con el telescopio del Morro, ya el enemigo había penetrado en San Juan cortando en dos al ejército peruano. Decidió lanzar las reservas al ataque a fin de estabilizar un nuevo frente. A caballo y en sombrío silencio, el Jefe Supremo aprobó las órdenes con un movimiento de cabeza. Una descomunal polvareda se elevaba de cañoneados sectores que todavía resisten. El ala izquierda empezaba a replegarse hacia La Calera, en la línea de Miraflores. Los sobrevivientes a órdenes de Lorenzo Iglesias acabaron por dispersarse. Columnas de caballería chilena cruzan Pamplona para aniquilar a peruanos que retroceden. El jefe del Estado Mayor General bajó a Chorrillos. Un incontestable desastre se propagaba por el frente sin que el Jefe Supremo hubiese despegado los labios. Media hora atrás sucumbió el alférez Piérola defendiendo su cañón en la batería del capitán Hernando de Lavalle. En vano quiere imaginar Silva los encontrados pensamientos del Dictador después de recibida la terrible noticia. El ex-Secretario de Guerra conducía personalmente la defensa del Morro, co-

mo si sólo allí se definiera la guerra. Silva, a cuyas opiniones hicieron oídos sordos antes de la batalla, ha tenido que asumir la pesada responsabilidad de salvar lo que se pueda. Ni siquiera dispone de jefes de confianza. Quería marchar personalmente con tropas de refresco a auxiliar a Cáceres y a Canevaro, pero no se atreve a dejar Chorrillos así, al albedrío de un Jefe Supremo enmudecido, a quien observan socarronamente antiguos comandantes en jefe transformados en simples edecanes, Buendía, Leiva y el almirante Montero. De modo que antes de galopar a los cañaverales de San Juan, el señor Silva buscó al General Vargas Machuca. Lo encontró en la calle del Tren, compasivamente aliviando al coronel Bernal.

—¡Santo Dios! —una mueca deformó la resuelta expresión de Silva.

—Tiene una bala en el cerebro —explicó Vargas Machuca—. Dice el cirujano que debe trepanarlo.

—No hay camilleros, señor —enrojeció el subteniente Julio Bellido. Ayudante de Bernal, había salvado a su jefe desde la arrasada posición de los *Libres de Cajamarca*—. Hemos tenido que abandonar a los heridos y ya usted sabe la suerte que corren, señor...

—Conduzcan al coronel a Lima —se apagó Silva—, ahora mismo.

—...¿y el resto de los heridos, señor?...

—Ya lo escuché, señor subteniente.

—...es que tengo derecho de pedir cuentas a mis jefes, señor, igual como yo he obedecido sus órdenes, señor...

Silva y Vargas Machuca cambiaron miradas. Si, es verdad. No hay camilleros. Y a los heridos los repasan. Que le pidan cuentas al Consejo de Secretarios de Estado que prácticamente disolvió a la Cruz Roja. El joven Bellido seguía protestando.

—¿Usted pertenece al N° 21? —se fastidió Silva.

—Sí, señor.

—General, castigue a este oficial —se volvió a Vargas Machuca. El batallón pertenecía al Ejército del Norte.

—Embarque a su coronel en el próximo tren y preséntese a cumplir arresto en mi comandancia.

—Mataron a Castilla, mi General —el coronel Ambrosio del Valle desmontó de un aguilillo cubierto de espuma. El caballo traía la grupa ensangrentada. Otro ayudante de Silva, el antiguo coronel Montero, también sucumbió mientras llevaba órdenes al ala izquierda.

Los jefes se apartaron. Debían conversar a gritos. Granadas de la escuadra chilena empiezan a caer por elevación en el antiguo cementerio chorrillano. El coronel del Valle, subjefe del Estado Mayor General, trae pésimas noticias. La línea entraba en colapso. Canevaro retrocede en cuadro, no hacia La Calera sino oblicuándose rumbo a Chorrillos para no quedar fuera del campo de batalla. El coronel Ayarza murió mientras comandaba una carga a la bayoneta. Nada se sabe de Cáceres. Puede estar muerto o prisionero. Las divisiones de Pereira y Lorenzo Iglesias se habían desbandado.

—¿Qué espera la caballería? —enfureció Silva—. ¡Diga usted personalmente a Barrenechea que auxilie a Canevaro. Y tome el piquete de Rondón como refuerzo!...

—¡A la orden, mi General!

—...¡y que la Quinta Brigada socorra al señor Cáceres! —tomó del brazo a Vargas Machuca. El continuo estruendo que se acerca protegía la intimidación de sus palabras. Cerca de la estación se prepara a partir el último tren de Chorrillos. Le habían enganchado el pullman presidencial. Alineados italianos con atuendo de bomberos, contemplan el horizonte ennegrecido con su comandante Tenderini al frente—. Debo poner a Suárez en marcha. No ha movido un solo batallón desde que empezaron los tiros...

—Nadie le ha ordenado que lo haga —Vargas Machuca es más antiguo en el rango de general de brigada y jefe directo de Belisario Suárez.

—...precisamente. Nadie sabe qué hacer ahí arriba —su pulgar señaló el Morro donde se encuentran Su Excelencia y el coronel Iglesias—. Pero hay que dar órdenes o dentro de un rato no quedará nadie con vida. Eres el jefe del Ejército del Norte y debes ejercer tu autoridad sin estar consultando...

Vargas Machuca contempló a su camarada. El doble juego de jerarquías los había postergado a un papel casi decorativo.

—...ya no hay a quien consultar, ¿comprendido?

—Anda tranquilo —respiró profundamente Vargas Machuca—. Yo respondo de este sector.

Diez minutos cabalgó Silva por San Juan hasta encontrar al coronel Belisario Suárez que retrocedía a Chorrillos. Su reserva de 3,387 oficiales y soldados no ha quedado un solo cartucho.

—¿Pero qué hace usted? —gritó el General. Ya el

teniente coronel Augusto Barrenechea galopaba con mal montados lanceros a proteger a Canevaro y la Quinta Brigada de Morales Bermúdez desnudaba sables, reagrupando a dispersos nacionales y cargando contra guerrillas chilenas que todavía acosan al batallón *Canta*.

—Salvo a esta pobre gente —y Suárez señaló la antigua línea—. San Juan se ha perdido.

Los ojos del General llamearon.

—¡Batallón *Huánuco*, al Zigzag central! —la voz de Silva no admitía réplica—. ¡*Paucarpata*, detrás del *Huánuco*!...

Volvía el coronel del Valle.

—... ¡llévelos usted mismo, coronel!

—Sí, mi General. El *Canta* resiste, mi General. Y hay dos fracciones del *Ayacucho* atrapadas en el caserío de San Juan.

EL FERROZ ALARIDO CON que Coyla acometió a los chilenos, siguió adherido a su garganta mientras a la bayoneta atravesaba sucesivas oleadas de asaltantes. Sólo se detuvo a la vista de vacíos parapetos. Entonces miró en derredor suyo. El raso Ccahuay y el cabo Yaya habían muerto. Un feroz tajo abrió el rostro de Chuquihuara que sin embargo siguió a su sargento, con la blusa roja de sangre. Sulca palideció por el violento esfuerzo. Traía la bayoneta chorreando vísceras.

—Maté a dos, mi sargento —dijo al fin dueño de su respiración.

Coyla estaba seguro de haberse desviado hacia el cerro Viva el Perú. Del otro lado de las colinas, tardaba en orientarse. Arriba, en viejas trincheras se ha dejado de combatir. El trueno de la batalla rodaba hacia la hacienda San Juan. El sargento rasgó su propia blusa para vendar a Chuquihuara. Ocultos en una pequeña hondonada, descansaron sin hablar. Habían quedado a retaguardia chilena. Diez minutos después, Coyla decidió volver a la batería de Delhorme. Encargó a Sulca que cuidara del cabo herido y ahora con suaves pisadas desandó polvorientas ondulaciones. Evaporada la niebla, acechó hileras de grandes cañones Krupp descargando puntuales andanadas contra los suyos. Fornidas columnas de caballería enemiga.

arrancaban a sablear a los dispersos. También bombardeado por la escuadra, el Morro despedía un vaho turbio que ensucia la mañana azul. De este lado, había desaparecido la infantería de Baquedano. Antes de trepar al avanzado bastión donde media hora atrás los atraparon, Coyla husmeó las cercanías. ¡Nadie! Subió a saltos con la bayoneta por delante. Había chilenos regados detrás de la batería. A este lo maté yo, murmuró el sargento reconociendo a un adversario. Le pareció más pequeño muerto que hace un rato. Ya en el reducto entrecerró los ojos con una mezcla de odio e infinita conmiseración. Al alegre sargento Tueste, que se vino a pelear desde Chachapoyas, le habían separado la cabeza del tronco. Corvos y bayonetas se han cebado en estos cuerpos hasta mutilarlos horriblemente. El capitán Delhorme yacía boca arriba sobre su cañón, con el rostro cubierto de moscas. Coyla contó dos balazos a quemarropa y once profundos cortes de bayoneta. Un acero procaz le había deshecho el vientre. Después voltearon los bolsillos de su uniforme para robarlo. Coyla clavó su rifle en tierra. Jijuna gran puta, —mascó, descargando un puntapié a un enemigo muerto. ¡Como no vivieras para matarte otra vez, maldito! Tironeó del uniforme hasta arrancárselo. Espantó a las moscas que ennegrecían la faz del oficial, cubriéndola con la casaca chilena. Echó una última mirada a los camaradas caídos y saludó con la diestra en el quepís. Bajó de la batería pateando cadáveres.

LA DIVISION DEL CORONEL Pereira también había desaparecido. Aquí la lucha no fue tan feroz como en los flancos. Cáceres contempla sombríamente los restos de su ejército. Los primeros balazos se escucharon a un cuarto para las cinco y recién son las siete de la mañana. Descubrió a un oficial peruano que trastabillaba hasta apoyarse en un cañón. Torció bridas a su encuentro.

—¿Qué sucedió, teniente?

No tendría más de veinte años. Recibió un balazo en una pierna y salvó del repaso. Disimulaba el dolor.

—Mi coronel, se fue usted y la división no pudo resistir, mi coronel. El señor Pereira abandonó el campo.

—¿Y la tropa?

—Se dispersó, mi coronel.

Cáceres le alcanzó su cantimplora.

—¿Contuvo la hemorragia?

—Más o menos, señor.

El jefe se despedía.

—Procure llegar a nuestras líneas. Si puedo, mandaré por usted.

—Muchas gracias, señor.

Rehusaba creer que esto ha sido toda la batalla. Rifles traídos a lomo de mula a través de los desiertos, conscripción nacional, proclamas, nuevos uniformes, parapetos, todo para qué. Picó espuelas en busca de su primera división. Se acercaba al Zigzag cuando aparecieron jinetes. Reconoció a sus ayudantes. También llegaba el teniente coronel Adeodato Carvajal. El hundimiento de la línea los había sorprendido en busca de refuerzos. Retes y Castellanos tuvieron que abrirse paso a sable hasta el batallón *Canta*, cuya retirada acompañaron hasta encontrar a la Quinta Brigada. Después se unieron al mayor Falconí, a rastrear a su jefe.

—Lo temíamos muerto, mi coronel —sonrió el capitán Lecca.

—Una verdadera catástrofe —resumió Carvajal.

Por la cabeza del coronel ayacuchano persistía la espantosa visión del degollado batallón *Ayacucho*. Sobre el grupo de oficiales volaban buitres.

—¿Y Ayarza?

—Muerto, mi coronel —Adeodato Carvajal los sabía viejos amigos. En vano movilizó el General Silva a sus reservas. El batallón *Huánuco* se dejó arrastrar por la incontenible dispersión final y su jefe, el coronel Mas, cayó malherido. El *Paucarpata* corrió tan pronto mataron a su primer jefe Gabriel Chariarse. La caballería enemiga despedazó la segunda línea de artilleros. De toda la batería del capitán Hernando de Lavalle no parece quedar un sobreviviente. Sólo cuando la ametralladora del fortín de La Calera derribó a 47 granaderos chilenos en plena carga, el invasor detuvo su penetración hacia Lima. En las bodegas de la hacienda San Juan ya se emborrachan chilenos. El Morro resistió el asalto y los batallones de reservas distinguidos se desplegaban a retaguardia, a contener a quienes huían de San Juan.

Cáceres escuchó el informe observando a los buitres.

—Empezaremos de nuevo —dijo al fin.

—De aquí a Miraflores está lleno de chilenos —se oyó a Carvajal—. Pronto volverá su caballería.

—Tomaremos el camino de Surco —decidió el ayacu-chano—. Hay que reunir dispersos. Tal vez podamos formar un batallón.



UNA TREPIDACIÓN SUBTERRÁNEA se propagó hasta Lima a las cinco de la mañana de ese jueves 13 de enero. Todavía enfermo, el chotano David León empujó la frazada que lo cubría en el Hospital Militar de San Bartolomé. Había esperado esta señal desde que lo internaron en la cuadra de oficiales abrasado por la fiebre. Sin un ruido vistió el uniforme. Dicen los cirujanos que no debe levantarse antes de otra semana. A lo lejos golpeaban cañonazos. El puesto del teniente está en el Morro. Reconoció el estruendo de su propia batería y apuró el paso por desiertos pasadizos. Habían evacuado a casas o cuarteles a casi todos los enfermos, desocupando espacio para atender a las víctimas de la batalla decisiva. Pronto se habituó a la debilidad de sus piernas. Andaba como un marino recién llegado a tierra. Clareaba cuando salió a la puerta. En quietos racimos, la gente escucha el sonido de la guerra o sube a azoteas y campanarios para adivinar si vencemos. Nadie prestó atención al teniente mientras se adueñaba de una mula, picando espuelas hacia la estación del ferrocarril.

La Favorita N° 5 entró a Chorrillos arrastrando un convoy de municiones a las 6 y 20 de la mañana. Ya el tren blindado de la Marina de Guerra pide vía libre desde Miraflores. Sacudido por escalofríos, el teniente León saltó al andén, un rato mareado por el esfuerzo. La víspera ni siquiera quiso cenar. Vio una hilera de oficiales ensangrentados en el suelo, aguardando evacuación a Lima. Algunos soldados trepan a los techos, a vigilar los campos de San Juan. El chotano comprendió que el frente se había desmoronado por donde se temía. Ahora el enemigo intentará acorrallar a las fuerzas que se reagrupan en el Morro y el pueblo. Era como si hubiesen echado a sonar un órgano descomunal en su nota más grave. El ruido total disolvía sus propios sonidos. Hasta la calle del Tren se arras-

tran heridos, a implorar ayuda en las bodegas de italianos. Al amparo de bondadosos ficus y boliches, se retuercen hombres que llegaron al final de la caminata. De rato en rato alguno quedaba quieto para siempre. Las rabonas tironean de sus soldados, llevándoselos de la batalla. A la entrada del *Pobre Diablo*, el bodeguero Luca Chiappe alcanza trapos mojados en aguardiente para que los peruanos laven sus heridas. Viste uniforme de bombero. Su mujer vertía agua fresca en cacharros que comparten los heridos. Rumbo al Alto Perú, el chotano pidió noticias. Muerto el coronel Reynaldo de Vivanco y destrozado su batallón, malherido el señor Bernal, se hundió Pamplona, entre tres fuegos y posiblemente muerto el señor Ayarza, sin noticias del coronel Cáceres, dispersada la tercera división de Arguedas. David León llega a tiempo de sucumbir con sus compañeros. Cuesta arriba rumbaban balazos y debió trepar a gachas. El barrio pobre vecino a los ranchos del Alto Perú y al panteón chorrillano, soportaba distantes descargas. Sus pobladores corrían abrumados por miserables enseres que intentan salvar del caos universal. Ya sobre el Salto del Fraile, el chotano pudo contemplar el campo de batalla. Eran las 7 y 10 de la mañana. El asalto había borrado la línea entre Santa Teresa y Pamplona. Se veía combatir por potreros y chacras de San Juan, humear las baterías peruanas de La Calera y Vásquez. Contra el Morro y las colinas de Santa Teresa se amontona la mitad del ejército chileno. Doscientos cañones nacionales y enemigos se disparan furiosamente.

Hace un rato depositaron el cuerpo malherido del mayor Daniel Vélez en el campamento de los ingenieros. El cirujano Becerra sacudió la cabeza. En medio de un creciente torbellino, mientras parece rajarse desde abajo la roca del Morro, sólo puede coser o amputar y rogar a Dios por la salud de sus heridos. Tarde los traían, ni siquiera en camillas, casi siempre desangrados. A Vélez lo habían herido en el pecho. Se agota la morfina y hasta el coñac. Haga usted algo, doctor, pidió el ingeniero Carlos Pezet. Estaban en su tienda. El cirujano acercó al mayor una cantina con agua. El valeroso moqueguano deliraba. Rehusó refrescarse. Se alzó penosamente para gritar. ¡Qué cargue *Junín!* Luego murió.

Becerra salió de la carpa al trote, seguido por un farmacéutico. Sacudido por el incesante bombardeo, el Morro exhalaba una polvareda de cien metros de altura. Rumbo

a las baterías, los hombres se mueven como a través de una niebla. Entonces reconoció al teniente David León. Subía con piernas de trapo, jadeando en el colmo del cansancio. ¿Se ha vuelto loco, teniente? ¿cómo escapó del hospital? El chotano no se dignó responder hasta que el médico lo cogió del uniforme. ¡Hay otros peor que yo, debo ir a mi puesto! Estaba fuera de sí.

Al mando del Parrot de 70 libras lo había remplazado el mayor Alegre, tercer jefe de la batería. Lo recibió con expresión de alivio. A última hora faltan artilleros en el Morro. Desde el fortín de la cumbre, el chotano pudo contemplar por segunda vez el campo de batalla. En Villa se eleva el humo negro de varios incendios. Hasta el Volcán se veía infinidad de cuerpos derribados. Rompieron la línea en Pamplona y el Zigzag, explicaba el mayor, sólo quedamos nosotros. Una brigada enemiga insiste en subir por Marcavilca, dos brigadas atacan Santa Teresa. El resto del ejército se reordena en la hacienda San Juan mientras su caballería penetra profundamente hasta la segunda línea de Miraflores.

—¡Pieza cargada, mi teniente! —se preocupó el cabo Espichán de la pálida apariencia de su jefe.

León descifró la puntería. Más alto, murmuró. Frente a su Parrot, a dos kilómetros de distancia el enemigo emplazaba cincuenta cañones de campaña.

A LAS SIETE DE LA mañana, el veterano mayor Casós comprobó que le habían matado a todos los subtenientes. Entonces se acordó de Viera. Tres cuartas partes de la *Columna Junín* habían caído en sucesivas trincheras desde los pantanos de Villa hasta las faldas de Marcavilca. Aún con sólo cincuenta fusileros, la avanzada peruana impedía el asalto de la segunda brigada de Lynch. En lo peor del bombardeo, Casós dejó que el enemigo se le pusiera a cien metros. Entonces la escuadra chilena suspendió sus fuegos para no lastimar a sus propios soldados. Ni siquiera a tan corta distancia, entreverados regimientos pudieron arrollar la empecinada resistencia huancaína. ¡Viera, hágase cargo de la segunda compañía! Pero si sólo soy sargento, protestó el muchacho. ¡Lo asciendo a subteniente, ahora cúideme el flanco derecho!

A la orden, mi mayor.

Fue la última vez que hablaron. ¿Qué te parece, cabo? Adolfo Viera ya es oficial. Tantas veces repetida la muerte, ni siquiera le causaba espanto. Ya sólo importa ganar. Un carnicero espíritu anima al fresco subteniente mientras corre a saltos hacia el sector de la playa. Con el rifle caliente entre las manos, Ninahuanca lo seguía preguntándose hasta cuando van a tenerlos aquí, cada vez menos peruanos luchando contra siempre más numerosos enemigos. Pronto no habrá adónde retroceder, como no sea a los cerros sembrados de minas automáticas. Desde la primera trinchera de Marcavilca aliviaban a los huancaínos con disparos de fusil. Pegada a la playa, la lancha a vapor del *Blanco Encalada* ametralló los cerros. Otra vez aullaron granadas navales y proyectiles de montaña. Empezaba el bombardeo de Marcavilca. Viera se volvió a mirar canteras cuarteadas, lentas avalanchas desplomándose a sus espaldas. Después descubrió tropas del batallón *Melipilla* colándose por la derecha. Intentaban llegar a la Punta Chira no para envolver a los restos de la *Columna Junín* sino para bordear las rocas y sorprender por retaguardia al batallón *Guardia Peruana*.

—¡Segunda compañía!... —el joven Viera se asombra de la naturalidad con que pronuncia órdenes de oficial. Le pareció haber nacido para mandar. Por un instante se sintió mucho más que subteniente. Se pregunta qué cara pondrán en casa cuando regrese galoneado y con medallas. Calculó el número de sus enemigos, tal vez ochenta o cien, una compañía completa, aún no trizada por el combate. Luego contó a los suyos: veintidós, aparte del fornido Ninahuanca. No importa. Hay que detenerlos. Gritó más fuerte que el bombardeo— ...¡Atención! ¡Armen bien la bayoneta!

—¡Disponerse para vencer! —canturreó Ninahuanca incrustando el estoque de un metro en el cañón de su rifle. Le parecía ser temprano sobreviviente del mundo conocido. Uno tras otro ha visto caer fulminados a todos sus amigos de la *Columna Junín*. Retrocediendo por Villa, escuchó decir que el coronel Cano murió a las seis. La casa solariega y el acueducto se sostenían milagrosamente en pie, entre edificios achicharrados a cañonazos. Abajo, entre los chilenos y el Morro, no quedaba nadie más que los huancaínos.

Desde Marcavilca, el mayor Pedro Alcócer descubrió a las guerrillas enemigas escurriéndose hacia la Punta Chira

y a los veintitrés huancaínos que se disponían a atacarlas con bayonetas. De no haber sido por el estruendo que esparcen incesantes explosiones, habría gritado que no abandonen su trincheras, los van a barrer. El tercer jefe del *Guardia Peruana* reservaba sus dos ametralladoras para cuando la brigada enemiga acometiera frontalmente la cuesta. Estudioso de Bonaparte, él mismo un militar atrevido aunque solemne, aficionado a citas en defectuoso francés que se escuchan con una sonrisa, el señor Alcócer brincó del parapeto ocupado por la primera compañía y entre resbalando y encogido bajo una lluvia de pedruscos y escombros, llegó al emplazamiento de la Hotchkiss de derecha. Cañonazos chilenos remecían las marmorosas entrañas de Marcavilca. De las canteras de La Chira han salido no pocas lajas para vestir palacios chorrillanos. El quemante vapor del bombardeo le impidió ver a los huancaínos en el momento que se lanzaban a la carga. Sorprendidos chilenos demoraban en volver sus rifles.

Ninahuanca ignora que ha quedado solo, además de dueño del terreno. Grandes olas azules rasan espumosamente las rocas de La Chira. Como puesta sobre agitados escalones de agua, la escuadra chilena acecha a los defensores a sólo dos cables de distancia. Con un zumbido volvían las lanchas de los acorazados para ametrallarlos de cerca. La aparición de los huancaínos dispersó hacia el sur a los guerrilleros de Lynch. Cuarenta cuerpos quedaron tendidos sobre grises ondulaciones de arena. Como metido en una burbuja de silencio, a Ninahuanca se le enfrió el espinazo. Para él y por ahora, la guerra había concluido. Acaso mejor sería haber muerto de una vez, ahorrarse el trabajo de seguir con vida en medio de tanta adversidad. La avanzada del batallón *Melipilla* ha de haber retrocedido en busca de refuerzos. Incrédulamente miró a sus camaradas caídos. Desconfiando de los chilenos aunque estén acuchillados, el cabo deambuló en busca del subteniente. Ni diez minutos duró como oficial. Tenía un balazo en el estómago. La sangre también se le chorreaba por la espalda, encharcándosele entre las piernas. No tiene remedio. Agoniza boca arriba, vidriosamente absorto en un cielo por el que se diluyen las nubes. Se sentó a su lado, con el rifle sin recargar entre las piernas, escuchando su fatigado estertor. ¿Cuánto cansancio puede soportar un organismo de diecisiete años? Aquí estoy, señor Viera, no lo dejaré. Escuchó su propia voz, no dentro de una burbuja individual

sino rodeada por un vasto silencio. Por primera vez desde las cinco de la mañana, nadie disparaba. Ya vuelvo, señor. Ninahuanca se arrastró hasta los mamelones. La última trinchera de la *Columna Junín* había sido al fin tomada por el enemigo. En Marcavilca esperaban el asalto. La artillería de montaña chilena cambia de emplazamiento. Después oyó el trote de cuatro mil infantes, las voces de mando, súbitas cornetas de ataque, enervantes redobles y el aullido de viva Chile, muera el Perú con que la segunda brigada embestía la cuesta. Ninahuanca corrió a la playa. Estamos perdidos, señor. Hay que salir de aquí. El subteniente con uniforme de sargento no contestó. Cómo con hambre, la arena chupaba su oscura sangre casi marrón. El cabo no se atrevió a tocarle el rostro y clausurar sus párpados. Nada hay que valga la pena mirar. Pronto bajarán pájaros a picotearlo. Ahora, a ocuparse de los vivos. Aunque no sabe nadar, Ninahuanca supo que sólo puede salvarse sobre rocas mojadas por el océano. Hacia ellas trotó, con el rifle todavía descargado. Antes de izarse a músculo hasta el espolón, se volvió a mirar a los caídos. Aún dudaba ser el único sobreviviente.

ENVIADO POR EL CORONEL Piérola a pedir refuerzos, el subteniente Numa Genaro Llona enmudeció ante los vacíos parapetos del *Ayacucho* N° 5. Aun no atacaban chilenos por ahí o ya la resistencia del Morro se habría desplomado acuchillada desde adentro. No tardó en volar la noticia hasta el otro flanco peruano en Santa Teresa. Al sargento Girón no lo sorprendió la dispersión del *Ayacucho*. Quince días atrás se decía que su primer jefe es en verdad chileno. Antes que sus tropas, hoy desapareció el coronel Pedro Pablo Cruz. Ahora sólo quedan cinco batallones para resistir en Chorrillos: el solitario *Guardia Peruana* N° 1 en Marcavilca, el *Cajamarca* N° 3 en el flanco derecho de Santa Teresa, el *Tarma* N° 7 y el *Callao* N° 9 en el centro, y el batallón *Libres de Trujillo* N° 11 donde el frente nacional se desbarranca hacia fortines abandonados por la Tercera División. Al sargento no lo preocupa la inferioridad numérica de las peruanos. Todos somos el diablo, muchachos, de aquí o de allá todos apestábamos a matanza. Mejor diablo muerto que libre con bayoneta, así que maten al

primer balazo, no desperdicien munición. Como el capitán Rubio, había nacido en Huamachuco. Cerca suyo se abrazaba a sí mismo el recluta Alas. ¿Por qué la vida siempre termina mal? ¿por qué no una sola generación al revés, veinte años de descanso entre una eternidad y otra? Hace un rato atontado por el estruendo de la artillería, desató un día de silencio universal. Ah, si todos se pusieran de acuerdo para no escuchar, escuchar sólo a los pájaros, el agua salpicando al culantrillo. Pero ya volvían. Primero cañoneaban en andanadas. Sesenta proyectiles sacudieron Santa Teresa. A trechos desintegrado el parapeto, vuelan cuerpos que rocían sangre y vísceras sobre los vivos. Ruedan inidentificables trozos humanos, cabezas que dan botes por las colinas. Los cuatro batallones no se movieron.

¡Conversión de línea! El coronel Justiniano Borgoño ordenaba cerrar filas, ponerse de espaldas al Morro. En vano escudriñaban el norte. La reserva de Belisario Suárez se ha encerrado en la Escuela de Clases, entre Chorrillos y Barranco. Cinco regimientos chilenos se mueven de San Juan al balneario. Clavadas en el Zigzag oriental, ondeaban banderas enemigas. A lo lejos humearon las baterías de Vásquez. Como si hubiesen descansado en túneles bajo tierra, diez mil chilenos emergían al asalto. Borgoño no consiguió identificar a los atacantes. Avanzan mezclados veteranos del 4º de Línea con rifleros del *Atacama* que visten largas levitas negras. Zapadores, regimiento *Valparaíso* y *cuartinos* confunden sus líneas con los regimientos *Talca* y el *Colchagua*, hoy atacado de miedo. Uno contra cuatro, los peruanos descargaron su unánime fusilería. De una trinchera a otra, el coronel se acercó al capitán Rubio en el flanco izquierdo. Iglesias ordena reagruparse en el Morro y resistir hasta que aparezcan refuerzos. Cierto, cualquier cosa puede suceder. Nunca se sabe hacia dónde sopla la muerte caprichosa. Ni Borgoño, que es un veterano, imaginó que divisiones enteras se iban a dispersar a la sola vista del enemigo. Pensado fríamente, ahora o dentro de unas horas, hasta el Morro tenía que sucumbir.

—¡Ahí vienen!

—¡Atención! ¡bayonetas!

En el filo oriental del Morro, el alférez de Marina José Guerrero incrustó el tambor de munición en su Gatling de campaña. Temprano en Miraflores supo que necesitan artilleros para las ametralladoras de Chorrillos. Familiarizados con su manejo en los buques, sobran oficiales en el

puerto para encargarse de siete piezas todavía inactivas en el Morro. El joven Guerrero no entiende sibilinas decisiones del poder supremo. Hace unos días se ordenó el arresto del coronel Mariano Bolognesi porque rehusaba quedarse de guarnición en el Callao mientras se acerca la batalla a Chorrillos. Oficiales y buenos cabos de cañón permanecen con los brazos cruzados en el puerto, no importa que aquí desperdicien artillería y ametralladoras. El alférez llegó en mula, por la avenida bordeada de sauces que atraviesa Barranco. Nadie le preguntó si los jefes navales lo autorizaban a combatir en el Morro. Eligió esta pesada Gatling de diez cañones. Una hora tardó en ponerla a punto. A falta de bestias de tiro, debieron rodarla a pulso. Ahuecaban precipicios a cañonazos, ahora demoliendo los bordes de roca mientras la infantería chilena ataca en masa por Santa Teresa. Guerrero descargó la ametralladora contra enemigos que pretendían envolver a los *Libres de Trujillo*.

El fuego de sus rifles no los había contenido. Como si otro invisible batallón se hubiera sumado a los trujillanos, la ametralladora del Morro trizó sorpresivamente el asalto. El capitán Rubio vio rodar chilenos y torció el rostro como si quisiera agradecer al anónimo artillero de la cumbre.

Cuatrocientos cañonazos habían acosado al *Cajamarca* Nº 3. En el otro flanco comenzaban a retroceder los peruanos. También los tarmeños se retreparon en el Morro. En peligro de ser flanqueado, el teniente coronel Ochoa disponía cargar cofres de munición y retirarse cuesta arriba. Al mando del *Callao* mientras el coronel Rosa Gil ayuda a los trujillanos a salir de ese infierno, Ochoa maldijo la polvareda que impide ver por donde carga el enemigo. Entonces se le acercó el subteniente Castorino Díaz.

—¿Qué quiere? —se exasperó el segundo jefe del batallón.

—Su hermano, señor. Le dieron.

—¿Dónde está?

—Ha muerto, señor.

Tendidos a doscientos metros, los chilenos en masa fusilaban la arriesgada evolución peruana. Más alto apuntan sus baterías Krupp de campaña. Pedazos de Morro se desprenden cuesta abajo. Una asfixiante polvareda cubría a exhaustos peruanos. Granizaban balazos. Herido en el muslo derecho, Borgoño trepaba rehusando ayuda. A regañadientes el sargento Girón aceptó la orden de abando.

nar los parapetos. Deben reunirse al *Callao* y al *Tarma*. ¡Rápido! Ahora alcanzados por el fuego graneado de siete regimientos, veían acercarse sus estandartes. ¡Mi sargento! El recluta Alas tironea de su blusa. ¡Salgan todos de ahí! —grita Girón. ¡Suéltame, carajo! Entonces vio a su capitán herido en el fondo de la trinchera. ¡Venga, sargento, hay que cargarlo! Ni una camilla a la mano, maldita sea. A medida que retroceden al Morro, los defensores tienen que abandonar a sus heridos.

—¡Váyanse, los van a matar! —protestó Rubio. El enemigo se les viene encima. A él ya lo pusieron fuera de combate. Lo protegía la humanitaria Convención de Ginebra—. Oiga, Girón, es una orden.

Veinticinco años se conocían.

—Está bien, señor, sólo quiero ayudar —el sargento demoró aliviando la postura del oficial. Acomodó su cabeza contra el parapeto, a cubierto de las balas, y le aflojó el uniforme. Después sonrió dándole ánimos—. Vendré por usted, señor. Cúidese y buena suerte.

A MIL OCHOCIENTOS METROS de distancia, la artillería de montaña volvió a pulverizar las crestas de Marcavilca. Sucesivas andanadas no sofocaron el contraataque ordenado por el mayor Alcócer. Granadas prusianas despedaban el desfiladero. También baleados por la masa tendida en las faldas, los hombres de la primera compañía desalojaron dos veces a los chilenos de las cuatro trincheras inferiores. Una cólera sobrehumana transforma a los combatientes del *Guardia Peruana*. Hervían las ametralladoras bávaras después de acribillar al enemigo. El capitán Bonifacio Malón lamentaba no haber capturado el estandarte del regimiento *Coquimbo*. Personalmente exterminó a la guardia del pabellón. Después de contener el asalto, sus ochenticuatro peruanos saltaron de los parapetos contratacando a la bayoneta. Las banderas enemigas se les evaporaron de los dedos. Por el flanco derecho, la sexta compañía del capitán Gabriel Torres arrolló la embestida del batallón *Melipilla*. En lo escarpado de Marcavilca, mientras abejeorean balazos surcando el cielo siempre más azul de las ocho y media de la mañana, se respira un viento victorioso. La escuadra suspendió el cañoneo porque hay

chilenos atrapados en las cornisas del Morro. Combatían los peruanos a invulnerable pecho descubierto. Estas tropas colocaron en el poder a Nicolás de Piérola. Hoy defendían como ningún otro batallón el honor de la república. ¡Bravo, capitán! Raya al medio de la cabeza, encrespado el bigote casi castaño, Alcócer bajaba para felicitar a la primera compañía. Muy bien, valientes. Los han hecho correr. Y estamos en desventaja de cincuenta contra uno. A la penumbra inicial de esa jornada, el tercer jefe del batallón adivinó dos inacabables columnas enemigas que brotaban de la neblina a su encuentro. Entonces titubeó. El coronel Piérola ordenaba detener el desfiladero y también la ruta de la playa con sólo dos compañías. El resto de sus hombres tiene que resistir entre Marcavilca y Santa Teresa. Durante treinta minutos Alcócer combatió sólo con la tropa de Bonifacio Malón. Luego apareció el capitán Torres. Decían que nació por segunda vez en 1866. La verdad, escapó ileso a la explosión de la torre de La Merced alcanzada por un cañonazo español. Allí donde murió el coronel José Gálvez, el entonces sargento Torres salió de los escombros sin un rasguño. Mientras la artillería de montaña se cobra inútil revancha agujereando las rocas de Marcavilca, Alcócer cambió impresiones con Malón. Aquí los defensores no pasan de doscientos. No bastaban para arremeter contra los chilenos en la pampa. Si sólo consiguieran dos compañías de refuerzo, podrían reconquistar Villa. Dos veces ya corrió el enemigo. Malón convino en la necesidad de pasar a la ofensiva. No importa que fabricados por Krupp, esos cañones recalentarán pronto, si siguen disparando con tan rabiosa insistencia. Y a los rifleros enemigos se les tiene que agotar la munición.

De regreso a la cresta, Alcócer callaba que hace dos horas pidió refuerzos y se los negaron. A punto de acabársele los cartuchos, despachó a su ayudante Arana a pedir cápsulas y más tropas a la comandancia del batallón. Quería golpear de flanco a Lynch, saliendo por la playa. Después liquidó a un puñado de rotos que se filtraron hasta La Chira. Dejó baqueanos custodiando las peñas y volvió a la cumbre a la vez que su ayudante. Traía dos mulas abrumadas de cartuchos y ni un soldado de refresco. De parte del coronel Piérola, contráigase a defender su posición a todo trance. No creían conveniente que pusiera a todo el Morro en peligro, atacando en condiciones adversas. Ahora Alcócer decidió insistir. Ignora el hundimiento del

frente de San Juan, el desastre que se acerca a Chorrillos, la dispersión de divisiones nacionales. ¡Señor Arana! El afilado subteniente se obstina en vivir. Cuatro granadas chilenas han estallado cerca suyo sin despedarlo. A ratos la sospecha de la inmortalidad penetra a tiznados combatientes. Regrese usted a la comandancia y diga al coronel que insisto en pedir refuerzos. Por favor, Arana, explique como los hemos corrido. La victoria es nuestra...

El cholo Ramírez arrancó un puñado de choros de las peñas. Diestramente los abrió con la bayoneta. Luego de lavarlos con agua de mar, sorbió moluscos todavía vivos. Enviados a Marcavilca a medianoche, los baqueanos de Chorrillos están en ayunas desde la víspera. Andando, gritaba Víbora. Aunque retrocede la marea, las rocas de Punta Chira soportan un encrespado oleaje. Ramírez, que en verano se gana la vida bañando a las señoras llegadas de Lima, es experto mariscador y también veterano del chinchorro. Los fillos del Morro son los confines de su hogar desde que tiene memoria. Cuando por fin Alcócer se acordó de los chorrillanos, enviándolos a emboscarse en los farallones, Ramírez se quitó los botines militares con un gruñido de satisfacción. Con la manta a la cintura y el rifle a la espalda, ya descalzo se afianzó por el puntiagudo borde de La Chira. En pos de Víbora, seguido por el menor de los Espichán y por Vicente Caycho, a quien llamaban *El Lento*, el pescador de treinta años señaló el rincón de Las Leonas para emboscarse. Al pie del océano, sobre peñas donde arañas de mar se asolean ignorantes de la batalla, a la vista de quietos tramboyos, mientras grandes olas blancas se trizan y salpican a los caminantes, Ramírez se sintió de nuevo libre, a salvo de la guerra. Sin embargo recordó a su mujer en Chorrillos, y a sus tres hijos pequeños que hubiese preferido enviar a casa de parientes en Huacho. De allá provenían los Ramírez. Hace doscientos años que son pescadores. Jamás han intervenido en negocios públicos o decidido la orientación política del Perú. Nada más sufrían las consecuencias del gobierno de otros hombres. Ramírez solía pensar a semejanza de personajes a quienes trata durante los veranos del balneario. Porque rara vez pierde el equilibrio, porque se le conoce como persona respetuosa y responsable, el cholo Ramírez bañaba a las señoras más importantes de Chorrillos. Llegaban no sólo vestidas hasta las muñecas y el cuello, sino además protegidas por rígidas capas de caucho, a modo de cucuruchos

acampanados, para que al salir del mar y pegárseles la ropa húmeda al cuerpo, los mirones no pudiesen adivinar el contorno de sus cuerpos. En viejos veranos, Ramírez conoció a presidentes, ministros, potentados y diplomáticos. Manuel Pardo, que en 1875 presidió un baile inolvidable en el malecón cubierto de alfombras y flores, fue su amigo. Este raso de acolchados movimientos conoce al General Prado, a Riva Agüero, al coronel Canevaro. Aunque prefiere guardar silencio si hablan de política, Ramírez se siente vagamente civilista y se pregunta cómo personajes tan seguros de sí mismos, ricos y expertos en el simple negocio de vivir en paz, pudieron cometer tantas equivocaciones.

Una hora atrás, el mar estuvo cerca de engullir al cabo Ninahuanca. Con ropas deshechas, entorpecido por el pesado rifle que conserva a la espalda, el huancaíno se detuvo a descansar. Tanteaba el camino hacia La Chira. Debía descifrar casi imperceptibles senderos sobre la roca lavada por infinitas mareas. Dos o tres veces tuvo que desandar abismos que concluían abruptamente y agazaparse cuando se aproximaban lanchas a vapor enemigas que ametrallan los farallones. A mitad de camino le pareció oír voces chilenas. Cincuenta rifleros del batallón *Melipilla* bordeaban la punta. El cabo decidió emboscarlos. Retrocedió hundiéndose en las rocas como en una trinchera. Entonces el oleaje lo arastró. Agua que nunca creyó tan salada penetró por su nariz y raspó sus ojos. Se aferró a los filos hasta ensangrentar sus manos. Estaba cubierto de magulladuras cuando salió de la trampa. Ya los chilenos habían pasado. Un rato después volvieron sólo diez enemigos. Al menos dos iban heridos. Comprendió que los habían rechazado, que estaba cerca de alcanzar sus propias líneas. Otra vez tanteó el camino más ancho para sus pies de lastimadas ojotas. Daban las nueve. Despacio mostró las manos desarmadas. Víbora le apuntaba al pecho.

A retaguardia se oyeron tiros.

—Caycho, averigua que ocurre —dijo Ramírez acercándose al huancaíno—. Es de los nuestros.

—Columna *Junín* —aclaró su garganta, el cabo.

—¿No viste a los chilenos? —desconfió Víbora.

Atrás arreció el tiroteo. ¡Malditos traidores! —apretó las muelas el señor Alcócer. Por el frente volvían a atacar los regimientos enemigos. Arana tardaba en regresar. Paralela a su retaguardia, apareció entonces una compañía de nacionales. No pertenecía al *Guardia Peruana* pero el mayor

estaba dispuesto a cargar a la cabeza de cualquier batallón. ¡Llegan refuerzos! La noticia vigorizó a los defensores. ¡Vienen a ayudarnos! ¡Viva el Perú! Mientras salía a su encuentro, Alcócer reconoció el gallardete del *Ayacucho* N° 5. Ignorando que al fin una granada chilena despanzurró al subteniente Arana y que el batallón de ayacuchanos ha rehusado combatir, Alcócer salió a recibirlos. A doscientos metros, los peruanos hincaron rodillas y dispararon sus rifles. El tercer jefe del *Guardia Peruana* sintió que le ventilaban el rostro. Una espantosa indignación lo deformó. Empuñando la espada, se aventó contra los desertores. Huyeron en estampida antes de que pudiera rebanarlos.

EN SU CABALLO BLANCO, Nicolás de Piérola contempla el desastre desde el Morro Solar. Personalmente había dibujado destruídos parapetos, dispuesto un plan de batalla que nunca se cumplió. Su imaginario planeta se desintegra hundiéndose en la desgracia a la república que preside. Los chilenos pelean a su manera, en columnas de asalto y no en vastas líneas de tiradores, como hubiese convenido a las órdenes del Dictador. Casi todos los ochenta cañones nacionales que entraron a combate, habían caído en poder del enemigo a las nueve de la mañana. La dispersión de cuatro batallones reducía los efectivos de Iglesias a tres mil combatientes. Prodigiosamente se sostiene Marcavilca y el sur del Morro frente a las huacas de Armatambo, pero el enemigo controla la hacienda San Juan en toda su amplitud. Nada remedia la parálisis del coronel Echenique en la hacienda Vásquez. El Jefe Supremo ni siquiera se interesa en mirar por el telescopio. Permanecía inalterable en su elevada atalaya, contemplando colinas humeantes, macizas columnas de rifleros enemigos abriéndose paso por chacras y cañaverales a su izquierda, absorto en sabe Dios que sombríos pensamientos, distante, como distraído. En derredor suyo lo miran mirar el desastre sus altos ayudantes, más bien triste Buendía, contrariado Montero, con anciana resignación el coronel Leiva, pálido el secretario García y García. Hace media hora que nadie pronuncia una palabra.

Sin los batallones *Huánuco* y *Paucarpata*, el Segundo Cuerpo del Ejército había retrocedido a la Escuela de Cla-

ses de Chorrillos. Pero la carretera que llega desde Miraflores por Barranco seguía despejada, igual que la vía férrea. Después de ordenar que reagruparan a los dispersos en el pueblo y que los heridos siguieran viaje a la segunda línea en retaguadía, Vargas Machuca picó espuelas en demanda de Su Excelencia. Silva no había regresado de San Juan. El viejo jefe del Ejército del Norte debía organizar un vasto contraataque. El segundo Cuerpo se encuentra a sus órdenes, pero el coronel Belisario Suárez anda amotinado. Hoy no quiere combatir. Vargas Machuca prefería que el Dictador pronunciara las órdenes. Lo encontró en su silenciosa atalaya.

Piérola se animó. Tocó con sus espuelas al caballo, saliendo a saludar al jefe militar.

—¿Qué hay, General?

—Señor, la línea de Santa Teresa está flanqueada. Nos toman por atrás y tenemos que reconcentrarnos sobre Chorrillos.

También al coronel Valle Riestra lo impresionó la ajada faz del Jefe Supremo. Bajo el reluciente casco prusiano, sólo sus ojos viven desorbitadamente. El resto de Piérola se agrisaba desde adentro. Labios de papel, piel hecha de atribulada ceniza, acaso el gobernante sabe que ya tres mil peruanos cayeron al comenzar su disparatada batalla. Seguía reduciéndose el ámbito de su poder. Ya nadie grita viva Piérola, ni grupos de soldados lo saludan desde las trincheras. Sin embargo es el Jefe Supremo, protector de los indígenas, joven patriarca con facultades omnímodas. Detrás de los infortunados campos de San Juan, la Dictadura cumple un año y veinte días aferrada al gobierno de la república en derrota. Todos los resortes públicos y militares están en manos de probados pierolistas. Varios pequeños ejércitos sostienen a Piérola en la presidencia. As-tete manda en el Callao, Villavicencio en el cerro San Cristóbal, el primo Echenique en Vásquez y sobre toda la Reserva, el amigo coronel Dávila ahora en La Calera, Panizo en las baterías chorrillanas, Iglesias en el Morro. Nadie podrá arrebatarse la propiedad de esta fecha y la derrota, la peor que hayan sufrido las armas del Perú.

—¿Qué es de Suárez? —preguntó.

—Se ha retirado a la Escuela de Clases... —Vargas Machuca humedeció sus labios y añadió— ...con todas sus fuerzas.

—Pues haga que ataque de inmediato.

Vargas Machuca llevó la diestra al quepís. En silencio volvió su caballo, hundiéndole espuelas hacia la cuesta y el pueblo.

En la pampita que se extiende entre el cementerio y los cerros de Santa Teresa, el coronel Iglesias desmontó a conferenciar con el joven Billinghamurst. Frente a Armatambo, los chilenos reorganizaban su ofensiva. Como en Marcavilca, ya los habían puesto en fuga. Ahora el comodoro Lynch ponía por delante a más frescas tropas del segundo batallón del *Atacama* y al regimiento *Talca* y, reforzado por el *Artillería de Marina*, por segunda vez intentaba tomar el Morro.

—¿Cree usted que debemos atacar? —decía Billinghamurst. Del otro lado de los cerros y en lo alto del Morro golpeaba el encarnizado combate. Es como si el jefe del Estado Mayor del Norte no pudiese recordar otra vida que esta peligrosa existencia perseguida a balazos. Iglesias no pareció escucharlo. Observaba llegar al ayudante capitán Chávez sobre un esbelto caballo inglés. Traía cara de malas noticias.

—Con su permiso, mi coronel —el oficial se dirigió a Iglesias y no a su inmediato superior—. ¡Qué desgracia, mi coronel!... —buscaba palabras, un apropiado tono de voz para decirlo. Se le escapó en un chorro—. ¡Ha muerto el hijo de usted, mi coronel, qué desgracia!

Alejandro Iglesias yace con el cráneo abierto sobre una loma. Los cajarmarquinos ni siquiera pudieron rescatar su cadáver.

¿Por qué el hijo en vez del padre? ¿Hoy y no mañana? Si al menos quedara tiempo para despedirse, si el error pudiera ser rectificado. Quiso andar y no dio más que tres pasos. Sólo Billinghamurst se le acercó. Iglesias palidecía tocado por un dolor inaguantable. Resonantes voces negras ahuecaban su pecho. ¡A la mierda la guerra! Toda su sangre se le hundió por el vientre. Pareció que la pena acabaría por fulminarlo. Entonces brillaron sus ojos y dos, sólo dos lágrimas se condensaron sobre su mirada hasta rebalsarla y correr por agrietadas mejillas.

—Don Guillermo... —dijo roncamente, intentando controlarse— ...don Guillermo, ésto está perdido.

Billinghamurst sacudió la cabeza.

—¡Ya qué importa, mi coronel! ¡por Dios, ya qué importa!...

Iglesias lo miraba desde la profundidad de su abatida calavera. Billingham cerró puños rabiosamente.

—...No podemos retroceder, señor. Nos creerían cobardes. Tenemos que defender Chorrillos cueste lo que cueste.

Volvían los fragmentos a ocupar su sitio, el ojo al ojo, la idea al cráneo, el llanto al pecho. De nuevo seca su mirada, Iglesias se irguió. Como si se mascara a sí mismo, contrajo las mandíbulas. Aclaró la voz antes de tronar señores, al ataque, viva el Perú.

NICOLASA HUACACOLQUI BUSCÓ a sus paisanos por la calle del Tren atestada de heridos. Otras rabonas disputan con sargentos y oficiales para llevarse a sus hombres de Chorrillos. Ante el elegante Hotel Pedro, en el bien provisto almacén *La perla del Pacífico*, en las puertas de la botica Remy, también en la bodega *El arca de Noé* o en *El cañón* del piemontés Bernardini, se detienen baleados a pedir unos sorbos de agua, trapos para contener implacables hemorragias. El sol recalentaba las callejuelas del balneario. A la sombra de los ficus cuyo follaje se enreda sobre la Plaza de la Matriz, también en el atrio de la vieja iglesia se acuestan a morir desangrados exhaustos combatientes. Un rápido olor a cadáver se esparce por debajo de la pestilencia de explosivos. Ni siquiera en los días de la peste amarilla se respiró este vaho a muertos en Chorrillos. Para la Huacacolqui es un país nuevo, casi extranjero. Nunca antes había pisado el pueblo. Mansiones vacías, adornadas con estatuas de mármol italiano, caofrieron a la rabona cusqueña. Cierta espíritu de mauseoleo se levanta con vizcosa dignidad en clausurados rancos veranegos. Cuidándose de no pisotear charcos humanos, se acercó al Morro y volvió a la estación en vano pidiendo noticias a las dispersas tropas que no saben, que miran sin contestar. ¿Taita Cáceres? ¿has visto a Taita Cáceres? Muchos ni siquiera conocen el nombre del jefe del Cuarto Cuerpo del Ejército. Al fin un raso dio señales de haber comprendido. Sí, Taita Cáceres, todo se perdió, también al coronel Ayarza lo mataron.

Mientras el italiano Capurro daba de beber al teniente Aservi en la bodega *La bolsa mercantil*, el raso Coliantes

deambuló en busca de refugio. Rostros vagamente conocidos, sobrevivientes del batallón *Canta* llegados a Chorrillos antes que diezmados rifleros del hermano batallón *Lima*, se tumban a descansar en veredas hechas con tablas de madera que absorbían esponjosamente el constante gotear de la sangre peruana. Esquivando a chilenos desparramados en la hacienda San Juan, por aquí llegan grupos de oficiales, menesterosas tropas a las que nadie conduce como refuerzos al Morro. Sólo en esa dirección palpita el estruendo de rifles y cañones. Después de abrevarse y componer vendajes, arrastrando a los heridos en improvisadas parihuelas, en desalentada formación los peruanos continuaban hacia Miraflores por la carretera que atraviesa Barranco. Una vez que hubo humedecido la costra de sed que recubría su garganta, Collantes contempló el palacio donde el General Pezet murió a fines de marzo de 1879. Terrazas, fuentes de mármol, helechos, glorietas, estatuas florentinas, trepadoras anuncian una mansión en deliciosa paz, a salvo de pálidos testigos de la ruina nacional. Fatigadamente el raso vagó hasta el Hotel Pedro. Consternados paisanos atienden allí a una docena de heridos. Descubrió al sargento Jaija, sentado en una mecedora de mimbre, con el rifle entre las rodillas, contemplando la polvorienta subida del Morro detrás de la Iglesia Matriz. Le habían rasgado el pantalón para componer un tajo. Por sus lívidos labios brotó un sonido de bienvenida. ¿Y ahora, mi sargento? Jaija se encogió de hombros.

El General Vargas Machuca ordenó que avanzara y no avanzó el Segundo Cuerpo del Ejército. Los batallones *Jauja* N° 23, *Ancash* N° 25, *Concepción* N° 27 y el nuevo *Zepita* N° 29 permanecían acuartelados en la Escuela de Clases. Después de reunir y arengar a doscientos dispersos en la calle del Tren, el coronel Valle Riestra decidió averiguar por qué demora la Reserva en ocupar el vacío dejado por la tercera división de Arguedas. Encontró a la tropa formada por compañías y a los coroneles Suárez y Recabarren discutiendo violentamente. El viejo subjefe del Estado Mayor del norte impidió que se embistieran con sus espadas.

—¡No tengo más remedio que acusar al coronel Suárez de corbardía ante el enemigo! —al explosivo héroe de Pisagua se le hinchaban las venas del cuello.

—¡Cállese usted! ¿No se da cuenta que la batalla está perdida?

—Su Excelencia en persona ordena que ataque —habló Valle Riestra—. Lo he escuchado pronunciar la orden.

—¡Debemos retirarnos a Miraflores! ¡Chorrillos se perdió! ¡No hay cañones, ni siquiera munición!

—¿Ignora usted la orden suprema?

—¡Al cuerno la orden suprema!

—¡Señor Recabarren, no podemos perder tiempo discutiendo con el coronel Suárez!

—Iré con usted —resolvió Recabarren.

Salieron a la explanada. Disparos aislados sacudían el balneario. Sólo parecía combatirse en Santa Teresa y el Morro. Repuestas de la fatiga del asalto a San Juan, las tropas de Baquedano atacaron en ese instante. Cincuenta cañones de campaña arrasaron los cerros.

—Tome usted un batallón y sígame —dijo Valle Riestra. Recabarren eligió al *Zepita*.

—¡Mayor Fonseca, a combate!

—¡Obedezca, mayor!

—¡Con todo gusto, mi coronel! —el oscuro Fonseca, sólo sargento mayor y sin embargo encargado de un batallón, prefería atacar a seguir inactivo a la vista de la guerra—. ¡Paso ligero al trote!

—Paso al trote, paso al trote —corearon los cabos.

Una vez que cayeron en su poder las cinco colinas de Pamplona, el General Baquedano lanzó su caballería a la carga. Al regimiento *Granaderos* lo trizaron entre Tebes y La Calera. Por el camino de Las Lomas, los *Carabineros* tantearon Monterrico Chico. Atacados por la Columna de Honor y doscientos guardias civiles, volvieron grupas. Después la caballería chilena se reunió en el Cascajal, a cubrir al grueso de su ejército que se reordenaba en San Juan. El coronel Lagos quería forzar hoy mismo la entrada a Lima. Baquedano prefirió liquidar Chorrillos. Nueve regimientos y dos batallones de infantería, dos escuadrones de caballería, cincuenta cañones de campaña y nueve ametralladoras participaron del segundo ataque.

Después de aplicarse compresas mojadas en aguardiente, el sargento Jaija caminaba rengueando hacia Barranco, a medias sostenido por el soldado Collantes. Escupió cuando los primeros chilenos del regimiento *Esmeralda* asomaron por la calle del Tren. En la puerta de su negocio, Luca Chiappe quedó paralizado al ver llegar tranquilamente al enemigo. Cerca del palacete de Pezet, Co-



En el campo de batalla de San Juan, oficiales chilenos a caballo contemplan los cadáveres de peruanos caídos en la madrugada del 13 de enero de 1881.



El obús del Morro Solar aparece clavado por sus artilleros al final de la batalla.



El malecón y la pérgola de Chorrillos después del incendio y el saqueo.



La calle Santa Teresa, en Chorrillos, destruida por el ejército chileno.



La Plaza de la Matriz y el barrio Alto Perú, muestran la huella del bárbaro saqueo.



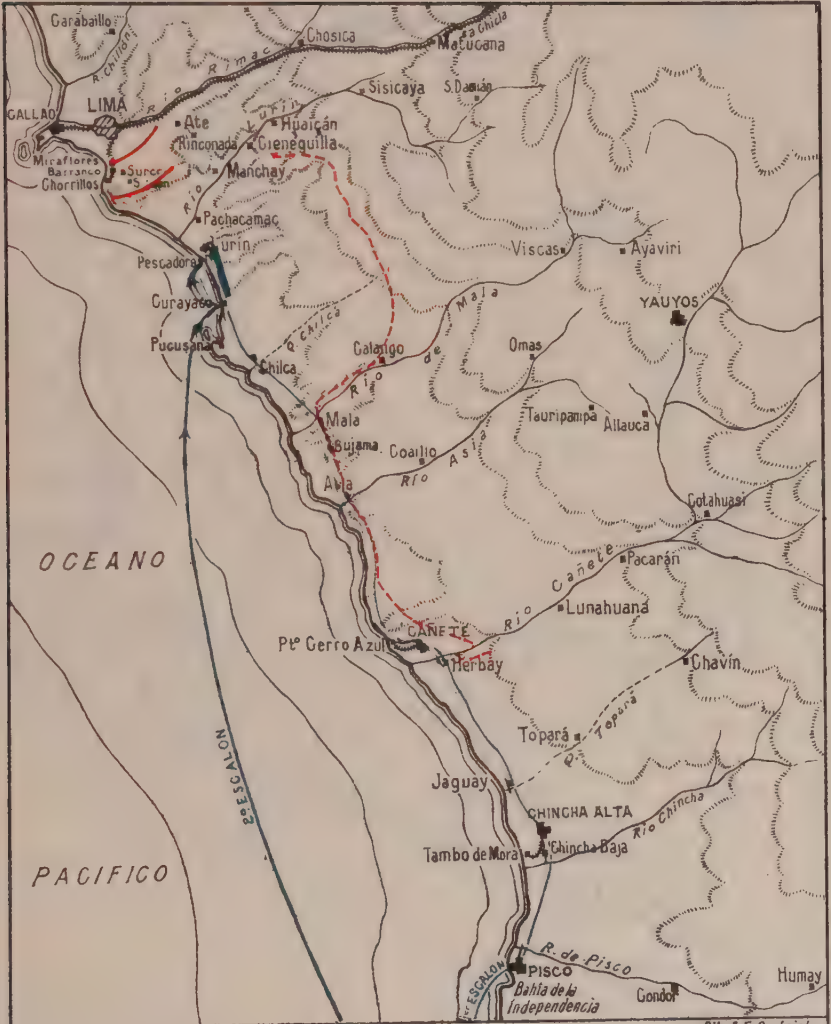
Huérfanos de la guerra, los hijos del coronel Narciso de la Colina aparecen fotografiados por Courret en 1882.



Con uniforme de coronel a los 44 años de edad, el Taita Cáceres ya era el más famoso soldado del Perú.



La heroína Antonia Moreno de Cáceres, con sus hijas de (izq. a derecha) Rosita, Hortensia y Zoila Aurora.



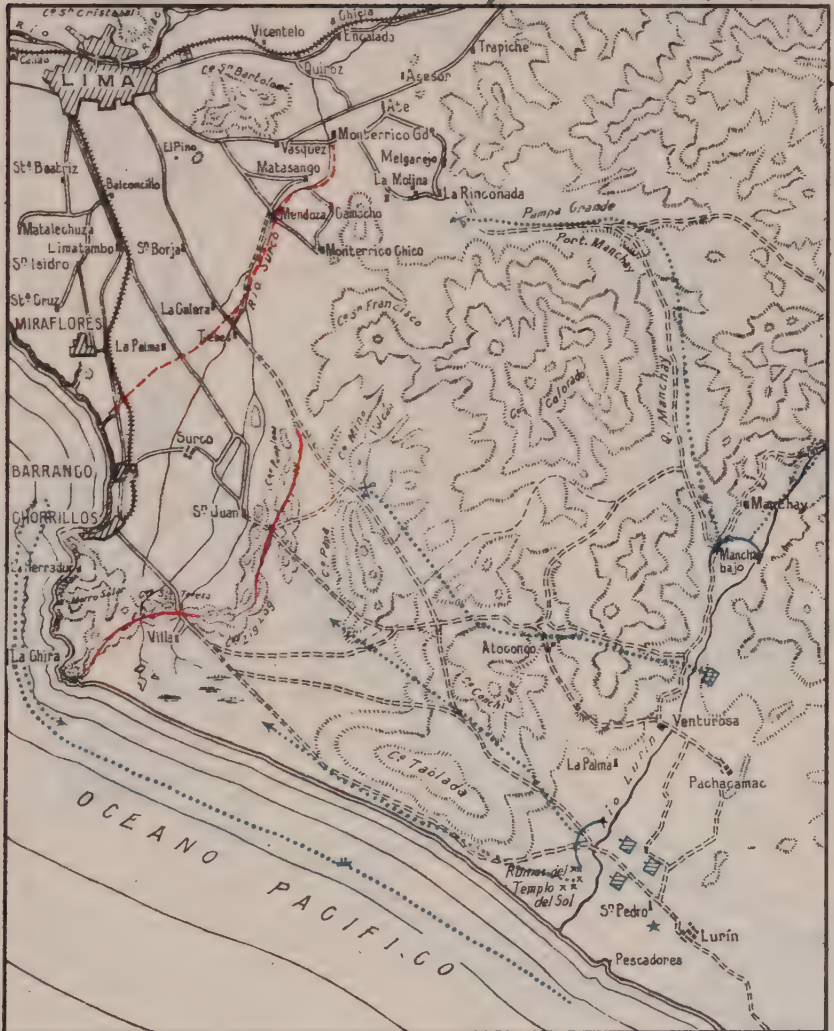
Dib. A.E. Carbajal

TEATRO DE OPERACIONES DE LIMA

- 1881 -

--- Itinerario del Regimiento "Bazadores del Rímac"

ESCALA APROXIMADA 1:1.500.000



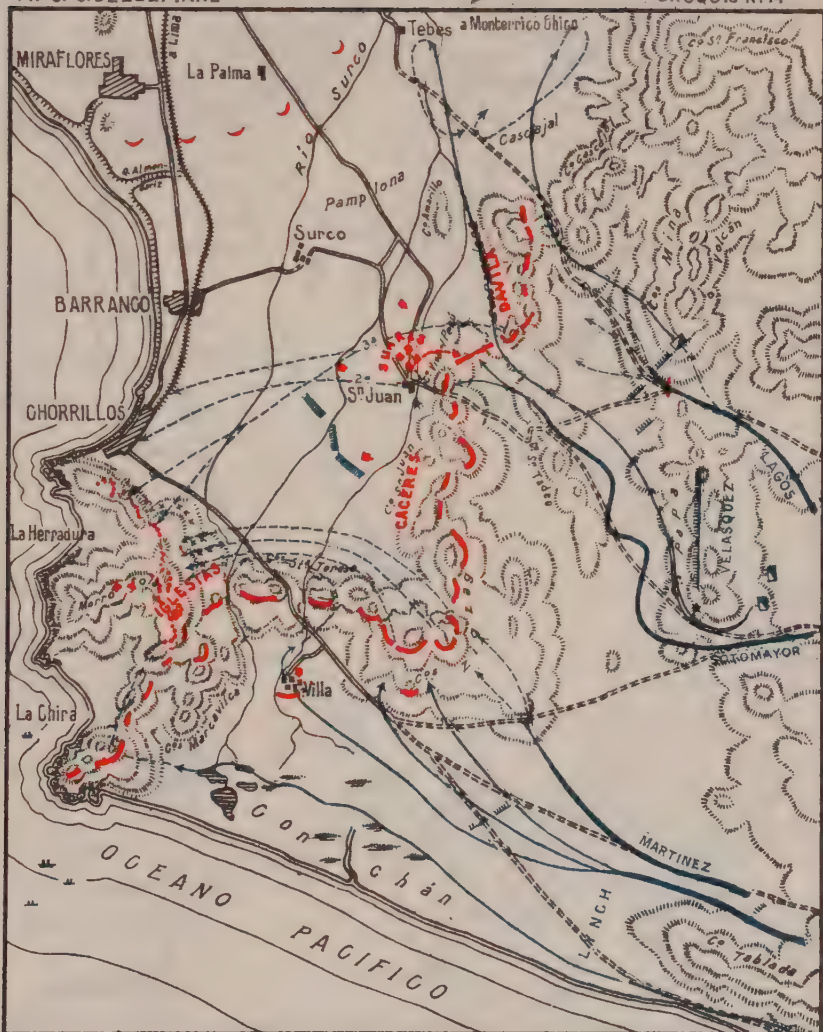
Dib. A. E. Garbajal

SAN JUAN Y MIRAFLORES

— PRELIMINARES —

- Línea de San Juan
- - - " de Miraflores
- Eje de los reconocimientos

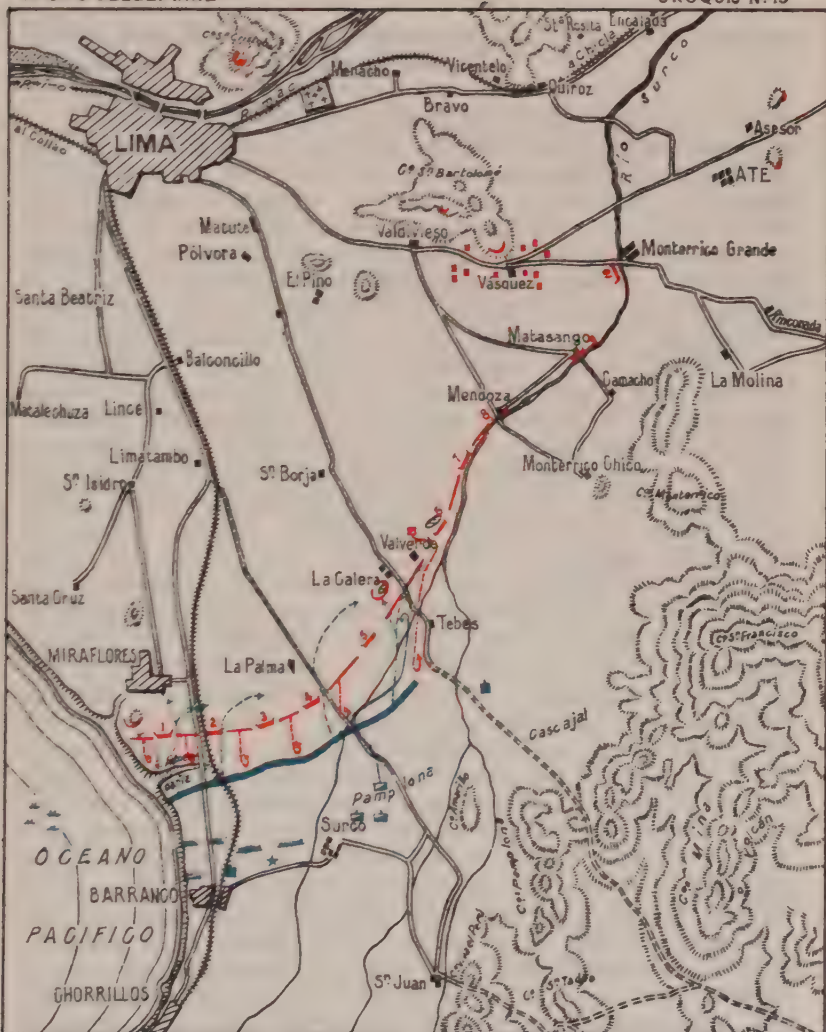
ESCALA APROXIMADA 1:200.000



BATALLA DE SAN JUAN
— 1881 —




- — Reductos de Miraflores
- Segunda posición de Iglesias

ESCALA APROXIMADA 1:100.000



BATALLA DE MIRAFLORES

— 1881 —

-  Línea de reductos
-  Baterías de la defensa
-  Ensanchamiento y profundización de las brechas

ESCALA APROXIMADA 1:100.000

llantes permitió que el sargento se apoyara contra una pared, alzó su rifle y rompió fuegos.

Empezaba otra batalla.

Trajeado de bombero, Chiappe se zambulló en el interior de su bodega. Tras él se arrastraron heridos peruanos. ¡No salgas, mujer! ¡adentro todo el mundo! En precipitados rebaños se cobija la gente en pulperías y bodegas olorosas a vinos de Surco y aguardientes de Villa y San Juan. Además Chiappe componía perfumados licores, un conocido Perfecto Amor, explosivos anisados. El súbito tiroteo también sacudió la finca donde el caballero Leonardo de Montescrese atendía a su esposa recién parida, sin otro auxilio que el de la comadrona Juana Caycho. Se atrevió a mirar por una celosía. ¡Chilenos a cien metros! Inseguro del respeto que pudiera infundir a los atacantes el pabellón de Italia izado sobre su casa, regresó a la alcoba donde Viviana de Montescrese amamantaba a la criatura. Juana Caycho se disponía a partir. Debe proteger a su propia familia. El italiano asintió gravemente. Venganse a casa, ofreció. Al menos él era neutral súbdito del rey Umberto. Al otro extremo de la población, en la placentera quebrada que había convertido en jardín incomparable, don Ulderico Tenderini pasó revista por última vez a los matafuegos a sus órdenes. La bomba Garibaldi se había establecido en su mansión veraniega desde el 14 de diciembre. Salvo aquellos que abrieron sus negocios para aliviar a numerosos heridos de San Juan, nadie faltaba. Tenderini oyó combatir cerca del ferrocarril. Balas sin rumbo atravesaban la población. Frente a Chorrillos, parte de la escuadra chilena observa la batalla. Los carros alzaban vapor. Viva Italia, viva el rey, viva Garibaldi. Tenderini ordenó desplazarse hacia la calle del Tren.

Por esa calzada torció la primera guerrilla del regimiento *Esmeralda*. En la Plaza de la Matriz, el teniente Aservi inspeccionaba a recién reunidos dispersos. Detrás suyo se desplomaron las vidrieras de *La perla del Pacífico*. A plomo limpio los chilenos avanzaban en demanda del Alto Perú. El joven oficial se caía de cansancio. La tensa espera, el huracán del combate, tres cargas a la bayoneta, la retirada al fin protegida por los jinetes de la Quinta Brigada extenuaban su cuerpo de veintitrés años. Sin titubear condujo a los suyos a la tiroteada bocacalle. Sus rifles contuvieron unos minutos a las tropas del *Esmeralda*.

Más allá de la estación sonaron las cornetas de ataque

del nuevo batallón *Zepita*. Cerca de la Escuela de Clases esperaban los doscientos dispersos reunidos por Valle Riestra. En columnas por compañías, la fuerza de peruanos entró por sorpresa a la calle del Tren, cargando contra el flanco y retaguardia de confiados *esmeraldinos*. Por esta avenida a la que ha llegado infinitas veces de pulcro atuendo civil, a beber una inmediata cremolada en la confitería de Broggi para después instalarse en un rancho próximo a la Plaza de la Matriz, bajo los mismos ficus y boliches cabalga el viejo Valle Riestra. Con veterana confianza en el poder de sus armas, el arequipeño Recabarren capitaneaba el contraataque en primera línea. El valeroso pecho que no se rindió en Pisagua, arremete de frente al enemigo. ¡Fonseca, al ferrocarril! ¡Primera compañía, atención... armen bien la bayoneta, viva el Perú carajo! La despavorida avanzada chilena corrió en busca de callejones laterales para volver a San Juan. Por la vía férrea se dispersaba el resto del regimiento. Fonseca se lanzó en su persecución.

—¡Suba usted al Morro, mi coronel... allí nos veremos! —se volvió Recabarren al final de su victoriosa carga. Una semana atrás este batallón no se llamaba *Zepita*. A petición de Recabarren, revivieron el nombre del antiguo batallón de Cáceres para bautizarlo. Aceptó la rápida felicitación de Valle Riestra. Seguirá atacando por San Juan a la espera de que Vargas Machuca se haga obedecer y consiga refuerzos. Así aliviará además la presión de los chilenos contra el Morro. Si forzado a retirarse, ofreció hacerlo cuesta arriba.

—Buena suerte, señor Recabarren.

Por callejones tenazmente perfumados a caña dulce y hortaliza, Fonseca persiguió al *Esmeralda* hasta que a sus propios hombres les faltó el aliento. Entonces cayó en cuenta que la artillería enemiga estaba emplazada a su izquierda, a trescientos metros de la Escuela de Clases. Sin proponérselo, la súbita carga del *Zepita* había aislado cincuenta cañones Krupp del resto de su ejército. ¡Soldados, se nos presenta la oportunidad de ganar no sólo una batalla sino también la guerra! ¡todo esfuerzo que os demande es poco comparado a lo que la Patria espera de nosotros! ¡Hay que tomar esos cañones o morir! ¡Viva el Perú! La tropa contestó con un salvaje aullido de entusiasmo. Desconocido héroe de moreno rostro, Fonseca ni siquiera tiene un caballo. Al frente de sus infantes avanzó entre po-

treros comarcados por tapias de barro seco. A una cuadra de distancia, los chilenos se descubrieron perdidos. Separados de su infantería, los artilleros empuñaban livianas carabinas wíchester. ¡Ataque, viva el Perú! Galvanizado por las cornetas, el mayor saltó la última tapia. Trescientos rifleros lo siguieron.

Antes de que Recabarren y el resto del *Zepita* pudieran sumarse al asalto contra la artillería chilena, por San Juan aparecieron urgentes refuerzos conducidos por el propio Baquedano. Al reagrupado *Esmeralda*, se sumaban ahora los expertos cuchillos del *Buin* y la veterana brigada de Orozimbo Barbosa. La vociferante carga de siete mil enemigos desbordó a las dos compañías a órdenes de Recabarren. Tuvo que retroceder.

Fonseca seguía avanzando. A cuarenta metros de esos altivos Krupp de 87 y 75 milímetros, los peruanos soportaron cañonazos de metralla a ras del suelo. El mayor los daba por capturados. Si al menos aparecieran los batallones que dejó en la Escuela de Clases, podría flanquear con calma al enemigo y despedazar a sus artilleros a la bayoneta. Han de estar reuniendo a todas las fuerzas disponibles en la segunda línea de Miraflores. Sin cañones, el invasor no podrá librar una segunda batalla. Contagiados por su jefe, los cholos esquivaban metrallazos cubreando entre sembríos, cerca ya de la victoria.

—¡Chilenos, mi mayor!

Detrás del *Zepita* irrumpía el 3º de Línea.

Aunque herido en un muslo, el coronel Borgoño se colocó al frente de los *Libres de Trujillo*. El señor Iglesias ordena atacar y atacaban cuesta abajo, desafiando la ríflería de nueve mil enemigos afianzados en antiguas trincheras nacionales. Con estoques centelleantes se irguieron los trujillanos. Ignora Borgoño por qué se ha suspendido el cañoneo que desde atrás de Chorrillos pulverizaba sus posiciones. Ahora sólo alcanzados por livianas piezas de montaña asentadas en el cerro Viva el Perú, los peruanos contemplaron brevemente el polvoriento horizonte en el que fulguran disparos enemigos. No oírás llegar el balazo que te mate, se animaba a sí mismo el sargento Girón. ¡Armen bien la bayoneta! ¡Paso al trote! Unos metros delante suyo desapareció la cabeza del espigado subteniente Federico Ugarte. Nada importa. Como si el empinado territorio azuzara su valor, volaba Girón al encuentro del adversario. Ha de vérselos contraídos por una injuriada fe-

rocidad, resueltos a nunca parar. Han de haberse multiplicado por muchos cada uno mientras descienden a mojar sus aceros en sangre de chilenos. Hace un rato victoriosos, los regimientos de Baquedano titubearon. Su línea se quebró antes de que los trujillanos la alcanzaran. ¡Alto, alto! —gritó Borgoño rengueando en pos de los más rápidos. Basta, no sigan adelante. Despidieron a los chilenos con una descarga que ensangrentó sus espaldas. El batallón ocupaba sus antiguos parapetos. También el *Tarma* y el *Cajamarca* habían reconquistado posiciones en Santa Teresa.

—¡Malditos! —se oyó al sargento Girón. Bramaba como una fiera—. ¡Malditos hijos de puta! ¡repararon a los heridos!

Borgoño se abrió paso entre sombríos peruanos. El duro sargento estaba de rodillas ante el acuchillado capitán Rubio. Lo habían degollado a tajos de corvo. En esa parte de la trinchera dejaron a sus heridos antes de replegarse. No quedaba uno con vida. El coronel calló frente a pobres héroes sin nombre, ahogados en su propia sangre. Ni el jefe, ni la tropa que se acercó a escuchar la rabiosa lamentación del sargento, lo vieron empuñar el rifle y saltar el parapeto.

—¡Mi coronel, el sargento!

Un furibundo solitario grito de muera Chile heló a los testigos. Con su única bayoneta, Girón embestía al ejército chileno. ¡Asesinos, hijos de puta, traten de matarme a mí grandísimos cabrones! Estuvo cerca de arrastrar a todo el batallón en esa carga suicida. ¡Cobardes, malditos, asesinaron a mi capitán! Borgoño entrecerró los ojos, colmado de insoportable odio al enemigo. Se volvió loco, mi coronel. Borgoño no respondió. Aullando salvajemente, el sargento atravesó la primera línea de chilenos y después otra y otra más. Aún corría asestando bayonetazos cuando desapareció detrás de las colinas.

CON SUS BATALLONES EN CUADRO, el coronel José Canavaro alcanzó el pueblo de Surco a las diez de la mañana. No se sorprendió de encontrar allí al coronel Andrés A. Cáceres. En silencio se dieron la mano. Uno traía a su división deshecha por el combate y la retirada por San Juan. Al otro lo acompañaban trescientos dispersos infantes que

había reunido espada en mano cerca del campo de batalla. Los destrozos causados en Surco por la caballería chilena desalentaron al opulento Canevaro. Se había sostenido en dos de las cinco colinas hasta quedar acorralado por la división Lagos. Tuvo que salir combatiendo. Perdió a sus principales lugartenientes. Echaba de menos al coronel José Díaz, su consejero e instructor, que lo había acompañado durante la campaña del sur. Sólo cuando hubo desmontado, como quien llega al final de un viaje preguntó qué cuernos ha sucedido, mi coronel. También Cáceres buscaba una respuesta. Detrás de un fortín con seis cañones volcados por los chilenos, se amontonan cadáveres. Desfondadas barricadas de puro de uva delatan que el enemigo empinó el codo durante su turbulenta visita al pueblo. Los jefes se protegieron del sol a la sombra de un ficus. Bancos de elegante mármol contrastaban con la pobreza de la plaza. Sólo se oía combatir en dirección del Morro y en los alrededores de Chorrillos.

—Volverán pronto —Cáceres ofreció su cantimplora al recién llegado. Señaló una larga avenida bordeada de frutales—. Iré a Barranco. —Puedo esperar diez minutos para acompañarlos. ¿Y Dávila?

—Se retiró a La Calera —sólo después de beber media cantimplora, Canevaro pudo articular sonido—. La verdad, coronel, me dejaron solo... —otra vez bebió— ...no creí que hubiera tantos chilenos sobre la tierra.

—¡Se acercan jinetes, mi coronel! —avisó el teniente Retes. Los peruanos corrían a parapetarse en tapias y acequias.

La Quinta Brigada llegó a tiempo de proteger la retirada de tres compañías del *Canta*. Ya los restos del batallón *Lima* habían desfilado hacia Chorrillos. La sola aparición de doscientos montados, dispersó a los enemigos que acosaban a los canteños por retaguardia. Al mando de esa tropa bautizada sangrientamente, el coronel Morales Bermúdez reconoció a un antiguo sargento de los Cabitos, que había servido a sus órdenes en la campaña de Tarapacá y en la batalla de Tacna. Braulio Suárez vestía uniforme de teniente. Ascendido a oficial en diciembre, todavía ganó otra galón cuando en enero lo destinaron a las bisoñas filas del *Canta*. Rescataron a la infantería en ancas de los caballos morochucos. Como Cáceres, el jefe de la Quinta Brigada eligió la ruta de Surco para abandonar San Juan.

—¡No disparen! —Cáceres reconoció a tiempo el estandarte.

—Mi coronel, rápido a Barranco —fue el saludo de Morales Bermúdez—. Los chilenos se reconcentran en San Juan. No tarda en venir la división Lagos.

—¿Cómo está Chorrillos?

—Mal... imposible entrar por la hacienda... la única ruta libre es la de Barranco —aquí desmontaban a los infantes del *Canta*. Morales Bermúdez ni siquiera se apeó. Desorientados dispersos deambulan por chacras y potreros. Debía arrearlos hacia Miraflores, recogiendo rifles y cofres de cartuchos antes de que reapareciera el enemigo—. Perdimos casi toda la artillería y las ametralladoras. Han acuchillado a nuestros artilleros.

—¡Señor Carvajal, nos vamos! ¡marcha regular! ¡El *Canta* a retaguardia! —el jefe ayacuchano animó a su amigo de la Quinta Brigada con una sonrisa—. ¡Buena suerte, Remigio!

—Lo mismo le deseo, señor.

Don Adeodato Carvajal y los capitanes Lecca y Bedyo habían paseado el pueblo desierto. Largos numerosos cuchillos carnearon a la pequeña guarnición de Surco. También hay paisanos con las espaldas sajudas, de bruces sobre campos sin salida. Todavía tibios, algunos ya fueron picoteados por ávidos gallinazos. Volvieron con sombría expresión, colmados de asco. La Quinta Brigada partía al trote. Carvajal repitió órdenes. Después informó.

—Todos muertos, mi coronel.

—Lo esperaba... apúrese, señor Falconí, y usted, Adeodato, póngase a retaguardia con veinte tiradores de confianza. Lecca, Castellanos, acompáñenlo. Ya lo saben, al primero que se amotine, le pegan un balazo...

—Sí, mi coronel.

—... iremos a Barranco, don Adeodato, es preciso reorganizar la línea.

El subjefe de su estado mayor asintió. Aún seguidos por una tropa exhausta, no tomará más de veinte minutos llegar a destino. Cáceres se hundió en sí mismo. Nadie hablaba mientras recorren la polvorienta carretera a trechos sombreada por lúcumos y más pequeños pacayes y ciruelos del fraile. Como en el huarangal de San Juan, donde hace treinta años asesinaron a un hacendado, en este camino asaltaban a los viajeros al caer la noche. A una hora de la capital, se desvanece la autoridad del gobierno. La guerra

había concluído de imponer la ley del más fuerte. Más allá de Cañete, el país está en manos de bandoleros cuando no de chilenos. Aunque la batalla no ha terminado, Cáceres sabe que tendrán que seguir peleando en la sierra. A las montañas se debió atraer al enemigo antes del desastre de Tacna. Desde que empezó la contienda, el grueso de nuestro ejército estuvo integrado por quechuas, huancas y aimaras. Su asombrosa resistencia física para soportar marchas forzadas sin agua ni sombra, se multiplicaba al llegar a las sierras. Pronto avistaron las arboledas barranquinas. Sin embargo cumplían veinte meses peleando en los desiertos de la costa. A la izquierda se veía humear el Morro pardo bajo el sol. Escoltado por Retes y Lecca, el jefe ayacuchano se adelantó en busca de noticias.

Lo recibió el doctor Lorente, encargado del telégrafo. Al final de la avenida de sauces, cerca de la quebrada de Tenderini retumbaba otro combate. Media hora atrás pasó por Barranco el General Silva. En los reductos de Miraflores agrupan a los dispersos de San Juan. El Jefe del Estado Mayor General reorganiza nuevas divisiones a retaguardia. Su Excelencia sigue en Chorrillos y el coronel Iglesias resiste en el Morro. Sin embargo se trasladaba el parque del Ejército de Barranco a los reductos. Cáceres pidió víveres para las tropas que se acercan. Lorente ofreció canastones de pan recién horneado. Después se interrumpió la comunicación telegráfica con Chorrillos.

RECABARREN SOSTUVO SU PRECARIA posición, protegiendo la retirada de las compañías al mando del mayor Benito Fonseca. La mitad del *Zepita* quedó tendido en el campo. Sabiendo que los chilenos irán en su persecución, el coronel ordenó replegarse rectamente a Santa Teresa. Quería dejar libre la carretera y la vía férrea de Miraflores. Ni siquiera sonrió cuando el enemigo lo siguió en masa. Desde ahora y durante treinta o cuarenta minutos, la victoria podía ser de los peruanos. Con su último movimiento, Recabarren había colocado a los chilenos de espaldas al norte. Nadie los atacó por retaguardia.

Cerca del panteón, los jefes reunidos en junta contemplaron la llegada del maltrecho *Zepita*.

—Nos van a hacer picadillo pero los metimos en la

ratonera —se alegró el mayor Oscar de la Barrera, del Estado Mayor del Norte.

—Ahora debemos resistir —convino Valle Riestra.

Ni un disparo de fusil hería el incauto trasero de Baquedano. Su ejército nada más embestía de frente, como si sólo por delante tuviera a los peruanos.

Cinco horas y media se cumplían desde que empezó la batalla.

—Mi coronel, traigo al batallón *Zepita* a sus órdenes, mi coronel —llegaba Recabarren.

Iglesias había envejecido muchos años desde el amanecer. Acaso blanqueada por el polvo, su cabeza se veía más gris que la víspera. Recabarren ignora que en la batalla ha muerto el mayor Iglesias. Observó a los jefes presentes. Descolorido por el dolor, Borgoño aguarda instrucciones. Los coroneles Rosa Gil y Mendizábal explican que sus batallones *Cailao* y *Tarma* vuelven a replegarse hacia el Morro. Encima suyo, las baterías nacionales cañonean al enemigo que avanza en pos del *Zepita*.

—Caballeros —se oyó la delgada voz de Iglesias—. Someto nuestra suerte a votación. Opino que el Morro no debe capitular. Sólo puedo pedir combate hasta vencer o morir, pero no sería justo de mi parte imponer tal sacrificio a hombres que esperan mucho más de la vida que yo. . . —pausó, mirándolos uno por uno—. Los escucho, caballeros.

—Señor, me consta que el General Vargas Machuca ordenó atacar al coronel Suárez —habló Valle Riestra—. No debe demorar una ofensiva desde Miraflores y Barranco.

—Es cierto —intervino Recabarren—. Pero Suárez aguarda instrucciones del General Silva para moverse.

—También Su Excelencia dispuso que nos auxilie —se acaloró el jefe del Estado Mayor—. No creo posible tal insubordinación ante el enemigo.

—Nada vamos a conseguir discutiendo, Suárez no está con nosotros —con una pálida mueca se impuso Borgoño—. Pronto nos tendrán rodeados. Y creo que sólo hay dos alternativas, caballeros: atacamos o nos damos por vencidos ahora mismo.

—Tal vez alguien se ilumine a retaguardia. Baquedano ha entrado en la trampa con sus propios pies —repuso Valle Riestra.

—Aguardo sus opiniones. . . —insistió el coronel Iglesias— . . . ¿qué elige usted, señor Mendizábal?

—Atacar, carajo. Para mí, sólo una alternativa... calar bayoneta y de nuevo —se escuchó al anciano coronel Mariano Mendizábal, jefe del *Tarma* N° 7.

—Opino lo mismo —votó Billinghamurst.

—Y yo — se sumó Borgoño.

—Yo también —Rosa Gil recargaba su revólver.

—Atacar —habló Valle Riestra.

—Me quedan dos cañones, cuenten conmigo —dijo el coronel Jesús del Valle.

—¿Qué dice el *Zepita*? —preguntó Recabarren.

—No hemos subido al Morro para rendirnos, mi coronel —replicó Benito Fonseca.

—Hago mía esa respuesta —sacó pecho Recabarren. Tomará para sí la batalla en este escarpado sector. A ratos se movía a acechar el horizonte entre Chorrillos y Barranco. Nadie se acerca.

Los jefes del Morro se despidieron con un apretón de manos.

Al mando del batallón *Callao* mientras dura la junta de jefes, el teniente coronel Ochoa soportaba el adverso torbellino de la fusilería enemiga. Copaban metódicamente a los chalacos. Todo el ejército de Baquedano ataca el Morro. También se aproxima su artillería de campaña a silenciar definitivamente las baterías nacionales. Después del primer victorioso contraataque peruano, Ochoa pudo acercarse al cadáver de su hermano. Dos años mayor que el celebrado tipógrafo, contempló su ensangrentada piltrafa entre otros cuerpos rotos a balazos en los que, vencidas las trincheras, también se cebaron las bayonetas chilenas. Acuchillaban a los heridos y a los muertos, a todo quien no fuese de los suyos. Ochoa controló su cólera. Desde hace veinte minutos, los defensores no cedían una pulgada de terreno. Un tercio del batallón *Callao* se ha desplomado en combate. Inexorablemente se agotan los cartuchos. Iba a despachar al subteniente Castorino Díaz en busca de órdenes, cuando reapareció Rosa Gil. Llegaba con la espada desnuda. Detrás suyo, un corneta tocó ataque.

Al chotano David León lo sancochaba la fiebre. A ratos Espichán debía sostenerlo. Parecía increíble que hubiesen durado tanto. El sol se acercaba a las once. Al calor de enero se añadía el vaho de este Parrot que no ha cesado de cañonear desde las seis de la mañana. Cada nuevo disparo amenaza con fundirlo. No importa que habituado al estruendo de la pieza, el ruido atontaba al teniente.

El aliento de la pólvora bruñía el aire. Cuando se propagaron las cornetas de ataque, el chotano corrió a la cresta a contemplar a los peruanos que bajan con sus estandartes al viento, seguidos por tambores de guerra, en vociferantes hileras erizadas de bayonetas. Casi podía contarlos. Los cuatro batallones que embisten Santa Teresa no pasan de mil hombres. Aunque desangrándose por el muslo, Borgoño bajaba al frente de los trujillanos. A derecha del *Tarma*, Iglesias conducía personalmente a sus cajamarquinos. Desde la batería, León no alcanzaba a ver al solitario *Zepita* batiéndose por el panteón, ni los Vavasseur del coronel del Valle que cañoneaban a las columnas chilenas en Santa Teresa. También el capitán Luque, jefe del otro Parrot del Morro, suspendió fuegos para observar la carga. Lanzados cuesta abajo, los mil fatigados peruanos volvieron a arrollar al enemigo. Por segunda vez recuperaron sus antiguas trincheras.

—¡Señor Luque! ¡artillería por Chorrillos! ¡Cúbranse todos!

Las cincuenta piezas Krupp que el *Zepita* estuvo cerca de capturar, asomaban a quinientos metros del Morro. La batería del prusiano von Köeller se adelantó a doscientos pasos del panteón. Desde sus nuevos emplazamientos podían descargar tiros directos sobre las baterías nacionales. Mientras la infantería volvía a afianzarse en Santa Teresa, los artilleros peruanos volaron a mover sus pesados cañones.

A León se le doblaban las piernas. Tarde funcionaron los engranajes de su Parrot. Con meditada precisión, cincuenta proyectiles desparedaron fortines en la cumbre del Morro Solar. El subteniente Forcelledo sintió como reventaba el mundo en derredor suyo. Casi puede sentir apiñados proyectiles chocando en el aire sobre su cabeza de veinte años. ¿Cubrirse, adónde? Contra la roca viva estaban todas las granadas, cincuenta cada minuto. Parecen decididos a aplanar el cerro y a borrarlos del mapa. Frente al Salto del Fraile se acerca la escuadra chilena. Sucesivas andanadas quemaron el campamento de los artilleros. Todavía porfió el chotano, zarandeado por el ventarrón de las explosiones. A tuestas bajo el sol, envuelto en un denso humo entre cobrizo y negro, como al fondo de una caracola por la que repecutiera el mismo trueno desdoblándose infinitas veces, comprimido su aliento por una combustión, aérea, soportó la espantosa molienda que apisonaba las ba-

terías. Exhalados ayudantes tropiezan con límites de piedra astillada. El vasto bochorno rojo abrasó rostros peruanos. Con el uniforme ampollado, el teniente León buscaba su pieza. Siete bombazos aguantó el Parrot antes de volcarse aplastando a Espichán. León creyó haber hundido sus manos en un espeso caliente alquitrán. Nunca supo que había tocado sus propias entrañas. Cuando la siguiente andanada se concentró en esa parte del Morro, Forcelledo vio desintegrarse a su teniente. Partículas todavía animadas, enrojecieron el aire.

El mayor Hurtado contempló el desastre de fierros retorcidos y aniquiladas barbacas, pedazos de tropa esparcidos sanguinolentamente por toda la cumbre. Una pestilencia a fritura humana le revolvió el vientre. Sólo el pesado Rodman de 500 libras consiguió disparar después del bombardeo. Hurtado miró hacia el sur. Por la tostada cuesta que debía defender y no defendió el *Ayacucho* N° 5, se aproximaba la infantería enemiga.

De a cinco, de a ocho se desplomaban los tarmeños en derredor del coronel Mendizábal. ¡Muchachos... valor... —gritaba el viejo— ...son chilenos... bandidos... venceremos... apunten bien! Sin refuerzos que sostuvieran el avance, los peruanos fracasaban contra la masa enemiga. Por la cumbre, los chilenos cortaban el Morro en dos. Iglesias concedió a su minúsculo ejército la breve tregua de un repliegue a las alturas del Salto del Fraile. En ese momento sus ayudantes avistaron a Nicolás de Piérola. Un espeso misterio revestía los movimientos del silencioso Jefe Supremo. Se evaporó de los cerros pero no lo vieron en Barranco o Miraflores. Dicen que estuvo en Surco, que esquivó a la división Lagos gracias a un oportuno informe del almirante Montero. Envió a dos ayudantes a recoger noticias y ninguno volvió. Al trote reaparecía seguido por treinta jinetes. Iglesias lo vio cruzar desde la amenazada Plaza de la Matriz hacia la estrecha calle Malambo, al encuentro de la carretera del Morro. El jefe cajamarquino, cuyos rifles lo habían instalado en el poder supremo, esperó a caballo en la cumbre.

—No han llegado los refuerzos, Excelencia —cierto inocultable disgusto empapaba la voz de Iglesias.

Piérola sacudió la cabeza.

—Esto se ha perdido, coronel. Véngase en mi compañía.

Cerca del Dictador, el General Buendía y el lento co-

ronel Leiva observaban la última entrevista de quienes habían modificado la historia peruana en su hora más difícil.

—Prefiero quedarme, señor. Hemos decidido combatir hasta el fin.

El Jefe Supremo replicó con un gesto que significaba muchas cosas: bravo y también hagan lo que quieran. En cuanto a Piérola concierne, ya no tiene objeto resistir en Chorrillos. Irá a Miraflores. Buena suerte, pues. Pero el Dictador encontró la ruta de regreso amenazada por los chilenos. Por la calle del Tren era imposible transitar. Eligió salvarse por la playa. A caballo descendió con su comitiva por la rampa que conduce a los baños. Los herrajes resbalaban sobre la escorada cantería. La mirada de Iglesias no se apartó de la bajada hasta que desapareció el último jinete.

Así que nos habíamos quedado solos. El enemigo penetra de flanco en Chorrillos, sube el Morro al sur de las baterías, carga desde las colinas de Santa Teresa, invade ya los ranchos del Alto Perú. El numeroso chasquido de sus brasas se rompe en derredor del coronel Iglesias mientras trota cuesta arriba a reunirse con los jefes nacionales. Rodeado por el desastre, no perdía sus correctas maneras. No necesita vociferar para ser obedecido. Hace una eternidad que le anunciaron la muerte de su hijo y que deseó cambiar su vida por la imposible resurrección del mayor Alejandro Iglesias. Había dejado de pensar en Concepción Posada, su esposa que aguarda en Lima. Seis coroneles, siete tenientes coroneles, sólo Dios sabe cuántos oficiales y casi dos mil soldados han caído en seis horas de combate. Imposible abandonar a los que quedan en pie. Imposible rendirse. Desmontó frente a su tienda. Tan cerca pelean peruanos y chilenos, que nuevamente la artillería suspendió fuegos para no despedazar a su propio ejército. También callaba la escuadra que nada más observa la porfiada resistencia desde La Herradura. Iglesias pidió un poco de agua. Ordenaba dismantelar el campamento cuando llegó Billinghamst. Por tercera vez nos abrumaba la derrota. Veinte minutos atrás, el batallón *Callao* estuvo a punto de capturar el estandarte del 4º de Línea. A la primera brigada de Lynch se le agotan las municiones. En movimiento desde las cuatro de la tarde de ayer, los chilenos dan muestras de agotamiento.

—¿Qué hacemos, mi coronel?

—Atacar—se obstinó Iglesias—. Atacar, don Guillermo.

Nicolás Menchola no cesaba de soplar su corneta desde que empezó la batalla. Montado en una mula, seguía a Billinghurst propagando las órdenes del Estado Mayor. En derredor suyo ha visto caer a centenares de peruanos. Los heridos quedan abandonados a su suerte. También las bayonetas chilenas profanaban a los muertos. Al menos quienes disparan un rifle contra el enemigo, también descargan cólera y agravios. Menchola no puede disparar otra cosa que sonidos, el mismo siempre, el vibrante clarín de ataque. Se le inflaba el cuello mientras persiste su llamada: los peruanos atacaban tercamente. Ahora por delante el batallón *Tarma*, escuálidas columnas por compañías cargaron hacia la pampita del panteón al mismo tiempo que el grueso del ejército de Baquedano se lanzaba al definitivo asalto del Morro. De inmediato apoyados por el batallón *Libres de Trujillo*, los tarmeños no rehuyeron el choque. ¡No es nada... adelante... bandidos chilenos... los haremos correr... apunten bien! Mendizábal seguía al frente de su hueste. Doscientos soldados del *Tarma* sucumbieron al atravesar la pampa. Pero la carga no se detuvo. Por tercera vez cedían los chilenos. Precipitadamente retrocedió su artillería.

Atrás, un balazo penetró por la ingle al teniente coronel Pedro Cisneros Rubin de Celis. Su amigo Billinghurst corrió a sostenerlo. El dolor lo desmayaba. Contempló su sangre saliendo a borbotones. Morirá si no lo auxilian pronto. Cuatro de sus ayudantes se acercaron. Billinghurst decidió dar oportunidad de vivir a dos de ellos. Eligió a un hijo del coronel Valle Riestra y al teniente Juan Elías Bonneimaison. ¡Llévenlo a una ambulancia! Los jóvenes cambiaron miradas. ¿Podrán llegar a Barranco? Sí, mi coronel. Adelante, pues. Y pidan refuerzos.

Cáceres desconfió de los cuatrocientos dispersos que había reunido en Barranco para ir en auxilio de Iglesias. A muchos tuvo que agruparlos revólver en mano. Nadie osó amotinarse frente al corpulento jefe ayacuchano. Vaya uno a saber cómo reaccionarán cuando lo tengan de espaldas, avanzando en busca del enemigo. A ratos galopan desmontados caballos por la avenida de sauces. Balas perdidas perforan el follaje de los jardines barranquinos. Dolorosos rebaños de combatientes heridos se ayudan rumbo a retaguardia. Cáceres dejó a Adeodato Carvajal al mando

del hosco batallón y fue en busca del General Silva en la estación del telégrafo. Lo encontró cabizbajo, dictando mensajes urgentes para encontrar a Su Excelencia. Por la línea de Miraflores se propagaba la confusión. Dispersos de San Juan tuvieron que ser sometidos a punta de bayoneta por la Reserva de soldados distinguidos. Nadie conoce el paradero actual de Nicolás de Piérola. Al ayacuchano le llamó la atención que ningún ayudante acompañara al Jefe del Estado Mayor General.

—¿Listo, señor Cáceres?

—Tengo cuatrocientos hombres formados a una cuadra, mi General. No es la mejor gente, pero podremos combatir.

—Pues vaya a salvar a Iglesias, lo tienen acorralado en el Morro.

El joven Valle Riestra había desmontado para transportar en su mula blanca al malherido teniente coronel Cisneros. El teniente Elías Bonneimaison se adelantó a caballo hasta la Plaza de la Matriz para echar un vistazo a la calle del Tren. Parecía en paz pero sobre las veredas se amontonan tiroteados cuerpos, así que volvió al galope, señalando a Valle Riestra que se metiera por la más tranquila calle Lima. El mediodía sancocha esta calzada ininterrumpida por bocacalles. Desmayado, Cisneros soporta el trote de la cabalgadura que el teniente conduce del cabestro. Deja un rastro de gotas de sangre. Era como pasear una ciudad sólo poblada de difuntos. Al acabar la calle Lima, se dieron de improviso con veinte bomberos italianos. Habían auxiliado a los heridos peruanos hasta que los dispersó la riflería chilena. Al concentrarse la batalla en el Morro y en las afueras del balneario, los italianos recobraron su bomba y se reagruparon cerca de la mansión de Tenderini. Los tenientes explicaron que el combate continúa, que no nos hemos rendido, que buscan una ambulancia. A cien metros de la Escuela de Clases, que suponen ocupada todavía por el coronel Belisario Suárez y sus batallones de reserva, Elías Bonneimaison volvió a adelantarse.

Regresó consternado.

—¡Compañero, los chilenos!

Guerrillas del regimiento *Esmeralda* penetraban nuevamente a Chorrillos.

—Tenemos que encontrar a Suárez —replicó Valle Riestra—. No debe estar lejos.

Al otro lado de la quebrada de Tenderini, al fin avistaron a los batallones de la inactiva reserva. Habían formado en cuadro, cerca de la quinta Pardo de Zela.

A Valle Riestra le importaba tanto salvar al herido como conseguir ayuda para los defensores del Morro.

—Compañero, llévese usted a Cisneros a la ambulancia. Yo hablaré con Suárez.

—De acuerdo... páselo a mi caballo.

La mula blanca de pelaje ensangrentado por la hemorragia que mataba al teniente coronel Cisneros, causó extrañeza a los oficiales que rodean a Belisario Suárez. El joven Valle Riestra reconoció al antiguo jefe del Estado Mayor peruano en Tarpacá. Se abrió paso hasta plantarse ante el coronel.

—Señor, soy ayudante del coronel Billinghamst, señor...

—¿Qué quiere?

—...los chilenos vuelven a Chorrillos, mi coronel. Son pocos, señor, se les puede rechazar...

Suárez no pareció conmoverse.

—...van a tomar a los nuestros entre dos fuegos, señor. Avancemos, mi coronel.

—Por ahí anda el General Vargas Machuca. Hable con él.

Valle Riestra se retiró sintiendo que rabiosas lágrimas mojaban su mirada. Demoró diez minutos en encontrar al Jefe del Ejército del Norte. Miraba el cielo ennegrecido por el porfiado combate en los cerros.

El General sonrió al hijo de su amigo Valle Riestra.

—¿Cómo consiguió llegar, teniente?

—Recién regresan los chilenos sobre Chorrillos, mi General. Hay unos cuantos en la Escuela de Clases. Van a tomar al señor Iglesias entre dos fuegos.

—¡Lo suponía! —enfureció Vargas Machuca—. ¡Avanzará Suárez aunque reventemos!...

Echó a caminar. Diez pasos más lejos se detuvo bruscamente.

—...regrese hasta donde pueda y convéznase de que son chilenos. Yo prepararé el ataque.

—Sí, mi General.

Un cuarto de hora después, Cáceres picaba espuelas por la avenida. Observó atónito a los batallones de Suárez que desfilaban en sentido contrario.

—¿Pero qué diablos hace usted, coronel?

—Cálmese, señor Cáceres. Chorrillos está perdido.

—Iglesias pide refuerzos —una marejada de cólerica sangre golpeaba el rostro del ayacuchano—. El Estado Mayor General manda auxiliarlo. No entiendo cómo puede usted retirarse.

Suárez meneaba la cabeza, casi sonriendo.

—Escuche, coronel... a Iglesias lo tomaron prisionero a las diez de la mañana. Todos los peruanos que había en el Morro ya escaparon o sucumbieron. Las fuerzas que se ve allí son todas chilenas...

—¿Y los disparos?

—...ya usted los conoce... se han entregado al saqueo y pelean entre ellos. Le sugiero que se venga conmigo. Nos necesitan en Miraflores.

Un evidente disgusto asomó por los ojos de Cáceres.

—No —dijo—. Yo voy a cumplir la orden del Estado Mayor.

Cuatro veces más numerosas, ni siquiera extenuadas por el combate, las tropas de Suárez siguieron desfilando a retaguardia. El jefe ayacuchano prefirió aguardar a que se perdieran de vista. Después pronunció la orden de marcha.

Donde termina Barranco se alzaba la hermosa finca campestre de monsieur Lafon. Veinte personas, entre mujeres, viejos y niños, se refugiaban al amparo de su neutral pabellón francés. El propietario salió a pedir noticias.

—Conozco tanto como usted, señor Lafon... ¿qué ha ocurrido en Chorrillos?

—No lo sé, coronel. ¿Quiere usted mirar por sí mismo? —lo invitaba a subir al mirador que corona la residencia. Mientras subían, Lafon resumió lo que ha visto en el confuso horizonte—. Suben, bajan. Unas veces son peruanos, otras veces son chilenos...

En el mirador, más alto que sauces y copudos boliches, Cáceres estiró su largavistas. Dos mil cañonazos han agujereado el Morro. A ras de techos chorrillanos recorrió la vidriada atmósfera del balneario. Un prematuro viento sur agitaba banderas neutrales. El pueblo se mantiene fuera de la batalla. Por el Alto Perú distinguió uniformes enemigos. ¿Será posible que el General Silva desconozca la información proporcionada por Belisario Suárez? Cinco minutos estudió al enemigo moviéndose a repecho.

—Señor Lafon, le recomiendo que se vaya de aquí con su familia. No es sitio seguro.

Bajaron del mirador.

—Es que soy extranjero y neutral —protestó el francés.

—También a neutrales he visto sucederles cosas terribles —Cáceres se despidió tocándose el quepís con la diestra—. Buena suerte, señor Lafón.

No podía saber el coronel que varios regimientos enemigos penetran en Chorrillos mientras él se acerca a la Escuela de Clases. Mandó calar bayonetas. Al trote, los peruanos irrumpieron en el balneario. Sus cuatrocientos aceros espantaron a chilenos que merodeaban ranchos y bodegas en la calle del Tren. Cáceres avanzó casi doscientos metros.

EL OCÉANO SE ALEJÓ HASTA secar las peñas de La Chira. Un callejón de gruesa arena gris se abría delante de los baqueanos. Vuelto quieta jalea azul, el mar descansaba. Aceitosos pelicanos regresaban pausadamente a las cercanías del Morro. Sin mucho interés por las rocas de Marcavilca, los acorazados chilenos navegaron a ponerse frente a La Herradura. La cañonera *Pilcomayo* y una artillada lancha a vapor husmearon La Chira. Un rato ametrallaron desde atrás al batallón *Guardia Peruana*. Después cruzaron lentamente frente a los farallones. La verdadera batalla se libra ahora en el Salto del Fraile.

¡Chilenos al frente!

Ninahuanca pidió cartuchos secos para su rifle. Alzó el rostro a tiempo de verlos trotar por la estrecha franja de arena. Atacaba el batallón *Melipilla*. Desde la cumbre también cargaba el enemigo, envolviendo por retaguardia a los hombres de Alcócer. Cinco balazos no detuvieron a quienes llegan a la playa. Víbora comprendió que habían perdido. Tiene dinamita escondida debajo del establecimiento de baños. ¡A Chorrillos, pronto! Si desembarcan chilenos, se propone pulverizarlos. Cribado a bala limpia el aire, retrocedió a gachas. ¿Por dónde? Víbora apuntó afiladas rocas que los separan de La Herradura. Habrá que andar por jabonosas estrechuras, una ruta que sólo mariscadores y pescadores de cordel pueden recorrer. Menos prudente, Ramírez se chorreó bandeado por un proyectil. Sin pensar en los abismos que tiene por delante, Nina-

huanca se lo echó a la espalda. En lo alto de las rocas, empezaba a caer Felipe Balandra. Atravesaron la playa mientras chicoteaban balazos a sus pies. Víbora se despidió con una rabiosa mirada al enemigo. En Marcavilca, las tropas del mayor Alcócer armaban bayonetas.

—¡A CHORRILLOS, TODOS a Chorrillos! —gritaba el coronel Billinghamurst apeado a tiros, prodigiosamente ileso a la una de la tarde. Se desmoronaban las defensas del Morro. En masa los chilenos consiguieron afianzarse en la cumbre. Salvo dos compañías que permanecen en Marcavilca, el resto del batallón *Guardia Peruana* retrocede combatiendo. El jefe del Estado Mayor del norte observó a los artilleros de la deshecha batería rodando por vertiginosos barrancos. Preferían caer al Salto del Fraile que entregarse prisioneros. Junto al Rodman aún se combatía en corto. El mar tironeaba cadáveres. La corriente los succiona hacia el norte, amontonándolos después contra el cascajo chorrillano. Dos mil peruanos han sucumbido en el Morro durante ocho horas de batalla. Rehusaban capitular. Espada en mano, el joven Billinghamurst se colocó junto al coronel Iglesias. Se despidieron con la mirada. Nadie entre estos jefes sueña con ver la luz del día siguiente.

Diez cuadras de largo por tres de ancho, Chorrillos caía en poder de los atacantes. Empujados por el victorioso desborde de varios regimientos, rifleros del *Canta* se parapetaron en el ahora desierto Hotel Pedro. Chasqueaban balas cuarteando el estucado y pulverizando hermosas lámparas de gas. Collantes volcó una mesa de billar para protegerse de descargas que arruinan el edificio. Otros años en enero, a esta hora almorzaban familias frente al fresco patio interior. También morían los diminutos habitantes de pajareras de bronce. Sólo el estruendo basta para fulminar a canarios y jilgueros. Once peruanos alzan barricadas de muebles en la entrada del Hotel. Por las alcobas de la segunda planta, el teniente Aservi descargó su revólver. Observó saquear suculentos escaparates de *La perla del Pacífico*. Después contó sus cartuchos. Imposible resistir más de diez minutos. También abajo se agota la munición. Entonces descubrió a los *Libres de Trujillo* que a bayoneta se abrían paso desde el Alto Perú. Los

que salían del Hotel Pedro desde la Plaza, se volvieron a luchar a un trueno. ¡Ahora! —gritó Aservi atropellando pelotas— ¡Rápido, al material! Castaña y Tierra del castaño Lara empujaron personas y sillones de mimbre. Quince salieron a la plaza. Sólo tres alcanzaron el acantilado.

Al otro extremo del balcón, varios balcones seventarun las nobles entradas de Turco. Con una risilla magullada al caer, Cáceres ordenó regresar a la estación. A la entrada de Chorrillos se batalló desesperadamente a quienes que pululaban rememorando la quebrada de Tendería. Pronto contrastarían con mil chilenos. La primera atornilladora de carga tendió a caer en perlas.

El teniente coronel Adolfo Carral intentó regresar con una compañía a Barranco. Descubrió que más chilenos se encerraron desde la Facultad de Ciencias. Por un instante lo alcanzó su natural sangre fría. Ocurrió un todo a incendio flotando en el aire ensuciado por los disparos. La tropa agrupada de prisa en los cuartos de Barranco no era de confianza. Volvió en busca de Cáceres.

La tropa del jefe ayacuchano anunció momentáneamente al coronel Borgoño. Con el pantalón empapado en sangre, había forzado su camino a través de la Plaza de la Matriz. Sesenta tropa quedaban en pie. El batallón Turco no consiguió incorporarse de las faldas de Santa Teresa y el coronel ha visto caer prisionero al alivo viejo Mariano Mendizábal. Junto a trizada víctimas de La perla del Pacífico un balazo le arrancó el quejío. Se ensuciaba su sangre al fondo de las tetas de hule. El enemigo dejó pasar para de inmediato avanzar por la espada hemática a sus callos rifles con cargas que se pisan de sangre las facturas. Le pareció escuchar una en dirección de Barranco. La verdad, Borgoño combatía por instantes, casi sin recordar cuándo empezó esta matanza o dónde quedan norte y sur. ¡Viva el Perú! Ni treinta voces respondieron. El número mirado atrás, habría descubiertos el rostro de muerte dejado por el batallón desde Santa Teresa. Frente al palacio de Puelo, la inagotable quemazón del suelo herido lo hizo traspasar. Con náuseas pupila contempló al teniente chileno que se lanzaba sobre su cuerpo maltrecho. Le arrojó al mar en la última revuelta un cartucho. ¡Dónde está Lynch! —gritó. ¡Lléveme a ver!

Con agilidad habitada al duro equilibrio en un mástil de los buques, el guardamarina Salvador Martínez.

trepó a lo alto de la jaula donde los marinos habían emplazado una ametralladora. Sonrió de su desgarbada apariencia sobre ese vagón que apesta a bosta y orines de vaca. Pronto el tren blindado aceleró por Barranco. Protegían caldera y máquina con planchas de hierro. En un carro de plataforma, por delante viaja un liviano cañón servido por el comandante Leandro Mariátegui. Las jaulas van atiborradas de rifles navales sin colocación en la batalla. El marino disfrutó del viento que golpeaba su rostro. Se le apuró la sangre cuando el tren embistió la curva próxima a la Escuela de Clases. Más alto que nadie en el convoy, de una sola mirada abarcó la magnitud del desastre nacional. Hay banderas chilenas en el Morro Solar y en las casas del Alto Perú. Dos divisiones enemigas empiezan a ocupar el balneario. Chirrió el tren deteniéndose. Entre la ametralladora y la estación corrían sorprendidos adversarios. Mariátegui los barrió con fruición mientras el cañón disparaba a ras de los chilenos.

El teniente Retes había cedido su caballo al coronel. En vano Cáceres vocifera que se retiren en orden. Como si abandonase el infierno, la tropa volvía a desbandarse. Por fin la retaguardia libre, su mirada se despidió de encharcados andenes sobre los que agonizan combatientes a quienes no se pudo evacuar temprano. Por la calle del Tren crecía el enemigo. Otra vez cañoneó la batería volante. Sobre el vagón astillado a tiros, retumba la ametralladora naval. ¡Adelante, vámonos de aquí! Adivinaba el coronel un desgraciado porvenir. Vio a sus rifles corriendo a apiñarse contra el tren. En mal momento entorpecían el fuego de los marinos. Querían trepar a jaulas y plataformas, de donde los echaban los fusileros de la escuadra. Hundió espuelas a la exhausta cabalgadura de Retes. Recordó Paucartambo, a *Turco* recién ensillado bajo el crispado amanecer. En las montañas seguirá la guerra. Ya el tren se movía de regreso a Barranco. Cáceres galopó hasta reconocer al comandante Mariátegui. Por señas le ordenó que se fuera a todo vapor. Después volvió grupas. Sólo unos cuantos soldados se retiran a pausas, deteniéndose cada diez pasos para contestar los disparos chilenos.

EL JOVEN CASTORINO DÍAZ nunca imaginó que lo iban a reventar contra la casa del banquero Derteano. Hasta

que ingresó a la milicia, había visitado sólo una vez el verano de Chorrillos. Se necesitaba por lo menos un sol de plata para viajar ida y vuelta desde Lima, alquilar cuarto, calzón, sombrero, sábana y zapatos de baño, comprar jabón y baldes de agua dulce y, en fin, tomar un liviano refrigerio en la dulcería de Broggi. Hasta tres y cuatro soles costaba almorzar en el Hotel Pedro y algo más en el Hotel Terry, fortuna que rara vez había abultado sus bolsillos de adolescente. Ya miliciano, Castorino Díaz vivió cerca del balneario. Cadetes y subalternos cabitos trotaban diariamente a darse un helado chapuzón en las pedregosas playas chorrillanas. Todos los jueves y domingos, la banda de músicos de la Escuela ofrecía retreta en el malecón a las diez de la noche. Muchas veces Castorino paseó la calle Lima, adivinando tertulias y risas, partidas de naipes y convites a los que nunca sería invitado. Como todo asiduo visitante, conoce quién vive en cada uno de estos palacios con porosa entraña de adobe, revestidos de mármoles y finas maderas de Centroamérica y Oriente. Pasadas visiones se diluyeron hasta mostrar la misma calle abrasada, llena de chilenos contra los que se precipita el batallón *Callao*. Sucesivas descargas remecieron a los chalacos. Como el teniente coronel Ochoa, a Castorino lo afeitaron proyectiles sin rasguñarlo. Una multitud enemiga los envolvió. Uno contra cien se atascaron los porteños. El aturdido subteniente se pegó a la mansión de Derteano. Oyó maldecir vinosamente a su espalda. Desde atrás lo abrazó un chileno. Forcejeó de pronto engarfiado por muchas manos. Arrancaron su espada y vaciaron sus bolsillos. Entonces luchó a puntapiés. A diez pasos de distancia, a Ochoa lo doblaba un disparo. Dejaron caer a Castorino. Sin molestarse en apuntar, lo balearon al bulto. Su sangriento perfil quedó estampado contra la pared blanca.

TRES MIL TRESCIENTOS chilenos habían caído a las dos y media de la tarde. Después de nueve horas, la batalla llegaba a su fin. Lanchas de la escuadra se acercan al desembarcadero chorrillano. El almirante Galvarino Riveros felicita al General Baquedano. Cien cajamarquinos se encerraban en los primeros ranchos de la calle Lima a morir combatiendo. Otros doscientos peruanos de diversos batallones y el Estado Mayor en pleno rodean a Iglesias que

todavía lucha en la empinada calle Santa Rosa y en la esquina de Malambo, a cien metros del Morro. Flanqueada por La Chira y a bayoneta deshecha por retaguardia, la pequeña fuerza del mayor Alcócer tuvo que abandonar su bastión de Marcavilca. A los ingleses que servían la ametralladora del flanco derecho, los pasaron a cuchillo. El capitán Gabriel Torres sucumbió con casi todos los valientes de la sexta compañía. El mayor Alcócer y el capitán Bonifacio Malón pelearon hasta quedar acorralados en la playa. Allí se entregaron prisioneros al comandante Balma-ceda, jefe del regimiento *Coquimbo*. Nadie les había avisado que el Morro peruano se hunde sin remedio. Otras cuatro ensangrentadas compañías del *Guardia Peruana* descendieron rabiosamente hasta el Salto del Fraile. Su coronel, Carlos de Piérola, escudriñó la población repleta de victoriosos adversarios. Aprovechando bajamar, por la orilla de los acantilados llegan chilenos a adueñarse de los baños y el embarcadero. Al *Guardia Peruana* se le había terminado la munición. Piérola escuchó el exhausto combate que sofoca a los cajamarquinos en el pueblo. Nada se movía por Miraflores o Surco. Imposible escapar por la calle del Tren. El coronel decidió jugárselo todo en el malecón de Chorrillos. Acaso pudiera ganar la playa y retirarse a los reductos.

Con rojas espadas peleaban los oficiales que acompañan a Iglesias. Billinghamst reconoció clarines y tambores de guerra peruanos tocando ataque. Se volvió a tiempo de ver al *Guardia Peruana* cargando a la bayoneta contra el malecón atestado de enemigos. A bayoneta también los recibieron. Fue como si todos los combatientes hubieran callado ante la majestad del sacrificio. Relucientes miradas chilenas calculaban la violencia del choque. Del otro lado trotaron doscientos nacionales con sus estoques por delante. Se estrellaron los aceros con un espantoso chirrido. Nadie disparaba. Al jefe del Estado Mayor del norte lo deformó una mueca de asco. Estaba harto de la interminable carnicería. Reconoció el sonido de cuchillos reventando organismos como odres. Raspaban huesos con aguda estridencia. Algo se desinfla después de cada bayonetazo. Los casi muertos gruñen hurgoneados a fondo. Irritada por el aullido de tantos moribundos, la iracunda espada de Billinghamst sajó su camino hacia el malecón. *Guardia Peruana*, el estado mayor, tambaleantes cajamarquinos, el encanecido Iglesias, todos deben sucumbir. Car-

los de Piérola cayó herido. Sus cuatro compañías perecían sobre un vasto y burbujeante charco de sangre.

Billinghurst no llegó lejos. En la calle Castilla lo acorraló la multitud enemiga. Los peruanos se agruparon. El revólver del joven coronel chasqueaba sin balas. Miró a los suyos. Al corneta Menchola, que no cesa de tocar ataque, lo golpearon hasta que cayó de su mula. Siguió soplando el instrumento. El capitán Chávez se negaba a bajar de su potro inglés. Iglesias se acercó al tarapaqueño. No pasaban de cuarenta. ¿Y ahora, mi coronel? En vano buscó Billinghurst una insignia de oficial. Sólo tropa los empuja de una a otra esquina. Los acosaban para robarlos.

—¡Mirevé a los cholos!

—¡Me la vai pagar, milicazo!

—¡Abriles la güata pa que se les quite la lesera de resistir!

—¡Manos arriba, niños! ¡Entrieguen nomás las chau-chitas!

A quemarropa empezaron a fusilarlos. Santo Dios, murmuró Iglesias, de verdad son unos salvajes. Billinghurst linceaba entreveradas insignias de varios regimientos. Diríase que han combatido en completa confusión, sin oficiales que los mandaran. Ya ni siquiera apuntan sus rifles. Tiroteaban a cualquier parte, despilfarrando plomo. Varios rasos y el teniente Portocarrero cayeron muertos. Billinghurst contempló el apuesto rostro lívido de su ahijado y ayudante. ¡Malditos! Pero el coronel tarapaqueño había decidido vivir. Alguien debe contar esta historia. Todavía con la espada en la diestra, tensaba su cuerpo a ratos esquivando disparos. ¿Qué hacemos, mi coronel? Morir con dignidad —respondió Iglesias. Atrás se apoderaban del mayor La Barrera. Cuatro chilenos lo arrastraron fuera del grupo de peruanos, otros quisieron registrar sus ropas. ¡Suélteme, carajo! —rabió el oficial. Repartió codazos, corcoveando hasta soltarse de sus captores. Siete, ocho rifles se alzaron contra su cuerpo. Retumbó la descarga. El atónito La Barrera se sintió sancocado y a la vez vivo, sólo tocado por el calor de los disparos. Dos chilenos cayeron fulminados por sus propios camaradas. El peruano retrocedió al amparo de los suyos. Iban a terminar de fusilarlos cuando Billinghurst avanzó dos pasos.

—¡Escuchen todos! ¡El señor es el coronel Iglesias!... —lo señaló— ... ¡es comandante en jefe de los peruanos! ¡Yo soy jefe del Estado Mayor! ¡Somos personas impor-

tantes!...

Los chilenos bajaban sus rifles.

—... ¡Llévennos adonde su General! —a Billinghamurst lo sorprendía el efecto de sus palabras— ¡Vamos, ahora mismo!

—¡Las espadas, niños! —replicó un enemigo.

Sé les echaron encima, no sólo a desarmarlos sino también a bolsiquearlos.

Billinghamurst desabrochaba su cinturón. Al frente suyo, un soldado estiró la diestra para recibir el acero. El tarapaqueño envainó la espada, envolviéndola con los tiros. Pareció que la rendiría. Súbitamente la arrojó con fuerza hasta los techos del rancho más cercano.

—¡Hijo e puta! —explotó el enemigo. Retrocedió dos pasos y fusiló al coronel.

Más rápido que la bala, Billinghamurst movió el rostro. El proyectil raspó su piel y fue a incrustarse en el cráneo de La Barrera.

—¡No hay que atropellar, no hay que atropellar! —se oía al coronel Iglesias. Tironeaban su uniforme para arrebatarse el reloj de oro. Optó por tomarlo con su diestra y alzarlo sobre la cabeza. La visión de esa joya herida por el sol, enardeció a los vencedores. Otra vez levantaban sus rifles. Un sargento del regimiento *Esmeralda* se adelantó entonces con una pequeña bandera chilena. La puso delante de Iglesias.

—¡Quietos, niños! ¡no lo maten!

El coronel no había extraviado su característica frialdad.

—Tome, sargento —le alargó el reloj—. Como recuerdo de Miguel Iglesias.

—Gracias, señor... sírvase darse por prisionero y seguirme.

Fusilaban a dieciséis cajamarquinos frente al Hotel Pedro.

Por la calle del Tren, el coronel Valle Riestra intentaba llegar a Barranco. Hace un rato, en esta misma calzada sucumbió el batallón *Zepita*. Un centenar de cadáveres estorba el paso sobre veredas de madera. No quedaba rastro de Recabarren y Fonseca. El subjefe del Estado Mayor daba por perdido al menor de sus hijos, evaporado del Morro hace una hora. ¡No se detengan! ¡ataque! En la bocacalle del Pellizco, le mataron al capitán Carlos González. Primero tiroteados, después copados y a

brazo partido echados a tierra, les arrancaron armas, alhajas y dinero. Sólo cuando no hubo más que quitar a los prisioneros, empezó la matanza. El rubicundo pellejo y los ojos azules del coronel Valle Riestra confundieron a sus captores.

—¡Fusilen a ese gringo, no más pa que se le quite la gana de ser cholo peruano!

Iban a tirar del gatillo cuando su hijo Alfredo se interpuso entre el viejo y los fusiles.

—¡Mátenme a mí! ¡El es mi padre!

—¡Sal de ahí, Alfredo!

—¡A mí, mátenme a mí!

—¡No, no! —clamó el coronel— ¡A mí, que soy un viejo!

El sargento Holley y el raso Pizarro, ambos del regimiento *Esmeralda*, intentaron salvarlos.

—¡Basta, naiden dispare, ni que juerai animales! —Pizarro empujaba hacia arriba las bocas de los rifles.

—¡Sargento, no soy extranjero! —el coronel no comprendía a borrascosos chilenos—. ¡Soy peruano hasta el hueso!

Más instruído que el resto del gentío, Holley sonrió mientras extendía una bandera de Chile delante del coronel.

—Así lo fuera, señor. Es usted muy parecido a mi padre —y se volvió a gritar a los rasos—. ¡Basta ya, bajen sus armas!

Echaron a caminar hacia la quebrada de Tenderini. Cien metros más lejos aparecieron los primeros oficiales chilenos que Valle Riestra veía en Chorrillos.

—Coronel Miguel Valle Riestra —se presentó—. Soy jefe del Estado Mayor del Ejército del Norte... me acompañan mis ayudantes y algunos soldados.

—Capitán Aguirre —el chileno desmontaba contemplando el desgarrado atuendo del prisionero—. ¿Qué pasó, sargento?

—Quisieron fusilarlos, mi capitán —explicó Holley.

—Es cierto, capitán. Debo agregar que debemos la vida a estos hombres.

—Lo siento mucho, coronel. Y a usted lo felicito, sargento.

El capitán Calvo y el teniente Larenas, también del regimiento *Esmeralda*, observaron preocupados la hosca vencedora multitud que se acercaba.

—¡Déjenlos para nosotros, capitán!

—¡Ni un cholo vivo, capitán!

Aguirre tragó saliva. Señaló un rancho al final de la calle del Tren.

—Iremos ahí. Hay otros prisioneros.

COMO SI NO HUBIERA más peruanos sobre el planeta, los victoriosos regimientos de Chile se congregaban a celebrar en Chorrillos. Creían haber ganado la guerra a las tres de la tarde del 13 de enero. Ni formados, ni sumisos a sus jefes, deambularon todavía sin rumbo, apartándose de los campamentos señalados por Baquedano. Lerdas ambulancias amontonaban a más de mil heridos en el espacioso edificio de la Escuela de Clases. El alto mando inventariaba sus pérdidas y ganancias. Mil ochocientas bajas sufrió la primera división del comodoro Lynch y setecientas la segunda que manda el General Sotomayor. Las bajas de Lagos no llegaban a doscientas. La Reserva lamenta la pérdida de 396 combatientes. Habían capturado casi veinte kilómetros de trincheras y parapetos de piedra, ochenta cañones de todo calibre y catorce ametralladoras. De Chorrillos a Pamplona quedaron regados cuatro mil peruanos. Carretas de la intendencia chilena recogían rifles y cofres de munición. Visto desde los ojos de Baquedano, que llega a descansar en el palacio de Pezet, el resultado de la batalla merece festejarse. No importa sus elevadas pérdidas, había liquidado por segunda vez a los mejores batallones del Perú, sólo que ahora no se encuentra en Tacna sino en las puertas de Lima.

Otro espíritu aún no satisfecho se propagó pronto por las alamedas de Chorrillos. Dueño de la calle del Tren, el regimiento *Esmeralda* aceptó a regañadientes la visita de sedientos *buínes*, con quienes integraba la primera brigada de la segunda división, pero echó a balazos a las tropas del regimiento *Santiago*, que, abandonando el vivac de la división Lagos, irrumpieron en el festejo chorrillano sin haber sido convidadas. Viejas rivalidades entre *zuavos* y *buínes*, de *cuartinos* contra *tercinos*, del *Chillán* con el *Lautaro*, amenazaron con inflamar una segunda batalla. Prudentemente se esfumaron los oficiales.

Luca Chiappe apretó los dientes cuando una afilada bayoneta acarició su cuello. Como una capa de óxido, otras sangres se adherían al acero. Con macarrónica vehemencia

había explicado varias veces que es súbdito italiano, neutral y bombero. El atuendo casi militar, el quepís de cuero con el nombre de Garibaldi grabado en una placa de bronce, servía de pretexto para arrinconarlo. Entraban chilenos atraídos por el buen olor de grandes barricas de vino y aguardiente. En la trastienda descubrieron a ocho heridos peruanos. Un cabo de *buines* desencadenó la matanza. A los estampidos que remecieron la finca, siguió la búsqueda de peruanos por el patio y habitaciones interiores. Once veces violada antes de que un piadoso navajazo le abriera la garganta, la mujer de Luca aulló pidiendo auxilio. Primero pero no único italiano en morir esa tarde de jueves en Chorrillos, el pobre Luca forcejeó con invasores que seguían llegando hasta que lo balearon y aplastaron atrocemente a culatazos.

Como si se hubiese difundido una oscura consigna, quince mil chilenos se lanzaron al saqueo, de paso liquidando cuentas pendientes entre regimientos y batallones. Muchos allí están en filas desde hace dos años, cuando empezó la invasión del litoral boliviano. Casi todos pobres, les habían dicho que hoy harán fortuna. Su botín es Chorrillos. Y después, todos los hogares peruanos. Empezó la bebida. A culatazos rajan barricas en bodegas y pulperías del pueblo. A balazos vacían sellados piscos de barro, con el corvo y la bayoneta decapitan finas botellas. No se cansaban de matar. Al desdichado Enrico Nerini lo decapitaron en su pulpería. Ya Paolo Risso fue fusilado frente a su bodega. Asesinaban a los chorrillanos en su barrio pobre vecino al Alto Perú. A lo ancho del balneario creció la cacería de italianos. Pestilentes veteranos cebaron sus vergas en el rollizo cuerpo de la señora Astrona. Enardecidos rotos apremiaban a sucesivos violadores a concluir rápido. Uno tras otro se precipitan a vaciar orgasmos en el asqueado cuerpo de la italiana. Forzado a contemplar el repetido ultraje, el gordo Astrona se lamentaba, debatiéndose sujeto por ebrios soldados. Un *tercino* borracho lo abrazó desde atrás, sobándole su cuerpo como si fuera una mujer. Astrona, hace treinta años amigo de Garibaldi en el Callao, tuvo que andar contorneándose mientras el roto lo manoseaba para hilaridad de sus compañeros. Ande niño nomá, pa que coma pronto macarrones —se burlaba la bestia. No duró mucho el suplicio festejado por la muchedumbre. Con carnicera experiencia, el chileno le abrió el vientre con un tajo de corvo. Astrona

soltó un alarido mientras se le desplomaban las entrañas. ¡Güatita con porotos, niño! —rió el asesino. Cerca de allí, un *zuavo* impaciente descargó su rifle a la espalda del *buin* que forzaba a la señora Astrona. Aplaudieron los que esperan para seguir la violación. El proyectil atravesó al vencedor y fue a alojarse en el pecho de la italiana. Soldado y víctima murieron instantáneamente. Volcado el chileno por botas urgentes, la expresión de espanto que se coagula en el rostro de la pobre mujer no detuvo a esos animales de uniforme. Continuaron fornicando el cadáver. A cuarenta metros de distancia, Angelo Cipollina pereció atravesado por muchas bayonetas en la huerta de su casa. A siete bomberos italianos los fusilaban en la quebrada de Tenderini. Buscan por todo el balneario al comandante de la bomba Garibaldi, acusado de ayudar a los peruanos. Ya tumban puertas a tiros y punta-piés. Borrachos *santiagos* penetraron a la residencia del caballero de Montescrese. Delante de su mujer le reventaron la cabeza de un tiro. El recién nacido murió aplastado a culatazos. Viviana sufrió el infierno de una multitudinaria violación hasta morir de hemorragia interna. Como si con ello pudiesen borrar la huella de su crimen, los *santiagos* echaron candela a la casa y sus difuntos ocupantes.

También a Billinghamurst lo llevaban a encerrar en el rancho que se alza al final de la calle del Tren, haciendo esquina con la quebrada de Tenderini. Menchola seguía tocando ataque. Por el pueblo crece el estruendo del saqueo y del combate entre codiciosos chilenos. Nadie parece reparar en el sonido de la corneta peruana. Todavía a caballo, el capitán Chávez aprovechó la creciente confusión para clavar espuelas. Su potro inglés dio un prodigioso salto sobre el enemigo. Como si supiera que la suerte de ambos depende de este galope, el caballo voló sobre zanjas y rieles y tapias hasta perderse por Barranco sin que las descargas chilenas le acertaran. El mayor Layseca, que también se conserva sobre su cabalgadura, quiso repetir la hazaña. Lo tumbaron a tiros. Un soldado miró entonces a Menchola. De un manotazo le arrancó la corneta.

—¡Mire, niño, déjese de tocar su musiquita o me lo enfrió!

Billinghamurst entró al rancho custodiado por tropas del *Esmeralda*. Quince jefes y oficiales peruanos se volvieron a mirar. Todo hacía pensar que no hay más prisioneros

en Chorrillos. Se acercó a Iglesias. A la derrota del ejército nacional se suman infinitos agravios que encorvan a estos héroes en su hora más amarga. En el rostro del ex-Secretario de Guerra reapareció una luz de simpatía. El joven tarapaqueño podría ser su hijo. Tiene la misma edad que el difunto mayor Iglesias. Nadie hablaba. Los heridos se quejan sin esperanza de atención médica. Sobre el suelo, confortado por el teniente Alfredo Valle Riestra, parece agonizar el mayor Benito Fonseca. El primer balazo no lo detuvo en la calle del Tren. Siguió avanzando al frente del *Zepita* hasta que cerca de la estación le deshicieron el pecho. También herido, no se sabe adonde llevaron al coronel Recabarren. Billingham debió felicitar-se. No ha perdido una gota de su sangre.

—He solicitado entrevistarme con cualquiera de sus jefes —habló despacio el coronel Iglesias—. No comprendo qué sucede con el resto de nuestras fuerzas. Debieran atacar ahora mismo.

—Espero que no hayan matado a don Nicolás —se oscureció el tarapaqueño. Ugarte, los Zavala, los Mendizábal, todos sus amigos de Iquique han sucumbido. Sólo a él lo rechazaba la muerte.

—El mayor necesita un calmante —se aproximó el viejo Valle Riestra. También Ochoa, Borgoño, Carlos de Piérola y el teniente coronel Lozada están heridos.

EL CORONEL BELISARIO Suárez había regresado a Barranco con sólo un batallón a la hora en que el joven Valle Riestra volvió por segunda vez de Chorrillos. Tuvo que esperar a que Vargas Machuca descubriera su presencia. General y coronel discutían apartados de la tropa. Al cabo se volvió el jefe del Ejército del Norte con el rostro enrojecido por la cólera. Fracasó el ataque al mando de Cáceres mientras el viejo General perseguía a su subalterno hasta Miraflores. Ahora Chorrillos está repleto de enemigos. Vargas Machuca insistía en avanzar. Acaso pudieran rescatar a Iglesias y a los demás jefes a quienes se supone prisioneros. Se acercó al teniente. Valle Riestra había merodeado la quebrada de Tenderini. Alcanzó a ver los últimos minutos de batalla en el pueblo.

—¿Qué hay, señor oficial?

—Señor, los chilenos son dueños de Chorrillos, se baten con los nuestros en las calles y empiezan a quemar ranchos, mi General.

—¿Quiere usted ir con la descubierta? —Vargas Machuca no aguardó respuesta y se volvió a Suárez—. ¡Dele usted la descubierta al teniente, señor coronel!

Valle Riestra parpadeó sorprendido. Le encargaban una compañía habiendo presentes oficiales de más alto rango. Suárez se encogió de hombros. El propio Vargas Machuca impartió órdenes a la tropa.

Dos minutos después el teniente picaba espuelas, poniéndose al frente de un centenar de soldados. Espada en mano y a pie, el recién aparecido mayor Falconí, ayudante de Cáceres, se colocó entre los infantes de primera línea. Dos niños de uniforme aporrearon tambores de guerra, ritmando la cansada marcha de los rifleros. Ignorando que el resto del batallón no habrá de seguirlo, Valle Riestra decidió atacar allí donde empieza la quebrada de Tenderini.

UN JUBILOSO GRITERÍO anuncia que los *santiagos* acaban de descubrir los tesoros del palacete Canevaro. Ostentosamente se alza la finca hacia el final de la calle Lima. Las cuatro estaciones, esculpidas en mármol de Carrara, adornan la entrada protegida por una reja con guarniciones de bronce. Más allá de un estanque en el que flotan lotos y nenúfares, se espesa un jardín italiano con surtidores, setos, globos de gas y asientos de mármol. Palmeras enanas bordean la terraza a la que se llega por dos escalinatas. Pese a la guerra, la mansión conserva todo su esplendor. Muebles florentinos, porcelanas, relucientes livianos cristales, todo ocupa su lugar de siempre. A tiros deshicieron los candados y la tropa vencedora entró a salones en sombra y revolvió las diez alcobas, pecoreando ahajas, cucharitas, pesados relojes de mesa. En su vecina residencia rotulada con nítidas letras como propiedad inglesa, el doctor MacLean observó a chilenos que arrancan cortinas y desfondan el mobiliario a culatazos. La suculenta despensa de Canevaro alimenta la juerga. Los *santiagos* se atiborran de vinos europeos y jamones, temerosos de que otros lleguen a reclamar su parte. En la quebrada desbarran-

can las estatuas de Tenderini. El atónito inglés vio llegar a rencorosos *buines* y a sus aliados del regimiento *Chillán*. Los *santiagos* los recibieron a balazos. De ambos lados de la reja se fusilaron entre chilenos. Pronto heridas por locos proyectiles, empezaron a desintegrarse las esculturas de mármol. Desde los techos próximos, divertidos *buines* arrojaron trapos inflamados. Rociada con kerosene, la mansión se incendió por sus cuatro costados. A los *santiagos* que intentaban escapar, los balearon desde la calle.

Después el doctor MacLean debió preocuparse por su propia suerte. Atontado por la pestilencia de cuerpos achicharrados, negándose a creer que así celebran el final de la guerra, se volvió a mirar a los ebrios que penetraban a su casa. El médico salió a detenerlos. Señalaba la enorme bandera británica que ondea sobre su techo, el escudo inglés junto a la entrada y, en fin, el letrero que previene su condición de neutral. Nada los detuvo. Arrastraron a MacLean al interior, tironeando de su larga barba blanca para que revelara donde esconde sus caudales. ¡Mire padre eterno, nos dice donde están las chauchas porque si no lo fusilamos enseguidita nomás! Como industriosos martillos golpeaban las culatas, deshaciendo en vez de carpintear. Con el rostro amoratado, el anciano pudo escabullirse hacia la puerta. Un disparo lo mató cuando salía a la vereda. Pronto incendiaron la casona. También quemaban la finca de Chacaltana, el palacete de Riva Agüero, la veraniega residencia de Derteano, la casa de Oyague. Avivado por el viento sur, el fuego se propagó rápidamente a toda la calle Lima. Los chilenos se mataban entre sí, de frente, a traición, por codicia o pelillosas disputas de regimiento.

También en la calle del Tren se oía aullar a soldados atrapados en los incendios. Una sañuda batalla se libraba por el palacete de Pflücker. Tropas de Orozimbo Barbosa disputan sabe Dios qué importante botín a los soldados de la brigada Barceló. Unos se habían atrincherado en la finca, otros trataban de tomarla por asalto. Como los de afuera no conseguían entrar, rociaron el rancho con kerosene y le metieron candela. Ampollados rotos empezaron a escapar por los techos. Ahí los cazaron a tiros.

El teniente coronel Baldomero Dublé los creyó confundidos, matándose entre compatriotas cuando acaso se creían peruanos. Los homicidas que disparan desde la

calle pertenecen a su propia división. Metió su caballo entre la tropa.

—¡Niños, alto el fuego, miren que los de la casa son chilenos! ¡Déjenlos salir!

—¡Mi jefe, díjenos nomá que paeso somos tantos! —protestó un cabo del *Lautaro*.

—¡Alto el fuego, he dicho!

—¡Mirevé señor patroncito, váyase nomá! —se agrió otro soldado del *Curicó*.

El teniente coronel Dublé volvió a embestirlos con el caballo.

—¡Mire al futre! ¡ya puede abrirse a lo largo, mierda!

Una descarga desmontó al oficial.

Cerca de allí, al teniente de Zapadores Federico Weber lo asesinaban sus subalternos.

IGNORANDO QUE SU PADRE y su hermano están prisioneros en ese rancho cercano a la quebrada de Tenderini, el teniente Valle Riestra atacó con la mitad de su descubierta a los chilenos que custodiaban la casa. Cinco minutos antes había tomado prisionero a un raso del regimiento *Lautaro*. Valle Riestra obtuvo vaga información sobre la disposición de los campamentos chilenos. El único que no ha entrado al pueblo, es el desconfiado comodoro Lynch. Conservaba a su división en el Morro Solar y en las playas, asegurándose comunicación con la escuadra. Mientras el atrevido Falconí penetra disparando a la Escuela de Clases, el teniente llegó con sus rifleros a treinta metros del rancho donde están los prisioneros.

—¡Suárez! —se alegró Iglesias.

Un nervioso capitán chileno se agachaba esquivando el diluvio de proyectiles.

—¡Coronel, creo que se ha volteado la tortilla!... —se dirigió a Iglesias— ...¡espero que hará por nosotros lo mismo que hemos hecho por ustedes!

Pronto arrollaron a la descubierta. Valle Riestra supo que lo habían abandonado. Ni el resto del batallón se acercó desde Barranco, ni aparecieron fuerzas de Miraflores. Varios miles de enemigos lo fusilaban en salvaje desorden. Chorrillos se quema sin salvación. Rastrean a neutrales bomberos de la Garibaldi para ejecutarlos como si fuesen

espías peruanos. Hasta el palacete de Tenderini, sus parterres y setos, ardían empapados en combustible. Se derriban techos de madera esparciendo torbellinos de chispas por la calle Lima. Con la mitad de sus hombres, Valle Riestra y Falconí emprendieron retirada. En el balneario volvió a crecer el tiroteo entre chilenos.

Achatándose contra el suelo, el teniente Alfredo Valle Riestra tampoco sospecha que su hermano ha estado cerca de este rancho. Percibió un vaho a kerosene. Los soldados se acordaban de los jefes prisioneros. Decidieron matarlos. No terminaban de empapar la casa, cuando estalló el incendio.

—¡Nos queman vivos! ¡Todos afuera! —gritó el capitán chileno Aguirre.

Iglesias meneó la cabeza. Afuera espera la turba con sus rifles cargados.

—Diga primero a esas bestias que se retiren —dijo.

El mayor Benito Fonseca vio crecer las llamaradas en derredor suyo. Los otros heridos se arrastraron hacia la puerta del rancho. Llegaban oficiales enemigos a salvarlos. Con el pecho destrozado, el héroe del *Zepita* apenas consiguió moverse.

—¡Pronto, salgan detrás mío! —el coronel Holley, primer jefe del regimiento *Esmeralda*, los protegía con su propio cuerpo. Sus oficiales también se interponían entre sofocados prisioneros y los rifles sublevados.

—¡Asesinos... bandoleros... lo demuestran! —el viejo Mendizábal sostenía al herido coronel Borgoño.

Una cerrada descarga forzó a Holley y a los oficiales chilenos a retroceder precipitadamente. Sobre sus cabezas se consumía la finca de quincha y madera. Desde los cimientos crujían paredes humeantes. Iglesias miró la cimbrada techumbre y señaló las ventanas posteriores. ¡Por ahí, vamos señor Holley! De pronto en el mismo bando que los peruanos, el jefe del *Esmeralda* asintió. El aire abrasa sus gargantas. Iglesias auxilió a Carlos de Piérola a saltar del rancho en llamas. Al herido señor Ochoa lo salvó Billinghamst. En tres minutos empezaron a desplomarse los techos. Debían echarse afuera por una ventana y luego trepar una tapia. A través del incendio chasqueaban balazos. Casi cegado por el humo, el coronel Valle Riestra contó a sus compañeros.

—¡Falta uno!

—¿Quién?

—¡Compañeros! ¿quién falta?

—¡Fonseca, apúrese en nombre de Dios! —medio cuerpo a salvo, el temente coronel Benjamín Novoa consiguió aferrar el ensangrentado uniforme del jefe del *Zepita*. Con el tórax abierto por un proyectil, el mayor caía del otro lado de la ventana.

—¡Saquen a Fonseca! —el coronel Valle Riestra regresó sobre sus pasos. La fachada al rojo se desmoronó, descubriéndolos. A través del fuego arreciaron los disparos.

—¡No puedo!... —se oyó a Fonseca— ...¡no puedo más!

El coronel lo vió por última vez cubriéndose el rostro con los brazos. Llameantes escombros rociaban su cuerpo. Una tufarada a carne chamuscada hirió a Valle Riestra. Su hijo tironeó sacándolo del incendio.

La soldadesca se movió hacia la quebrada, a concluir la matanza. Holley defendía con su cuerpo a Iglesias. Otro balazo se incrustó en el maltrecho organismo del teniente coronel Ochoa. El corneta Menchola recibió un disparo en el rostro. A los gritos de ni un cholo vivo, el jefe del *Esmeralda* respondía con inútiles órdenes de cesar el fuego, bajar sus armas.

EL MINISTRO DE GUERRA en campaña visitó al General Baquedano en el palacete de Pezet. Acababan de asesinar al teniente coronel Dublé en la calle del Tren. No menos de doscientos chilenos se han liquidado unos a otros al atardecer del jueves. Quince mil soldados ebrios despilfarran munición hasta agotarla. Después asaltan carretas de la intendencia, tomando cartuchos para seguir disputando. Otros oficiales caían asesinados por sus subalternos. Al propio Ministro Vergara le habían disparado a los gritos de mirevé al futre e mierda. Temiendo que estuviera minada la bahía de Chorrillos, el almirante Galvarino Riveros rehusa acercar sus buques al embarcadero. La victoriosa soldadesca no exige rancho, ni hay víveres para guisarlo. Preocupa a Vergara que a menos de tres kilómetros se conserve intacta la Reserva de los peruanos. A diferencia de los suyos, han de tener balas y estar sobrios. Después de felicitar a Baquedano, el señor Ministro se quejó de la descomunal borrachera chilena. Si a los peruanos

se les ocurre atacar esta noche, estaban perdidos. El general en jefe miró a sus lugartenientes. Participaba de la misma preocupación, pero... ¿quién podría quitar las armas a esa tropa sin control? Vergara irritaba al militar. Antes de Ministro de Guerra fue su intrigante secretario. Baquedano contestó secamente—: ¿Y qué puedo hacer yo?

No tardó en sentirse en peligro. La rápida pudrición de miles de cadáveres volvía insuportable la atmósfera de San Juan, su último campamento antes de entrar en Chorrillos. El suntuoso palacio de Pezet le sirve de buen alojamiento y de aún mejor comandancia general. Antes de ponerse el sol, tuvo que abandonarlo. Todo el pueblo se quemaba. Hasta ahora habían respetado a Baquedano. Pero a las cinco y media de la tarde, sus propios soldados le prendieron fuego. En la plaza de la Matriz y en la misma iglesia habían violado y asesinado a trescientas rabonas. Todavía no saciados de matar, los rotos celebraron la ocurrencia con risotadas. El general en jefe y el estado mayor general chileno abandonaron esa mansión súbitamente en llamas, sobre la que granizaron irreverentes balazos. Chorrillos no es lugar seguro, ni siquiera para el conductor del ejército chileno. La sangrienta saturnal chorrillana arrojó a los generales hasta el más tranquilo edificio de la Escuela de Clases. El Ministro Vergara se evaporó con sus secretarios, acaso recogido por uno de los botes del *Blanco Encalada*. Vencedor y a la vez en trance de una derrota memorable, Baquedano rumiaba sus temores en su nuevo cuartel general. Hasta la bien disciplinada caballería se desboca a intervenir en el saqueo. Entonces anunciaron que han llegado los jefes peruanos.

Anocheía sobre el edificio repleto de heridos. Iglesias escuchó confusas lamentaciones, la asordada voz de cirujanos amputando y cosiendo a centenares de infelices para los que no alcanzan cloroformo ni morfina. En la entrada de la Escuela se alínean cadáveres chilenos. Aquí montan guardia los propios oficiales.

El General Marcos Maturana los recibió. Deplora el trato dispensado a tan distinguidos prisioneros. De inmediato sus médicos atenderán a los jefes heridos. Mañana serán llevados al vapor *Copiapó*. Mientras tanto deben alojarse en una de las cuadras del segundo piso. Hace un rato, Baquedano ha resuelto ofrecer tregua a Piérola. Debía ganar tiempo, esperar a que se sosegara la ingoberna-

ble borrachera de su ejército. Y si ha de enviar temprano la propuesta de un armisticio, nadie mejor que el coronel Iglesias para llevarla. Ahora trataron a los peruanos con esforzada cortesía.

Un insondable cansancio postraba a los prisioneros. Se repartieron en los catres de la cuadra, cada uno a solas con su pesadumbre. Billinghamurst no había podido explicar aún a Valle Riestra que envió a su otro hijo a una ambulancia militar en Miraflores. Al viejo se le amontonaron lágrimas de felicidad. La verdad, lo creía muerto. Iglesias repasaba su agitada existencia, en secreto culpándose de la muerte de su hijo. Entraron ordenanzas con galleta y fiambre, botellas de vino y coñac. Parecían reanimados cuando aparecieron los generales Baquedano, Saavedra y Sotomayor a saludarlos. El jefe del ejército chileno expresó sus condolencias al coronel Iglesias. Luego felicitó a los presentes por su gran valor en el combate.

A las nueve de la noche, el General Sotomayor invitó al coronel Valle Riestra a que lo visitara en su habitación. Cerca de la Escuela de Clases crecía el incendio de Chorrillos. Escoltado por dos oficiales enemigos, el viejo recorrió embaldosados pasillos hasta la comandancia de la segunda división chilena.

—Pase, coronel, tome asiento... —Sotomayor trataba de ser cordial— ...quiero hacerle unas preguntas.

—Estoy bien de pie, General.

—Dígame, señor coronel, y le ruego que conteste con franqueza... ¿Cree usted que después de esta batalla tendremos otra? ¿Harán todavía resistencia sus compatriotas?

El viejo casi sonrió.

—General, los peruanos no nos rendimos. Si han ganado ustedes esta batalla, tendrán que batirse dos veces más. Faltan Miraflores y Lima.

El chileno mostró un gesto de contrariedad.

—Pero esto es cruel, muy cruel. Vea cuantas víctimas cuesta la batalla de hoy.

—Señor —replicó Valle Riestra—, ustedes se lo han buscado. Lima se defiende.

A LAS DIEZ DE LA MAÑANA del jueves 13 de enero, entraron a Lima los primeros dispersos de San Juan. En la ciudad sin periódicos, víveres o combustible, por la que sólo ruedan trenes militares, la gente escuchaba tronar la batalla con la mirada inmóvil en el turbio horizonte de Chorrillos. Espontáneos vigías adivinan desde los campanarios el rumbo del combate. Cuando se oyó retumbar a las baterías de Vásquez y hasta el cañón del Cerro San Cristóbal disparó a espaldas de Lima, nadie dudó que íbamos perdiendo. Entonces creció una menuda polvareda por la hacienda Balconcillo. Sólo un batallón de la Reserva protege los principales edificios públicos. La gente no se movió de las azoteas, ni retrocedió de los jardines de la Exposición. Por callejones laterales aparecían furtivos. Habían esquivado los reductos de Miraflores para acercarse a la ciudad. Algunos se han deshecho de su fusil, otros lo arrastran con abatida actitud. Nadie tenía ganas de librar otra batalla.

También el telégrafo describía el desastre de San Juan. Antiguo conspirador y amigo de Piérola, el canciller Calderón revisa mensajes del frente en su despacho del palacio presidencial. Nadie conoce el paradero de Su Excelencia. Estuvo en Vásquez, lo vieron en Barranco, desapareció en Chorrillos. Si Piérola ha muerto o caído prisionero, si Iglesias no consigue salir del Morro, si los hermanos del Dictador también están acorralados, Pedro José Calderón debe asumir inmediatamente la presidencia de la república. Jamás en su vida había estado en combate. A solas en la silenciosa mansión donde habita el poder, imaginaba al Dictador cargando a caballo contra líneas de admirados chilenos. Hasta el telégrafo parece confundido. No cayó, cayó Chorrillos. Pero el Morro se sostiene. Pero se dis-

persaron batallones en San Juan. El último mensaje de Piérola afirma que Iglesias aguantará *mucho rato*. Después, silencio. Un excitado cosquilleo recorre a la corpulenta señoría mientras medita la más acertada decisión. Por fortuna, las tropas que no participan de la batalla están sujetas a leales pierolistas. La guarnición chalaca de Astete y las reservas de Echenique sostendrán al régimen aunque el caudillo haya sucumbido. No ignora Calderón que Piérola escribió un largo testamento político antes de asumir el mando supremo de los ejércitos y abandonar Lima. Había reorganizado la república de modo que él mismo pudiese designar sucesor. En sus últimos ratos de intimidad había insinuado al canciller que deberá reemplazarlo en caso de morir o ser hecho prisionero. Antes de adueñarse de la presidencia, Calderón quería asegurarse del destino corrido por su jefe o lo juzgarán traidor y Piérola es capaz de fusilarlo. Además tenía que liquidar a civilistas, pradistas y a todos quienes benefició la derrota en el campo de batalla y el descontento popular.

Mientras el telegrafista del palacio indagaba por Su Excelencia con mal disimulada ansiedad, el primer batallón de refuerzos chalacos marchó a un cuartel provisional pasando ante la casa del General La Coterá. Como el doctor Quimper y otros personajes del gobierno presidido por Mariano Ignacio Prado, el ex-Ministro de Guerra vivía bajo virtual arresto domiciliario. Se turnan los soplones frente al principal y hasta interrumpen los cortos paseos del militar. No hay sitio para La Coterá en los bastiones de la defensa final. Un año y veinte días cumplía en maldisimulado confinamiento. Ha visto llegar dispersas tropas de su antiguo rival, el coronel Arguedas. No necesita visitar el frente para adivinar el tamaño del desastre. Al frente de los chalacos venían marinos. El batallón se detuvo cuando el General irrumpió a mitad de la calle. Vestía uniforme y fajín distintivo de su alto rango militar. Su ronca voz electrizó a tropa y vecindario. Arengó a los chalacos a combatir hasta la muerte. Se ofrecía para conducirlos al campo de batalla. Temerosos agentes de la policía secreta se evaporaron rumbo a la Intendencia. Los marinos se apartaron a conversar con La Coterá. Salga pato o gallareta, creen preferible no interrumpir la cadena de mandos mientras aún se combate en Chorrillos. El General regresó a su casa.

Media hora después empezaba la persecución de civilis-

tas en Lima. No desconoce Calderón que hay muchos militares descontentos. La atrevida arenga de La Cotera asustó al secretario de estado. Desaparecido Piérola, nada impedirá a sus adversarios adueñarse del Gobierno, a menos que los aprese antes. A las once, las fuerzas de seguridad salieron en busca del ex-Ministro de Guerra y de don José de la Riva Agüero, uno acusado de delito de rebelión y el otro de traición a la patria y connivencia con el enemigo para facilitarle la entrada a la capital.

Cuatro días atrás, luego del último sondeo chileno en La Rinconada, Riva Agüero visitó al coronel Tenaud, jefe del Estado Mayor del Ejército de Reserva, a pedir permiso para viajar a Lima. Arrasada su hacienda por el enemigo, nada le queda por hacer en esa húmeda campiña. El azucarero Tenaud lo autorizó a partir, aunque misteriosamente recomendó que lo hiciera a media noche. Ya entonces los soplones andaban buscándolo. Se dice que Riva Agüero no estuvo donde en verdad estuvo, que personalmente informó sobre las defensas peruanas a Baquedano, que como otros civilistas prefiere los chilenos a Piérola. Al amanecer del lunes 10, ignorante de que la policía secreta registra haciendas para meterlo en prisión, Riva Agüero llegaba a su casona limeña. No había dormido tres horas cuando su amigo Manuel Atanasio Fuentes entró a despertarlo. El popular *Murciélagos* sabe de buena fuente que se proponen fusilar al dueño de la hacienda Melgarejo. No le permitió dudar de su palabra, ni siquiera demorar tomando una taza de té. Sin revelar la conspiración anticivilista que lo ha señalado como chivo expiatorio del fracaso que se avecina, el coronel Tenaud le había salvado la vida haciéndolo viajar de madrugada. Ahora tenía que esconderse.

La víspera de la batalla se hablaba de Riva Agüero como de un traidor al Perú. El hambriento populacho de Lima, para el que no alcanzan los fusiles, recorría calles en rencorosa búsqueda de personajes a quienes se supone coludidos con el invasor. La cuñada de Riva Agüero, que es suegra del Secretario de Justicia, Panizo, informa que ya el consejo de secretarios de estado acordó su sumaria ejecución. El perseguido decidió pedir asilo diplomático.

Desde el 6 de enero se agriaban las relaciones con las potencias europeas y con Estados Unidos. Piérola ordena la desocupación del Callao por todos los buques neutrales, manifestando que su permanencia en el puerto es una vio-

lación de los derechos de la república y una ruptura de la neutralidad. Los británicos replicaron que a cinco millas de la Dársena, sus buques se encuentran fuera de aguas territoriales peruanas. Navíos de Italia y el Imperio Alemán, también una corbeta norteamericana sacaban a remolque pontones repletos de refugiados. Lentamente la escuadra neutral que observa el conflicto, se desplaza hacia el recién bombardeado puerto de Ancón. Aunque exigen salvoconducto para abandonar Lima, muchos limeños y extranjeros residentes en la ciudad se embarcaron en el tren de Chancay, en busca de refugio cerca de los buques expulsados del Callao.

En la azotea de la Legación de Francia, el secretario Duplessis observaba humear el distante Morro Solar con auxilio de un telescopio. A las once de la mañana del jueves 13 de enero, parece evidente que la ofensiva chilena penetró las defensas de San Juan y que sus tropas sólo se detuvieron ante la segunda línea y los cañones de Vásquez. Nueve años en el Perú, a monsieur Duplessis lo entristecía sinceramente la evidente derrota nacional. Hasta que hoy temprano empezó la batalla, los funcionarios de la Legación han tenido agobiadoras jornadas tramitando reclamaciones y salvoconductos y consiguiendo víveres para los buques de Petit Thouars. El rumor de una columna de caballería distrajo al secretario de su sombría contemplación de Chorrillos. Acompañado por monsieur de Champeaux, el atónito Duplessis comprobó que la policía secreta del gobierno acordonaba la Legación.

Desde la segunda planta de la residencia próxima a San Pedro, el ministro plenipotenciario de Vorges rehusaba creer. Capitaneados por el comisario Polo, treinta gendarmes violaban su domicilio diplomático. A culatazos empezó el registro.

—¡Alto... deténganse... territorio francés... territorio francés! —sofocado por la ira, el ministro salió al encuentro del jefe de los soplones.

—¡Traigo orden de captura contra el traidor José de la Riva Agüero!

—¡Y a mí qué me importa! —a de Vorges se le atropellaban las palabras— ¡Está usted en la Legación de Francia y aquí sólo ordena el soberano gobierno de mi país! ¡Abandonen inmediatamente esta casa! ¡Vamos, fuera, fuera!

Polo instruyó a sus agentes que extendieran el registro

a las habitaciones superiores. Varios refugiados se quejaron de maltratos.

—¡Estoy informado de que el traidor se esconde con la complicidad de Francia! ¡Mi deber es encontrarlo!—gritaba el comisario.

—¡Alto! —Champeaux y Duplessis encañonaron con sus revólveres a los gendarmes que subían la escalera.

Treinta rifles los apuntaron.

—¡Injurian a Francia! ¡Duplessis, baje su arma! ¡Informe inmediatamente al almirante du Petit Thouars que se ha violado el territorio francés e inferido el consiguiente ultraje a nuestros símbolos!...

—Sí, Excelencia.

—... ¡es un hecho sin ejemplo en los anales de las naciones civilizadas!

—En efecto, Excelencia.

Una hora antes, el General La Cotera pidió asilo en la Legación Británica. Tan pronto se supo lo acontecido a los franceses, Spencer Saint John ordenó que trancaran las puertas y despachó a un secretario a pedir ayuda al almirante Sterling, cuyo blindado *Triumph* se encontraba frente al Callao. El populacho recorría las calles pidiendo muerte para los traidores civilistas. A mediodía, mientras miles de peruanos agonizaban en San Juan, una harapienta muchedumbre se reunía frente a la residencia de los ingleses, amenazando quemarla si no entregaban a La Cotera.

LA VÍSPERA DE LA BATALLA, por Miraflores corrió la noticia de que los chilenos se embarcaban en Curayacu para volver al sur. En festivo ambiente, los reservistas esperan ir a casa a más tardar el sábado. Nadie comunicó al coronel Ribeyro que los batallones de línea no dormirían esa noche, aguardando al enemigo con el rifle cargado y la manta a la cintura. Al jefe del batallón N^o 4 le pareció extraño que los chilenos retrocedieran sin librar batalla y que, sabiéndolo el supremo comando, no lo informara a los señores coroneles. A caballo visitó el tercer reducto. También allí celebraban una victoria. Narciso de la Colina ignora de donde partió el rumor. Ribeyro le propuso consultar con el jefe de la Primera División.

Derteano se encontraba en el Hotel Principal. Había

tenido que ceder la villa de su socio y amigo Guillermo Scheel al propio Jefe Supremo, que ordena instalar allí una segunda comandancia general. Al anochecer recobra el pueblo su pacífica apariencia. La asordinada luz de lamparines de kerosene no alcanza a descifrar el uniforme de pausados transeúntes. Recién regados tiestos de flores perfuman las terrazas del hotel. El viento sur sacudía los altos pinos de Porta y el bosque de eucaliptos próximo a la iglesia. Acompañado por sus ayudantes, el coronel Derteano demuestra buen humor mientras cena condimentado fricasé y chablis helado. No es el único comensal. Huéspedes extranjeros se alojan en el hotel construido vagamente a semejanza de un chalet suizo y se reparten mesas cubiertas por manteles rayados de azul y rojo, cestos de pan blanco, botellitas de aceite y vinagre y relucientes cubiertos de Sheffield. Cierta atmósfera irreal distrae a Derteano. Parece imposible que a trescientos metros al sur comiencen los reductos y que mil cien reservistas de su división hayan de empuñar pronto los fusiles y luchar no sólo por el Perú sino para conservar sus vidas. El coronel sonrió jovialmente a Ribeyro y de la Colina. Fuera de las trincheras prescindían del trato militar. El jefe de la división estrechó sus diestras. Todos se sentaron. Ribeyro aceptó una copa de vino.

—¿Qué sabe usted de la retirada de los chilenos? —preguntó.

—Dicen que vuelven a sus buques y que pronto zarparán hacia Arica y Pisagua —añadió de la Colina.

Derteano rompió a reír.

—¿Pero quién puede haber propagado semejante tontería?

—No lo sé —replicó Ribeyro—. Pero mi gente cree que pasado mañana regresamos a Lima.

—Francamente no me parece... —hasta Derteano titubeaba. A menudo olvidan comunicar noticias importantes y órdenes a los reservistas distinguidos— ...le preguntaré a Echenique, él debe saber.

—¿Y su Excelencia?

—En Chorrillos... mañana vendrá de visita.

Media hora después se despidieron los jefes de batallón. En la mañana sabrán que ocurre al frente de nuestras líneas. Al trote volvieron a sus reductos.

El sargento 1º Saturnino del Castillo observó al coronel Manuel María Gómez enhiesto en lo alto del reducto. El

veterano desconfiaba de esta noche con luna llena. Tres días de calma se cumplían. También el sargento cree improbable que treinta mil chilenos se vayan sin apretar el gatillo, cuando se encuentran a la vista de Lima. Veinte días acuartelados en el segundo reducto, los reservistas lo habían fortificado hasta donde era posible. Ayer llegó artillería White a Miraflores. Saturnino extendió su manta al descampado. Un rato se tumbó a observar la luna moteada de nubes. Se durmió en actitud provisional, no de sueño verdadero sino de siesta, de sólo un rato.

La batalla empezó con un zumbido, como un enorme moscardón que golpeará sus alas contra el Morro y las colinas. Bajo la techumbre de cañas, el coronel Ribeyro reconoció el chasquido de distantes fusiles. Salió al reducto abrochándose la chaqueta. Gómez no había dormido. El sargento del Castillo despertaba a tiempo de ver cohetes de señales. Detrás de San Juan brillan taroles rojos, azules y blancos. ¡El enemigo en masa! La penumbra de las cinco de la mañana se pobló de gritos y galopes. La batalla había comenzado.

La luz definitiva de ese jueves aciago, iluminó al batallón N° 4 formado en el reducto. ¡A Surco, muchachos! ¡A Surco, viva el Perú! En efecto, a Surco debían avanzar cuando se rompieran los fuegos. La orden nunca llegó. Relampagueaban cañonazos sobre San Juan. Los reservistas siguieron clavados a retaguardia. Se oyó retumbar las baterías de Vásquez y crepitar ametralladoras a la izquierda de la segunda línea, pero nadie se acordó de los ciudadanos de Ribeyro.

A las seis de la mañana aparecieron los coroneles Derteano y Correa y Santiago. Hace un rato entró al pueblo de Miraflores el primer peruano fugitivo. Un balazo le había cercenado el meñique. Vamos bien, dijo. Pertenece al *Ayacucho* N° 5 y buscaba una ambulancia. Ahora Derteano repitió que vamos bien, no se preocupen. No concluía de hablar cuando el sargento del Castillo anunció que se aproximan dispersos por el terraplén del ferrocarril.

Ribeyro reconoció a los músicos del batallón *Callao*. Intimo amigo del teniente coronel Ochoa, conocía a todos por su nombre. Salió a su encuentro.

—¡Alto, muchachos!

Ni siquiera alzaban la cabeza. Más allá Ribeyro vió una multitud de tropas ensangrentadas o en amotinado desorden, huyendo del enemigo.

—¡Oye, tú! ¿y el señor Ochoa?

—Ha muerto —replicó el músico.

—¡Pónganse detrás del reducto y toquen el Himno! —ordenó el coronel. Espoleó a su caballo en demanda del jefe de la división—. ¡Señor Derteano, hay que detener a esa gente! ¡No podemos dejarla seguir a Lima!...

Derteano asintió.

—... ¡señor Sarria! —se dirigió Ribeyro al tercer jefe de su batallón— ¡Tome dos compañías y sálgales al paso! ¡Mi coronel, que envíen refuerzos de otros reductos!

—¡Armen bien la bayoneta! —gritó el capitán Rocavero—. ¡Segunda compañía, alinearse por derecha!

Ribeyro se colocó delante de sus ciento veinte ciudadanos soldados.

—¡Argolleros! —gritaban los dispersos a los reservistas—. ¡Abajo la argolla!

—¿Qué le parece, señor? —preguntó Saturnino al coronel Gómez. Por argolleros se conocía a los civilistas.

A punta de bayoneta empezaron a reunir deshechos batallones.

—Le veo mala cara a la jornada, sargento —con su espada el viejo señalaba el camino a estos infelices. Heridos, atrás. El resto, a la izquierda, a formar entre el segundo y tercer reductos.

Por los potreros se escurrían hombres que ya no quieren pelear. Ignoraban los gritos que llaman a detenerse en nombre del Perú. A ratos se oye minas automáticas desfondando a los prófugos. Frente al reducto, el tuerto Velarde tuvo que derribar de un culatazo a un sublevado. Un oficial del batallón *Ica* rehusó entregar a su gente.

—¿Con qué derecho me detiene usted? —increpó a Ribeyro.

—¡Con el derecho que me dan las bayonetas de mis soldados... desármelo!

—¡Hay que matar a estos argolleros —se oyó a un sargento del mismo batallón. Apuntó su rifle contra Ribeyro.

El ciudadano Patiño desvió el cañón de un manotazo a la vez que el coronel clavaba espuelas a su caballo, derribando al sargento dentro de una zanja.

Pareció que los reservistas embestirían con sus bayonetas a los dispersos del *Ica*. El desarmado sargento alzó las manos.

—¡Hay que fusilarlo!

—¡Es un traidor!

—¡Quería matar al coronel!

—¡Corrieron del enemigo, señor! ¡traición a la Patria!
Ribeyro echó una furiosa mirada a los fugitivos.

—¡No necesito fusilar a nadie! —sus pacíficos ojos fulguraban— ¡Ustedes, entreguen sus armas! ¡A formar con el resto, rápido! ¡Señor Rocavero!...

—Ordene, mi coronel.

—...mate usted al primero que intente huir, ¿entendido?

AL ATARDECER CÁCERES EXTENDIÓ su guardapolvos, se desembarazó de su espada y su revólver y se tumbó a dormir. Echaba de menos a Coyla y a los cusqueños de su antiguo batallón *Zepita*. También la Huacacolqui había desaparecido. Media hora atrás concluyó de organizar dos divisiones de mil hombres cada una, respectivamente al mando de los coroneles Mariano Noriega y Mariano Zevallos. Con ellas le ordenaban defender el ala derecha de la línea de Miraflores. Su nuevo y minúsculo ejército está integrado por dispersos de la tercera división, sobrevivientes de la división de Ayarza y por los restos de los batallones *Callao*, *Lima* y *Guardia Peruana*. El señor Cáceres no había descansado desde ayer. Con el estómago vacío encargó a Adeodato Carvajal que consiguiera rancho para sus tropas y que todos descansaran. Los reservistas debían vigilar el silencioso balneario de Barranco, tierra de nadie que los separa de los chilenos en Chorrillos. Ahora comprobó que sólo recuerda pedazos de la jornada. Aisladas imágenes, como instantáneas fotográficas, atestiguan que estuvo en combate. Si aquel jueves se le hizo interminable de vivir, su memoria lo comprimía en una sucesión de fantásticas escenas. A diferencia de otros combates, hoy estuvo fuera de sitio, más bien persiguiendo la batalla que esperándola a pie firme. Bajo el amoratado firmamento en el que se mezclan el frío resplandor lunar y carnosas diurnas fulguraciones sobre el océano en calma, el coronel Cáceres recordó a su familia. A través de las ambulancias militares había enviado unas líneas a Antonia Moreno. *Estoy bien, la guerra no ha terminado*. En vano quiso imaginar el espanto y la incertidumbre de las limeñas cuyos

hijos y esposos se encuentran en el frente. A veinte minutos de viaje en tren, sin embargo la ciudad estaba aislada. Un tumultuoso incendio gasifica el versalles veraniego edificado al pie del Morro. Un sueño pesado como un aceite mineral, subió por su cuerpo aplomándolo todavía con los ojos abiertos. Le pareció que sólo había parpadeado. Menos noche la noche, cuatro horas después, el incendio parecía extenderse a Barranco. El pequeño bosque y el palacio de Tenderini se quemaban despidiendo llamaradas de veinte metros de altura. Por encima de crepitaciones y crujidos con que se desploman grandes residencias estivales, se oía el salvaje griterío de los vencedores de la jornada. Seguían disparando. Esporádicos aullidos confirman que se matan entre sí.

Cáceres se sentó lentamente. Sólo ahora descubrió a Coyla acucillado cerca suyo, de rostro al vasto incendio.

—¿Cómo llegaste?

El devoto sargento cusqueño sonrió. Acababa de dejar a sus compañeros en una ambulancia. Quisieron alinearlo con los dispersos que recogía el coronel Ribeyro, pero Coyla protestó, era ordenanza del señor Cáceres y debía reunírsele. Por suerte pasó el teniente Castellanos. Sí, lo conocía. Decía la verdad. Se lo entregaron.

—Murió el capitán Delhorme —resumió sus experiencias el cusqueño—. A mí no me dieron, Taita.

—Me alegro de que estés bien, Coyla, me alegro mucho... —el coronel volvió a mirar el fulgor del incendio chorrillano. Han de haberse entregado al saqueo y a la borrachera. Los sabía desorganizados. Para caerles por sorpresa no se necesita andar más de cuatro kilómetros, por caminos en los que no es posible extraviarse. A la luz de la luna se añade el resplandor del fuego. Era como atacar a la luz del día, con todas las ventajas de la noche.

Coyla adivinó sus pensamientos.

—Taita, ¿a qué hora atacamos?

—A medianoche —Cáceres se incorporó bruscamente.

No podía abandonar Miraflores con dos divisiones sin permiso del alto mando. Aún sentía el cuerpo agarrotado por la fatiga extrema. Como una aspereza recubre sus ojos irritados. Se los restregó como limpiándose una arenilla. Espérame aquí —dijo a Coyla. Tenía que orientarse en un campamento nuevo, a cuyos confusos batallones no conoce del todo bien. En derredor suyo se corporizaron fieles ayudantes.

—Hay que sorprenderlos —dijo—. Dentro de media hora quiero ver al señor Carvajal.

Por primera vez desde que empezó la batalla, los oficiales estaban de acuerdo con las órdenes.

—¿Dónde se encuentra el General Silva?

—Lo llevaré, señor —se adelantó Retes.

También el fornido teniente ha vivido más de una vida. Renació al embarcarse en el *Huáscar* y luego de Angamos y después de San Juan. Sucesivas fracturas separan cada trozo de su existencia, de modo que se recuerda en tercera persona, como si otros hubieran ocupado esta rejuvenecida mortalidad. Porque a los veinticinco años, Retes se aviejaba bajo el peso de tan adversas experiencias. El civilizado país de su adolescencia, cruel pero de corteses costumbres, se ha convertido en una réplica del infierno o en el infierno mismo. Sin embargo renacía, casi nuevo, para continuar peleando con una fe de primer día, a salvo de infinitos errores consumados.

Rumbo a la estación ferrocarrilera encontraron al coronel Canevaro. Le habían encargado una división próxima a las tropas de Cáceres.

—¿Adónde va usted?

—Busco al General Silva, pienso que debemos atacar ahora mismo.

—Pues cuente conmigo —ofreció Canevaro. Esa tarde se acercó a Chorrillos con quinientos soldados para apoyar a Cáceres. Ya el contraataque cedía ante miles de desordenados chilenos. Su pulgar señaló el balneario en llamas—. Casi se les siente el tufo. Caeremos como la zorra en un gallinero.

Cabalgaron juntos entre grupos de soldados y reservistas hipnotizados por el incendio. El resplandor alumbraba sus rostros, animándolos como una linterna mágica. Cáceres leyó el desencanto, la ira y también la incertidumbre en sus cansadas expresiones. A izquierda del cerro de arena tomaron la larga y curvada calle de Bellavista. Bajo el enorme árbol de alcanfor que se alza a mitad del trayecto, los coroneles reconocieron a un ayudante de Silva. Dijo que el General está en un rancho cerca de la estación. Su Excelencia seguía en Vásquez, con el coronel Echenique.

El jefe del Estado Mayor General cumplía dos días sin pegar los ojos. Con el uniforme sucio, se preocupa por distribuir munición a lo ancho de la línea. Aquí no sólo usan nuevos rifles peabody o no tan modernos rémington

de modelo español, sino que hay rifles chassepot, antiguos minié austriacos y prusianos y fusiles reformados por Castañón. En un solo sector de las líneas es preciso amontonar cartuchos de hasta seis calibres distintos. Silva ordenaba que los jefes de batallón probasen el diámetro de las cápsulas tan pronto las recibieran. En ese momento entraron los coroneles.

—Con su permiso, mi General...

—Diga usted, señor Cáceres.

—...queremos hablarle en privado.

Silva asintió. Los ayudantes abandonaron la habitación.

—Mi General, solicito permiso para atacar —no perdió tiempo el ayacuchano. Silva lo miró en silencio, calculando la importancia de su petición. Cáceres presionó—: Están saqueando y emborrachándose en Chorrillos, mi General. Ahora o nunca...

—También yo quisiera atacar, señor Silva —se oyó a Canevaro.

El jefe del Estado Mayor General fue hasta la puerta a mirar el cielo turbio de Chorrillos.

—Estoy de acuerdo, señores.

Canevaro sonrió.

—Propongo atacar a las doce, señor, no podrán ni levantarse —habló el ayacuchano—. Permítame llevar una de mis divisiones y la del señor Canevaro, aparte de dos batallones de la Reserva, los mejores que haya.

—Ribeyro y de la Colina —murmuró Silva—. Puedo darle la Quinta Brigada de Caballería y a los morochucos del teniente coronel Miota. Tal vez convenga que lleve al batallón *Guarnición de Marina*... son veteranos de la escuadra.

—¿Nos quedan ametralladoras? —preguntó Canevaro.

—Puedo conseguir dos y hasta tres Vavasseur de campaña al mando de don Jesús del Valle.

—Mi General, me atrevo a garantizar la destrucción del ejército de Baquedano antes del amanecer —creció la voz de Cáceres como antes de la victoria de Tarapacá—. Entraremos por sorpresa y con toda energía.

—Bien, pronto debe volver Su Excelencia, confío en obtener su autorización...

—¿Hay que esperar? —se fastidió Cáceres—. ¿Lo cree usted indispensable, mi General?

—Me temó que sí. Las órdenes de Su Excelencia son terminantes. Solo él puede autorizar una ofensiva.

A las diez de la noche Piérola al fin regresó del campamento de Vásquez. Silva lo esperaba en la quinta de Scheel. Varias horas había meditado el Dictador la estrategia que debe seguir. De nuevo sostenido por reductos y trincheras, resolvió no apartarse de su primitivo plan defensivo. Desconfiaba del valor de las tropas y creía preferible que combatieran sin efectuar arriesgados desplazamientos. El olor a derrota estimula a los desertores a escapar a todo lo ancho de la línea. Antes de informar sobre la apurada reorganización de los ejércitos, Silva expuso el plan propuesto por el coronel Cáceres. Esperaba que Su Excelencia le diera aprobación y apoyo. Piérola se despojó del casco coronado por el cóndor bicéfalo, secó su frente con un pañuelo y pareció reflexionar un largo rato.

—No —dijo—. De ninguna manera. Es un plan que encierra un sacrificio estéril e inútil. El ejército chileno se encuentra formado en los alrededores de Chorrillos. Sólo unos cuantos se han emborrachado.

LOS TENIENTES ENRIQUE y Augusto Bolognesi se reunieron en Miraflores al caer la noche. Uno había salvado su cañón de los carniceros jinetes de Baquedano, al otro lo enviaban a reforzar la nueva ala derecha. No pongas esa cara, dijo Enrique abrazándolo, aún tenemos que pelear. A su hermano menor se le humedecía la mirada. También pelea para vengar a su padre. Descansen muchachos, se dirigió a los servidores de su liviano cañón Grieve. A los veintiún años lo colmaba la amargura. Nada había sido fácil en la vida para los muchachos del coronel Bolognesi. Cualquiera se equivoca en este tiempo de decisiones sin retorno. Cuando el héroe contrajo nupcias con la arequipeña Josefina de la Fuente, no imaginó que concluída su primera comisión militar lo destinarían a nuevos cargos en Lima. Acababa de tener una hija. Su esposa se negó de plano a abandonar el terruño. El coronel tuvo que viajar solo. Después de algunos años conoció en la capital a la señorita Rosa Medrano. Se amaron. Casarse era imposible pero Bolognesi tuvo con ella tres hijos, que hoy visten el uniforme de la Patria. El más joven, Federico, se encuentra en la

batería del cerro El Pino. Porque no son hijos legítimos del héroe, los habían relegado a segundo plano en las ceremonias que honran a su padre. Los Bolognesi se sentaron a mirar el siniestro chorrillano. A todo lo ancho y largo de San Juan y Surco se oye quejidos, oscuros sigilosos pasos, la sedienta agonía de soldados que se arrastran en busca de acequias y puquios. Seguían emergiendo dispersos y extraviados. A ratos crepitan nerviosos rifles nacionales. Imaginan al enemigo llegando al ataque. O vuelven a escapar quienes se desbandaron en la mañana. Enrique Bolognesi compuso un maltrecho cigarrillo. Tosió al encenderlo. De pronto recordaba a su amigo Agustín Matute. Justamente ayer averiguó su desdichado final. Tomado prisionero en Chíncha cuando lo abandonaron sus gendarmes, sufrió sucesivas prisiones e interrogatorios. Los chilenos afirman que el subprefecto Matute se suicidó en su celda. Se había abierto la garganta con una navaja de afeitar. ¡El pobre Matute! ¡El héroe Matute! Lo imagina agonizando sobre un denso charco en el que hunde rotas facciones y se pregunta qué sentido tiene esta peligrosa aventura de existir. Matute había sido un buen peruano. Acabó de la peor manera. ¿De veras algún día hubo un ángel? ¿la sonrisa de Dios? Hoy mismo la matanza cebó sus cuchillos en los camaradas de Bolognesi. Cosido a puntazos el capitán Delhorme, sajado por incontables filos el capitán Hernando de Lavalle, desintegrado el chotano David León, repasados los artilleros desde Pamplona hasta el Morro, habrá que pedir rápidos refuerzos a los restos de la inútil escuadra prisionera en el Callao. Y sin embargo, Dios existe. La idea, el deseo de Dios. Padre huérfano, soledad inmutable, ¿sólo para esto existíamos? Mañana respirarán a pulmón pleno el detestable hedor de la matanza, no sólo el plumoso hollín de palacios en llamas.

Una patrulla nacional cruzó delante de los cañones hacia el quinto reducto. Enrique no se movió cuando una sombra trajeada de oficial se le acercó.

—¿Teniente Bolognesi?

—Enrique Bolognesi —respondió levantándose. No reconocía al recién llegado.

—Soy Juan Alfaro, ¿te acuerdas de mí?

—Por supuesto —Bolognesi sonrió estrechando la diestra del antiguo contador del *Huáscar*. Agregó—: Mi hermano Augusto.

—¿Estuvieron en San Juan?

—Sólo mi hermano —Augusto se interesaba en el nuevo amigo. Tenía cierto aire veterano—. ¿Y tú?

—Estoy al mando de una compañía en el reducto —Alfaro acaba de aventurarse dos kilómetros por los campos de La Palma. Doce rifleros lo acompañan. Indagó si han pasado rancho. No alcanzan los víveres de la bien provista Reserva para cinco mil soldados de línea recién llegados. Ni los Bolognesi ni su pequeña tropa han comido desde ayer. El capitán señaló las posiciones del batallón N° 8—. Vengan conmigo. Puedo conseguirles pan y fiambre.

Hoy no habían encendido las cocinas de campaña.

—¿Y los cañones?

—No hay chilenos al frente... y estamos a dos cuerdas de mi batallón.

—Yo iré primero —dijo Enrique.

—Tienen que descansar un rato —recomendó Alfaro—. Sólo Dios sabe qué ocurrirá mañana.

EL TENIENTE ASERVI SE detuvo al pie de la quebrada de Almendáriz. Detrás suyo se apretaron Jaija y Collantes. Desde aquí veían el incendio chorrillano repitiéndose sobre el océano quieto como un aceite. Sobre sus cabezas, chorros de fuego se elevaban de los acantilados. Antes de que la caballería chilena ocupara la playa para liquidar a quienes salían de Chorrillos, los sobrevivientes del batallón *Lima* consiguieron escapar. A ratos el sargento Jaija se quejaba bajito. Dos o tres veces dijo que seguro le cortarían la pierna. Aservi mandó callar. Nada más renqueaba. No es para tanto, sargento. Pegado a los barrancos, Collantes escucha golpear arietes hidráulicos bombeando agua de filtraciones hacia los ranchos que se alzan a sesenta metros de la orilla. Las siete y media. Las ocho de la noche. Cerca de Almendáriz tropezaron con otros peruanos. Nadie quería subir. Acaso los tomaran por chilenos y cayeran acribillados antes de alcanzar la línea de reductos. Aservi avanzó a explorar. En Almendáriz encontró al subteniente Numa Genaro Llona.

—¿Qué hacemos, compañero?

—Voy a subir —resolvió Aservi.

—Pues yo no me quedo —dijo el bachiller de uniforme. Arriba vigila la cuarta compañía del batallón N° 2.

Apoyado en su rifle, el sargento Leguía escudriña la inmediata sombra de Almendáriz, sólo a ratos permitiéndose contemplar el gran incendio. Disuelta por el viento la aceitosa humareda que despedían palacetes y fincas impregnados en kerosene, expandidas las llamas a miradores y techumbres de madera, inflamadas buganvillas y viejos jazmines, el fuego emitía pulsaciones de luz rojiza como una brasa gigantesca y otro vaho, blanco y delgado, flotaba a modo de alta bruma sobre los balnearios. Cada diez minutos, cada veinte se desploma un tejado, lanzando al espacio un revoltijo de chispas. Hace una hora, el coronel Derteano se detuvo en el cerro de arena, a mirar por última vez el desastre de Chorrillos. Auxiliado por un antejo de campaña, reconoció su propio rancho convertido en una hoguera. El viento sur arrastraba una carbonizada pestilencia, cierta sensación de enfriado calor, cenizas como escanias. El ciudadano jefe de la Primera División de la Reserva observó un rato la *corniche* en llamas y regresó al pueblo sin decir palabra. Ahora se escucha crepitar el incendio inflado por el viento sur. En lo profundo de la garganta escarbaban pedruscos. Leguía miró a sus reservistas. ¿Quién vigila abajo? Creo que Falucci, mi sargento. Leguía se incorporó de un salto. ¿Falucci? ¿Pero si es completamente sordo!

El sargento chiclayano bajó a saltos seguido por media docena de sus hombres. No hay duda, alguien llega por el mar. Acaso el enemigo intentaba otra sorpresa. A mitad de la quebrada, Leguía sonrió. Gritaban el nombre del Perú. Vive todavía el batallón *Lima*, la *Guardia Peruana* no ha dejado de existir. Aservi anuncia que hay más peruanos en la playa, sin ser comprendido por el sordo Falucci.

—Bienvenido a la Reserva, mi teniente —saludó el sargento Leguía.

—¡Vaya, al fin alguien inteligente! —se alivió el oficial. Necesitaban ayuda. Abajo quedan heridos, también hombres agotados por nueve horas de combate sin cuartel.

Detras suyo emergieron soldados vacilantes, de uniformes desgarrados. Huelen a llaga, a sudor endurecido. Es todo lo que queda de la terca guarnición del Morro Solar.

Siete veces cicatrizado, el capitán Delfín buscaba al señor Cáceres por la línea de Miraflores. Aquella remota descarga chilena que lo recibió por delante en la quebrada de Tarapacá, no bastó para matarlo. Primer herido en

esa batalla en noviembre de 1879, las rabonas del *Zepita* lo cargaron hasta el pueblo. El coronel Cáceres no lo dejó atrás. Sobre una parihuela, los infantes cusqueños llevaron a su teniente hasta Arica. Allí terminaron de cerrar sus heridas. Todavía débil, desempeñó misiones a retaguardia durante la batalla de Tacna. Caminó con los sobrevivientes hasta Moquegua y Arequipa. Hace un mes consiguió traslado a Lima. Ahora busca a su antiguo jefe para pedir puesto de combate. Lo encontró echado sobre su guardapolvos, rodeado de ayudantes entre los dos reducidos de la derecha.

—¡Vaya, hombre, llegas a tiempo! —se alegró de verlo el capitán Torres Paz. Llevando en alto el estandarte carolino, los bachilleres habían saltado sobre el cuerpo acribillado de Delfín en la quebrada de Tarapacá. Lo dieron por muerto.

—A tiempo, eso espero —contestó Delfín. Repartió apretones de mano. Cáceres dormitaba y sus ayudantes preferían no molestarlo. Delfín viene de Lima. La gente ha empezado a refugiarse en legaciones y conventos. Andrajosas turbas se adueñan de las calles, en demanda de presuntos culpables de la derrota. Querían creer que el desastre se debe a civilistas traidores. La policía allanó la Legación de Francia en busca de Riva Agüero. Dicen que van a pasarlo por las armas. Los almirantes Petit Thours y Sterling llegaron al palacio presidencial a las cinco de la tarde. Exigían explicaciones. Se temía el estallido de una comuna.

—Están locos —dijo el capitán Lecca.

—¿Qué ocurre? —indagó Retes despertado por el murmullo de sus camaradas.

—Quieren fusilar a Riva Agüero.

Retes contestó con un silbido.

—¿El señor coronel Cáceres? —llegaba un jinete.

—¿Quién lo busca? —se alzó Lecca.

—De parte del señor General Silva, que vaya inmediatamente al Estado Mayor General.

No fue necesario comunicar el mensaje al coronel Cáceres. Había escuchado al jinete y se incorporaba recogiendo su guardapolvos. Se detuvo a saludar al capitán Delfín. Lo encontró más flaco que en Tacna. No lo quería muerto, de nuevo malherido. Tampoco podía negarse a darle colocación. Espéreme aquí, dijo el coronel. Tenía prisa

por entrevistarse con Silva. Acaso por fin ha conseguido autorización para entrar por sorpresa a Chorrillos.

Diez minutos después, el jefe ayacuchano se presenta ante el General. No hay mapas de Miraflores y la línea de reductos. Por orden suprema, el ingeniero Gorbitz seguía distraído en fortificar la Ciudadela Piérola, en la áspera cumbre del cerro San Cristóbal, así que el propio señor Silva tuvo que dibujar un plano sobre papel corriente.

—¿Atacamos, mi General?

Silva movió negativamente la cabeza.

—No, señor Cáceres. Sólo debemos organizar una segunda defensa y esperar los acontecimientos.

El coronel cerró los puños. ¿Esperar, mi General? ¿esperar qué? Sólo quedan dos alternativas. Atacar ahora mismo o tomar el camino de Matucana antes del amanecer. Mientras haya un ejército peruano en campaña, la guerra no habrá terminado. En fin, era preferible librar la última batalla en las estrechuras de Chosica que en este llano miraflorentino. El viejo General Silva lo miró como pidiendo ayuda. Han decidido no moverse de aquí. Es posible que cuando el enemigo se recobre de su monumental borrachera, tengamos que librar otro combate. Presume el jefe del Estado Mayor General que los chilenos seguirán avanzando pegados al mar.

—Le he conseguido ocho ametralladoras —explicó el General—. Serán servidas por oficiales de la Marina de Guerra. Sugiero emplazarlas en baterías.

—Estoy de acuerdo —Cáceres se inclinó a estudiar el tosco mapa dibujado con tinta. Su nuevo sector tiene dos mil metros de ancho—. El batallón N° 2 dispone de una fuerza efectiva de sólo 250 hombres armados con chassepot...

—Es una de las mejores unidades de la Reserva.

—...¿estará directamente a mis órdenes?...

—No —el General disimuló su disgusto. Cuatro minúsculos batallones de reservistas distinguidos integran una división a órdenes del coronel Derteano, a su vez bajo el mando del coronel Pedro Correa y Santiago, que depende del coronel Juan Martín Echenique que sólo obedece al Jefe Supremo.

—...No diré que es lo mismo que nada, pero si van a encerrarse en su reducto, usted me entiende...

—Tiene usted al batallón *Jauja* por ese lado —observó Silva.

—Son 300 hombres nada más —ya Cáceres y su estado mayor habían agrupado y contado a dispersos y sobrevivientes, procurando que conservaran su antigua organización. Señaló el espacio entre la batería Alfonso Ugarte, los acantilados y el primer reducto—. Aquí pondré a los jaujinos y a los que salvaron de los batallones *Callao*, *Libres de Trujillo* y *Guardia Peruana*...

—Aprobado —dijo el General.

—...y entre el primer y segundo reductos me parece conveniente poner a los restos de mi primera división —a Miraflores seguían llegando canteños y fatigados rifleros de los batallones *Lima* y *28 de julio*—. Sumados a los batallones *Marina*, *Guardia Chalaca* y *Celadores del Callao*, dan aproximadamente 1,300 hombres...

—Si hay batalla, el enemigo intentará forzar el paso por la vía férrea.

—...así lo creo, mi General. ¿Qué hay del tren blindado?

—Le han añadido otras dos plataformas con cañones.

Ahora Cáceres se enfrascó en el estudio de su flanco izquierdo. El centro de la línea dependía del segundo reducto del coronel Ribeyro, cuyo batallón cuenta con trescientos reservistas. Seguían los restos de los batallones *Concepción*, *Libertad* y *Paucarpata*, con 1,050 hombres en total. En el tercer reducto hay 280 soldados distinguidos al mando de la Colina. Allí su Cuerpo de Ejército encontraba a las tropas de Belisario Suárez.

—Hay quejas de su actuación —se limitó a decir Cáceres.

—Lo sé, lo sé —sin embargo el General confiaba en el antiguo jefe del Estado Mayor del Sur.

—¿Quién es el jefe inmediato a mis soldados?

—Canevaro, con 750 hombres .. todo lo que queda de cuatro batallones.

—Podríamos estar peor, mi General... —el jefe ayaucuchano echó un último vistazo al mapa. Por suerte conocía de memoria todo el territorio al sur de Lima. No un ejército de cartón, tampoco un panorama de tachuelas clavadas sobre extensos mapas de pared lo esperan afuera—. ¿Algo más, señor?

—No, coronel. Nos veremos en la mañana.

EL DÍA SIGUIENTE de la batalla llegó cargado de bruma. Una dulzona pestilencia a carne muerta se ensanchaba desde chamuscados potreros de San Juan, empozándose en colinas y hondonadas detrás del balneario en ruinas. Colgando de parapetos, apiñados en trincheras, abiertos sobre la pampa, miles de cadáveres asoleados y luego humedecidos por la niebla empezaban a pudrirse sin que nadie pensara en darles sepultura. Lustrosos pequeños buitres no elegían entre chilenos o peruanos. Consumada la matanza, no hay vencedores ni vencidos. Los gallinazos picoteaban tráqueas, sorbían vísceras, cerebros, disputando por desayunar a héroes opíparos ante el espanto de heridos no confortados por cirujanos o ambulancias de cualquiera de los bandos. Millones de moscas se sumaban al insoportable festín de muertos fermentados por el violento verano. Cuando un sol amarillento penetró por fin la atmósfera chorrillana, aún ardían ranchos y miradores y un grueso hollín ensuciaba el rostro de los sobrevivientes.

El ejército chileno dormía la borrachera a las seis de la mañana. En vano las cornetas tocaron diana aurora. Sólo algunos batallones a órdenes de Lynch en el Morro y la caballería fiel a Baquedano se incorporaron a pasar lista. Trescientos, acaso cuatrocientos vencedores habían perecido durante el saqueo. Algunos despiertan sólo para seguir bebiendo. Al crecer la mañana, esporádicos tiroteos volvieron a estremecer los escombros de Chorrillos.

En la Escuela de Clases, el coronel Arnaldo Panizo despertó empapado en sudor. Un centinela chileno le recordó su nueva condición de vencido y prisionero. La servidumbre impuesta por la guerra estorbó sus movimientos. Por ahora, ha de pedir permiso hasta cuando quiera orinar. Ocho horas estuvo al frente de sus baterías en el Morro Solar. Acorralado por enemigos que llegaban de Marcavilca y subían desde el balneario, dio al fin orden de abrirse paso hacia la playa. Sólo cien peruanos tuvieron fuerzas para seguirlo. Tropezaban con compañeros muertos, caían en hoyos abiertos por bombas, los derribaban a palazos. Se dejó resbalar por la abrupta ladera del Morro. Algunos perdían equilibrio y se estrellaban contra las rocas. Con el uniforme deshecho y las manos desolladas, Panizo estuvo cerca de escapar a Miraflores por la playa. Detrás suyo retumbó el polvorín del Morro, cuya mecha había encendido antes de bajar. Desde el malecón los tirotearon. Cer-

ca de la quebrada de Tenderini, la caballería de Baquedano atajó a los artilleros.

—Coronel, sírvase acompañarme —la voz de un teniente enemigo lo arrancó de sus cavilaciones. La guerra no ha concluído. Aún quedan peruanos en la línea de reductos. Frente a la Escuela, cuya fachada perforaron ayer miles de balazos, esperan nerviosos ayudantes del comandante en jefe chileno. Un vaho a cloroformo se derrama de cuabras transformadas en hospital. Panizo desvió la mirada de sanguinolentos baldes llenos de miembros recién amputados. El teniente que lo escoltaba señaló una puerta custodiada por barbudos centinelas. Entró. El resto de prisioneros no se volvió a mirarlo. Rodeaban al infortunado teniente coronel Ochoa. Cinco minutos atrás expiró.

Baquedano no se sentía a gusto en este edificio triste. No obstante durmió cinco horas de un tirón. Estaba malhumorado cuando apareció a visitar a sus heridos. Aunque miliciano desde niño, diestro en el sable que decapita desde lo alto del caballo, el general chileno abrevió atenciones a la tropa para respirar aire fresco en la explanada. Su rostro bien afeitado se agrió al oír nuevos combates entre chilenos. El Jefe del Estado Mayor General se le reunía.

—Mejor llévese a la gente de Barbosa —dijo el comandante en jefe—. Que quemen Barranco, ¿comprendido?

El General Maturaña asintió. Durante la noche temió un sorpresivo ataque peruano. Sus temulentos batallones han quemado todos sus cartuchos y no quería repartir más paquetes de balas hasta que no estuvieran sobrios. Necesita recibir pertrechos de la escuadra por el embarcadero de Chorrillos, pero los ebrios tampoco respetan a los marinos.

—Hoy no quiero otra batalla, Marcos —insistía el comandante en jefe—, que no se acerquen a los reductos.

En la cuadra de los prisioneros, el viejo Valle Riestra hundió la cabeza entre las manos. ¡Todo está perdido! Su hijo dormía en un camastro cerca suyo. Al menos él podrá atestiguar que combatieron hasta el fin. Las divisiones de San Juan han de haber sufrido grandes estragos. Acaso la ofensiva chilena también despedazó a los reservistas. Sólo así se explica que no hayan atacado durante la noche. Y allá, Lima. Lima indefensa, contemplando humear el horizonte y el cielo de verano poblado de buitres.

TODA LA NOCHE ESCAPARON reclutas de la línea de reductos. Cerca de veinte chilenos borrachos cayeron prisioneros por la vía férrea. Junto al segundo reducto, al amanecer mataron a un sargento enemigo que llegaba a caballo. Desde Lima informan que siguen apareciendo dispersos. Empezaba el confuso luto de una ciudad sin noticia fidedigna de sus muertos. Aunque el populacho limeño se adorna con insignias de la Cruz Roja fabricadas vaya uno a saber por quién, no hay cómo evacuar a todos los heridos que ayer llegaron a Miraflores. Combatientes sumidos en un estado de estupor llenan plazuelas y paseos del pueblo. Centenares se niegan a combatir otra vez. En la quinta de Scheel el Jefe Supremo dormía. Antes de que prosperara una sublevación, el General Silva ordenó fusilar a todo varón que antes de mediodía no hubiese reconocido a un nuevo jefe.

Con el bien cortado talismán azul cubierto de polvo, el ciudadano coronel Ribeyro paseaba la cresta de su reducto contemplando disgustado este ejército al revés, de soldados a pesar suyo, que sólo esperan una distracción para escapar hacia Lima. Se contagian miedo y desconfianza a sus propios reservistas. A las siete vio revivir el incendio. Alimentadas por rociaduras de kerosene, primero las llamas se propagaron a ras de Barranco para inflamar después altos miradores y molinos. Ardían como de yesca arosas fachadas por dentro hechas de quinchá. Techumbres de madera y barro parecían explosionar con un agudo siseo. Fulguró el incendio entre pinos y saludables astrapeas. Metódicamente el fuego zigzagueó entre la avenida de sauces y los acantilados. Balneario predilecto de ingleses, alemanes y ricos italianos, a las nueve todo Barranco se quemaba.

—¡Bárbaros! —el teniente coronel Juan Corrales Melgar subía a la cresta con una pipa entre los dientes. Encuciado el cielo por el humo que trepa a borbotones, los peruanos se movían bajo una atmósfera cenicienta, como invernal.

—Un pueblo abandonado —dijo Ribeyro—. Han venido a destruir el Perú y sólo hay una forma de evitarlo.

—Destruyéndolos primero —murmuró el segundo jefe del batallón N° 4.

Esperaban y esperaban. Ya no en cofres de metal sino en improvisados costalillos, siguen llegando municiones de Lima. Detrás de los reservistas caldeaba el tren blindado de la Marina de Guerra. Con blancas cotonas na-

vales, marineros de la escuadra se alinean detrás de las tapias a derecha del reducto. Animosos sobrevivientes de la división de Ayarza se escalonan entre el *Guarnición de Marina* y los cuatrocientos rifleros de la *Guardia Chalaca*. Sólo ese sector tranquilizaba al ciudadano Ribeyro. Porque a la izquierda de su polvoriento fortín, durante la noche escaparon muchos reclutas. Iba a decir que quienes no pelearon en San Juan no tienen por qué portarse mejor en Miraflores, cuando el sargento del Castillo se acercó a anunciar que por fin llegó la ametralladora.

—¿Gatling?

—No, señor. Es una Clayton y viene con el guardia-marina Moreno, mi coronel.

—¡Parlamentarios al frente! —gritó el bachiller Juan Tagle desde su puesto de vigía.

—¡No disparen... no disparen!

—¡Por la línea del tren, mi coronel! ¡Creo que traen al señor Iglesias!

—Avisen de inmediato al Jefe Supremo —dijo Ribeyro.

El veterano coronel Julián Arias y Aragüez desconfiaba de los chilenos aunque enarbolaran bandera blanca. Sólo al distinguir el afilado semblante del coronel Miguel Iglesias, picó espuelas a su caballito morochuco. En el Morro de Arica le habían matado a su hermano mayor, héroe del fuerte Ciudadela. Con ojos llenos de rencor observó a los acompañantes del prisionero, un atildado civil con atuendo de montar, un capitán de cazadores que sostenía la bandera de parlamento y un corneta. A su vez seguido por dos oficiales y un corneta, Arias y Aragüez subió al terraplén del ferrocarril. Los chilenos se detuvieron.

—Aguarden aquí —murmuró el coronel. El enemigo llegaba sin armas. Se despojó del cinturón con el revólver y entregó su espada a un ayudante. Observado por tensas tropas nacionales, lentamente se acercó a los chilenos. Iglesias ni siquiera parpadeaba. La armada multitud con que soñó arrollar a Baquedano se ha reducido a esto, a menos de siete mil combatientes esforzándose por cerrar ocho kilómetros al descampado, entre Almendáriz y La Calera de la Merced. A diez varas de distancia, Arias y Aragüez descifró una infinita amargura en el rostro del antiguo Secretario de Guerra. Lo saludó con la diestra en el quepís antes de prestar atención a los chilenos.

—Por encargo del comandante en jefe del ejército de

mi país, vengo a entregar un mensaje al general en jefe de las fuerzas peruanas, señor —habló el paisano.

—No consigo adivinar su rango, señor —Arias y Aráñez lo miró arriba abajo.

—Soy Isidoro Errázuriz, secretario del Ministro de Guerra de mi país, señor.

—Mi coronel... —el peruano se dirigió a Iglesias... siga usted adelante, mi coronel. A ustedes, caballeros, les ruego que aguarden aquí mismo. Consultaré órdenes... buenos días.

Iglesias se despidió de sus acompañantes con un leve movimiento de cabeza. Personalmente Baquedano le había expuesto sus términos: tregua en todo el frente hasta el mediodía del 15 de enero, mientras se discute un armisticio. Ya habían derramado suficiente sangre. Sólo exigía la capitulación del Callao y la entrega de sus castillos intactos. En caso de que Piérola no aceptara, tendría que abrirse paso a sangre y fuego hasta la capital y el puerto. Si hay que librar otra batalla, Baquedano amenaza enviar a su batallón de chinos por delante.

A medio kilómetro del paraje donde quedaron los chilenos, se alzaban torbellinos de fuego y proseguía la destrucción de Barranco. Balazos sin rumbo cruzaban hasta Miraflores, zumbando por encima del terraplén. Enhiesto sobre la cabalgadura, Iglesias avanzó al trote escoltado por el jefe de la avanzada. Los restos del *Canta* y del *Lima* se acercaron a vitorearlo. Frente al reducto, Iglesias agradeció el saludo de Ribeyro. Lamentaba informar que el teniente coronel Ochoa había muerto esta mañana en la Escuela de Clases. Su hermano José Ochoa cayó ayer, a mitad del combate. Ya el jefe del batallón N° 4 daba por desaparecidos a sus íntimos amigos y sin embargo su cabeza se hundió tristemente. Iglesias apuró el trote hacia la quinta de Scheel. Allí lo esperaba el Dictador. Se encerraron a conversar a solas.

EL CAPITÁN. SAMUEL LUIS Villarán terminaba de afeitarse el mentón mientras su padre, el ciudadano soldado Federico Villarán le sostenía un espejito frente al rostro en el primer reducto. Bien, papá, las cosas mejoran. Dicen que Baquedano soltó a Iglesias para pedir la paz.

Acaso quedó peor de lo que pensamos. Algunos aseguran que Chile perdió nueve mil hombres en la toma de Chorrillos. El capitán Villarán cree prudente calcular las bajas enemigas en cinco mil, suficiente para quebrantar a cualquier ejército. Padre e hijo se sonrieron. Sí, las cosas mejoraban. Ayer no creían volver a verse. Aislado por el ataque chileno, el capitán consiguió llegar más tarde a Chorrillos, transportando el cuerpo del infortunado coronel Bernal. Luego buscó a los dispersos combatientes de su compañía. Pudo entregar treinta hombres al nuevo jefe del *Libres de Cajamarca*, el teniente coronel Mauricio Rojas. Ya entonces sobraban capitanes en su antiguo batallón. Silva lo envió a reemplazar al enfermo capitán Calderoni, de la primera compañía del batallón N° 2, en cuyas filas servía precisamente el raso Federico Villarán.

Con el rifle a la espalda, el ciudadano Carlos Richardson cruzaba Miraflores con enérgicas pisadas. Estaba de buen humor. Por segunda vez en la vida ascendía en la milicia. A partir del 2 de mayo de 1866, el rollizo hijo de inglés y peruana había acumulado galones hasta llegar a coronel de cívicos antes del 4 de abril de 1879. De nuevo raso cuando se enroló en el Ejército de Reserva de Lima, esta mañana lo mandaron llamar al primer reducto como sargento segundo. Recogió sus cosas, se despidió de Ribeyro y, con pena, de su amigo Saturnino del Castillo. Ojalá nos volvamos a ver, hasta pronto a todos. Buena suerte, gringo. Se marchó volviéndose a trechos para agitar la diestra en ademán de adios. La aparición de Iglesias electrizaba Miraflores. Richardson fue a mirar la quinta de Scheel. Un centenar de curiosos asedia la residencia presidencial. Encontró a Derteano observando el potro con arreos chilenos en el que vino el Secretario de Guerra.

—Buenos días, señor Derteano —sonrió Richardson. Conocía bien al banquero. Había sido gerente de la Compañía Salitrera de Tarapacá hasta que empezó el bloqueo de Iquique y Derteano era uno de los accionistas más importantes—. ¿Buenas noticias?

—Qué lisura, don Carlos, este caballo es mío —el jefe de la Primera División de la Reserva mostró su marca en el anca—. Es hijo de *Gladiator*. Lynch me lo robó en Chimbote. Dice el señor Iglesias que se lo dieron en la propia caballeriza de Baquedano.

—Pues quédeselo y que Iglesias regrese en otro animal —dijo Richardson—. Que se vaya en un aguilillo.

—Hum. No sé si darme por aludido... me parece que al fin Baquedano quiere paz. ¿Adónde va usted?

—Me transfieren al primer reducto, señor. Bien, con su permiso...

—Siga usted, don Carlos. Y sinceramente, don Carlos, buena suerte.

—...gracias, señor. Le deseo lo mismo.

La plaza frente al Hotel Principal estaba llena de cartuchos ensacados. El coronel Ambrosio del Valle inspeccionaba personalmente la munición. Al jefe del parque limeño, el coronel Nicanor González, le habían matado a un hijo en Chorrillos. El pobre hombre luchaba por abastecer de correctas cápsulas a los batallones del segundo frente. La pequeña fábrica instalada en el cuartel de Santa Catalina sufría constantes desperfectos. Por el costado de la quinta de Scheel, el señor Richardson regresó hacia la calle Bellavista. Hoscos jinetes del Escuadrón Escolta ni siquiera le preguntaron adónde se dirige. Nadie parecía desconfiar de los reservistas, no importa que algunos batallones, como precisamente el N° 2, hayan llegado a este viernes 14 de enero con la mitad de sus efectivos. A Richardson le alegró el corazón escuchar el canto de los pájaros. Más alto que el placentero follaje de estas huertas o que los grandes pinos de Porta, se elevaba el incendio de Barranco y Chorrillos. Como si sólo fuese verano, no la víspera de otra batalla, se oye pulular gorriones y jilgueros por esos ranchos olorosos a jazmín y madreSelva. Richardson casi se sintió en paz. Ha de concluir pronto este infierno. Seguramente las potencias ofrecerán su mediación para una triste paz con honor. Menos de catorce mil peruanos ayer derrotados, no bastan para interponerse mañana entre Lima y la bien pertrechada masa chilena. Así que Richardson probablemente vivirá de regreso a su familia. La memoria de sus hijos pequeños y de su joven esposa le apretó la garganta. Amor, también lástima, en fin, miedo por ellos más que por sí mismo, de todo ello estaba hecho su ánimo mientras salía del pueblo hacia el cerro de arena. Nerviosas golondrinas que en verano llegan del hemisferio norte, huían del incendio de Barranco. A derecha, sobre el océano intensamente azul, se mecía la escuadra del invasor. Cuarenta buques de todo tamaño apoyan la conquista de Lima. Como un escalofrío recorrió a Richardson. Sus za-

patos se hundieron por una huella cáscajosa, a medias apisonada por las carretas de la batería Alfonso Ugarte. Dos piezas Rodman de 500 libras vigilan el mar y dos cañones Parrot de 70 apuntan en dirección de Barranco. Saludó a los artilleros al pasar.

ANDRÉS AVELINO CÁCERES y los coroneles Noriega y Zevallos se encontraron en la estación ferroviaria a las dos de la tarde. Piérola convocaba a una urgente junta de jefes. Nadie sabe aún que conversaron el Jefe Supremo y su antiguo Secretario de Guerra. Pasadas las doce, Iglesias regresó al encuentro del parlamentario chileno que no se había movido del terraplén del ferrocarril. Don Isidoro Errázuriz carecía de poderes para preparar un armisticio. Manda decir Su Excelencia que está dispuesto a recibir a un plenipotenciario chileno y a discutir la paz, siempre y cuando venga premunido de las debidas credenciales.

Mientras tanto seguían llegando espantados extranjeros de Barranco. Desde temprano, vinosos chilenos merodearon fincas y palacetes de neutrales. Lafón fue el primero en escapar a Miraflores con su familia. Tuvo que comprar con monedas de oro la protección de varios oficiales enemigos. A un ciudadano alemán lo desvistieron cerca de la estación. Pronto se declararon incendios y arrancó el saqueo a plenitud. A diferencia de ayer, esta vez permiten escapar a los indefensos neutrales barranquinos. Aparecían en grupos temblorosos, agitando trapos blancos por la línea del tren. Más allá de la estación de Miraflores, aguardan carreteros que cobran una fortuna por transportarlos a Lima.

Bien, visitemos a Su Excelencia. De ayer a hoy, el peligroso sector que depende del coronel Cáceres empieza a parecer un campamento militar y no el escenario de una catástrofe. Dejó a los coroneles Porras y Seminario a cargo de las líneas entre los tres primeros reductos y soltó riendas rumbo al pueblo. Se pregunta hasta cuándo soporarán las potencias europeas el continuo asesinato de sus pacíficos súbditos. Trece bomberos italianos han sido fusilados en Chorrillos. Dueños de púlperías y sus mujeres han corrido la más espantosa de las suertes. Al doctor MacLean lo mataron en la puerta de su casa. El propio

Ulderico Tenderini y su amigo, el conde Carlo Carezzi-Galesi, salvaron el pellejo de milagro. Los horrores del jueves 13 de enero venían a sumarse a una inagotable lista de reclamaciones presentada por las potencias, cuyos intereses comerciales habían sido depredados a todo lo largo de la costa del Perú.

A cien metros de la quinta de Scheel, el señor Cáceres se volvió al escuchar un caballo al trote largo. Tardó en reconocer al coronel Buenaventura Aguirre. Traía la cabeza vendada con telas ensangrentadas. Como un furibundo dolor de muelas le hinchaba el rostro. El jefe ayacuchano frenó su cabalgadura. Sentía particular aprecio por el coronel Aguirre. En San Juan le tocó combatir en el ala izquierda. Nacido en Puno cuarenticinco años atrás, vestía coronelas desde hace doce y había sido senador de la república en tiempos de Manuel Pardo.

—¿Qué sucedió, mi coronel?

—Me pegó un balazo de rebote, al menos eso creo —contestó Aguirre—. Por poco, coronel.

—Así es, por poco... ¿tiene usted noticias de Lima?

—Todas son malas. ¿Sabe que quieren fusilar a Riva Agüero?

—Sí, ya lo he escuchado.

—La ciudad está en manos del populacho. ¿Y su familia?

—En Lima —se oscureció Cáceres.

Después el ayacuchano guardó silencio. El pueblo de Miraflores parecía a salvo del espanto de la guerra. Tampoco hoy ha cerrado sus puertas el Hotel Principal. Cerca de la Iglesia, un puñado de viejos tomaba el sol.

Desmontaron frente a la quinta que ocupa Su Excelencia.

—Señor, por aquí —en la entrada aguardan atildados edecanes.

Los coroneles atravesaron el enorme jardín cruzado por senderos entre encantadoras glorietas. Bien recortados se tos comarcan parterres y fuentes de las que brotan chorros de agua limpia. Aguirre se sintió un poco fuera de lugar. Prefería la vida de cuartel. Con aire crítico observó alineadas perezosas de mimbre chileno, mullidos divanes vacíos en el salón donde otros jefes esperan ya al Jefe Supremo. Más frescos los coroneles de la Reserva que no han combatido, su aspecto contrasta con la ajada apariencia de los coroneles de línea. Canevaro traía el uniforme roto. El

almirante Montero, también los generales Buendía y Segura están cubiertos de polvo. Cáceres restregó sus suelas en un felpudo para no ensuciar pisos espejeantes. Desde la víspera no veía a sus antiguos subalternos, los coroneles Pereira y Lorenzo Iglesias. Tampoco ahora pudo preguntar por qué no obedecieron sus instrucciones. Se abrió una puerta y de distantes aposentos interiores llegó Su Excelencia acompañado por su pariente Juan Martín Echenique. Ascendido de capitán a coronel con el advenimiento de la Dictadura, Echenique no se separaba de Piérola desde que la víspera se reunieron en el campamento de Vásquez. Ordenó secamente que despejaran corredores y clausuraran las puertas del salón.

Entre los coroneles Canevaro y Aguirre, el señor Cáceres se acomodó en el amplio círculo que formaron los jefes. Clavaba su mirada en el grisáceo semblante del Dictador. La desorganizada república se hunde bajo sus botas granaderas.

—Caballeros, los he reunido no para conocer sus ideas personales sobre la situación, ni para preguntar si están listos para dar sus vidas si fuera necesario, sino para que me manifiesten cuál es el espíritu de las tropas y si podemos depender de ellas para librar una segunda batalla... —el Jefe Supremo ni siquiera los invitó a sentarse. Parecía tener prisa— ...es necesario que conozca si nuestros soldados pueden ofrecer una seria resistencia. Quiero añadir que, como condición previa para entrar en negociaciones de paz, el jefe chileno pide que le entreguemos la línea de Miraflores con todos sus reductos y defensas. He rechazado tan humillante proposición.

Canevaro interrumpió el silencio que siguió al discurso del Dictador. Si hay que combatir, pues se combate. Pero la mayoría de nuestra gente, Excelencia, sólo piensa en ir a casa. Tampoco el coronel Dávila confiaba en el espíritu de sus batallones.

—Yo creo, señor, que flaquean porque imaginan imposible una victoria —intervino Cáceres—. Sigo pensando que se debió atacar Chorrillos durante la noche...

—Pero la noche terminó, señor coronel —se malhumoró Piérola.

—...y la guerra no ha concluido, señor. No debe volverse a despreciar una oportunidad de pasar a la ofensiva. El coronel Dávila estuvo cerca de reír.

—¿Atacar? ¿con qué? Toda resistencia nos conducirá a una nueva vergüenza nacional.

A la misma hora, en la amplia Legación de Alemania en Lima, no había sitio para un refugiado más. Aparte de atribulados prusianos, cientos de viejos y niños y mujeres del Perú se apiñan en salones y hasta en patios y escaleras, protegidos por el estandarte imperial. Mientras trenes repletos de mujeres y criaturas parten sin pausa hacia el pequeño puerto de Ancón, las legaciones extranjeras han quedado llenas de indefensos vecinos de la ciudad amenazada. A iniciativa de las potencias, se declaró Ancón bajo la protección de sus armas. Doscientos fusileros navales ingleses ya habían desembarcado en el balneario carbonizado por los chilenos a principios de mes. Las tropas británicas controlaban el éxodo de limeños, proporcionando carpas y hasta alimentos. También allí tomaban tierra numerosas familias extranjeras que vivían desde hace meses en una ciudad acuática de chatas y pontones transformados en hoteles, cerca del fondeadero de la escuadra neutral y que, una semana atrás, fue sacada a remolque por los buques de Petit Thouars. Cuando ya no hubo sitio en los trenes que parten, empezaron a llenarse de refugiados los conventos de Lima.

José de Tezanos Pinto, caballero salteño y Ministro de El Salvador, es el decano del cuerpo diplomático extranjero en el Perú. Escuchó sin parpadear el sombrío informe del ministro italiano Viviani. Los súbditos del rey Umberto habían vuelto a sufrir atrocidades de parte de los chilenos vencedores. Luego de conferenciar temprano con su paisano Tenderini y su amigo Carenzi-Galesi, el paciente señor Viviani hizo llamar a Lima al capitán de navío Sabrano, primer comandante de la fragata blindada *Garibaldi*, y solicitó una urgente reunión de los ministros residentes. Después de almuerzo se encontraron en los aposentos privados del jovial Gramatzki, representante del Imperio Alemán. Por las abiertas ventanas se veía humear los balnearios.

—...nuestras banderas han sido ultrajadas, nuestros súbditos asesinados, nuestras propiedades incendiadas —decía Viviani—. No podemos continuar impasibles.

—Estoy de acuerdo —respiró hondamente el ministro de Vorges. También la cancillería peruana necesitaba una demostración de fuerza. Las potencias debían tomar ciertas iniciativas sin pedir permiso a autoridades en derrota. En medio del desastre, el canciller Calderón se empeña en exigir salvoconducto a quienes van a refugiarse en Ancón.

Hoy simplemente se había ignorado a la tambaleante Dictadura.

—Creo que no carecemos de recursos para imponer la necesaria civilización en esta desdichada contienda —dijo Saint John. Acaso reprendido por el Jefe Supremo, esa mañana Calderón acuarteló a la policía secreta y extendió salvoconducto para que el General La Cotera se asilara a bordo del acorazado británico *Triumph*. En cuanto a Riva Agüero, desde hoy se encuentra en la Legación de Argentina. Saint John expresó preocupación de que el comando chileno ignorara las advertencias de los neutrales. En ese caso tendrían que usar la fuerza. A princ.p.os de la guerra, ingleses y alemanes quisieron intervenir, pero Estados Unidos frenó la proyectada invasión europea de Tarapacá. El ministro se dirigió al plenipotenciario norteamericano—: ¿Qué opina Su Excelencia? ¿Asistiremos con los brazos cruzados al aniquilamiento de esta ciudad?

—No, claro que no —se fatigó el anciano ex-juez de Michigan. Quería volver cuanto antes a su país. Dos meses atrás, en Arica fracasaron las conversaciones de paz promovidas por su gobierno.

—Si los chilenos pretenden saquear Lima, tendremos que impedirselo —dijo Viviani—. ¿Qué dicen nuestros marinos?

El británico Sterling y el italiano Sabrano dejaron que hablara Bergasse du Petit Thouars. Era el almirante más antiguo y por esa razón comandaba la escuadra neutral. Jefe de la estación naval francesa en el Océano Pacífico, conocía bien el poderío de los buques chilenos. Aunque la de Chile ha llegado a ser la octava marina de guerra en el planeta, frente al Callao hay dos acorazados británicos y su propia formidable almiranta, la *Victorieuse*. Dos fragatas inglesas y dos italianas, tres cañoneras de Francia y tres del Imperio Alemán, nueve rápidas corbetas y varios vapores de transporte completan la escuadra a su mando. Aparte de mil fusileros navales británicos, dispone de cuatrocientos rifles franceses, doscientos alemanes y ciento cincuenta italianos.

—Si es necesario, podemos echar a pique a la escuadra chilena —anunció du Petit Thouars. Eso bastaba. Sin buques, a tres mil kilómetros de su propio país, Baquedano tendría que humillarse.

Por unanimidad, los ministros otorgaron autorización

al almirante francés para usar la fuerza de todos los buques neutrales si es preciso impedir otra jornada de barbarie.

—Señorías, si bien lo que hemos acordado merece calificarse de un indispensable acto de civilización, no me parece suficiente —intervino el doctor Uriburu, ministro de Argentina—. Debemos tomar la iniciativa para que se celebren inmediatas conversaciones de paz. Hay que impedir otra batalla. Y el único camino que se nos abre es el del frente. Propongo que ahora mismo pidamos audiencia al señor Piérola y que, contando con su aprobación, visitemos después el cuartel del general chileno.

EL VIENTO SUR alivió a Chorrillos del hedor a muerte que lo envenenaba. Atardecía sin que se hubiese extinguido el incendio o cesado los disparos entre chilenos que escaraban las ruinas. Avivado por el ventarrón, el horno de Barranco chamuscaba la vecina Escuela de Clases. En la planta alta, los prisioneros rodearon al coronel Iglesias. Con un murmurillo explicó que Su Excelencia desconfía de la moral de las tropas, que anoche Cáceres y Canevaro propusieron atacar y que el propio Dictador prohibió toda aventura nocturna. El secretario Errázuriz no había sido siquiera recibido por el Jefe Supremo. La situación en nuestra segunda línea era caótica. La total fuerza efectiva de combate no pasa de doce mil hombres. Sólo quedan treinta cañones y ocho ametralladoras en Miraflores. Al menos Su Excelencia conserva el espíritu vigoroso. Todavía Iglesias confiaba ciegamente en Nicolás de Piérola.

La idea de una derrota definitiva maltrató al viejo Valle Riestra. Ayer perecieron miles de peruanos porque el Perú no debe rendirse. Hoy se piensa capitular. Veinte meses de continua adversidad fatigaban a la gente. Se acercó a dos pasos de la ventana. Temprano mataron de un balazo a un subteniente peruano que se atrevió a sacar la cabeza. Contempló la ruina de Chorrillos, respiró su pestilencia a muerto y carbón. La magnitud del ultraje recibido revolvía al coronel. Recordó a su sobrino acribillado en la avanzada e imaginó después la ciudad llena de viudas y huérfanos y novias. No sólo la muerte, también el degüello de prisioneros, la multitudinaria violación de mujeres, el incendio a traición, los cadáveres profanados y el saqueo

admiraba la hombría de Iglesias para desafinar con un torrente de reproches. ¿Quién se equivocó, quién permitió el error? A ratos el viento empujaba hilachas de humo hasta sus ventanas, haciéndolos toser en vez de refrescarlos. Con la luz del día, se apagaban las voces. Entonces chirrió la puerta y entró el General Sotomayor.

—Señores, los invito a seguirme —dijo el jefe de la segunda división chilena—. Los llevaremos a bordo del *Copiapó*.

Doscientos reclutas prisioneros ya habían sido despa-chados a la isla San Lorenzo. Jefes y oficiales serían primero depositados en un buque y enviados después a un campamento de prisioneros en Chile.

Bandas de malhechores con uniforme chileno seguían posesionados del balneario. Ahora no pasan de quinientos. Uno a uno se someten los regimientos a Baquedano. Su Estado Mayor General contaba a los caídos. Hoy empezaron a recoger heridos. No había tiempo de sepultar a los muertos. Los buitres no han interrumpido su macabra comilona. Con un vaivén azul, el océano mecía centenares de cadáveres hinchados, mientras hambrientos cardúmenes se acercaban a roerlos. Al atardecer, las tropas de Lynch desfilaban por detrás de Chorrillos a ocupar un nuevo campamento lejos del tufo a humana putrefacción.

Dueños de nada, sin otra posesión que sus gastados uniformes, los jefes peruanos siguieron al General Sotomayor hacia la planta baja. Los generales Saavedra y Maturana se les unieron en la explanada. Protegidos por los más altos jefes del ejército invasor, emprendieron el corto viaje a través del pueblo incendiado.

El viejo Valle Riestra sacudió tristemente su cabeza. Sólo porque no han podido arrancarla del suelo, sigue en su sitio la activa calle del Tren. Cascotes de piscos, desfondados pedazos de barricadas de aguardiente salpican la calzada donde aún se amontonan cadáveres del *Zepita* mezclados con adversarios del *Esmeralda*. El fuego también había consumido veredas de madera y árboles. Escombros adentro descubría el coronel cuerpos achicharrados, vagamente humanos, con piernas encogidas y brazos arqueados. Aquí y allá hay desplomadas rabonas, algunas todavía cubiertas por un violador a quien asesinaron por la espalda. El palacio de Pezet se había desintegrado. Nada queda en pie en derredor de la hermosa Plaza de la Matriz. No han

concluído de quemarse el Hotel Pedro y los ranchos de la calle Lima. A doscientos metros del malecón, el coronel se supo de nuevo perseguido por asesinos de uniforme. La presencia de tres generales y varios coroneles chilenos no intimidó a los sublevados. ¡Por aquí! Marcos Maturana, jefe del Estado Mayor General del Ejército de Chile, echaba a correr por la callejuela de Santa Teresa en busca de un pasaje a los acantilados. ¡Pronto, cúbranse! —también Saavedra, Inspector General del Ejército Chileno esquivaba borrachosas descargas de sus propias tropas. Sobre escombros al rojo consiguieron llegar a la calle Lima. Atravesaron la calzada bajo una lluvia de afilados proyectiles de una onza de plomo. Maturana elegía el rancho de Tudela para salir a los barrancos y a la playa. Ya desparejada por el incendio, la finca no terminaba de arder. Iglesias y el General Sotomayor entraron al último.

—Prefiero ser su enemigo que jefe de esos animales —casi gritó el cajamarquino de nuevo sacudido por las detonaciones.

Sotomayor se mordió los labios.

Trozos de fábricas se desplomaban sobre sus cabezas. Atrapados por la balacera, los dos adversarios tardaban en salir del rancho en llamas. El general chileno escuchó un crujido, vio bambolearse el techo. ¡Vámonos! —gritó. Por primera vez en mucho tiempo, Iglesias sintió ganas de reír. Los hombres más poderosos de la víspera, huían a saltos de una banda de borrachos. No habían dado tres pasos fuera de la casa, cuando el tejado se derrumbó a sus espaldas.

Media hora después, Iglesias y sus compañeros de cautiverio subían al *Copiapó*. Atentos oficiales de la Marina de Guerra chilena los alojaron en una bodega bien ventilada. Después les pidieron su palabra de honor de que no intentarían escapar.

EL TREN ESPECIAL DE LOS plenipotenciarios llegó a Miraflores a las siete de la noche. La máquina adornada por dos grandes banderas blancas, quedó caldeando cerca del segundo reducto. El secretario García y García los recibió. El Dictador seguía reunido con los jefes de su ejército en la finca de Scheel. Habían uncido caballos a uno de los tran-

vías que van de la estación al Hotel Principal. El comodoro informó que ha ordenado prepararles habitaciones. Saint John observó arder los balnearios por segundo día consecutivo. A menudo en el verano visitaba a su compatriota MacLean en Chorrillos. Ahora no quedaba piedra sobre piedra.

Tezanos Pinto y el circunspecto doctor Uriburu auxiliaron a von Gramatzki a subir al tranvía. El ministro alemán acomodó por fin su corpulencia en un tieso asiento de madera. Chasqueó un látigo, trotaron las mulas y los ocho plenipotenciarios, los almirantes de Francia e Inglaterra, el comodoro italiano, el secretario García y García y dos edecanes de Su Excelencia emprendieron el corto viaje al pueblo.

Nadie había traído equipaje. Se proponían volver a Lima después de poner en marcha las conversaciones de paz. En el Hotel Principal, el secretario insistió en invitar refrescos. Saint John comprendió que los demoraban a propósito. Perdieron diez minutos sentados en una terraza. Por fin apareció otro edecán a informar que la junta de guerra había concluido.

El coronel Andrés A. Cáceres cambió impresiones con Canevaro y Aguirre en la entrada de la finca presidencial. La reunión terminó ásperamente. El coronel Belisario Suárez cedió a la tentación de culpar al Dictador por todas sus equivocaciones. Piérola no se inmutó. Otros acusaron a Suárez de incumplir órdenes supremas. Francamente desalentados, los coroneles peruanos se despidieron sin ponerse de acuerdo. Afuera, Cáceres exponía su propio plan de combate. Si otra vez rompen fuegos, debíamos contraatacar de inmediato. El enemigo espera tomar los reductos a paso de carga, no que los peruanos salgan a buscarlos con ávidas bayonetas. Bruscamente el ayacuchano guardó silencio. Se acercaban las personalidades extranjeras.

Canevaro estrechó efusivamente la diestra del comodoro Sabrano. Petit Thouars y Sterling vestían vistosos uniformes de gran parada. Con su metro noventa de estatura enfundado en un luctuoso traje invernal, mister Christiancy entró a los jardines con pausados trancazos. El menudo don Pedro de Mello y Alvini, plenipotenciario del Imperio del Brasil, parecía preocupado por el polvo que afeaba sus botines de charol. Al pasar saludaban a los jefes peruanos. Llamaban su atención el roto atuendo de Canevaro, el olor a sudor y pólvora que impregna a los guerreros peruanos.

En los frescos salones cubiertos por cristales de colores, entre tiestos con helechos y trepadoras, los visitantes respiraron tumultuosos perfumes vegetales. El opulento Scheel había construido este palacio como quien levanta una pequeña alhambra sudamericana. Frente a cada ventana se oye caer el agua de esbeltos surtidores. A esta hora enmudecen canarios y ruiseñores en sus cubiertas pajarreras de plata. Ministros y almirantes atravesaron dos amplios aposentos. En lugar más íntimo los esperaba el Jefe Supremo de la República Peruana. A primera vista, Su Excelencia no da señales de cansancio. Viste el uniforme prusiano y las botas granaderas de siempre. Después de la junta de guerra, había refrescado su rostro con agua de lavanda y compuesto sus ropas. Ceremoniosamente saludó a los visitantes. En la penumbra interior de la casa se movían silenciosos criados chinos disponiendo la mesa para cenar. Tan pronto los personajes se instalaron en floreadas poltronas, los ojos de Piérola ordenaron servir punch de frutas y champaña. Von Gramatzki sonrió complacido. Antes de beber la primera copa, brindó a la salud de Su Excelencia.

Saint John habló a nombre de los ministros neutrales. Ofrecía su colectiva mediación para impedir que siguiera destruyéndose la capital del Perú. Hábilmente el inglés daba por consumada la situación militar de los peruanos, aunque sin recalcar que estuvieran derrotados. Proponía obtener una tregua del comandante en jefe chileno. Los ministros querían seguir viaje a Chorrillos ahora mismo. Su Excelencia no dijo sí o no. Durante un rato explicó a sus visitantes que no podía ordenar el abandono de reductos y fortificaciones sin ciertas garantías por parte de Chile. No reveló cuáles eran sus condiciones. Mientras en el campamento enemigo se escuchaban clarines de retreta, el Jefe Supremo insistió en que lo acompañaran a cenar. Las bien provistas despensas de Scheel proporcionaban espléndidos vinos a la mesa de Su Excelencia. Un veraniego menú de viandas frías demoró a los plenipotenciarios hasta pasadas las once de la noche. Al fin Piérola autorizó a que gestionaran un armisticio ante el jefe enemigo.

Lo avanzado de la hora preocupa a Saint John. El faro de la máquina alumbró las amplias banderas blancas. Los almirantes y el comodoro Sabrano permanecieron en Miraflores, todavía cambiando impresiones sobre la guerra con don Nicolás. Aunque el breve convoy atravesara a medianoche una tierra de nadie, von Gramatzki se dormía.

Desde una ventanilla del único vagón de este tren especial, el melancólico Christiancy observó de cerca el incendio de Barranco. El convoy avanza con lentitud, anunciándose con persistentes silbatos. Dejaron atrás la estación en llamas. Ahora surgían curiosos grupos de chilenos. Por primera vez los ministros miraron de cerca a los bárbaros sudamericanos. Cien metros más lejos, el tren se detuvo. Alumbrados por el incendio, asomaron a las ventanillas. Un coronel de Chile pedía sus nombres. Cinco minutos después, un ayudante de Baquedano subió al vagón. El General espera.

El comandante en jefe del ejército chileno no se había movido de la Escuela de Clases. Hasta sus sentidos habituados al ejercicio de la muerte, empiezan a detestar el viciado aire chorrillano. Se disponía a acostarse cuando le anunciaron que se acercan los plenipotenciarios extranjeros. Otra vez sobrio su ejército, no estaba tan interesado en pedir o aceptar una tregua. Había decidido entrar mañana a Lima. Bebió su última taza de té de la jornada y luego de vestir la pesada chaqueta de general de división, salió a recibir a los visitantes.

La verdad, no esperaban encontrar a Baquedano en el piso superior de un hospital de sangre. Sobrecogedores quejidos, cadáveres alineados que esperan funeral, amputaciones, la gruesa atmósfera putrefacta, el picante hollín desprendido de los incendios, el lúgubre canto de la paca-paca y distantes ululaciones de lechuzas, aquella luna amarillenta que abría su ojo sobre el balneario carbonizado, hicieron enmudecer a los ministros. Von Gramatzki observó curiosamente al jefe de los chilenos. Por el embalsosado ancho pasadizo de la segunda planta repercutía el eco de todas sus pisadas. A través de las ventanas reverbera la obstinada candela de la calle del Tren. Baquedano esperó al pie de una puerta a que los diplomáticos entraran a su despacho provisional. Ya sentados, otra vez Saint John habló a nombre de los mediadores. Una involuntaria sonrisa se abrió paso por el rostro del General. No importa lo que suceda mañana, sabía que ha vencido. Agradeció la visita de los ministros de naciones amigas, dijo que también prefería evitar más derramamiento de sangre y deploró que hubiesen llegado a hora tan avanzada. Saint John no lo dejó escurrirse. Había que impedir otra batalla inútil. Ya que el Jefe Supremo acepta una tregua de veinticuatro horas, el inglés pidió a Baquedano idéntico compromiso. Sin bieren llegado a hora tan avanzada. Saint John no lo

inmutarse, el chileno convino en suspender la guerra hasta la próxima medianoche. Luego invitó a los mediadores a que volvieran a su campamento a las siete de la mañana.

AL AMANECER DEL SÁBADO 15 de enero, el cirujano mayor Cobián arrojó pinzas ensangrentadas en una jofaina y pidió al joven cirujano Basadre que concluyera de operar. Cumplía veinte horas sin salir del quirófano de San Bartolomé. Después de cien amputaciones y delicados cauterios, sus manos habían perdido el acerado pulso que las ha hecho famosas. Personalmente había trepanado el cráneo del coronel Bernal y extraído la bala alojada en su cerebro. Entonces se rindió al cansancio. Ni siquiera sentía ganas de dormir. A la insuficiente luz de lámparas de kerosene, retrocedió sintiéndose absorbido por un gran charco de sangre. A ratos los barchilones resbalan sobre jugos humanos que fluyen incesantemente por las baldosas. En bateas de fierro se amontonan cercenados restos. Por última vez sus ayudantes limpiaron el quirófano a las nueve de la noche. Todas las farmacias de Lima prestan servicio de emergencia. En el hospital de sangre de Santa Sofía no hay sitio para más combatientes. También la *Maison de Santé*, cedida por la colonia francesa, está atiborrada de sobrevivientes de San Juan y Chorrillos. Cobián no necesita visitar el frente para saber que hemos perdido la batalla. Entrecortados relatos describen la crueldad de la derrota. El cirujano mayor lavó sus manos y regresó a mirar el pálido rostro del coronel Bernal. Vivirá, por ahora. Parecía hecho de piedra. Existe más allá de los sentidos, de la risa o el movimiento. También Basadre, jefe de la segunda sala del Hospital Militar, estaba empapado en sangre. A falta de mandiles de caucho, operaban en camisa. Hasta las paredes han sido salpicadas. A ratos se detenía un desangrado corazón, alguien moría con un aullido. Racionaban el cloroformo para casos verdaderamente graves. Brazos o piernas se cortaban en frío, sin otro auxilio que unos sorbos de coñac y un trapo embutido entre las muelas. Pronto se melló el filo de sierras y cuchillos. Se agotaban medicamentos. Los recién operados pasan a salas de las que brotan lamentaciones y sollozos. En pasillos y hasta en el patio se amontonan heridos que esperan atención.

—¿Quiere usted examinarlo? —invitó Basadre. Tuvo que dejar su sala encargada al cirujano Moloche, para asistir a Cobián en esta trepanación. Nada más podían hacer por el coronel hasta mañana. Pulso firme. Sin embargo su piel se enfriaba. El Cirujano Mayor ordenó que lo cubrieran con frazadas y se lo llevaran del quirófano. Ah, si al menos tuviesen un poco de café. Entraban los barchilones a baidear el piso. Basadre sintió respeto por el exhausto cirujano mayor. La vida no espera, dijo, hay que seguir operando.

Sólo siete cirujanos atendían las ambulancias militares en Miraflores. En Lima faltan camilleros. Catorce médicos prestan servicios en San Bartolomé. En el hospital de sangre de Santa Sofía, el doctor Lino Alarco tenía cuatro cirujanos, tres auxiliares, dos farmacéuticos y seis practicantes a sus órdenes. El anciano doctor Martín Dulanto, jefe de la Sanidad Militar, operaba en un improvisado hospital de sangre que funciona en el local de la Salvadora Lima. Ante la magnitud de la derrota, los jesuitas abrían su colegio y la iglesia de San Pedro para recoger a los heridos que siguen llegando a los jardines de la Exposición.

En la Salvadora Lima operaban en el suelo, en cualquier parte. A la macilenta luz de lámparas de aceite, doscientos miserables en carne viva se retuercen o jadean próximos a expirar. Había que fijarse donde poner el pie. Vuelto barchilón, el abogado Manuel Atanasio Fuentes ayuda el diestro cirujano Sosa. Aquí concluía el largo viaje desde el frente para el heroico mayor Casós. El puñado de rifleros de la *Columna Junín* que logró retroceder hasta Chorrillos, transportó a su segundo jefe bajo el encarnizado fuego enemigo. A Miraflores llegó al mediodía del jueves. Sólo pudieron evacuarlo a Lima al atardecer del viernes. Aún demoró unas horas confundido entre cuerpos ensangrentados que nada más descargaban en la estación limeña. Una desencajada multitud espera allí a los sobrevivientes. Madres que buscan a sus hijos, esposas e hijos que preguntan por desaparecidos combatientes recorren el andén, salen hasta la carretera, visitan hospitales y farmacias. Al fin Casós tuvo la suerte de ser reconocido. Bandedo por una atroz descarga, vivía de milagro cuando los bomberos franceses lo llevaron a la Salvadora Lima. También el doctor Fuentes se caía de cansancio. Era su segunda noche sin dormir. Como el resto de catedráticos de la Universidad de San Marcos prestaba humildes servicios en los hospitales de san-

gre. Lentamente volvió el rostro cuando le tocaron la espalda. Tras unas horas de descanso, el abogado Olaechea llegaba a relevarlo. Con un movimiento de cabeza, el cirujano indicó que podía irse.

Esta noche llegó a Lima la distante dulzona putrefacción de Chorrillos. Por segunda noche consecutiva un terrible resplandor iluminaba el horizonte al sur de la ciudad. Manuel Atanasio Fuentes arrastró los zapatos mojados en sangre. Sin saber por qué, se dirigió a los jardines de la Exposición. Van y vienen sombras por la ciudad a oscuras. Parches de triste luz se escurren fuera de casas en vela. Muchas puertas parecen clausuradas para siempre. Miles dormían al abrigo de templos y conventos, no tan satisfechos del asilo de Dios como quienes consiguieron la protección de las potencias extranjeras. Aunque haya otro ejército nacional en Miraflores, la ciudad se sabe perdida. Pocos han amado tanto a Lima como el doctor Fuentes. Menos célebre como abogado que su hermano Manuel Aurelio, este hombre corpulento, de ojos que rehusan ver y sin embargo registran el infinito dolor de los huérfanos recientes, era escritor popular como pocos en el Perú. Sólo su amigo Palma, el corrosivo Juan de Arona o el pueblerino Tunante eran tan famosos como él. Para Fuentes, que firma sus obras como *El Murciélago*, la escritura era un juego divertido. Y nada hay de qué sonreír en esta hora de espanto. Cerca de la estación oyó órdenes en francés o inglés. Los bomberos no concluían de acarrear heridos desplomados en la orilla de Lima, incapaces de dar un paso más. Aparte de humanitarios extranjeros, aquí velaban quienes tienen parientes en San Juan y Chorrillos. Antier no se podía llegar al andén ferroviario sin mostrar salvoconducto. Hoy nadie vigila las puertas de la estación. Con las manos en los bolsillos, con la camisa tinta y la veraniega chaqueta en completo desaliño, Fuentes vagó entre la adolorida multitud mientras su confusa mirada buscaba rostros familiares, alguien a quien ayudar. Estanislao Gómez Fernandini, caído por la patria en el Morro Solar. Su viuda y sus tres hijos lo esperaban en silencio al extremo del muelle. Felipe Valle Riestra, caído por la patria en la avanzada de San Juan. Su madre no despegaba los ojos del sur. Capitán José Gabino Higinio, caído por la patria en las filas del batallón *Canta*. Vestido de portero, su anciano padre pregunta a los sobrevivientes si lo han visto, si aún vive. Subteniente abanderado Germán Améza, ga,

caído por la patria en los parapetos de Santa Teresa. Cabo primero José Luis Bautista, caído por la patria a órdenes del mayor Fonseca en la calle del Tren. Soldado Biviano Paredes, caído por la patria en los pantanos. Subteniente abanderado Toribio Seminario Cortez, caído por la patria sin rendir el estandarte del pabellón *Manco Cápac*. Capitán artillero Pedro Selaya, padre de cinco niños, caído por la patria en Pamplona. Subteniente Alberto Seminario Cortes, caído por la patria mientras descargaba tarros de metralla contra los chilenos en San Juan. La quieta multitud no se aparta de la estación, esperando el regreso de sus muertos.

15 de enero de 1881

HOY NO HABRÁ BATALLA en Miraflores. Hace un rato, el Estado Mayor General informó que se ha pactado una tregua hasta medianoche. Baquedano se compromete a no avanzar más allá del terreno ocupado por su gran guardia en Barranco. Tampoco los peruanos deben salir de los reductos. No importa lo que ocurra en las respectivas retaguardias, estábamos en paz este sábado 15 de enero. Media hora antes de que se escuchara las cornetas de diana aurora, el teniente 1º Antonio de la Haza despertó al coronel Arrieta. ¡Chilenos a la vista, don Carlos! El jefe del batallón *Guardia Chalaca* se levantó de un salto. Silenciosamente sus hombres se distribuían detrás de tapias entre el segundo reducto y el pueblo de Miraflores. Arrieta no tuvo que caminar para descubrir al enemigo a quinientos metros de su propia avanzada. Se habían detenido en tapias y bosques donde concluye Barranco. Al amparo de la tregua, sacaban cabezas frente a desconcertados peruanos. No daban las cinco de la mañana. A pecho descubierto, el señor Arrieta recorrió lentamente la línea ocupada por su batallón. Aunque parece feriado, una putrefacta humedad hería sus sentidos. Los balnearios terminaron de consumirse pero todavía humeaban sus ruinas. Los muertos de San Juan y Chorrillos siguen abandonados a los buitres. Están trayendo cañones por allá, dijo el cabo Gelos señalando la carbonizada avenida de sauces. Por sobre el follaje chamuscado emerge intacto el mirador de Bregante. Allí los chilenos habían instalado un enorme telescopio. En efecto, se oía rodar artillería pesada. De arriba ordenan tregua pero el enemigo hace lo que quiere. La sola mirada de Arrieta disolvió el descontento de sus hombres. Luego estiró su largavistas de marino. Hijo de ecuatoriano, en 1857 entró a las filas del regimiento *Constitución*. Ese

mismo año tuvo su bautizo de fuego. Después vistió uniforme de guardiamarina. En las turbulentas vísperas del 2 de Mayo recibió una herida casi mortal. Pasó a retiro con rango de capitán de fragata. Cuando estalló la guerra, era jefe del Resguardo en el Callao. Había organizado la *Guardia Chalaca* con oficiales de la Armada, veteranos de otras guerras, aduaneros y bomberos del puerto. Pausadamente examinó al enemigo. A la azulada luz del amanecer los veía asomar sobre las tapias. Ninguno teme un sorpresivo balazo. En un pequeño bosque descubrió a varios oficiales turnándose para observarlo con un largavistas. El que parecía jefe, cruzaba una pierna sobre la montura y fumaba un tabaco. Un sonriente chileno agitó su gorra en cachacienta señal de saludo. El blanco tapacuello reverberó como un adiós. Después Arrieta pudo ver amenazantes Krupp de 75 y 87 milímetros emplazados a todo lo ancho de Barranco.

El coronel retrocedió cabizbajo. Baquedano aprovechaba la tregua para colocar a su ejército en posiciones de batalla. Después de medianoche, de nuevo estará en ventaja para romper fuegos. Alegres clarines de diana aurora se sucedieron entonces en la línea peruana. Saludaban la mañana con vivas al Perú.

El sargento Estrada pareció volver a Miraflores con el sonido de las cornetas. Mientras clareaba la mañana, no despegó los ojos de tres soldados enemigos que parloteaban a cuatrocientos metros de los chalacos. No todas las tapias frente al balneario fueron destruidas por los reservistas desde Navidad. Habían aplanado el campo de tiro delante de los reductos. Los del batallón N° 4 talaron el olivar de Surquillo y las viñas de la Pinganilla para que nada estorbara sus disparos. Pero entre uno y otro apurado fortín quedaron intactas paredes de barro, un laberinto de callejones y huertas en el que ahora peruanos y chilenos parece que pudieran tocarse. Adivinó toda una compañía, no sólo a tres ruidosos soldados frente a su rifle. Como si el ejército de Baquedano no se les hubiera aproximado durante la noche y no siguieran avanzando regimientos desde Chorrillos, en el campamento nacional pasaban rutinaria lista y aderezaban el rancho. A los veinte años de edad, Aníbal Estrada se hacía respetar. En las filas de la *Guardia Chalaca* recuerdan rangos de memoria. Como si la derrota de San Juan hubiese disuelto antiguas jerarquías, hay aquí oficiales que sirven como rasos aunque conservan-

do uniformes y galones. Desde qué empezó el bloqueo del Callao, Estrada no se había movido del puerto. Bombero de la Unión Chalaca, soportó cientos de cañonazos chilenos sin otras armas que baldes de agua o arena. A todos los matafuegos porteños les dieron después un rémington y uniforme de reservistas. El 13 de enero recibieron orden de abandonar los castillos para reforzar los reductos. Estrada midió de una mirada el entusiasmo de su compañía. La mitad eran bomberos. También el subteniente Poblet era más ducho en apagar incendios que en provocarlos. Tenía bien ganada fama de valiente desde que le arrancó la espoleta a un proyectil chileno de 250 libras, llevándose como trofeo al cuartel de la Unión Chalaca. ¡Segunda compañía, buenos días! Nadie faltaba. Los hombres del puerto han venido a pelear. Veteranos combatientes de la disuelta *Columna Constitución*, lancheros y playeros, agentes del Resguardo, chalacos de todas las edades sacaban pecho al amanecer. ¡Buenos días, mi sargento! Bien, soldados, estábamos en tregua y con el enemigo a cuatro cuardras de distancia. Que a nadie se le vaya a ir el gatillo. ¡Sí, mi sargento! Después se acercó el joven de la Haza. Mandaba con rango de capitán. Aunque hoy estemos en paz, quería que siguieran preparándose para el combate. Desde que asumió el poder supremo, don Nicolás ha repetido que jamás se rendirá. Para sucumbir peleando hizo construir la fortaleza del cerro San Cristóbal, hoy al mando del héroe Villavicencio y servida por los mejores artilleros de la escuadra. Así que era probable otra batalla tan pronto terminara la tregua. Ordenó de la Haza que continuaran abriendo troneras en las tapias. A golpes de barreta las perforaban a la altura de un tirador arrodillado. Otros chalacos irán por municiones al polvorín de La Calera. El batallón sólo tenía cuarenta cartuchos por cabeza.

Doscientos metros a la izquierda de la *Guardia Chalaca*, el señor Arrieta se reunió a los jefes que observan al enemigo. El veterano capitán de navío Juan Fanning calcula que tenemos por delante a toda una división enemiga. Son las tropas de Lagos, aseguró el coronel Buenaventura Aguirre. La brigada de Barceló ocupa Barranco entre los acantilados y la vía férrea. A simple vista había reconocido el estandarte del regimiento de línea *Santiago*. Delante de Almendáriz ya han identificado al regimiento *Concepción* y a los batallones *Capoulicán* y *Valdivia*. Al otro lado del ferrocarril, dice Ribeyro haber descifrado gallardetes del

batallón de *Navales* y más tropas del *Santiago*. Son unidades que casi no tuvieron trabajo durante la batalla del jueves. Un kilómetro detrás de la división de Lagos, acampaba la reserva de Baquedano. Una polvareda maldisimulada por la bruma del amanecer, delata la marcha de otra división enemiga al encuentro de la izquierda peruana.

Francamente era una provocación, dijo Fanning preocupado por la superioridad numérica y material del adversario. En el ala derecha se cuentan menos de tres mil ochocientos peruanos enfrentando a catorce mil chilenos de la tercera división y de la reserva. Veintidós cañones de diversos calibres y sistemas tendrán que responder a los cien avezados Krupp que acompañan a Baquedano y a las piezas nacionales y las ametralladoras que cayeron en su poder hace dos días. Ni siquiera traían prisa. El enemigo se mueve con sorna, a tiro de nuestras tropas. ¿Qué opina usted, señor Arrieta? Nos están comiendo crudos, señor. Con animosas pisadas, el viejo capitán de navío se dirigió a su pequeño campamento. En situación de indefinido desde 1872, volvió al servicio activo llamado por el almirante Montero para fortificar Arica en mayo de 1879. De regreso al Callao antes del bloqueo, cumplió comisiones administrativas hasta que apareció Baquedano en Lurín. Entonces le encargaron organizar el batallón *Guarnición de Marina* con las dotaciones de inútiles buques acorralados en el Callao. El señor Fanning no teme el final de la tregua. Sólo se preocupa porque los restos del ejército del Perú andan a la buena de Dios.

—Le diré, Arrieta, aquí nadie tiene un plan. Nos hemos sentado a esperar como si la ventaja estuviera de nuestra parte. Ya no basta morir por el Perú. Entre ellos... —y lo decía mirando rencorosamente hacia Barranco— ...entre ellos y nuestras familias, ya sólo quedamos nosotros.

En el campamento de los marinos, Arrieta aceptó una taza de té. A mitad de camino entre los dos primeros reductos, una ametralladora arrancada a las cofas de la *Unión* refuerza improvisados parapetos de barro seco. Las buenas Gatling que disparan hasta mil doscientos proyectiles por minuto, también dos formidables Hotchkiss bávaras se perdieron entre San Juan y Chorrillos. Después del desastre, el Estado Mayor General tuvo que echar mano de cuanto armamento quedaba disponible. Ocho piezas Clayton o lentas Gardner y livianas viejas Gatling se concentraron ayer

en este sector de la línea. Arrieta apuró el brebaje sin siquiera sentarse. Observaba a los marinos escogiendo cartuchos para sus rifles rémigton. Uno de cada tres se ajusta al calibre. Devolvían el resto a los mismos costalillos en que llegaron al frente.

—La verdad, no parecemos un ejército victorioso —murmuró el jefe de la *Guardia Chalaca*. El señor Fanning estaba de acuerdo. Arrieta señaló su propio campamento—. Prefiero estar con mi gente, señor... no quisiera que nadie rompa la tregua.

El teniente Aurelio Hurtado y de la Haza decidió acompañarlo. Quería visitar a su primo Antonio de la Haza que sirve con los chalacos. Ignoraba la suerte de su hermano mayor, Manuel, primer jefe de las baterías del Morro. Ayer interrogó en vano a los sobrevivientes del batallón *Guardia Peruana*. Casi todos los defensores de esa roca ahumada por los incendios cayeron combatiendo. Muchos de la segunda línea tenían parientes y camaradas que no han vuelto del primer frente.

Encontraron a los chalacos con ánimo de festejar. Antonio de la Haza abrazó a su primo y después explicó que el subteniente Polo acaba de ser padre por primera vez. Tenía 37 años.

Arrieta sintió que esta vez le dolía sonreír. ¡Padre por primera vez en víspera de otra batalla! Oficiales y subalternos rodeaban al feliz subteniente. Una escueta misiva que tardó dos días en llegar, anuncia que su esposa alumbró a un varón.

—...sólo el principio, sólo el principio —repetía el raso Sixto Deustua.

—Y habla la experiencia —se acercó el coronel. Eran viejos amigos. Deustua tenía ocho hijos—. Lo felicito, señor Polo.

—Gracias, señor.

—Tal vez podría dársele permiso para que vaya a Lima —cuchicheó de la Haza.

Arrieta asintió. Tal vez. Después de todo, estábamos en tregua.

POR ÚLTIMA VEZ EL CIUDADANO Olmedo guisaba el rancho del batallón N^o 4. En su amplia choza a retaguardia

del reducto, el raso de cuarenta años dirigía a los pinches con bienhumoradas palabras. Sólo a él parecía gustarle cocinar para trescientos comensales. Los demás llegaban por turnos, nueve soldados cada vez. Olmedo había ganado fama de excelente *chef* con multitudinarios estofados y vigorosos caldos. Hasta el desastre de San Juan, los batallones de la Reserva recibían diarios canastones con legumbres frescas, buen pan y carne en abundancia. Sin embargo ayer pasaron hambre. Hoy se repartió charqui y menestra a todo el ejército. Absorto en dar punto al frijol que concluía de cocinarse en grandes pailas calentadas con lumbre de leña, Olmedo no se había enterado de la proximidad de los chilenos. Al rigor del verano se añadía la sofocación de esta cocina de campaña. Emergió a las seis y media, oloroso a cebolla y tocino, mientras sus ayudantes atravesaban estacas para transportar sus ollas al reducto. ¡Rancho, rancho! ¿Qué hay de comer? —husmeó el bachiller Juan Tagle. Supremas de charqui con ambrosía de frijol canario, sonrió Olmedo. ¿Y no hay arroz? Ni un grano, compañero. Olmedo prefería pasar rancho al último, aunque sus camaradas lo acusaron de esperar los efectos de sus guisos en cuerpos ajenos. Subió a refrescarse a la cresta del reducto. Ochocientos metros al frente pululaban enemigos del regimiento *Santiago*.

—¡Santo Dios, los tenemos encima!

—Pero estamos en tregua —se oyó al coronel Gómez. También prefería comer al último.

Paseó de un extremo a otro por la media luna del fortín. Barranco estaba repleto de chilenos. A ratos Olmedo olvida que es soldado, no sólo voluntario cocinero de su batallón. Sintió que se le enfriaba el buen humor. Sus compañeros compartían la menestra y el té caliente con animado apetito. Hace un rato, el ciudadano Rodríguez Dench juró a gritos no volver derrotado. Tenía veinte años y una rizada melena negra. Otros se unieron al solemne juramento. Prometían no salir del reducto sino vencedores o muertos. Olmedo tampoco piensa retroceder. Peruanos prudentes se han quedado en Lima o ido al interior. Allá ellos. El raso-cocinero sólo se preocupaba por el futuro de su madre anciana. Era su único sostén. Volvía por la explanada interior del reducto cuando descubrió a dos pensativos reservistas cerca de la zanja. Reconoció a Harris y al joven José Seguí. ¡Vamos, a comer! ¡si no tragan puntualmente mi bazofia, prometo no volver a pisar la co-

cina! Sólo Manuel Harris reaccionó. El clima de Miraflores no convenía a su salud. Tres meses atrás vivía en Jauja. La tisis y una memoria adolorida abrillantaban su mirada azul. Iba a casarse con una jaujina. Antes decidió que debía pelear por la patria.

La vida cae en escombros ante los desconsolados ojos de Seguín. No tengo hambre, dijo. Y después: bueno, ya voy. Prefiere estar en silencio, a solas. Antier en San Juan sucumbió su hermano Manuel María. Hace años que su padre se ahogó en un naufragio. Un tío suyo no ha vuelto de la batalla. En la ciudad que peligrá quedaba su hermana Elena, todo cuanto le queda a los dieciocho años de vivir. En vano intenta imaginar la muerte de su hermano mayor. Todavía espera que los cadáveres se levanten, como si todo esto fuera un innecesario simulacro. El mismo se preparaba para lo peor. Ayer tarde recibió el sacramento.

—Venga, Seguín, hay que comer —se aproximó el sargento Saturnino del Castillo. Prestaba atención a todas las tristezas. Ahora se incorporó el joven soldado. No se preocupe, mi sargento, nada más pensaba. Saturnino lo observó dirigirse a la fila de reservistas que pasan rancho. ¡Pobre muchacho! Cuatro días atrás, el sargento tuvo que ir a regañadientes hasta el Callao. Había que extraer mercadería del almacén portuario encargado a su custodia. Encontró a la guarnición de los castillos como si acabara de oír zafarrancho. Mejor informada que los jefes de la Reserva, daba por hecho que se libraría la gran batalla al amanecer del jueves. Tan pronto atendió sus asuntos de guarda-almacén, el miércoles emprendió el regreso en uno de los trenes del Trasandino hasta Lima y de ahí en pausada carreta a los reductos. En Miraflores creían que la paz era impostergable. Aquella noche oyó decir que los chilenos se iban, que a casa volvemos el sábado. Y estábamos a sábado, con el enemigo al frente.

—¡Mi sargento, los cartuchos! —gritó el tuerto Tranquilino Velarde.

—¡Piñatelli Carlos, Piñatelli Max, Rodríguez, Seguín, Tagle, Puente, usted también Velarde. . . a cargar los cofres, vivo! —Saturnino los elegía entre los más jóvenes. Aunque los viejos del batallón protestan si los ponen de lado a la hora del trabajo más duro, el sargento se las ingenia para que suden por delante quienes empiezan a vivir. Amotinados carreteros exigen esta mañana que se les pague en mo-

nedas y por adelantado para transportar pertrechos al frente o de la estación a los reductos. El General Silva había amenazado con quitarles bestias y carretas y hasta con meterlos presos si se niegan a colaborar. Nada los conmovió. A falta de monedas, desaparecieron silenciosamente de Miraflores. Hubo que cargar sacos y cajas de cartuchos en humildes burros y en ancas de la exhausta caballería. ¿Qué le parece esos sinvergüenzas, mi sargento? Antiguo agente judicial, el tuerto Velarde quería enjuiciar a los transportistas, encerrándolos de inmediato en la prisión de Guadalupe. Saturnino sonrió. No sólo a ellos, soldados. Porque no estábamos completos para librar la última batalla.

RETES DESMONTÓ FRENTE al tambo de Ño Mengoa, en la plaza de Miraflores. Al despuntar el día, el propio señor Cáceres le anunció su ascenso a capitán. Ha combatido por el Perú desde que se nos declaró la guerra. Sus camaradas le improvisaron el tercer galón. Algo más que una presilla de sede elevaba esta mañana al veterano del Huáscar. Se sintió más fuerte que de costumbre, capaz de cualquier acto de heroísmo. Cierta contradictoria sensación de que la vida se le acaba, no se avenía con su alegre humor. Comisionado por Cáceres, fue a la estación del ferrocarril en busca del coronel Ambrosio del Valle. Después de San Juan se han desintegrado las compañías de administración y las municiones se pierden a retaguardia. Retes encontró al subjefe del Estado Mayor General examinando por cuarta vez apurados partes que resumen la fuerza efectiva de los peruanos. Cuatro veces los jefes de batallón habían contado a su gente, dando siempre distintos resultados. De ayer a hoy algunas unidades han crecido y otras siguen raleando. El coronel del Valle debía llevar su propio parte a la residencia presidencial, donde el impaciente señor Piérola quiere conocer al menos cuántos hombres con rifles ocupan la segunda línea. Así que Retes tuvo que entenderse con el teniente coronel Verástegui. También ha disminuído el número de ayudantes del Estado Mayor General, que ayer pasaban de cien. Prometían atender de preferencia a las divisiones de Cáceres, así que el flamante capitán emprendió el regreso a través del pueblo. Nada llega nunca a la hora convenida. Seguramente a las doce, otro ayudante

tendrá que volver al Estado Mayor General preguntando si se acordaron de mandarles cartuchos. Un viejo jardinero mojaba los rosales silvestres en la plaza de Miraflores. Retes sonrió mientras entraba al tambo penumbroso. Quienientos metros detrás de la línea, la vida se obstinaba en seguir igual. Retes colocó un real de plata en la morena diestra de Ño Mengoa. Compró galletas, un paquete de caramelos y una botella de soda, cuya pelotita de vidrio empujó con un pulgar. La burbujeante limonada resbaló por su garganta haciéndole recordar días de paz. Silenciosos soldados de la escolta de Su Excelencia se arrinconaban en el tambo. Retes creyó descubrirles un tufo de aguardiente. A las diez, revista general. Debía apurarse. Frente a la quinta de Scheel se apiñaban mirones. El capitán se encogió de hombros. Hoy no habrá batalla, eso es seguro. Picó espuelas rumbo al primer reducto.

La banda de músicos del batallón *Callao* había recobrado sus bríos cuando el General Pedro Silva llegó a las diez de la mañana para empezar la revista. No veía al señor Cáceres desde la víspera. En esta guerra que hemos librado con muchos elegantes oficiales y casi siempre con poca tropa, lentamente van quedando en sus puestos los verdaderos soldados. El jefe ayacuchano era uno de ellos. Militares toda la vida, no abundan al mando de esta desvencijada línea mirafloresina. Se llegaba a la milicia como a un negocio o a un partido político, a menudo porque se presenta una oportunidad favorable. Se adquiría galones a cambio de dinero o por amistad con un caudillo. Casi no hay hacendado que no haya sido jefe de un batallón. El Perú tiene cuatrocientos coroneles: menos de cien alguna vez fueron subtenientes. Ahora Silva contempla tropas formadas por compañías, tafetanes sacudidos por el viento, al coronel Cáceres rodeado por su estado mayor. ¡Listos para pasar revista, mi General! La cabalgata picó espuelas hacia los acantilados. Más allá del cerro de arena, se detuvieron a contemplar la bahía. Ya la escuadra enemiga había fondeado frente a Chorrillos. Van y vienen lanchas de los transportes al puerto, descargando pertrechos.

—El *Blanco Encalada* y el *Huáscar* levantan vapor —se oyó a don Adeodato Carvajal.

—Espero que no rompan la tregua —murmuró el General. A las siete de la mañana, el tren de los plenipotenciarios regresó a Chorrillos, esta vez llevando sólo a Saint John y a de Vorges. Una hora después regresó a Lima,

apenas deteniéndose en Miraflores para confirmar que Baquedano aceptaba el cese del fuego hasta medianoche. El propio Silva conversó con el ministro inglés. El resto de los diplomáticos extranjeros preparaba una minuta de paz en la residencia de von Gramatzki. Mientras trotaban a inspeccionar al batallón *Jauja*, formado entre los acantillados y el primer reducto, el General explicó en voz baja cuáles son los términos dictados por Baquedano. Cáceres escuchó con impasible expresión. Han de entregar intactos los castillos del Callao, la línea de Miraflores, los fortines de San Cristóbal y San Bartolomé, también los restos de la escuadra bloqueada en el puerto. Debíamos rendirnos con honores y después perder Tarapacá y cancelar una indemnización de guerra cubriendo todos los gastos efectuados por Chile en su prolongada conquista.

—Inaceptable, francamente —dijo Cáceres. Perdida la oportunidad de una sorpresa en Chorrillos, de nuevo estábamos en terrible desventaja. Propuso marchar a la cordillera con las mejores tropas de línea y los reservistas que se ofrecieran de voluntarios. Acaso los siguieran cinco mil hombres con ganas de combatir y pudiesen salvar ametralladoras, cañones, dinamita depositada en el Callao, nueve o diez mil rifles. Con los trenes del Trasandino no será difícil desplazarse esta misma noche a Matucana. Las tropas de Arequipa se les reunirían en las montañas. Ante un país que no se rinde, Chile no podría arreglar con los acreedores del Perú. Las potencias garantizaban la seguridad de Lima. Daba lo mismo declararla ciudad abierta que rendirla como quiere Baquedano. Pero un ejército de diez mil peruanos mantendría el estado de guerra desde la cordillera. Los chilenos tenían que cansarse.

—Sí, pronto tendrán elecciones presidenciales —convino Silva—. Están apurados por acabar.

Al otro lado de Almendáriz seguían llegando chilenos. Fríamente Baquedano prepara otra batalla. El coronel Manuel Lecca mascaba un habano en lo alto de su reducto. Silva no era exactamente su jefe. Sin embargo el coronel Correa y Santiago ordenó que sus cuatro batallones de ciudadanos instalados entre Miraflores y la Palma también pasaran revista. Cuando la cabalgata del jefe del Estado Mayor General se acercó a los 320 soldados del *Jauja* y las bandas de músicos arrancaron a tocar, Lecca aplastó el cigarro bajo la bota y montó su caballo para recibir al visitante.

El suyo era un buen batallón. Por fin ayer les cambiaron rifles. Desde el amanecer sus ciudadanos se familiarizaban con los nuevos rémington. A diferencia del señor Ribeyro, más patriarca que coronel, el hosco don Manuel Lecca mantenía a sus reservistas bajo una severa disciplina que llamó la atención del coronel Cáceres. Aunque se supone que los soldados distinguidos sólo deben defender su reducto, la guerra era la misma para todos y Lecca procuraba entenderse con el jefe ayacuchano. Habían discutido la ruta a seguir en caso de que pasaran al ataque.

—¡Atención! —la orden viajó del abogado capitán de los Heros al teniente Salcedo y al subteniente Eguren y al sargento 1º Geraldino y en fin la repitió roncamente el sargento 2º Leguía. El viento agitaba blancos tapacuellos a esos hombres inmóviles bajo el sol. Sus azules uniformes de algodón se ven ajados por casi un mes de campaña. Con el cuerpo tieso y el largo rifle sostenido por tres dedos de su diestra, el joven sargento chiclayano observó de reojo a los jefes del Ejército que entraban a caballo en la media luna del reducto.

Una mirada bastaba al General Silva para averiguar el ánimo de las tropas. Descifraba su espíritu por el brillo de los botines y la postura de atención, cierta manera de mirar al frente o de apretar las mandíbulas. Los jaujinos no lo habían dejado del todo satisfecho. Faltos de instrucción, ignoran el verdadero poder de sus armas. Tampoco Cáceres confiaba plenamente en ellos. Silva aprobó la buena presencia del batallón N° 2. Revistaba con lentitud, observando a cada hombre en los ojos. Luego de felicitar al coronel Lecca, se dirigió al trote hacia la batería Alfonso Ugarte. Trescientos sobrevivientes de los batallones *Guardia Peruana, Callao y Libres de Trujillo* se alineaban allí con ensangrentados y rotos uniformes. Cuatro veces hicieron retroceder esos héroes a la masa de chilenos. Habían vuelto de la batalla a través de ruinas e incendios o de noche y por la playa, batiéndose en pequeños grupos o con silenciosas pisadas. El General se demoró conversando con oficiales y subalternos venidos del Morro Solar. Otra vez de cara a Chorrillos, el jefe del Estado Mayor General observó preocupado la polvareda que alza el grueso del ejército chileno en marcha hacia Miraflores. Eran las once de la mañana.

EL ALMIRANTE BERGASSE du Petit Thouars se sentía un poco prisionero en Miraflores esa mañana. A la espera de que regresara el tren con los plenipotenciarios, sin siquiera caballos a su disposición, optó por sentarse al sol en la terraza del Hotel Principal. No demoraron en unírsele el almirante Sterling y el comodoro Sabrano. Se entendían en francés, bebiendo aperitivos frente al pueblo arbolado, oloroso a resina y madreSelva. A ratos cambiaba la dirección del viento, empujando hasta los marinos la putrefacción del campo de batalla. Continuamente tenían que espantar grandes moscas tornasoladas de rostros y copas. Sin comunicación con sus buques, el señor Sterling parece fastidiado. Hubiese preferido adivinar el futuro desde el otro bando, donde habita la iniciativa. A ratos consulta su reloj preguntándose cuánto más tardarán los plenipotenciarios en llegar de Lima. Por fin, a mediodía, apareció el mayor Julio Jaimes, secretario privado de Nicolás de Piérola, a anunciar que Su Excelencia los aguarda para almorzar.

Por hoy en paz, el Jefe Supremo sonreía en el ventilado salón de la quinta de Scheel. No se había movido de allí desde que llegó el jueves a las diez de la noche. Parece haber dormido bien. Otro uniforme prusiano añadía marcialidad a sus nerviosos movimientos. Ninguna insignia de mando o condecoración adorna su vestido. El suyo era un atuendo único, distinto al resto de uniformes peruanos. Siempre calzado con altas botas granaderas, ofreció la pulcra diestra a los jefes de la escuadra neutral, presentándolos después a su primo Juan Martín Echenique y a los generales Buendía y Segura. El sol arrancaba hermosos reflejos a los cristales de colores. El murmullo de numerosos surtidores incita a descansar. Se movieron con asordados pasos hacia una terraza interior. Allí, frente a una rosaleda y a estanques bordeados por afroditas y tritones de mármol, el Dictador eligió una perezosa y con un gracioso ademán ofreció asiento a sus visitantes. Bien, parecía que el señor Baquedano recuperaba la cordura, sólo así era posible conversar de paz. En correcto francés, Su Excelencia afirmó que el Perú no está derrotado y que ciertas exigencias chilenas resultan inaceptables. Más bien lo decía para su propia convicción, así que Petit Thouars y Sterling lo dejaron hablar a sus anchas. Ni siquiera Piérola quería ocuparse verdaderamente de la guerra. Ya que estamos en tregua, había ordenado que no lo interrumpieran. Mayor-domos llegados ayer de su palacio limeño, sirvieron cham-

pañã bien fría y delicados canapés de hígado de ganso. Su Excelencia se entregó a gratos recuerdos europeos. Una temporada vivió en París y también en Londres. Entonces sólo era un conspirador sudamericano auspiciado por la banca Dreyfus, a punto de emprender infatigables revoluciones. La guerra se diluía lejos de la memoriosa charla de don Nicolás. Más penetrante que el perfumado cálido vaho de los jardines, por momentos volvía a sentirse la cercana podredumbre de San Juan. Recién hoy los chilenos empezaron a sepultar a los muertos de la primera batalla. A tiros el batallón *Bulnes* espantaba a los buitres. El confuso comodoro Sabrano interrogó con la mirada a sus compañeros de escuadra. Sólo por la pestilencia a cadáver está seguro de encontrarse en medio de una guerra. Los ancianos generales Buendía y Segura guardaban silencio. Pronto el coronel Echenique se sumó a los recuerdos de Piérola. Lo había acompañado en la aventura del vapor *Talismán* y en la sublevación del *Huáscar*. Sobre el uniforme cortado por el sastre Chapellier, usaba la cruz de acero de tercera clase. Su nombre estaba escrito con caracteres principales en el Gran Libro de la República. A diez minutos para la una, el mayor Jaimes murmuró al oído de Su Excelencia que ya podían almorzar. Aún bebieron otra copa de efervescente *Pommery*.

Por Limatambo avanzaban lentas carretas cargadas con municiones. En retaguardia peruana, por las chacras se veía caminar soldados sin rumbo o arrastrando sus fusiles hacia Lima. El tren con los ministros extranjeros se había atascado a dos kilómetros de Miraflores. Impaciente, Saint John sacaba medio cuerpo por la ventanilla. Otro convoy se surtía de agua en el estanque de Limatambo. Una sola vía férrea se extiende entre la capital y los balnearios. Varios trenes debían compartirla ahora, rodando a norte y sur, esquivándose con complicadas maniobras en vías muertas y entronques de estación. También de Vorges se preocupa. Baquedano había sido terminante. Si a medianoche los peruanos no han aceptado sus términos de rendición, atacará con todo su ejército. El plenipotenciario de Francia traía en la levita el documento que debe firmar Piérola. Ningún neutral quería correr riesgos, llegando tarde a la cita con el jefe chileno.

En el tercer reducto, el General Silva decidió suspender la revista. A seiscientos metros, el ejército chileno empezaba a formar en línea de batalla.

—No parecen tener intenciones de respetar la tregua —el coronel Cáceres escudriña al enemigo con su largavista—. Hay tropas de Lynch poniéndose a la izquierda de Lagos.

—Es la división de Sotomayor —dijo el coronel Mariano Noriega señalando a la infantería chilena entre la hacienda La Palma y Barranco.

Silva respiró hondamente. Sí, es verdad. Gracias a la tregua, Baquedano coloca tranquilamente a todo su ejército en situación de ataque. Lanzará el íntegro de sus fuerzas contra el ala derecha peruana, sólo defendida por las dos divisiones de Cáceres. Esta vez el enemigo tiene ventaja de ocho a uno.

—Mi General, no creo que esta tregua dure hasta la noche —insistió el jefe ayacuchano. Nadie en su sano juicio mostraría sus cartas antes del juego de esta manera. Ya es tarde para recomponer la línea nacional. Propuso iniciar de inmediato un avance por nuestra izquierda. Todos los reservistas acantonados en Vásquez y algunos batallones a órdenes de Dávila podían flanquear de una vez al enemigo. El jefe del Estado Mayor General titubeaba. Carecía de facultades para disponer tan atrevido movimiento. Cáceres lo presionó:— Nos están distraiendo, mi General.

Llegaba el coronel Mariano Zevallos, jefe de día.

—¡La escuadra chilena está en línea de batalla, mi General!

—¿Cuántos buques?

—¡Cuatro, mi General!... ¡Blanco Encalada, Huáscar, O'Higgins y Pilcomayo, mi General!

—Es la división naval que ha bloqueado el Callao —se impacientó Cáceres sobre su cabalgadura—. No es fortuito, mi General.

—Yo no puedo romper la tregua, entiéndame, señor Cáceres —replicó Pedro Silva. Se volvió en busca de un ayudante de confianza. Eligió al coronel Enrique Carrillo, jefe de la sección servicios—. Vuele usted a la residencia del Jefe Supremo y dígame que Baquedano se está echando sobre nuestra línea. Es urgente que él mismo acuda a impartir instrucciones...

Carrillo hundió espuelas a su bestia, disparándose hacia el pueblo.

—... coronel —se dirigió el General a Cáceres— regresamos a Miraflores. Que todos sus batallones se pre-

paren para combatir... y, coronel, que nadie pierda la cabeza, no quiero que hagamos el primer disparo.

—Comprendido, mi General.

Después de la mayonesa de corvina, del transparente consumé oloroso a jerez y del soufflé de sesos, antes de pimentosas carnes con legumbres y del Saint-Honoré compuesto en las cocinas de Scheel, el Jefe Supremo del Perú cambiaba opiniones sobre estrategia naval con los almirantes europeos sentados a su mesa. Le disgusta ser interrumpido a la hora del almuerzo. Los más urgentes asuntos, aún la guerra debían esperar a que el Dictador terminara no sólo el postre, sino también el café y la charla de sobremesa. El secretario privado Jaimes escuchó el mensaje del jefe del Estado Mayor General que transmitía el coronel Carrillo. ¿En línea de batalla? El escritor boliviano que cambió la jefatura de redacción del diario pierolista "La Patria" por el uniforme de mayor de la Reserva, restó importancia a los movimientos chilenos. Al aceptar la tregua, Baquedano había advertido que dispondría a sus tropas para reiniciar combate. También sus buques apuntan su artillería contra nosotros, es preciso que Su Excelencia lo compruebe personalmente —se agrió Carrillo. Bien, no se altere usted. Jaimes prometió informar de inmediato. Esperó a que el coronel se fuera antes de escurrirse al comedor. Piérola tensó las cejas. El comodoro Sabrano interrumpió sus argumentos a favor de inmensos acorazados como el *Duilio*. El señor du Petit Thouars y Sterling persiguieron con la mirada al secretario que cuchicheaba con Su Excelencia. Pareció que el Dictador se fastidiaba. Jaimes se retiró casi en puntillas. En efecto, a Piérola le pareció ridículo que peligrara la tregua. Los señores coroneles han de estar nerviosos. Chile no romperá la palabra empeñada ante las potencias europeas.

Casi a las dos de la tarde, el tren de los plenipotenciarios entró por fin a la estación de Miraflores. Como ayer, aguardaba un tranvía tirado por dos caballos. El polvo levantado por los chilenos a medio kilómetro de los reducidos y el urgente acarreo de pertrechos a la línea peruana, no parecen señales precisamente de paz. La cordillera se nublaba despacio. El viento llega desde la amplitud de San Juan, arrastrando la nauseabunda dulzona memoria de los caídos putrefactos. Un escalofrío recorrió a von Gramatzki a la vista del lejano torbellino de buitres sobre el antiguo campo de batalla. El comodoro García y García

recibió a los señores ministros. Esta vez irán derecho a la quinta de Scheel.

Pero Su Excelencia no los recibió de inmediato. El secretario Jaimes ofrecía asiento en el salón. Sirvieron refrescos a las sudorosas señorías. Irritado porque el almuerzo del señor Piérola es más importante que la definitiva suspensión de hostilidades, Saint John no tuvo más remedio que apoltronarse en silencio. Nadie hablaba. Plenipotenciarios que sorben fresco de piña, erectos edecanes, los señores secretarios, todos oyen el animado murmullo de los comensales al otro lado de las cerradas puertas del comedor.

El *patón* González sacudió la cabeza después de observar el frente en compañía de los jefes de la Reserva. Sus enormes zapatos y sus piernas arqueadas no restaban marcialidad a su veterana apariencia. El coronel José González era hombre de combate. Cuando en 1865 el atrevido coronel Prado eludió de noche al ejército del presidente Pezet y se presentó sorpresivamente en Lima, González mandaba la guarnición en el palacio de gobierno. Cañoneado y acribillado por los insurgentes, combatió durante siete horas. Como años después al mando del Segundo Ejército del Sur, el coronel Leiva no llegó a tiempo con las tropas gubernamentales acantonadas en Magdalena. Ya de mañana, el *patón* capituló y cayó el régimen. Ahora subjefe de la Primera División de la Reserva, dijo que francamente los chilenos se acercan demasiado. Con toda calma apuntaban su artillería de campaña contra Miraflores. Hace un rato, el propio Baquedano había revisado a la brigada de Barceló frente a Almendáriz.

—¿Cree usted que ataquen? —se preocupó Derteano.

—Sin duda alguna. Somos unos cándidos, coronel, no debemos permitirselo.

—Hay que informar a Piérola —intervino el coronel Correa y Santiago—. Mejor que vayas tú, Dionisio.

Decir qué, pensó Derteano mientras espoleaba al caballo seguido por seis ayudantes, si nada más parecen traer malas intenciones. Cerca del pueblo vio la locomotora de los plenipotenciarios con su enorme bandera blanca. Resulta increíble que pueda estallar otra batalla mientras los mediadores se encuentran a cuatro cuadras de la línea.

Viejo amigo de Scheel, el jefe de la Primera División de la Reserva conoce los vericuetos de esta alhambra mirafloresina. Usó una entrada lateral para acercarse al Dic-

tador. El secretario Jaimes no se atrevía a interrumpir nuevamente a Su Excelencia. Hasta los plenipotenciarios aguardan a que termine el postre.

—Yo entraré —decidió Derteano.

Otra vez Piérola tensó las cejas. Se suavizó su semblante al reconocer a Derteano. Eran viejos amigos. El arruinado hombre más rico del Perú dedicó un buenas tardes a almirantes y generales y se acercó al Jefe Supremo.

—Los chilenos están muy cerca, creo que piensan atacarnos —murmuró en una oreja de Piérola.

—Imposible, el propio Baquedano confirmó la tregua —susurró el Dictador.

—Veo a la gente muy inquieta, le ruego que se acerque a los reductos —insistió el cuchicheo de Derteano.

—Está bien, está bien.

El almirante du Petit Thouars volvió a deglutir el postre cuando Derteano abandonó el comedor. Se pregunta por qué demoran los señores ministros. Buendía y Segura casi no habían abierto la boca. El buen vino de las bodegas de Scheel aplomaba sus semblantes. El francés volvía a prestar atención a Su Excelencia que recuerda las virtudes marineras del *Huáscar*. Entonces nació la trepidación en algún lugar del frente. Llegó a ellos como un temblor de tierra que sacudiera cristales e hiciera pendular las lámparas. Tardó lo suficiente para permitir que se incorporaran. Después estalló el cielo. proyectiles de todo calibre caían sobre el pueblo. Una granada de 87 milímetros reventó en los jardines de Scheel, esparciendo escombros que golpearon las ventanas del comedor.

—¡Nos han traicionado! —aulló Nicolás de Piérola. Miró techos que crujían, desintegrados cristales que se desprenden sobre sus cabezas. Pareció que los cañonazos chilenos arrancarían la mansión de sus cimientos. El Jefe Supremo avanzó hacia la puerta. A gritos repitió—: ¡Nos han traicionado, nos han traicionado!

En el ventilado salón, primero escucharon crepitar rifles. El sudoroso von Gramatzki salió a los jardines al tiempo que estallaban granadas chilenas. Maldijo a todos los sudamericanos mientras corría a refugiarse en la casa de Scheel. Vio a Piérola pidiendo su caballo. Mayordomos y edecanes corrían en confusión. Un feroz estruendo se extendía a todo lo ancho de Miraflores. A sólo quinientos pasos de esta residencia, se reanudaba la batalla. El Jefe Supremo no tuvo tiempo de saludar a los plenipo-

tenciarios. A balazos se desploman trozos de ventanas teatinas. Cien asiduos acompañantes del Dictador se convirtieron en un puñado de leales.

Con el sombrero de plumas bajo el brazo, Bergasse du Petit Thouars comprendió que debía salvar a los ministros. Ni siquiera tienen caballos. A todo vapor retrocedía el tren neutral, acribillado a tiros en la estación. Sacudió a von Gramatzki que gritaba sin control y, auxiliado por Sterling y Sabrano, condujo a las siete inviolables excelencias hasta la calle.

Un pesado cañón que emplazaron ayer a espaldas del pueblo, reventó al primer disparo. Despojos humanos golpearon sanguinolentamente los mármoles de Scheel. En el pesebre no conseguían ensillar a enloquecidos caballos. Por fin apareció un edecán con la cabalgadura presidencial. Piérola montó con faz desencajada. Seguido por su primo Echenique y un puñado de ayudantes, partió al galope hacia el otro extremo de la línea.

—¡CUBRAN AL JAUJA! —gritó el coronel Cáceres galopando por detrás del primer reducto. Con otro jefe, antes el batallón dio la espalda al enemigo. Hoy su primera compañía se había afincado al filo de Almendáriz. El coronel Julián Arias y Aragüez iba al frente. Una andanada de la escuadra hizo flaquear al resto de jaujinos. Cáceres no permitió que titubearan. Emergió detrás de ellos, con la espada en la diestra. Como otras tardes de su vida, se sentía invulnerable. No lo tocarán esas balas ciegas, detonadas a quinientos metros de distancia.

—¿Quién empezó, mi coronel? —gritó Arias y Aragüez.

—¡No lo sé, qué importa! —el jefe del ala derecha miró la línea que cruzaba las chacras de Leuro—. ¡Sosténgase aquí!

—¡Los marinos la están pasando mal!

El regimiento *Santiago* atacaba entre los dos reductos. El cañoneo apagaba sus voces. Arias y Aragüez señaló la cortadura de Almendáriz. Cáceres entendió. El *Jauja* no bastaba para cerrar ese paso. Sin embargo los fuegos de Miraflores habían paralizado el avance enemigo. Entonces pensó en pasar al ataque, tan sorpresivamente como se desencadenó el combate. Debía conseguir refuerzos.

Su estado mayor y los ayudantés se le reunieron en el primer reducto. Sólo la batería Alfonso Ugarte y unas cuantas piezas al mando de don Jesús del Valle intercambiaban cañonazos con la artillería naval chilena y los cincuenta gruesos Krupp de campaña. Una banda de músicos tocaba el Himno Nacional en la media luna del reducto.

—¡Coronel Lecca!...

—Diga usted, mi coronel —se acercó el jefe del batallón N° 2 con un cigarro recién encendido.

—...¡haga avanzar una compañía a la quebrada!...

—Muy bien, mi coronel.

—...¡si cae este reducto, perdemos toda la línea! ¡Sosténgase a todo trance!

El combate estalló a espaldas del General Silva. Más allá de La Palma, los batallones de Dávila no parecían comprometidos. Una oscura humareda se alzaba a ambos lados de Almendáriz, mientras crecía la trepidación del bombardeo.

—¡Se han vuelto locos! —masculló. Imaginó a los plenipotenciarios atrapados por los disparos en el pueblo—. ¡Mayor Montoya, diga de mi parte a Dávila que envíe dos batallones de refuerzo al coronel Cáceres!

Después galopó de regreso a Miraflores. Acercándose a la batalla, descubrió a grupos de soldados dispersándose por las chacras con dirección a Lima. El cañoneo enemigo agrietaba el flanco derecho. Una cabalgata creció en sentido contrario por un polvoriento callejón. Silva reconoció el casco prusiano que usa el Jefe Supremo.

—¿Qué ocurrió, Excelencia?

Encima de las tapias abejonreaban balazos. Piérola lo miró como si no comprendiera lo sucedido.

—Nos traicionaron —dijo.

—¿Adónde va usted?

—A Vásquez —replicó el Jefe Supremo. El campamento de los reservistas en la hacienda Vásquez estaba al otro extremo de la batalla—. Manténgame informado, General.

—Ordene usted a Dávila que mande inmediatamente dos batallones de refuerzo al sector de Cáceres, Excelencia, y que se acerque la caballería.

Piérola movía afirmativamente la cabeza. Sin decir palabra, siguió alejándose del combate.

El marinero Rentería cargó al herido mayor Sarria al abrigo de unas tapias. Otros navales abiertos a tiros es-

peraban allí a que los evacuaran a Lima. Bandedo por un balazo, el tercer jefe del *Guarnición de Marina* aferró la cotona del veterano del *Huáscar*. El negro había visto morir a muchos valientes. Devuelto a tierra, ese sábado desconfió del acercamiento chileno. Rentería no cree en treguas. Las guerras se ganan o se pierden y los países son respetados o se hunden. Alguna vez a bordo del monitor, el difunto señor Palacios le había explicado cuántas naciones han desaparecido desde que el hombre tiene memoria de sí mismo. Lo mismo podía pasarle al Perú.

—Se va usted a poner bien, señor. Lo llevarán al hospital.

—Dame agua, negro —gimió el mayor.

—Ahorita vuelvo —los tiros de ametralladora recibidos en la cofa del monitor, no consiguieron deshacer la fornida armazón del marinero Rentería. Retrocedió a gachas hasta una acequia. Un baleado contramaestre abrevaba su sed de bruces sobre la corriente. De pronto quedó inmóvil, con el rostro muerto hundido en esa agua turbia.

—¡A la línea, zambo! —oyó entonces al teniente 1º de la Haza a sus espaldas.

—Le dieron al mayor, mi teniente, y está pidiendo que le den de beber.

Hundió la gorra en la acequia antes de correr a las tapias.

Los marineros habían abierto troneras en las paredes. El oscuro vapor del combate los embestia de frente. Por aquí pretenden entrar los verdugos de Baquedano. Castañeteaban pircas, una oscilación se propagaba a los combatientes después de cada andanada enemiga. Rentería calmó la sed del mayor Sarria y, palpando el hacha de abordaje que cuelga de su cinturón, fue a reunirse con su compañía. El vasto traquear de quince mil fusiles apaga el sonido de las cornetas. Veinte marineros pagaron la sorpresa con su pellejo. Con versados trabucazos contenían ahora el asalto del primer batallón de *santiagos*. Desde diciembre, los reservistas distinguidos habían arrasado vegetación y tapias entre los reductos y Barranco. A campo abierto avanzaron los chilenos mientras toda su artillería despedazaba las posiciones del *Guarnición de Marina*. Fanning se irguió. Su espada apunta al sur, al corazón del enemigo. Al fin la batalla existe por su cuenta, sorda a órdenes distantes que ignoran el furor de estos combatientes. Con sus quince años tiznados, el guardiamarina

Manuel Francisco Guerrero levantó a su tropa con un victorioso aullido. ¡Venganza a Grau, viva el Perú! Rentería comprimió las mandíbulas. ¡Venganza! Ni siquiera se vuelve a mirar si el resto de los suyos seguía al airado señor Fanning. A tambor batiente se arrojaba el batallón *Marina* al choque con los *santiagos*. Aquí y allá se desplomaban aduaneros, navegantes, veteranos buitres de la disuelta Columna Constitución. Un balazo se llevó el quepís de Guerrero. La artillería chilena ahumaba el cielo. También Fanning había perdido el sombrero. A ratos ni siquiera escucha su propia voz. Cargaba por delante, abrigado por el trote de sus hombres. A cincuenta metros, los *santiagos* le dieron la espalda. Todos los rifles enemigos se concentraron entonces en el *Guarnición de Marina*. Fanning continuó avanzando.

Transportado por la terrible vibración de la batalla, el coronel Cáceres comprendió que la victoria estaba de su parte.

—¡Capitán Torres, que ataque el *Jauja*! —gritó más fuerte que la ululación del bombardeo.

Desapoyados por la retaguardia, los marinos volvían a la línea. Entonces Fanning distinguió al coronel Cáceres saliendo a descubierto. Hoy las balas parecen fallar a los peruanos. El sol sancochaba la frente del viejo capitán de navío. Su desmelenada magnífica apariencia galvanizaba a las guarniciones de los buques. No quedan muchos cartuchos, pero no importa: querían atacar a todo trance.

—¡Bayonetas!... —tronó el coronel Cáceres.

A diez pasos de distancia, Rentería acarició su hacha de abordaje.

—...¡Adeodato, usted Canseco, vayan por munición! ¡si es preciso tráiganla en ancas! ¡Lecca, diga a Canevaro que atacamos! ¡Retes, busque al General Silva y dígame que me voy contra Barranco! ¡Quiero a la Quinta Brigada o al Escuadrón Escolta!...

Entre el chasquido de las balas, sus ayudantes partían al galope.

—...¡Guardia Chalaca, sostenga la línea! ¡Bedoya, avise a las baterías que vamos a la carga! ¡Avancen cien pasos la Clayton! ¡En escalón los *Celadores del Callao*! —decidió no esperar más—. ¡Marina, armen bien la bayoneta! ¡Vamos a echarlos! ¡Viva el Perú!

—¡Venganza a Grau! —resonó el grito de guerra de la escuadra.

Paso al trote se acercaba el batallón *Jauja*. Antier réprobos, héroes esta tarde, seguían al coronel Arias y Aráguiez con centelleantes bayonetas. La idea de la reparación alumbraba sus rostros.

Seguido por quinientos peruanos, el coronel Cáceres se lanzó al ataque. Sucesivas descargas chilenas barrieron esa rústica tierra de nadie. La muerte por el aire, a través del polvo, del tamaño de una abeja buscaba al coronel Cáceres sin conseguir tocarlo. Los atacantes llegaron a las tapias tras las que se apiñaban batallones enemigos. Frente al *Guarnición de Marina* relumbró la última descarga a boca de jarro. Los cuchillos peruanos no titubaron. Cáceres vio a un negro con traje naval, que arrojaba el rifle para esgrimir una feroz hacha de abordaje y saltar por delante sobre el enemigo. El coronel picó espuelas, también atravesando el torbellino de polvo y humo. Por unos minutos fue imposible distinguir a dos pasos dónde está el norte o el sur y quiénes son peruanos o enemigos. Combatían entreverados, sin tiempo ya de recargar sus rifles, sajándose y aplastándose a culatazos. Salpicado de sangre de chilenos, Rentería mugió furiosamente antes de reventar un cráneo adversario como si fuese una sandía. ¡Venganza a Grau! Su hacha ensangrentada espantó a quienes quisieron oponerle bayonetas. Volvieron a darle la espalda. Por sobre cuerpos acuchillados saltaban los jaujinos siempre a la carga. Tampoco el batallón *Marina* se detuvo. ¡Venganza a Grau! Habían roto la línea de Baquedano. Barranco adentro calla la artillería de campaña, mientras de prisa la enganchan a troncos de caballos y la arrastran hacia Chorrillos. Disuelta la polvareda, Fanning siguió avanzando. Detrás de los rifleros se oía latir a los tambores de la escuadra.

A retaguardia del tercer reducto, el General Silva había tropezado con dispersos que huían a Lima dando por perdida la batalla. Un sudoroso oficial anunció que subían chilenos por Almendáriz, flanqueando a los nuestros desde el mar y amenazando capturar la estación y la vía férrea. Con un grupo de ayudantes, se lanzó al galope hacia el pueblo. A lo largo del segundo reducto, las tropas de Ribeyro combatían animosamente. Oyó tronar los pesados cañones de la batería Alfonso Ugarte y sospechó que aquel

borroso oficial lo había engañado para seguir huyendo. Como un terremoto, el bombardeo había cuarteado los edificios de Miraflores. La atroz concusión de incesantes proyectiles de 250 libras, pulverizó todos los vidrios del Hotel Principal, pronto abandonado por sus ocupantes. Algunos ranchos próximos a la iglesia habían sido demolidos por las bombas. A cada nueva andanada, las campanas suenan por su cuenta. No tuvo tiempo de sentir lástima por la humeante ruina del balneario. Entre los últimos ranchos y los acantilados descubrió tropas desbandándose. Eran cansados veteranos del *Callao* y el *Guardia Peruana*, que corrían de lo peor del cañoneo. Dejó al coronel Manuel Velarde y a varios ayudantes la tarea de reagruparlos y regresó al pueblo. Trescientos cincuenta granadas de la escuadra habían desparedado ranchos y tambos desde las 2 y 20 de la tarde. Anónimos cadáveres y caballos despanzurrados salpican la plaza sancochada a cañonazos. Cerca del camino principal le dio alcance el coronel Ambrosio del Valle. Aún tenía consigo el parte que exigía el Jefe Supremo para conocer el número exacto de peruanos en la línea. Silva se sintió aliviado de encontrar al subjefe del Estado Mayor General. Se le acaban los ayudantes sin que ninguno vuelva para anunciar que sus órdenes fueron cumplidas.

—¿Y Piérola?

—En Vásquez... ¿cómo le va a Cáceres?

—¡Llegó hasta Barranco, hay que alimentar su ataque!

Por la vía férrea bufaba el tren blindado de los marinos.

—Coronel, he pedido caballería por varios conductos... es preciso que la traiga usted mismo.

—Volveré con ella, mi General.

Cáceres ordenó a los suyos que empezaran a replegar-se. Por ahora dueño del campo, galopó hasta la línea peruana. Encontró al coronel Jesús del Valle arrimando piezas de artillería en dirección del combate. Tenía de todo: pequeños Grieve, antiguos Vayasseur traídos por Bolognesi, esforzados White que hacían sus primeros disparos, vestustas piezas de ánima lisa arrancadas de los castillos del puerto. Muy bien, que apoyen a marinos y jaujinos. Entre la segunda y la primera brigada de la división Lagos, había quedado abierta una brecha casi al frente del segundo reducto. Pronto regresarían los chilenos a recobrar frontalmente las posiciones perdidas. Cáceres decidió me-

terse por la brecha y atacarlos de flanco cuando avanzaran.

Pese a que íbamos ganando, el coronel Zevallos informa que ha escapado un centenar de rifles. El coronel Seminario pedía municiones urgentemente. No han vuelto el teniente coronel Adeodato Carvajal y el ayudante Canseco. Nada se sabía de Retes que partió en busca del General Silva. El telégrafo no funciona. Nadie conoce donde se encuentra Su Excelencia. Por ahora indiscutido jefe de las fuerzas peruanas, Andrés A. Cáceres volvió a disparar órdenes. Adelante las ametralladoras. Hay que entretener a Lagos tan pronto aparezca a cobrarse revancha. Rápidamente explicó a los coroneles su plan de ataque. Pero no llegan refuerzos —se preocupó el coronel Marcos Porras. Ya llegarán, dijo secamente el ayacuchano.

—Mi coronel —se acercaba el señor Arrieta— . . . mis hombres quieren atacar. Solicito que los tenga en cuenta.

—Todavía, coronel, todavía —Cáceres sonrió afectuosamente—. No será una batalla corta.

Desde el segundo reducto, el coronel Ribeyro observó preocupado la polvareda que alzan las divisiones chilenas cambiando posiciones en auxilio de Lagos. El decidido contraataque de Cáceres había enfriado la sorpresa chilena. Ahora es Baquedano quien tiene que reorganizar sus planes. Mientras tanto descansaban los reservistas. Al estallar el combate, los reductos de la derecha soportaron bien la primera embestida. El ciudadano Ribeyro estaba satisfecho de sus hombres. Debía contenerlos para que no se lanzaran espontáneamente a la carga. Después descubrió con amargura que muchos dispersos del jueves, aprovecharon la confusión para largarse a Lima. El cañoneo se encespaba por el lado del mar. Oficiales a galope cruzan la comarca por detrás de los reductos, llevando instrucciones sabe Dios adónde. Hace un rato, los coroneles Correa y Santiago y Derteano visitaron al batallón N° 4. Han de encontrarse ahora con el coronel de la Colina. La verdad, Ribeyro combatía por su cuenta. Ordenó disparar cuando empezó la batalla. Desde entonces guardaba silencio el cuartel general situado en Vásquez.

—¡Allá vienen! —gritó el sargento del Castillo.

Las tropas de Lagos volvían por Barranco, reforzadas ahora por la reserva chilena del coronel Martínez. Por un momento escucharon a sus bandas de músicos. Después la artillería de campaña enemiga atronó el atardecer.

Entre el segundo y tercer reducto, el General Silva en-

contró por fin al señor Cáceres. Dos balazos habían agujereado el quepís del jefe ayacuchano. Hoy no morirá. De piedra el rostro, sus pómulos abultados, sereno el ojo quieto al que creen tuerto, conducía al ataque de flanco a todos los hombres disponibles en el ala izquierda de su sector. Debía jugarse a todo o nada en cada maniobra. Hasta ahora nadie ha rehusado obedecerlo. Esparcía una atracción animal sobre esos hombres fatigados de perder. Sólo mil soldados quedan en filas de los batallones *Paucarpata*, *Concepción* y *Libertad*. Se había puesto delante de ellos para llevarlos a la carga. Silva cabalgó a su lado.

—No puedo llegar hasta Chorrillos por falta de esfuerzos, mi General. Necesito caballería...

—He mandado traerla y también dos de los batallones de Dávila.

—...sólo quedan tres horas de luz y vamos ganando —Cáceres confiaba en mantener la ventaja—. ¿Qué hacen los reservistas en Vásquez?

Silva no supo qué contestar. Con sólo mil hombres por la izquierda y otros mil por la derecha, el coronel se proponía deshacer a la temida división de Lagos, que quedó intacta después de San Juan. El viejo General nunca llegó a tanto en su guerrera existencia. Dejó a Cáceres penetrando en Barranco. Delante del pueblo de Miraflores volvía a retumbar la batalla. Por intrincados callejones, entre potreros y chacras se extienden caminos hacia La Palma, Tebes y La Calera. Bien cultivadas haciendas mirafloresinas alimentaban de legumbres y leche a la capital antes de la guerra. Ocharán, la chacra de Leuro, los fundos Almendáriz y Surquillo pertenecen al italiano Domingo Porta. El ahora ciudadano coronel Bartolomé Figari es reciente propietario de La Calera dominica. Los padres dominicos son dueños del inmenso fundo Limatambo, que se extiende desde Balconcillo y Lince hasta Surquillo. Lentas carretas tiradas por bueyes, pacíficos chacareros, vacas de pesadas ubres, todo ha desaparecido de aquí como no sea el espanto de la guerra. El enemigo avanza por un frente de casi seis kilómetros, entre los acantilados y la carretera que une Tebes a La Calera de La Merced, San Borja, Matute y Lima.

Su Excelencia no se ha movido del pueblo de Vásquez, diez kilómetros al noroeste de la batalla. Cuatro mil reservistas siguen acampados a la sombra de los cañones de San Bartolomé. Desde Vásquez es posible llegar rápida-

mente a Ate y a la ruta de la cordillera y también al ferrocarril Trasandino, cuya vía corre por detrás del cementerio. El anciano General Buendía pudo conseguir caballo y acompañar al Jefe Supremo a su nuevo campamento. La terrible confusión demoró al General Andrés Segura en Miraflores. Al fin montado, el legendario montonero buscó ocupación. Había ganado sus primeros galones en la Guerra de la Independencia. Sentía esta república más suya que de otros. Una hora después de rotos los fuegos se unió al General Vargas Machuca que llegaba de la izquierda. Eramos pocos para tantos chilenos, pero la superioridad numérica no basta para ganar batallas. Durante un rato contemplaron la borrosa línea de combate. También el enemigo se atascaba en marchas y contramarchas esquivando la acometida de Cáceres. Luego reconocieron al General Silva que conducía personalmente un batallón al frente.

En el campamento del coronel Dávila, los ayudantes de Silva no encontraron a nadie con quien entenderse. Necesitan urgentemente dos batallones para reforzar la victoria en el otro extremo de la línea. Dicen que hace media hora, Dávila se dirigió al cuarto reducto. No era su sector. El ayudante Montoya optó por pedir ayuda al coronel Buenaventura Aguirre. El puneño ya había comprendido que la suerte de la jornada se decidirá en el lado de Cáceres. Entregó al mayor Montoya los batallones *Unión* y *23 de diciembre*. Antes de que hubiera recorrido un kilómetro hacia Miraflores, se le presentó un edecán de Su Excelencia. ¿Adónde los llevan? Al combate, por orden del General Silva. Pues de orden suprema, deben regresar a sus antiguas posiciones. Montoya miró arriba abajo al edecán. Era un novato voluntario argentino, incorporado al séquito del Jefe Supremo durante la víspera. Montoya no quería perder tiempo. Devolvió el *23 de diciembre* y sin decir palabra continuó adelante con el *Unión*. Cerca del tercer reducto, algunos soldados se desplomaron baleados durante la marcha y el resto se acobardó. Nunca antes habían combatido. Querían regresar alegando obediencia al Dictador. La sola aparición de un General sofocó el motín.

Un victorioso clamor se elevó entonces de los reductos. Con el *Paucarpata* por delante, Cáceres volvía a acuchillar a los regimientos de Lagos. El jefe del Estado Mayor General contempló los estandartes peruanos avanzando por

la izquierda, a la vez que el batallón *Marina* y los jaujinos cargaban por el terraplén del ferrocarril. Hace un rato ansioso por desbandarse, el *Unión* se sumó al ataque. Sin esperar órdenes, el coronel Canevaro lanzó su división a la ofensiva.

LAS DESCARGAS DE ARTILLERÍA chilena persiguieron a los plenipotenciarios a todo lo ancho de Miraflores. Viviani insistió en tomar el tren que dejaron en la estación. Por allí silban balazos y se amontonan heridos arrastrados desde el frente. La locomotora adornada por una gran bandera blanca había partido hacia Limatambo. Temiendo acabar fusilado por espía si cae en poder de la infantería de Baquedano, Bergasse du Petit Thouars señaló la campiña que se extiende hacia la hacienda del Conde de San Isidro. Una sucesión de altas tapias desalentó al ministro alemán. ¿A pie? El almirante afirmó con la cabeza. No hay otra alternativa. Ululantes granadas picaban sobre el grupo de personajes. ¡Oh, vamos de una vez! —gritó el excelentísimo señor Mello y Alvini. Hasta aquí no llega la protección de don Pedro de Alcántara, Emperador del Brasil. Su sofocado ministro arrancó a caminar por un callejón al norte. En sentido contrario irrumpieron desbocados caballos sin ensillar. proyectiles navales sacudieron los altos pinos de Porta y reventaron cien metros detrás de los plenipotenciarios. Francamente en crisis, Mello y Alvini trepó una abrupta tapia. Lo vieron derrumbarse del otro lado. A ratos las balas chicoteaban este laberinto de chacras. Se apuró el comodoro Sabrano a rescatar al ministro del Imperio del Brasil. Lo encontró con los botines enlodados, vagando en un alfalfar.

Los británicos conferenciaron. Sí, es probable que consigan auxilio en San Isidro. Sin embargo no convenía tomar el camino real cañoneado por los Krupp de Baquedano. El almirante du Petit Thouars y Sabrano aprobaron el plan de los ingleses. Habrá que subir, bajar cercos y huacas, saltar acequias, pero al menos no serán baleados.

¡Alto, deténganse! ¡imbéciles! ¡Imbéciles y cobardes! El airado von Gramatzki mostró sus puños a las carretas que huían de Miraflores. Su urbano elegante atuendo coronado por una chistera empolvada, desafina con el tur-

bulento paisaje de la batalla. Se había vestido para una conferencia de paz, no para escapar a campo abierto. Pronto quedaron solos a mitad de las chacras. El estruendo del combate los forzaba a gritarse. El nudoso septuagenario Christiancy acabó despojándose de su pesada levita negra. Du Petit Thouars chorreaba sudor bajo el plumado bicornio de almirante. A la hora más calurosa de enero, a von Gramatzki lo torturaba la sed. Más despacio, repetía, más despacio. Su caminata se estrelló contra una tapia de casi tres metros de altura. Se habían alejado del camino real, donde los sables de la caballería peruana atajan a levantiscos dispersos. ¿Y ahora? —se desalentó el alemán. Tenemos que continuar, hay que saltar —se obstinó du Petit Thouars. El comodoro Sabrano buscó un lugar propicio. Hundiéndose entre ortigas, irremediablemente cubiertos por máscaras de sudor y poivo, las señorías debieron cruzar una borrascosa acequia equilibrándose sobre un tronco derribado. Mientras Sabrano aflojaba adobes hasta ahuecar escalones, von Gramatzki se aovilló lo más lejos posible de erráticas balas que entrecruzan el cielo. ¡Malditos salvajes sudamericanos! ¿Se da usted cuenta, Saint John? ¡Humillaban a los imperios! ¡corríamos peligro de acabar fusilados en, en un lugar cualquiera! Los ministros ignoraron el disgustado monólogo del alemán. Sabrano pasó primero, para ayudar a las excelencias cuando bajaran del otro lado. Los almirantes alzaron a los señores ministros. Saint John, después el señor Uriburu, el animoso de Vorges, Viviani, el viejo Christiancy, Tezanos Pinto y Mello consumaron el escalamiento. Faltaba el obeso von Gramatzki. Yo no puedo subir, se quejó amedrentado por la altura de la tapia. Atrás pareció que la batalla se movía hacia Lima. Como un gas grisáceo enturbia el atardecer elevándose cien metros por encima del pueblo. ¡Apúrese! —se fastidió el almirante Sterling. Del otro lado los llamaban a gritos. Sostuvieron al alemán mientras engarfiaba botines y manos en las hendiduras practicadas por Sabrano. A medida que subía, su gruesa espalda quedaba en la línea de fuego de distantes rifles chilenos. A punto de vencer el obstáculo, el alemán soltó un gemido. Aflojado por sus colegas, se desprendió un adobe y von Gramatzki cayó de espaldas. A través de la tapia, se sintió el costalazo. Temiendo que una bala sin rumbo hubiera matado al ministro del Emperador Guillermo, el señor Sabrano subió a

mirar. Sólo du Petit Thouars seguía en pie. Sentado entre tréboles y ortigas, el almirante Sterling apostrofaba su increíble torpeza al plenipotenciario. Palpándose una pierna lastimada, von Gramatzki informó haberse roto varios huesos.

NADIE SE HABÍA ACORDADO del Escuadrón Escolta. Su Excelencia partió a Vásquez sin estos avezados jinetes que han protegido a varios presidentes. Ni siquiera tenían oficiales ahora que bombardean Miraflores. Como quien pide órdenes, el sargento Orellana entró a la residencia de Scheel. Servían en la orilla del poder supremo, sin nunca entrar a sus íntimos aposentos. La escolta duerme habitualmente en los sótanos de palacio, trota detrás de la dorada calesa presidencial, asiste con vistosos atuendos a las celebraciones de estado. Mientras los poderosos se sientan, ellos permanecen en atención. Si invitan banquetes al consejo de ministros, estos soldados ayunan bajo el sol o la reumática llovizna limeña. Sin puesto fijo en las batallas, van y vienen resguardando caprichosos viajes del jefe de la república. Las botas de Orellana concluyeron de triturar cristales esparcidos sobre los mármoles de Scheel. A intervalos se estremecen los techos mientras la escuadra chilena apura el bombardeo. Sin embargo se alejan los proyectiles, a medida que los artilleros enemigos afinan puntería contra el fortín Alfonso Ugarte. Por primera vez dueño de las habitaciones del poder, Orellana atravesó el comedor. Intactos panecillos, copas de champagne a medio beber; el postre apenas comenzado llamaron su atención. Eligió la cabecera, donde hace un rato presidía el almuerzo Nicolás de Piérola.

El soldado Mantilla encontró a su sargento merendando a tutiplén. Los de la Escolta rompieron a reír. ¡A comer como ministros! Sírvanse, mostró sus dientes Orellana. Debe haber más en la cocina. A las tres y media de la tarde, el Escuadrón Escolta estaba en ayunas y con sed. Aquella ávida tropa se desparramó por habitaciones interiores. Un negro ensartó el asado con el sable, otros rompieron a culatazos la puerta de la bodega. Con silenciosa admiración contemplaron ese lugar húmedo donde envejecen rubios Mersaults y oscuras botellas de *Musigny*,

celebrados vinos de Entre-Deux-Mers, *libournaises*, sauternes, delicias de Cadillac o de la antigua posada del *Cheval Blanc*, garrafas de anciano coñac, quietas explosivas champañas. Un alegre aullido saludó el descubrimiento de la opulenta despensa de herr Guillermo Scheel. Atraído por las risas de sus subalternos, Orellana autorizó la borrachera.

CUATROCIENTOS METROS ADENTRO de las posiciones chilenas, el coronel Cáceres supo que volvían a vencer. Las tropas de Lagos se desbandan ante su sola presencia. Inesperados clarines y tambores, centelleantes bayonetas cortaban en dos a la Tercera División enemiga. Había demorado el regimiento *Aconcagua* en cerrar la línea y por allí penetró el segundo contraataque peruano. Cuando el jefe de Chile hizo avanzar a sus regimientos de reserva, el rampante coronel Cáceres también los arrolló. Por derecha cargaban el batallón *Marina*, los jaujinos y, en fin, la impaciente *Guardia Chalaca*. Del otro lado, la división de Canevaro disolvía a los navales enemigos. Pero a un kilómetro de su propia línea, los peruanos perdían aliento. Aparte del *Unión*, lanzado a la ofensiva por el General Silva, nadie llegó a sostener el ataque.

Cáceres palpó la figurita del Niño Jesús que lleva siempre en la casaca, a la altura del corazón. Liberteenos y tropas del *Paucarpata* despedían con una cerrada descarga a confusos enemigos que huyen entre carbonizadas ruinas de Barranco. Cuando irrumpió de flanco, todos los rifles quisieron derribarlo. Cáceres miró el sol, calculando la hora. Ni siquiera las cuatro de la tarde. Deseó que se apurara la noche. Había perdido menos de cien hombres en tan atrevida penetración. Quinientos chilenos han muerto o imploran ayuda allí donde pasaron los peruanos. No hay una sola bayoneta sin sangre entre los suyos. Habían capturado cuatro buenos Krupp de 75 milímetros pero no hay caballos para llevárselos. En dirección de Chorrillos se había evaporado no sólo Lagos sino el resto del ejército de Baquedano. Por ahora sólo se oye tronar a la escuadra de Chile. De pie en los reductos, los reservistas vitoreaban a los peruanos victoriosos.

—¡Coronel, mi coronel! —con el sable tinto en sangre

llegaba al galope César Canevaro—. ¡Lo felicito, mi coronel!

El hombre al rojo, el brazo que decapita, las piernas que espolean, el jinete que lanza su caballo por sobre tapias erizadas de bayonetas enemigas, se sosegaba de prisa. Felicitarlo, por qué. Si sólo cumplíamos con nuestro deber, si para esto somos soldados, para derrotar al enemigo y no para darle la espalda. Contempló a Canevaro, con el brazo sangrante, desgarrado por un balazo. Ni siquiera demostraba dolor. Podría estar en otra parte, con el pellejo intacto. Su padre, Giuseppe Canevaro, se instaló en el Perú como cónsul de Italia. Era un afortunado duque florentino. Nacidos aquí, cuatro de sus hijos eligieron ser peruanos. Otros, como Napoleón Canevaro que heredó el ducado, son italianos. Este ensangrentado coronel que desprecia al enemigo poniéndosele por delante en todas las batallas, es un arrogante y divertido solterón. Hermano de Francisco, segundo vicepresidente de la república en los días de Prado, es el militar de la familia. Cáceres le sonrió con aprecio. Acaso no lo esperaba. Aquí está por su cuenta y riesgo, sin que nadie se lo haya ordenado. Para eso era jefe de una división. Aunque no siempre se lleven bien y el ayucuchano discrepe de su dispendiosa existencia en campaña, le tendió la diestra. La tropa parecía sorprendida de haberse adueñado de Barranco en menos de quince minutos. Por la derecha aparecía Arias y Aragüez. Siete proyectiles le habían mordido uniforme y quepís sin rasguñarlo. Desde que se rompieron los fuegos, cambió tres veces de caballo. Ahora Cáceres no tiene tiempo de charlar. Con menos de dos mil hombres no podía quedarse tan lejos de reductos y ametralladoras nacionales. Si los batallones de Vásquez lo apoyaran, si el resto de peruanos se jugara detrás suyo, seguiría atacando. Porque es posible empujar a Lagos hasta la quebrada de Tenderini y envolver por sorpresa al propio Baquedano en Surco. De nuevo estábamos solos. A ratos Cáceres siente que lucha no sólo contra los chilenos sino también con sus propios compatriotas. No importa que enviado por Castilla a instruirse cuatro años en Saint Cyr y Berlín o que vencedor de Tarapacá, no habían tomado en cuenta sus opiniones antes de que los chilenos aparecieran en Lurín. Caballeros, nos vamos. Canevaro quiso protestar. Por qué, si estamos ganando. Pero Arias y Aragüez se mostró de acuerdo. No se trataba de afian-

zarse en un territorio sin mucho valor militar. Ya habíamos despedazado el valor del enemigo. La próxima vez no vendrán por regimientos sino por divisiones, todos al mismo tiempo. De nuevo Cáceres se propone acometerlos con el apoyo de reductos y artilleros. Porque si vuelven a retroceder, Baquedano está perdido. Se desbandarán los suyos sin que pueda reorganizarlos antes del anochecer. Habitados por el espíritu de la victoria, los peruanos no dormirán a órdenes de Cáceres. Tan pronto oscurezca, los llevará a degollar al enemigo.

A semejanza del Taita Cáceres, el sargento Coyla no espera felicitación de nadie. Confundido entre jaujinos y marineros, con el rifle sin cartuchos coronado por una roja bayoneta, vio a su coronel que volvía al trote y echó a caminar hacia Miraflores. Un costurón que no ha cicatrizado, afeaba el sañudo rostro del cabo Chuquihuara. Él y Ccahuay habían vuelto de una ambulancia militar que sólo atiende rápidas curaciones o que mantiene vivos a los heridos hasta poderlos despachar a Lima. Todos los ayudantes del Taita se habían lanzado a la carga en ambos flancos. Vueltos feroces veteranos, los sobrevivientes canchinos desbordaron la línea peruana rumbo a Barranco. Ignorando las órdenes de su coronel, los restos del *Lima* se unieron a la *Guardia Chalaca*. Como si no hubiera más chilenos, al paso regresaban a sus antiguas posiciones. Alcanzaban tapias y reductos cuando reapareció el enemigo aproximándose cautelosamente entre escombros barranquinos. Después su artillería volvió a bombardear a los peruanos.

SILVA MARCHABA HACIA la izquierda en busca de refuerzos cuando los chilenos atacaron por tercera vez. Ahora vienen en masa. Aunque la batalla podría durar varios días, Baquedano quiere entrar hoy mismo a Lima. Silva observó Miraflores pulverizado por infinitos proyectiles. Rápidas explosiones sacudieron esta parte del frente. Nada se sabe del Jefe Supremo, excepto que no se ha movido de la hacienda Vásquez. En vez de acompañar a Su Excelencia, el anciano montonero Segura no se separa del jefe del Estado Mayor General. Cerca suyo, Vargas Machuca reconoció el más liviano y seco estampido de

la artillería nacional que se perdió en San Juan. Chile embiste con la totalidad de sus recursos. También lanzaba a combate los cañones que cayeron en su poder el jueves. El golpazo de las explosiones enrojecía el rostro de Silva. Frente al pedregal de La Palma se oyó la rabiosa fusilería de Buenaventura Aguirre. Vargas Machuca picó espuelas. ¡Ataquemos, mi General! Silva pensaba lo mismo. Inacabables callejones de hacienda entorpecían sus movimientos. ¿Qué espera Su Excelencia para mover a distantes reservistas? La mayoría de los ayudantes del Estado Mayor General ha desaparecido. Aparte de los dos viejos generales, sólo los tenientes Gall y Pedro Carrillo y el subteniente del Campo lo acompañaban en ese momento. Había dejado al mayor Montoya encargado del *Unión*. Y el coronel Ambrosio del Valle no aparece con la caballería. Hace un rato se propuso tomar personalmente los batallones de Dávila, aunque tenga que pegarle un balazo. Delante, atrás suyo reventaron granadas enemigas. El polvo los sofocó. A derecha cañoneaban piezas nacionales. Al galope la minúscula cabalgata salió por fin del callejón. Casi tropezaron con peruanos desbandados.

El anciano General Segura enfureció. ¡Al frente, malditos! ¡no se pelea contra Lima! La irrupción del anciano montonero repartiendo planazos de espada sobre los prófugos, ayudó a frenar la dispersión. Gran parte de los batallones *Concepción*, *Manco Cápac* y *28 de Julio* corría al norte. El resto tiroteaba a la Brigada Barbosa a través de troneras abiertas en las tapias. Los tres generales pronto reagruparon a trescientos hombres espantados por el bombardeo. Sí, hay que atacar. ¡*Manco Cápac*, siga al General Segura! ¡*Concepción*, a Vargas Machuca! El señor Silva tomó para sí a los restos del *28 de Julio*. Menos de quinientos saltaron los parapetos. Tres mil rifles y fuego de ametralladoras acribilló a la vanguardia. El viejo montonero no se detuvo. Sesenta años había escuchado el silbido de las balas sin pestañear. Detrás suyo se derrumban combatientes vaciados a tiros, como si chocaran contra algo más poderoso que proyectiles de una onza. Ni siquiera miró si lo seguían, ni creyó posible otro camino que el de esas bayonetas que empezaban a titubear al frente. Después un sosegado disparo le encontró el pecho, esas costillas que soportaron veintisiete campañas antes y después de la Independencia. El último balazo de su vida, desmontó al General a cuarenta metros

dé los chilenos. Casi simultáneamente, otra descarga derribaba al General Vargas Machuca.

También en busca de refuerzos, el coronel Jesús del Valle se encontraba a la izquierda del tercer reducto cuando arrancó el combate. Puesto al mando de tres cañones, suspendió los fuegos tan pronto los peruanos pasaron al ataque. Vio a una indecisa fracción de infantería apiñada entre unas tapias. ¡Seguirme, carajo! —tronó desnudando la espada. Avanzó como por un túnel invisible, como si sólo él adivinara el camino de las balas. Por instinto tuerce, se encorva a ratos, marcha después erguido. Pronto dio alcance a impávidos niños que batían tambores y templaban cornetas. Pudo ver a Silva moviéndose por los parapetos, echando a toda la gente a la ofensiva. Pero la tropa no consiguió atravesar el abrasado campo de tiro chileno. Otra vez se desbandaba sin que el enemigo intentara perseguirla. Silva gritó con voz que no escuchó el coronel artillero. Pasaba a la vanguardia. Ocupado en reforzar al titubeante *Manco Cápac*, perdió de vista al jefe del Estado Mayor General.

Si hubiese mirado el reloj, habría sabido que apenas se cumplía una hora y cincuenta minutos de batalla. Recién ahora el enemigo acomete a plenitud. Adivinó su masa presionando a todo lo ancho de esa línea que había tolerado sin creerla capaz de tanta resistencia. Porque era su ejército y su batalla, señor General Pedro Silva. Cierta inocultable desesperación deforma su faz acorralada. En busca del adversario, su caballo brinca o pisotea cadáveres a los que hace unas horas pasó revista. Ni de pie, ni en atención, ni nunca más confiados, ni siquiera peruanos sino ya sólo seres de otro mundo, sus soldados caídos soportan los herrajes mientras otros, quienes aún se desangran, clavan uñas en el polvo para arrastrarse, de centímetro en centímetro, hacia las tapias a las que regresa el deshecho contraataque. Silva no volvió. Esos hombres no lo escuchaban. Parecía implorar que lo siguieran adelante. La insoportable idea de la derrota torturó su mirada. Sus ojos buscaron a Orozimbo Barbosa como si fuese posible desafiarlo de hombre a hombre. Un quemante granizo lo penetró entonces. Instantáneos proyectiles lo quebraron. Aún luchó por equilibrarse en la montura. Como si supiera que debe devolverlo a los suyos, el caballo arrancó hacia las tapias peruanas. El coronel Jesús del Valle lo vio acercarse con la vacilante tiesura de un

ebrio. A unos pasos de distancia, la cabalgadura se desplomó muerta y el jefe del Estado Mayor General rodó esparciendo salpicaduras de sangre. Ya no cuentan a muertos o heridos o dispersos. Trescientos quedaban en pie, defendiendo fieramente el paso a Lima. Demudados oficiales cargaron al General Silva a retaguardia. El coronel del Valle volvió a sus cañones. Estaban cargados de metralla. Cuando una guerrilla de Barbosa ensayó el asalto a bayoneta, tres rugientes metrallazos la barrieron del campo.

SEISCIENTAS GRANADAS DE TODO calibre había disparado la escuadra chilena contra Miraflores. Cuatro cañonazos demolieron parte del Hotel Principal. Uno de los inmensos pinos de Porta ardía con resignación de crucificado. Pero lo peor del bombardeo castigó durante dos horas a la batería Alfonso Ugarte. Sólo cincuenta lastimados *Libres de Trujillo* se obstinan en servirle de guarnición. El recién ascendido teniente Numa Genaro Llona no pudo impedir que se le fueran los sobrevivientes del *Guardia Peruana*. El joven oficial trepó a la batería. Cada diez, cada quince segundos una explosión hacía trastabillar a los servidores de esas cuatro piezas de sitio a punto de fundirse. Ni un disparo se escucha por el Callao y sin embargo allá hay cincuenta cañones semejantes a estos esforzados Rodman que mantienen un duelo inacabable con blindados y corbetas enemigas. Por aquí la tierra se agrietaba, como si los acantilados fuesen a desplomarse hasta el mar. El violáceo resplandor de gruesos fogonazos teñía la tarde amarillenta. El pesado sol de las cuatro y veinte molesta a los cabos de cañón. Nadie prestó atención a Llona. Quería ser útil, ya que no consigue ser un héroe inolvidable. Vulgares intestinos salen a borbotones de vientres ignorados por aladas visiones, que el joven practicante Pancho Ramírez componía bajo un constante diluvio de polvo y escombros. El desolado oficial contempló como el aprendiz de cirujano arroja piernas y otros despojos de su lado, la falta de emoción con que abandona a súbitos cadáveres para atender a infelices cuyos aullidos son inaudibles en medio del estruendo de la artillería. La guerra era esto, la llaga y el miedo y la fatiga extrema,

también un ruido que desborda el organismo, la posibilidad de un dolor sin otro límite que la muerte. ¿Dónde los arcángeles a caballo, las coronas de laurel, las esbeltas espadas, la gloria con su inigualable ropaje de ateniense? La guerra era otra cosa, un negocio, la fealdad del hombre sin cuartel despedazando al hombre, la matanza si es posible con todas las ventajas, al montón, a quemarropa. Ya sin subalternos, sin medios para combatir a un adversario siempre demasiado lejos o para detener armas invisibles que lo acometen en picado, Llona sintió los oídos rotos por ese estrépito que se repite en su cráneo como una borrasca, como si todo su cuerpo fuese una caracola imaginando el sonido de una batalla. No hay otro confin que su propia piel, ni agua o luz fuera de su pensamiento. Acaso inventaba la matanza. Golpeó su cabeza con los puños. Lo real afuera, tocándolo. Todo esto es verdad, aunque él quisiera despertar y negarlo. El practicante Ramírez alzó la cabeza cuando el teniente ya sin tropas echó a caminar hacia la distante línea ocupada por los jaujinos. En derredor suyo caían granadas navales. Finalmente una explosión lo devoró.

ENVIADO CON ÓRDENES para Arias y Aragüez, el ayudante Lecca acabó cediéndole su caballo. A las cuatro y media de la tarde, el batallón *Jauja* estaba en aprietos. Se le habían metido chilenos en la quebrada de Almendáriz y, a cubierto de los fuegos nacionales, preparaban el asalto. El joven Lecca comprendió que tenían los minutos contados. Esta vez Cáceres ni siquiera intentó el contraataque. Por Barranco se le echaban encima seis regimientos y dos batallones. La escuadra y cañones chilenos lo bombardeaban. Sin embargo consiguió detenerlos por la línea del tren y a la izquierda del segundo reducto. Antes de que lo transportaran a Lima, el malherido General Silva le mandó decir que quedaba solo ante el enemigo. Cáceres recibió la mala noticia al tiempo que su anteojo descubría al enemigo abrigándose en Almendáriz. Hace un rato anunció Rosa Gil que se ha dispersado casi toda su gente. Jaujinos y reservistas del primer reducto son toda la fuerza disponible para impedir que rompan el flanco derecho. Pedía a Arias y Aragüez un último desesperado es-

fuerzo por sostenerse en la orilla norte de la quebrada y demorar el asalto. Apúrate, noche. Pero el sol siguió flotando inmutable por el ahumado firmamento. El jefe del *Jauja* sacudió la cabeza. No podía aproximarse a Almendáriz sin que lo fusilaran desde las ruinas de Barranco. El bombardeo había deshecho a su batallón. Haré lo que pueda, dijo. Eligió a la primera compañía para avanzar. Otra vez los jaujinos desconfiaban. Rehecho el ejército de Baquedano, por aquí atacan ocho mil adversarios. Ninguna tropa de refresco ha venido en su ayuda. Casi detrás suyo llameaban los rifles del primer reducto, pero *Guardia Peruana* y *Callao* se fueron sin dejar rastro. De pronto cambiaba la dirección de los cañonazos de la escuadra. Volvían a vapulear el pueblo. Entonces crecieron las cornetas chilenas y en dos columnas irrumpieron por Almendáriz los regimientos *Concepción* y 3° de Línea.

ESPADA EN MANO, Juan Fanning saltó de los parapetos ordenando atacar cuando los *santiagos* entraron en columna por la línea del ferrocarril. Kentería adivinó un desastre inevitable. A la *Guardia Chalaca* la acometía el intacto regimiento *Aconcagua*. A canteños y sobrevivientes del *Lima*, reforzados por los celadores del puerto, los atacaba el veterano regimiento de *Zapadores*. Y al *Guarnición de Marina* le quedaban menos de doscientos hombres para contener el asalto por el ferrocarril.

¡Armen bien la bayoneta!

Aquella orden sacudió al subteniente Genaro Cobián. ¡Tanto queda por vivir a los veinte años y tan cerca esos aceros que llegan a matar! Recordó a su madre y a sus cuatro hermanas. De él dependían para el sustento. Ya erguido, miró hacia atrás como quien va emprender un viaje y se despide. ¡Paso al trote, paso al trote! Una tristeza subió por su garganta. Adiós a todos. Su única vida asesinada y a unos kilómetros de casa. Pensaba en sí mismo como si ya estuviera muerto. De pronto enfureció. Morirá matando. Alzó la espada antes de arrancar al frente de su fracción. No ha muerto, todavía. ¡Venganza a Grau! ¡Venganza! Con sus mil cien soldados en columna de ataque, el *Santiago* apisonaba tierra de nadie protegiéndose del segundo reducto tras el talud del ferrocarril. Si no puede detenerlos, al menos Fanning los que-

ría empujar hacia los fuegos de la Reserva. Como lanzarse al espolón, pensó Rentería, no será la primera vez. Adelante van bayonetas de cuatro filos. Trotaban de pronto marcando el paso, como si fuesen parte de un organismo único y hubieran de alzar el mismo pie e impulsarse con idénticos movimientos. Arena de nadie bajo sus gastados botines, arena en el reloj convertida en tiempo, arena en suspensión como una niebla. De arena el hueso, también la lengua que lastima el paladar, y de arena la rápida huella sin forma verdadera, sumiéndose en sí misma como la arena prisionera en el reloj. Después pisaron balasto derramado por el paso de los trenes, piedras como puños, como bruñidas manzanas grises, como formas de otras cosas. Rentería escucha el trote a la manera de un afrentado corazón apurándose al desquite. Nada importa sino este espacio íntimo en torno de su piel vulnerable a cuchillos que se acercan. Como si no hubiese más batalla que la concerniente a su pellejo, apenas oye repiquetear la rabiosa fusilería que intercambian peruanos y chilenos de aquí a La Palma. A veinte metros, su estoque apuntó a los pechos chilenos. Mientras casi nada separa los aceros, al joven Cobián lo invadió el vértigo. Parece corta su espada ante esos largos rifles con bayonetas de a metro, ávidas de beber su sangre. ¡Venganza a Grau! —bramó entonces el señor Fanning. Se arrojaba contra un oficial enemigo. Detrás suyo rugió el batallón: ¡Venganza! El viejo marino descifró el rango de su adversario, mientras lo distraía con siseantes molinetes. Aquel sargento mayor de los *santiagos* persiguió la finta. Cuidándose del revólver y de bayonetas que chocan con un violento estridor, Fanning consumó la treta yéndose a fondo, no para asentar la espada sino para navajear al chileno. El infeliz se dobló y, desde atrás, Rentería le asestó un culatazo. A un metro se descargan ahora los rifles. El negro se dio al diablo. Membrudos *santiagos* quisieron acorralarlo. A chuzazos revientan cálidos vientres. Al salir de los cuerpos, las bayonetas parecían succionar vísceras que al fin brotan como una espantosa supuración. Se abultaron los brazos de Rentería pulseando rifle contra rifle. Desplató a un enemigo remeciéndolo desde abajo con un salvaje golpe de culata, antes de sajarle la garganta. No tuvo tiempo de contemplar a su víctima. Seguían llegando enemigos a la carga. Corría a proteger al adulescente Guerrero. Los quince musculosos años del guar-

diamarina flaqueaban ante la embestida de tantas bayonetas. Había vaciado su revólver. Con sólo la espada se batía contra filos numerosos. Vuelto cimarrón, Rentería se abatió sobre esos chilenos. Repartía tajos y cornadas permitiendo que los suyos se reagruparan. A través de la polvareda descubrió a un gigante ensartando con su bayoneta al subteniente Cobián. Al sonido chillón de los aceros que entran raspando huesos, se sumaban esporádicos balazos, el pavor de los acuchillados, los gritos con que en uno y otro bando se animan a no conceder clemencia. Rentería mostró los dientes mientras arrojaba su rifle y empuñaba el hacha de abordaje. Palpitaron las aletas de su nariz, oliscando el tufo a reciente borrachera de su adversario. Este duelo a mitad de una batalla, tensó a peruanos y chilenos. Casi postergaban la matanza, midiéndose unos a otros mientras observan a los rivales de reojo. ¡Vamos, zambo, dale vuelta! —gritó el joven Guerrero. Rentería no muestra prisa. Confiado en la profundidad de su hurgonazo, el otro se aventó primero. Más rápida que el ojo, el hacha de abordaje describió un círculo desviando la estocada. Otro tajo pareció rebanar el rifle enemigo. Macizos hachazos arrancaban el fusil de las jactanciosas manos del chileno. Cuando aquella bayoneta ya no tuvo fuerzas para herir, Rentería se lanzó a fondo. El enemigo pudo alzar un brazo. Asestaba el negro su mandoble como si ese solo golpe pudiera pulverizar a todo el ejército de Baquedano. Separó la mano por la muñeca, el cuello por la yugular, otros huesos por la clavícula. Los peruanos aullaron enardecidos a la vista de tan asombrosa decapitación. En ese momento llegó al choque el segundo batallón del *Santiago* y tuvieron que retroceder. El señor Fanning no regresó a la línea nacional. Un disparo le había volado la cabeza.

—A LA SALUD DE USTED, mi coronel —decía el sargento Saturnino del Castillo cada vez que sacaba el cuerpo para disparar su rifle. Junto al terraplén del ferrocarril, el segundo reducto soportó el asalto. A Ribeyro lo preocupaba el resto de la línea más que su propio batallón. Los reservistas respondían valerosamente. Al desencadenarse la última batalla, muchos se arrancaron el quepís, arroján-

dolo al suelo mientras anunciaban que no saldrán sino vencedores o muertos. El coronel Derteano, también Correa y Santiago cabalgan con imperturbable tiesura de buenos caballistas, bravoceando a sus tropas entre un reducto y otro. Tan extraña como adinerada cabalgata pasaba al trote desde La Palma hasta los acantilados, atrayendo a la fusilería enemiga a la vez que enardeciendo a los ciudadanos de uniforme. A Derteano lo habían afeitado numerosos proyectiles. Detrás suyo, entre el tercer reducto y el pueblo de Miraflores, un balazo tumbó a uno de sus ayudantes. Ya que no toda la Reserva combatía, al menos estos cuatro batallones se portaban valerosamente. Cáceres se había detenido en el segundo reducto antes del contraataque. Llegó con sus ayudantes Torres Paz y Bedoya a recoger el estandarte carolino. Los reservistas querían conservar esa bandera que tampoco sucumbió en San Juan. Pero los universitarios se la habían entregado al señor Cáceres y volvió a seguirlo en la última batalla. A su salud, mi coronel —decía Saturnino. El ciudadano Ribeyro ha de poner cuerpo a las balas, espada en mano paseándose por la cresta del reducto. Pararse, muchachos. Apunten bien. Viva el Perú. A la vista de su propio coronel inmune a corrosivos proyectiles, sus hombres sosegaban la puntería, demorándose sobre la cresta hasta comprobar el efecto de sus disparos. Atrás Lima, las espumosas madre selvas, la amoratada gravedad de su noche más terrible rodando hacia ella con el rumor de una avalancha. Y la ausencia de luz inflándose desde las montañas, con el turbio color de la lengua del ahorcado. Allá, mujeres que amaban como escribiendo ideas que perfuman, como antes, antes siempre del amor en carne y hueso. Allá, la pulpa fosforescente de la ciudad que aguarda su regreso mientras sube la bola de luz muerta, la cenicienta luna de este sábado en ruinas. Y aquí, hombres que imaginaron morir melodiosamente devorados por una tormenta de verano, entre graciosas barcas, sin creer todavía que es tan muerte la muerte. Ni siquiera bastaba morir, así, corrientemente. Había que transitar a más, a gloriosa nada, a difunta plenitud, transformarse en grandes muertos. De pie sobre el reducto arrasado por la fusilería enemiga, no ve Ribeyro a sus propios soldados sino su memoria, como si los viera desde una época posterior a esta tarde roja, cubierta por la cenicienta bruma de los disparos. Así descubrió la voz nunca más escuchada del sargento del

Castillo ofreciéndole un chileno baleado a su salud, mi coronel, el antiguo rostro de Saturnino superpuesto a la faz rota por un plomo que lo penetró por la frente. Ah, venir de nunca a nunca, todavía al pie de disparos que no matan con muerte suficiente. Cargaban al destrozado sargento como quien no quiere verse retratado de difunto. Más temprano que tarde, todos acabarán igual, se gane o se pierda esta batalla. Su tierra, sin embargo, una memoria común con todos sus gorriones. ¡Arriba, muchachos! A derecha del reducto se extinguía el estrépito de rifles peruanos ya sin municiones. Sólo el primer reducto parecía combatir a plenitud. Gateaba el enemigo por los bordes de la línea férrea, insistiendo en flanquear a los reservistas de Ribeyro. A ratos, un puñado de peruanos acomete hasta el exterminio y un encorvado fragor de bayonetas confirma la consumación de otro sacrificio. En la media luna del reducto, los músicos tocaban el Himno Nacional. Maximiliano Piñatelli agonizaba en los brazos de Carlos Piñatelli. El viejo Panizo no había concluido de morir, cuando un balazo echó encima suyo a su hijo Manuel. El malherido ciudadano Harris arrastraba a retaguardia a su amigo José María Seguín, sin aceptar que ni siquiera el cirujano podía devolverle la vida. Sin embargo ileso, mientras un vaho alquitranado se condensa en torno del reducto, Ribeyro comprendió que Miraflores se derrumba en derredor suyo. Los reservistas lo miraban sin siquiera atreverse a preguntar qué hacemos ahora, mi coronel. Nunca se creyó un suicida. Ahora vociferó: ¡Fuego, muchachos! ¡antes reventamos nosotros que pierde el Perú!

SIN SOSPECHAR QUE un fusil chileno perseguía su cabeza desde que abandonó el segundo reducto, el coronel Cáceres contempló con rabiosa impotencia como por fin el enemigo entraba en Miraflores. El capitán Retes volvía por detrás del pueblo. Malas noticias, mi coronel. Mataron a Arias y Aragüez. El coronel Rosa Gil regresaba a Lima con los restos del *Jauja* ya sin cartuchos. Los artilleros abandonaban la batería Alfonso Ugarte, luego de quemar su último saquete de pólvora. Los reservistas del primer reducto empiezan a retroceder combatiendo. Aca-

ban de matar al coronel-sargento don Carlos Richardson. En cinco minutos se consumaba otro desastre. Tres horas habían combatido sin recibir cartuchos o refuerzos. Del batallón *Marina* quedan cien obstinados combatientes. La *Guardia Chalaca* había perdido a sus tres jefes y a casi todos sus oficiales. Una gruesa polvareda anuncia que la caballería chilena busca una brecha entre La Palma y la vía férrea. Capitanes y hasta tenientes coroneles arrastran costales con cápsulas de la estación al frente. Aparte de Retes y del teniente Castellanos, el señor Cáceres había perdido al resto de sus ayudantes. A Torres Paz lo tumbó una explosión. Lecca había desaparecido, lo mismo que don Adeodato Carvajal. A Augusto Erón Bedoya lo han visto herido en una ambulancia. El telégrafo quedó interrumpido hace veinte minutos. ¿Quién responderá sus preguntas, si vienen, si hay esperanza, si es preciso seguir muriendo? Cáceres estiró su anteojo de campaña. Por ahora los muertos son sólo rápidas noticias. Para otra vez sus rostros recordándolo, su definitiva quietud tan vez. Nunca podrá explicar el coronel qué misterioso instinto lo hizo enfocar a los chilenos que llegan en vez de buscar peruanos en dirección contraria. Mucho más que algo, que sólo este coronel a solas con la derrota a pesar suyo, vive al comienzo del cristal, en el ojo que aumenta. Más corta la distancia que largo el ruido, más rápida la muerte que su párpado sorprendido. Un balazo golpeó el catalejo, arrasándolo con diminuta violencia. Ese impacto que le repercutió hasta el hueso, estuvo cerca de derribarlo del caballo. Retes lo vio soportar el golpazo mientras caía el largavista triturado y el coronel se llevaba las manos al rostro. Pero volvió a erguirse, con sólo un motón en el rostro intacto. A su vez miró a sus lívidos ayudantes. Seguía aquí, de este lado de las cosas, con gruesa voz perfectamente audible que ordena reagruparse, sin pavor moverse combatiendo en busca de la izquierda, acercarse a los refuerzos que no quiere creer clavados en su distante campamento a salvo de las balas.

—¡SE ACERCA EL GENERAL Buendía, mi coronel!
—anunció el capitán Buenaventura Palma al subjefe del Estado Mayor General.

El señor del Valle adivinó que lo envían a reemplazar al herido General Pedro Silva. ¿Ahora? ¿a las cinco y cinco de la tarde? ¿cuando todo parece perdido mandaban a un viejo general sin tropas? En el parque maltrecho que no han podido evacuar a Lima por falta de trenes, sólo Palma, el teniente coronel Verástegui y el ordenanza Santos Cuba acompañan al coronel. Otros nueve o diez oficiales han estado llevando personalmente cartuchos a la línea de combate. Hace un rato, el coronel Rosa Gil pasó rumbo a la capital diciendo que estamos perdidos, salgan todos de Miraflores, se acerca una columna enemiga a paso de carga, sin balas es inútil resistir. Derrotado en San Francisco, apenas testigo de la victoria de Tarapacá, sometido a juicio en Arica, enviado bajo arresto a Lima, más tarde convertido en ayudante de Su Excelencia, el General Buendía llegaba tarde a esta batalla. El coronel no se había equivocado. Otro ayudante del Jefe Supremo comunica el nombramiento del anciano como nuevo Jefe del Estado Mayor General.

—¿Y los ayudantes? —indagó Buendía.

—No queda nadie más, mi General.

El viejo militar escuchó un rápido sombrío informe. No llegará a tiempo el tren pedido urgentemente a Lima para salvar municiones y explosivos acumulados en Miraflores y que tampoco pudieron transportar al inmediato frente. Habrá que usar el tren blindado, dijo Buendía. Hace cinco minutos, los marinos habían acometido por última vez por el ferrocarril. Volvió grupas hacia la estación a detener la locomotora.

—¿Quién está al mando? —hasta hace un rato el General no ha participado de las deliberaciones supremas. Ni siquiera sabe qué batallones combatían en el sector derecho.

—¿Qué desea, mi General? —asomó el capitán de fragata Leandro Mariátegui.

—Hay que trasladar el parque a Lima, usaremos este convoy —dijo Buendía.

Mariátegui echó una mirada de preocupación al terraplén del ferrocarril. El enemigo entrará en cualquier momento.

—Tenemos que tomar agua en Limatambo o no llegaremos a ninguna parte —replicó.

—Pues vaya usted y regrese —presionó el nuevo jefe del Estado Mayor General—. Aquí lo espero.

Mariátegui contestó que lo intentaremos, señor. Sin

mucha suerte quiso ayudar al *Guarnición de Marina* hace unos minutos. Los chilenos se encuentran a trescientos metros de la estación.

Una vez que el tren blindado partió hacia Limatambo, volvió Buendía en busca del coronel del Valle. Lo encontró desnudando la espada. ¡Enemigo a la vista, mi General! Por la Alameda irrumpían guerrillas del 3° de Línea. También los *santiagos* entraban al pueblo, incendiándolo de inmediato. Más chilenos acometían por el camino real.

—Nos están rodeando —gritó del Valle. Ahora se escucha cañonear cerca de La Palma. Baquedano rompía la línea en el otro flanco del coronel Cáceres. Imposible salvar nada en Miraflores. Tendrán que destruir el parque y escapar a Lima, si pueden. Buendía aceptó la sugerencia del coronel. Su brevísima misión en el frente había concluido. Que del Valle destruya el depósito de municiones. El General regresará a Vásquez, a informar a Su Excelencia. Tendrá que hacer el largo viaje sin otra compañía que su caballo.

A la misma hora en que los jefes del Estado Mayor General convenían en que no es posible seguir combatiendo, un balazo derribó al teniente 1° Hurtado de la Haza frente a la estación. Rentería y el guardiamarina Guerrero corrieron a levantarlo. Otro tiro le reventó entonces el cráneo. Francamente, señor, es momento de irnos —murmuró Rentería contemplando el rostro pulverizado del oficial. Parece cruel que le hayan acertado dos proyectiles al final de la batalla. Los mismos enemigos que corrieron del batallón *Marina* hace tres horas, volvían para descubrirse con rencorosa ferocidad. Guerrero estuvo de acuerdo. Pero, ¿quién manda ahora? El batallón N° 4 de la Reserva se abrió paso a retaguardia, abandonando el segundo reducto. Por el lado del mar, los peruanos ofrecían esporádica resistencia. Usted, señor —dijo Rentería.

Vaya uno a saber cuánto tiempo nos queda, decía el coronel Ambrosio del Valle picando espuelas hacia la estación. Unos minutos, murmuró Juan del Carmen Verástegui. Lleva un rollo de mecha en la diestra. Sólo unos minutos para inflamar el parque y despedazar un trecho de ferrocarril. Atrás ya incendiaban el Hotel Principal. ¿Y después, Lima? Absorto en imaginar el amargo porvenir de la ciudad, el teniente coronel Verástegui no vio al enemigo cuando entró a la estación. Una descarga lo apeó

convertido en piltrafa. Los proyectiles ventilaron al coronel del Valle sin tocarlo, pero su cabalgadura corcoveó malherida, echándolo a tierra y desplomándosele encima. ¡Mi pierna! —se quejó con los huesos fuera de lugar. El ordenanza Santos Cuba y el capitán Palma lucharon hasta separarlo de la bestia muerta. El parque peruano y todo Miraflores caían en poder del enemigo. Sólo quedaba abierto un camino: a Lima.

A LAS TRES DE LA TARDE, frente al tercer reducto volvía la diminuta pero victoriosa división del coronel Canevaro. Dos horas después, un jinete decapitado por un proyectil de artillería pasó al galope frente al batallón N° 6. Nadie reconoció al joven oficial Alberto del Campo, ayudante de Canevaro, sosteniéndose sobre su desbocada cabalgadura por un escalofriante prodigio. Por aquí atacaban ahora tropas de Lagos confundidas con siete mil combatientes del comodoro Lynch. Después de ordenar una conversión de línea que debía apoyarse en el segundo reducto y afirmarse a lo largo del ferrocarril, el coronel Cáceres decidió pedir refuerzos a Belisario Suárez. Aunque es un seco atardecer de verano, la caída del sol en dirección de Chorrillos hizo relucir un intenso arco iris que parecía brotar del Morro aún cubierto de cadáveres. El coronel observó rencorosamente ese surtidor de luz abriellando retaguardia chilena. Como si fuese un esperado augurio, su aparición estimuló el asalto final. Camino de La Palma, el jefe ayacuchano veía desbandarse a tropas que hoy mismo lo siguieron fieramente a Barranco. A la vuelta de un callejón, detuvo su cabalgadura para contemplar con consternada expresión al malherido coronel Canevaro, a quien conducen a Lima sobre una mula mojada en sangre. Otros ayudantes cargan al capitán Max Velarde, con vientre y testículos deshechos por un fragmento de artillería. Cerca del tercer reducto, entre apiñados cadáveres de peruanos, reconoció al heroico capitán Delfín, su antiguo subalterno ya sin vida. En el mismo reducto se amontonan heridos que jamás llegarán a una ambulancia. Entró al trote a la media luna. Narciso de la Colina salió a pedir noticias. ¿Vienen por fin los refuerzos o nos vamos de aquí, mi coronel? Cáceres contempló al ciuda-

dano Eduardo Rodríguez llorando sobre el cadáver de su hijo Carlos. Antier le habían matado en San Juan a otro hijo, César, apuesto capitán de 23 años que mandaba la tercera compañía del batallón *Lima*. El señor de la Colina mostró a su gente arrasada. Muerto el teniente coronel Natalio Sánchez. Muertos los hermanos de la Jara. Muerto don Pancho Fernández, empleado del Congreso desde 1851. Muerto el ciudadano subteniente Manuel A. Lira, regente del taller del diario "La Patria". Muertos los hermanos Iberico. Muerto el periodista Mariano Arredondo. Muerto el sargento Samuel Bernardo Márquez. En su misma compañía muerto el cabo José Astete y también muerto el encuadernador Eduardo Cadenbach. Muertos diecisiete tipógrafos de la primera compañía, los hermanos Cavenecia, el cajista don Fulgencio Ormeño, el cojo Ramón Lyons, también Rivera, Carreño, Matías González, Urrusti, Effio, Pedro Hevia, Ignacio Sorosgatúa, Santiago O'Hara, Sierra, Bandini, Mesinas. Francamente el coronel de la Colina había perdido la cuenta. Pero la mitad de su batallón de reservistas había sucumbido a las cinco y cuarto de la tarde. Y sin embargo no cesa la pulsación de los tambores empinándose tras la cortina coronada de fusiles, ni se achica la agraviada voz de los sargentos, ni se han extinguido totalmente los clarines de diana que impulsaron a estos combatientes a pasar dos veces al ataque. También al enemigo se le acabó la munición. Quemaban cartuchos sin control ni puntería como si sólo a fuerza de ruido pudiesen desmoronar este reducto y las tapias, callejones de prisa convertidos en trincheras. Así que Canevaro por delante, después Suárez y, aún más lejos, Buenaventura Aguirre se alzaron a la carga, empujando medio kilómetro a las tropas del comodoro Lynch. De nuevo pertrechado, el enemigo volvió arrolladoramente a las cinco de la tarde. El señor de la Colina no tiene inconveniente en resistir, si es que la resistencia tiene algún sentido, si los nuestros evolucionan a retaguardia para despedazar a los chilenos con una oportuna combinación salvadora. Perfecta naranja incandescente, el sol baja a ras de los acantilados miraflores y su resplandor acuchilla la mirada de los defensores. Sus rojas ondulaciones se confundían con el incendio del pueblo, sobre el que emergen tristemente los chamuscados pinos de Porta. Se agotaban los cartuchos. Mientras espera respuesta de Cáceres, echó una mirada a la profundidad azul contra la que se arrincona su

ciudad. Se recordó a sí mismo el día que creyó de la partida, en medio de la animosa muchedumbre de amigos y parientes. Entonces íbamos a vencer, mi coronel. Tuvo que ser valiente para llegar hasta esta tarde, en este lugar. Mirando los preocupados ojos del señor de la Colina, el jefe ayacuchano quiso decir que ya no importa, lo que suceda después verdaderamente ya no importa: aprenderán a morir los todavía vivos y a vivir los huérfanos de la guerra y aprenderá el Perú a ser peruano. Tampoco quería condenarlos a una muerte inútil. Por fin habló: —Cinco minutos, sólo cinco minutos, señor de la Colina.

—¡VETE A CASA, Monesterio!... —al capitán Alfaro se le aflojaba la voz. Un surco grueso como un dedo penetraba su costado izquierdo. Sentía hervir la sangre, llenársele la respiración de gruesas burbujas.

—¡Quédese quieto, mi capitán, voy a llevarlo a casa! —el muchacho recargaba su rifle en la acribillada retaguardia de La Calera de La Merced.

¡A casa! Alfaro sonrió dolorosamente. De aquí no hay regreso posible para el capitán baleado. El rostro de María Carmela se borroneaba en su memoria. ¡Oh Dios, qué poco pedía y cuánto menos se le había concedido! El balazo lo tomó desprevenido. La misma descarga derribó por sorpresa a la mitad de la cuarta compañía. Supo que interiormente se llenaba de sangre a contramano mientras su corazón golpeaba chupando arterias siempre más vacías. Abiertos o cerrados los párpados, todo se oscurece para Juanito Alfaro. Cae hacia atrás sobre una pampa vuelta de algodón, plumosamente moribundo mientras Federico Monesterio, ciudadano soldado de trece años de edad, se bate a tiros con los famosos enemigos del regimiento *Atacama*. ¡Vete, hijo, tal vez tú consigas escapar! —quiso decir y no dijo el antiguo contador del *Huáscar*. Tarde había comenzado la batalla en La Palma. El coronel González asumió el mando del reducto a las tres de la tarde. Ordenó que nadie hiciera fuego, que guardaran balas. El veterano *patón* no bromeaba y arrestó al teniente Masías por permitir la primera descarga casi a las cinco de la tarde. La batalla parecía detenida frente al tercer reducto. Delante de La Palma, la avanzada de Buenaventura

Aguirre se había dispersado cuando mataron al coronel. Los chilenos no acometieron contra el fuerte de inmediato. Penetraban por los flancos, acorralándolos o siguiendo de largo hacia Limatambo. A las cinco y quince un balazo perforó la sien derecha del *patón* González que observaba el horizonte desde la cresta del reducto. Rodó aún con vida. ¡Agua! —pidió— ¡me abraso! Llegó a tragar unos sorbos antes de morir. A la derecha se extinguían los fuegos del tercer reducto. Aún más lejos se quemaba Miraflores. Alfaro comprendió que habían quedado solos en ese territorio ocupado por el ejército enemigo. Podía escucharlos caminar los cañaverales. Entonces retumbó la fusilería a sus espaldas. Ordenó cubrirse y disparar antes de que lo bandeara un proyectil.

—¡Nos vamos! —gritaba el teniente Cabañas—. ¡Desfile la cuarta compañía! ¡Capitán Alfaro!

Nadie contestó. Monesterio recogía los rifles de camaradas caídos. Una munición descalibrada se atasca en las recámaras, inutilizando el armamento al cabo de unos cuantos tiros. ¡Capitán Alfaro, capitán Alfaro! Se arrastró en busca del oficial. Los chilenos se habían emboscado entre cañas y tapias. Por compañías escapaba el batallón N° 8 de esa trampa.

Alfaro oía gritar su nombre, ya sin fuerzas para contestar aquí estoy, váyanse sin mí. Su diestra comprimía la entrada del proyectil por la que se derrama espumosamente toda su sangre. Ni siquiera palpitación sino un dolor total se expandía por su organismo. Miraba el cielo de las cinco y media, la luz todavía. ¡Vete, Monesterio, tú tienes que vivir! Había terminado por querer al muchacho. Su propia madre se lo entregó el día de la partida. Quiso fatigarlo con las tareas más pesadas, pero el imberbe voluntario soportó guardias y castigos y ahora rehusaba marcharse.

En el otro extremo del fortín de La Calera, por una angosta brecha se iban los reservistas. El anciano Castañeda avanzaba como si pudiese ver el sendero a la luz de un brillante mediodía. Había aprendido al tacto cada rincón de este campamento. No abandonó su vieja carabina de chispa. Salía entre los últimos cuando escuchó a su coronel pidiendo voluntarios para inflamar el polvorín. Yo voy, señor —dijo el ciego. ¿Usted? Sí, señor, yo lo haré. ¿Y cree usted que puede? Castañeda asintió. Cuando lo admitieron en el quinto reducto, dijo que para algo

debía servir. Pues bien, para volar con el polvorín servía el viejo. Ni siquiera veía la emoción en los ojos del oficial. Tampoco esperó que confirmaran la orden. Un poco palpando el sendero, un poco esquivando las balas que pulverizan el fortín, se arrastró sin titubear hacia el subterráneo repleto de explosivos.

EL CAPITÁN JUAN PABLO Bermúdez se desplomó muerto al pie de su bandera en el tercer reducto. Lo sustituyó Juan de la Fuente, sobrino del Gran Mariscal. A los treinta segundos lo mataron. Tomó su puesto don Enrique del Campo, administrador de la Imprenta del Estado. Antes de un minuto, su sangre empapó el estandarte. Pidió su lugar el ciudadano sargento Ramón de los Heros, oficial mayor del Ministerio de Gobierno. Un proyectil le destrozó la garganta. El pausado doctor José María Hernandez se irguió junto a la bandera. La misma descarga a quemarropa que liquidó al coronel de la Colina y a otros treinta ciudadanos, deformó atrocemente al viejo liberal ayacuchano. Todo un regimiento enemigo se lanzaba al asalto del tercer reducto. José Lucio Maldonado asumió la guardia del estandarte. Las balas lo derribaron instantáneamente. No quedaban más personajes para defender la bandera así que Venancio Avila, viejo portapliegos del Congreso, recogió la espada del señor Bermúdez y se plantó delante de los chilenos.

¡FLANCO IZQUIERDO!... —GRITÓ el coronel Cáceres viendo abrirse una brecha a cien pasos del reducto. Ni cincuenta hombres lo siguieron. Luchar así, sin cartuchos, con hambre y desesperanza, trotar con sólo una bayoneta o una espada al encuentro de explosivos y silbantes proyectiles que eligen la porción más blanda, el cartílago más sensible. El joven Castellanos hubiese podido llorar rabiamente. ¿Qué le ocurre al Perú? ¿qué idea del suicidio ha penetrado hasta sus huesos? ¿Quién nos traicionó? ¿A quién saludabas, arco iris brotando de Chorrillos? Retes se colocó al frente de una fracción de infantería. El

joven hacendado de Bujama ascendido de raso a capitán a golpes de batalla, los arengó con solemne compostura. Como en el Alto de la Alianza, Castellanos sostenía el estandarte carolino. Ha de llevarlo al frente a la vez que impedir que esta masa de enemigos lo capture. Por aquí atacaba el 2° de Línea, al que habían derrotado en la quebrada de Tarapacá arrebatándole su bandera. Vio a su coronel espada en mano, el guardapolvos al viento, el quepís agujereado, el duro ojo atento al enemigo y su flaqueza, el puño fuerte comprimiendo las bridas. Los redoblantes del reducto siguieron a la infantería. Castellanos creyó posible lo imposible. Su compañero Retes se incrustaba a tajos en medio de la columna de chilenos. Lo vio sajar su camino, echando a esos rifleros fuera de los parapetos nacionales. Después pareció que demorasen sus movimientos. Todavía espoleaba a su intacto caballo, descargando golpes de espada a izquierda y derecha, pero una oscura mancha roja empezó a crecer por su espalda. Castellanos lo supo baleado y se preguntó qué aliento sobrehumano lo mantenía en combate. Hasta que una descarga reventó a unos pasos del veterano del *Huáscar* y subieron las bayonetas a clavársele en el cuerpo tambaleante. A la vez un balazo repercutía en los huesos del teniente. No soltó su estandarte. No había a quién entregárselo. Volvió grupas, alejándose del desastre mientras un rastro de gomosa sangre resbalaba sobre su piel y marcaba su regreso hasta detrás del reducto.

Corva y embetunada la noche se les viene encima. También Cáceres había visto sucumbir a Retes, finalmente atravesado por numerosas bayonetas. No pudo llegar en su auxilio. Un balazo se estrelló contra el fémur derecho del coronel. Astillado el hueso, salió el proyectil por el revés del muslo hasta comprimirse contra la guarnición de la montura. Por un instante no despegó las mandíbulas. Controlaba el dolor viéndose crecer de prisa la hemorragia. Ahora debía cargarse sobre el estribo izquierdo. Por suerte su caballo estaba ileso. Volvía Castellanos, aún dueño del amado estandarte. Mi coronel, me dieron. Cáceres palpó al Niño Dios a salvo en su chaqueta. ¡Estamos perdidos! —murmuró— ¡nos vamos a Lima, teniente!

*Cuando la idea del diluvio se hubo
sosegado...*



POR ESTE LUGAR de paso —el Tiempo de los hombres— la noche barría vestigios de luz como quien desempolva los rincones de una casa en abandono. Bajo un cielo hirsuto, la dorada escarcha del sol fosforecía en los pedruscos del regreso. Porque no van, vuelven hombres devastados entre fatuos minutos, empujando sus perdularios uniformes hacia la dudosa salvación de la ciudad desarmada. Se obstinaba la confidente luz en prolongarse a la vuelta de las tapias y a flor de las acequias, delatando el trajín de la derrota. A ratos embestían los jinetes de Baquedano a sablear a los sobrevivientes. Pese a tal luminescencia que duró hasta cumplidas las siete —en la noche de los hombres— el afilado trote de los perseguidores acabó fatigándose cerca de Limatambo. Dos batallas en tres días extenuaban a los chilenos. Uno de cada cinco invasores había caído para siempre en San Juan, Chorrillos o Miraflores. Acampó el adversario en cualquier parte, a vigilar la decrepitud azul y sus misteriosas fulguraciones, la distante congoja de Lima y el laberinto de chacras y polvorientas carreteras por el que vuelven los vencidos. Ahora, atrás —en la geografía de los hombres— se extiende el lamento de los heridos aún no pasados a cuchillo. Alguien nos piensa en carne y hueso, la enorme cabeza enferma de Lucifer, la locura de Dios. Millones de años de morir de muertes siempre más atroces, encorvan a estos transeúntes a contratiempo. Cualquier galope puede ser la decapitación acercándose a sus espaldas, toda sombra puede envolver a un enemigo. Alg... en piensa al soldado Federico Villarán conduciendo sobre una mula el cadáver de su hijo. Todo depende de la veracidad del sueño. Vuélvase todo a su revés, la estatura en precipicio, lo rojo en negro, el sol en agujero de tiniebla, en esta noche existente

sólo para el calendario de los hombres, día al que se le puso un número a fin de que nadie lo olvidara, y entonces habrá quien arrastre a su primogénito a retaguardia y vuelva a sollozar comprimiendo su pecho contra un cuerpo frío. Capitán Samuel Luis Villarán, nacido en Lima el 20 de agosto de 1840, soldado en Arica, sobreviviente de la avanzada en San Juan, caído por su patria cinco minutos antes de las cinco —en el Tiempo de los hombres. ¿Así acabó su historia? En seco la vida detenida, la rama rota bajo este sol negro de la negación. En pos del viejo y su cadáver marchaba una silenciosa fracción de infantería. No avanzan a favor de la luz succionada por la prisa del mundo. Al amparo de tinieblas razonables habían retrocedido a tantear al enemigo, no para seguir combatiendo sino para salvar camaradas. Ni siquiera pudieron regresar con un difunto. Hecha de otro pensamiento, descendiente de un sueño de arcilla, a su vez fabricaba la tropa vengativas ideas. Porque hay muertos que no dejan descansar. Hace horas —en el vano Tiempo de los hombres— que el sargento Leguía no despega los labios. El espanto aglutinó su lengua al paladar, el diente contra el diente, la piel sobre la piel cuando a la orilla del campamento chileno, en los escalones de un sórdido tambo en la ruta de Miraflores, reconoció el cuerpo tasajeado del gordo Antezana. Por última vez lo había visto escapar con ayuda de sus hijos. Sólo hasta ese sitio de adobes consiguieron llegar. Han de haber saciado su sed con botellas de soda antes de que los cercaran jinetes chilenos. ¿Qué jovial carnicería los eligió, que bárbaro festejo pudo distribuir tantas cuchilladas en sus cuerpos sin armas? Don Beningno Antezana y sus hijos, caídos por la patria al final de la batalla. Eramos el intermedio entre el ser y su contrario, el inexplicable contenido de la vida empujando los paréntesis. La vida, esta sensación. ¡Vamos muchachos! —carraspeó por fin el sargento— ¡Arriba las cabezas, apuren el paso! Tal vez los necesitaran en Lima.

Más allá de Limatambo, el coronel Ribeyro dio un descanso a sus hombres. A la vez esperaba que se le reunieran los dispersos. A campo traviesa vuelven peruanos heridos, quienes pudieron escapar del envolvimiento chileno. Porque en diez minutos acabó la batalla, tan pronto Baquedano pudo atacarlos de flanco y por la espalda. Se recuerda a sí mismo en la plenitud del combate, en su acribillado reducto, en la lenta retirada a golpes de bayoneta,

todavía con asombro de estar con vida. Sólo cuando los caminos se vaciaron de sobrevivientes, el ciudadano coronel ordenó pasar lista. Sombríamente oyó nombres en vano convocados por los sargentos. El capitán Rocavero no volvió. Era su amigo. ¿Y el señor Manuel María Gómez? Quedó en el reducto, con el guardiamarina Moreno, protegiendo la retirada del batallón. Ciudadano Ricardo Olmedo, ausente. Ciudadano Enrique Lembcke, ausente. Ciudadano Manuel Pino, ausente. Ciudadano Saturnino del Castillo, ausente. Y el tuerto Tranquilino Velarde, el inolvidable Juan Dionisio Rivera, el bachiller Juan Tagle, el doctor Mariano Ramos, el ciudadano Ismael Puente, el veleroso Máximo García Calderón, el joven Santiago Rodríguez Dench, el sargento Portocarrero, el inválido José Neira, el triste José María Seguí, el animoso Manuel Harris, el ciudadano José Manuel Barrionuevo, los hermanos Piñatelli, don Vicente Panizo y su hijo Manuel, caídos todos por la patria.

Muy bien, en marcha. Por la noche sin temperatura, los restos del batallón N° 4 siguieron hacia Lima, de lejos husmeados por el oscuro chacal, la perfección de la muerte. A un kilómetro oyeron el vocerío de la derrota. Los más anchos caminos del sur confluyen en los jardines de la Exposición. Allí los esperaban cirujanos y barchilones a órdenes de Melitón Porras. Hay quienes simplemente se acuestan a morir en el regazo de Lima. Grupos de soldados tantean la ciudad que espera la gran prueba. Legaciones y templos están repletos de refugiados. A la luz de las antorchas llegó por fin el batallón de Ribeyro.

—Los dábamos por perdidos —se le acercó el doctor Porras. Al final de la marcha, se desplomaron reservistas heridos. El coronel auxilió al teniente Oppenheimer a la vez que pedía noticias. ¿Y el Jefe Supremo? ¿sabe usted si resistiremos en Lima? Don Melitón Porras examinó las heridas del teniente hasta enderezarse con fatigada expresión. Vivirá, aunque ha perdido mucha sangre.

—No me ha contestado, doctor —insistió el coronel.

—No puedo contestar, amigo mío —Porras señaló el Palacio de la Exposición transformado en hospital de sangre—. Estamos llenos de heridos y ni siquiera conozco qué suerte corrieron mis hijos.

A CIEN METROS DE distancia, Coyla se abrazaba a su fusil. Había estado así, de cuclillas y mirando al sur, desde que llegó a la plazuela de la Exposición confundido con un grupo de jaujinos y trujillanos. Muertos los jefes, deshecho el Estado Mayor General, ausente el Jefe Supremo, nadie sabe qué hacer con dispersos soldados que van apareciendo en ráidos rebaños. Algunos deambulan por la ciudad a oscuras en busca de un cuartel que los recoja o de un plato de comida. En la plazuela pasaban de quinientos. Aquí encontró Coyla a sus paisanos Chuquihua-ra y Ccahuay. Verdaderos veteranos del primitivo ejército de línea, contemplaban compasivamente a pobres camaradas que cumplen sólo meses o semanas vestidos de uniforme. Casi todos eran provincianos. Aplaudidos concriptos al llegar entre cornetas y redoblantes, ahora se preguntan cómo harán para volver a casa. También Ccahuay se quejaba bajito. Nadie más que su sargento puede responder qué haremos en esta mala hora, separados de la tierra y del trigo. Coyla ordenó callar. Miraba al sur esperando el regreso del Taita. Había venido rectamente por Limatambo tan pronto se vinieron abajo los reductos de Miraflores. Entonces el Taita se encontraba a la izquierda de la línea, en un sector donde siguieron combatiendo. En la Exposición preguntó por su coronel. No lo habían visto pasar. Así que fue a acucillarse en el borde más lejano de la plazuela, imaginando a Cáceres en cada jinete que retorna a la ciudad.

El Taita se desangraba. Ignora qué fin corrió el teniente Castellanos. Herido a las cinco y cuarto —del jactancioso Tiempo de los hombres— asistió con nubladas pupilas al desbande del resto de sus batallones. Se equilibraba en la montura, intentando volver a Lima en medio de la descomunal confusión de la derrota, sin pausa acometida por los jinetes chilenos. Veintitrés años vestía traje militar. Se recordó contemplando desfilar a Castilla y su ejército por la quebrada de Pampas y fue como si otra vez el Libertador prestara atención en el fornido ayacuchano de un metro noventa de estatura. Porque desde la primera vez que sus ojos se encontraron, Cáceres reconoció a su jefe y el Mariscal adivinó al único guerrero capaz de ponerse sus botas. Castilla descansó en Pampas, atendido por el hacendado Domingo Cáceres. En la noche le presentó a su primogénito. Muerto en 1830, el abuelo Tadeo presenció ese encuentro desde el óleo que hoy cuelga

en la casa limeña del coronel. Castilla pidió que se uniera a su ejército. Domingo Cáceres se opuso. Alguien debía ayudarlo a manejar la quebrada de Pampas. De los tres hijos que tuvo el abuelo Tadeo, ya había muerto Francisco y José Manuel vivía en Chile, donde echó definitivamente raíces y familia. Sólo quedaban él y ese hijo de veintiún años para administrar doce vastas haciendas. El pequeño Juan, muerto en la quebrada de Tarapacá, aún no había nacido. Con tristeza asistió al día siguiente a la partida del ejército. Pero el viejo Castilla conocía a la primera mirada, antes de montar le ofreció la diestra y se despidió con un nos veremos, muchacho, que calosfrió al futuro coronel. Porque ya Cáceres planeaba escapar. Occechipa, Cusi, Caldera, Pajonal, Asuac y Collpa eran fundos cañeros y él estaba encargado del ingenio en Pampas. Unos días después se volcó una enorme paila con caldo de azúcar en ebullición y estuvo cerca de morir sancochado. En parte temeroso de la reprimenda paterna, en parte hastiado de su joven existencia prisionera, tomó tres buenos caballos para escapar en pos de Castilla. Al poco tiempo lo malhirieron en el asalto de Arequipa. El mismo dolor agusanaba su entraña. No hieren las balas sólo allí donde penetran. La atroz perforación se extiende por sinuosos nervios y se desparrama por la oquedad de todos los huesos. Ignora el señor Cáceres la gravedad de su herida. De la cadera al pie, la llaga al rojo irradia un dolor tan intenso que impide explorar la dimensión del balazo. Tampoco era su tiempo igual al de los hombres ilesos. A ratos, como una brecha interrumpe sus minutos, de modo que no se recuerda vivo y a caballo, no importa que su cuerpo se haya conservado sobre la montura y de algún modo alerta al enemigo. La buena bestia que cabalga iba descifrando por instinto el regreso a su querencia. Anocheció sin que el coronel hubiera asistido a tan atroz crepúsculo. Su país, roto. Esta vez no hay esperanzas. Una sed insoportable agrietaba su garganta. Sin atreverse a desmontar en las acequias a su paso, porque nadie hay que lo devuelva a su caballo, encontró por fin a un oficial peruano. Reconoció al teniente coronel Patiño. Le alcanzó agua en su quepís y le vendó la pierna, aplicando un torniquete para aliviar la hemorragia. ¿Y Su Excelencia? Patiño se encogió de hombros. Cáceres no se resigna a la derrota definitiva. Voces de mando se le mezclaron por el pecho, como si aún fuera posible pasar al

ataque, dentro de un rato acuchillar el campamento de Baquedano. El coronel no deliraba. Ha visto rifles tirados en los potreros, dispersos sin rumbo. Esta noche no entrarán los chilenos en Lima. Aún queda tiempo para reunir armas y batallones y viajar a Chosica y aún a Matucana. Se le acababan las fuerzas, pero la idea de seguir combatiendo hizo que apurara el paso de su cabalgadura.

—¡Taita, mi coronel! —saltó Coyla al reconocer el agujereado guardapolvos de su jefe.

Hace unas horas, estos peruanos que yacen vencidos en la plazuela de la Exposición, lo siguieron victoriosamente al ataque. Mucho más que una jerarquía para ellos, salieron jubilosamente a su encuentro. El fiel Coyla sollozaba. Hombres sin rumbo pugnan por acercársele, llévanos a pelear mi coronel, Taita qué será ahora de nosotros. En la ondulante penumbra de las antorchas, Cáceres vislumbró mucho más que doscientos rostros extraviados por la ruina de la república. Pobre, valeroso, leal pueblo peruano, en vano muriendo por la idea de un país feliz. Sintió que iba a desmayarse. En dulce quechúa materno brotó entonces su voz. Algunos soldados se aproximaban simplemente a tocarlo, cerciorándose de que no es un espectro. Otros se empinaban para besar sus manos. Taita Cáceres, padre de estas tropas, ordena qué debemos hacer. Mostró su pierna herida. Primero ha de curarse. Ellos debían reunirse, organizar sus propios batallones, recoger fusiles abandonados, ponerse a disposición de los jefes principales que seguramente se encuentran en el palacio presidencial.

—Mi coronel, me pongo a sus órdenes, permítame servirle de ayudante —se acercó el capitán La Barrera.

Sólo una prodigiosa voluntad mantenía a Cáceres sobre el caballo.

—Gracias, capitán, acepto sus servicios. Vea usted a esta gente... quieren seguir luchando. Y yo también. Hay que alistar trenes, partir de inmediato a Chosica...

—Entiendo, mi coronel —se tensó el oficial.

—...no deben entrar más dispersos a la ciudad —medio escuadrón de jinetes seguía al capitán. Cáceres ordenó: ...haga que su tropa cierre las bocacalles y vaya usted al palacio, diga a los jefes que allí se encuentren que necesito ayuda para organizar ahora mismo un nuevo ejército.

La Barrera informó que Belisario Suárez estaba reu-

nido con el coronel Francisco de Paula Secada, nuevo Secretario de Guerra.

—Apure, capitán. Mañana mismo debemos encontrarnos en la sierra.

COMO SI FUERA OTRO PAÍS, desde la intacta hacienda Vásquez se vislumbraba el incendio de Miraflores. Once batallones de reservistas habían escuchado el distante fragor de la batalla sin moverse de este campamento donde se ha encerrado el Jefe Supremo. Ni siquiera salió de la comandancia general de la Reserva a contemplar el humoso horizonte. Destruído el telégrafo mirafloresino por el bombardeo chileno, debieron galopar los ayudantes treinta kilómetros de ida y vuelta para obtener noticias o transmitir órdenes tardías. Un hilo directo a palacio conectaba a Su Excelencia con el tambaleante gobierno de la república. Cuando se apagó el estruendo de rifles y cañones, el Jefe Supremo pidió a Secada un tren extraordinario para abandonar Lima. Los reservistas no lo habían visto desde que llegó al galope, a sesionar con los coronles Echenique y Tenaud en la comandancia general. Adivinaron el desastre por el lívido semblante de Buendía a su vuelta de Miraflores. A la engañosa lívida luz del trágico atardecer, los artilleros del inmediato fortín de San Bartolomé descubrieron la polvareda de los jinetes chilenos persiguiendo a exhaustos peruanos. Nadie imaginó la magnitud de la matanza. Quienes resistieron en sus puestos hasta quemar el último cartucho, caían ahora acorralados por cazadores y granaderos que cargan a degüello. Trescientos peruanos fueron pasados a cuchillo en un solo callejón de San Borja. En un sótano de Limatambo, cuarenta nacionales cayeron fusilados cuando se entregaban prisioneros. Como antier en Santa Teresa, el corvo chileno degolló a los heridos abandonados en los reductos. Al viejo grito de ni un cholo vivo, la caballería enemiga asesinaba a inermes fugitivos. A una cuadra de Barbones, en la misma orilla de la ciudad, una descarga de exasperados rifles ahuyentó por fin a los beodos jinetes de Baquedano. Desde los riscos de San Bartolomé, bajo cuyos cañones se refugiaba el Jefe Supremo, contemplaron el regreso de la caballería chilena sin adivinar su espantosa huella de vícti-

mas al montón, en las que habían cebado sus bárbaros sa-
bles. De haber presenciado la matanza, acaso esos cuatro
mil reservistas se habrían avergonzado de sus fusiles en
silencio y de sus secas bayonetas.

Por fin Piérola emergió de la comandancia. Aún ves-
tía único uniforme prusiano, botas a la federica y su ca-
racterístico casco imperial. El Secretario Secada había
conseguido un tren extraordinario con vagones pullman,
para que Su Excelencia escapara a la cordillera con un pu-
ñado de elegidos. El superintendente del Trasandino, mis-
ter Backus en persona recogerá al Jefe Supremo detrás del
cementerio. Piérola no quería entrar a Lima. Irá hasta
el final de los rieles en Chicla, más allá de Matucana. Va-
gamente ha decidido instalarse a gobernar en Tarma. Echó
una borrosa mirada a los once batallones que retuvo a su
lado durante la batalla. Mientras las bandas de músicos
tocaban aires marciales, los cuatro mil reservistas mar-
chaban en pos de Su Excelencia. En la vecina cumbre del
cerro San Cristóbal, en cuya *Ciudadela Piérola* prometió
sucumbir el Dictador si lo vencían en San Juan, espera
instrucciones la guarnición al mando del héroe Villavicen-
cio. Su Excelencia partía sin siquiera despedirse. Ha en-
cargado el gobierno a su amigo Rufino Torrico, alcalde de
Lima, y ordena que se disuelva el ejército y que todos los
soldados entreguen su fusil antes de volver a casa. Don
Nicolás de Piérola dice que la guerra ha terminado.

El tren esperaba al descampado. Entre el blanco ce-
menterio y las pedregosa orilla del río, los reservistas lo
vieron abordar un vagón seguido por el comodoro García
y García. Después Echenique informó que pueden irse a
casa. Debían devolver sus armas al cuartel de Santa Ca-
talina. En nombre de la Patria, todos quedan licenciados.

EL CAPITÁN LA BARRERA volvió con malas noticias. Se
habían reído en sus barbas. ¿Organizar otro ejército?
¿ahora? ¿Esta misma noche partir en extraordinarios tren-
es para instalar campamentos entre Chosica y Matucana?
Cáceres desvariaba. Ya la guerra se perdió, así que to-
dos a sus casas. Hicimos lo que se pudo, parecía decir el
incrédulo rostro de Belisario Suárez. De nada sirven los
héroes en este país desmemoriado. Váyanse a descansar,

capitán. Con maldisimulada prisa, Secada quería largarse del palacio. La Barrera trotó seguido por diez de sus jinetes hacia los jardines de la Exposición. Aunque sigue desangrándose, el señor Cáceres se aferraba a su montura, ya no rodeado por una multitud en desorden sino al frente de escuálidas compañías, la obstinada semilla de otro ejército.

—Lo siento, mi coronel... —al capitán se le atascaba la voz— ... juzgan que su proyecto es irrisorio...

—No creo entender, capitán.

—... mandan decir que todo está perdido, mi coronel. La tropa debe dejar sus armas en Santa Catalina...

—¿Devolver los rifles? ¿para que caigan en poder del enemigo?

—... así ordena el gobierno, mi coronel, el ejército ha sido vencido —La Barrera lo vio desfallecer—. Vayamos a una ambulancia, mi coronel.

—Puedo ir solo, capitán. Quédese usted en la plazuela. Al menos mantenga el orden.

Entró lentamente a la ciudad a oscuras. Sólo transitaban soldados sin destino. A casa, todos a casa. Como si obedeciera una orden, dirigió su caballo a San Ildefonso. No pudo llegar a su hogar. A media cuadra pidió ayuda en la ambulancia de la Salvadora Lima. Lo apearon entre varios bomberos. Se dejó cargar hasta un camastro mientras pugnaba por conservar el conocimiento.

—Buenas noches, señor Cáceres —se acercó el cirujano Artola—, veamos dónde le dieron.

Toda la pierna derecha está empapada en sangre. Artola rasgó el pantalón. Bota y piel se habían adherido de modo que fue preciso usar cuchillo para terminar de desnudarlo.

—Voy a lavar la herida y a vendarlo —explicó el cirujano—. Creo que necesita reposo. Ha perdido mucha sangre.

—¿Y la bala?

—Saltó, felizmente —Artola observó la preocupación del coronel—. No hay que amputar, mi amigo. La hemorragia se detuvo por sí sola.

APENAS SESENTA Y CUATRO ciudadanos quedaban en las filas del batallón N^o 4 a las ocho de la noche. El resto

había muerto en el reducto o se atendía en la ambulancia de la Exposición. Aunque extenuados por la derrota y cerca de sus casas, permanecieron alineados, de a cuatro en fondo, hasta que Ribeyro taconeó de regreso a la plaza. Echó una afectuosa mirada a sus subalternos. Habían vuelto en formación, con su estandarte intacto. Ninguno sospecha que hoy combatieron para nada, que el Jefe Supremo ordena disolver batallones y entregarse mansamente al vencedor. Muy bien, ciudadanos, vamos a entrar a paso redoblado a pedir órdenes en palacio de gobierno. Montó el coronel su tordillo antes de entonar las órdenes. Sólo siete sobrevivieron en la primera compañía y once quedaban de la cuarta y última en abandonar el reducto. Resonó el solitario tambor del batallón. Rifle al hombro, los tiznados civiles volvían de la guerra marcando el paso. Ausente de Lima durante veintiún días, la valerosa hueste de Ribeyro marchó hasta la Plaza de Armas sin que nadie saliera a recibirla. Al paso de su caballo, el enhiesto ciudadano coronel respira cierto hedor de cloaca, un vaho de inmundicias amontonadas en esquinas y baldíos, un avinagramiento urbano que ha sustituido bienolientes efluvios de huertas y jardines. Se abren, cierran rápidas ventanas, atisban sombras de perfil, se evaporan oscuros transeúntes ante la aproximación de la tropa. Imagina a su familia en el colegio de Belén y a otras familias en penumbrosa espera en iglesias y refugios. Estábamos a merced de la soldadesca victoriosa, frente a una noche rota por el incendio de Miraflores. Casi frente al palacio, Ribeyro mandó a sus hombres que aguardaran. Un tenue resplandor salía por las puertas abiertas. Pidió a su ayudante Vélez que lo acompañara. A caballo entraron al patio de honor. Silenciosos soldados llenaban ese espacio alumbrado por antorchas. Nadie se acercó a preguntarle nombre y rango. Ninguno sabía qué hacer después de esta noche. En vano escudriñó rostros en busca de alguien conocido. Habían venido al palacio como al único hogar todavía en pie, en este país que se extingue. Algunos se tumbaron a dormir, envueltos en sus mantas de campaña bajo la noche tibia. ¿Quién gobernará estas ruinas? Ribeyro pareció olfatear el aire móhoso que sube desde los platanares del Rímac y atraviesa silenciosos apagados aposentos en los que habita el error y al fin desemboca pútridamente en este patio lleno de hombres abandonados a su suerte. ¿De qué color los ojos de esta espera?

Como un afelpado soplo empieza a murmurarse la palabra terrible: traición. Pero el señor Ribeyro no prestó oídos al vengativo murmullo. Escuchaba la quieta congoja, la mañana atroz por la que se aproximan súbitas viudas, mujeres privadas de su estirpe, a bala sentenciadas a morir en soledad, en la ácida miseria de un arrabal limeño. De jueves a sábado han caído ocho mil peruanos. Sobrevivían los afortunados, unos cuantos. Y los débiles, quienes ni siquiera se pueden defender. Los que han de desear la piadosa muerte infligida por los años —el tortuoso Tiempo de los hombres— se encorvarán sobre las tumbas y la memoria de quienes sucumbieron antes de su hora y acaso en ambas caras de friolentos sepulcros, pueda percibirse entonces el deseo de una reunión imposible. Hoy fue el día de la separación. De hoy ya nadie podía regresar.

El ciudadano coronel desmontó al cabo de unos minutos. Ministro de Justicia a principios de 1879, antes Vice Presidente del Congreso, Ribeyro conoce bien los secretos pasajes de este palacio. Seguido por su ayudante penetró hasta el patio de guerra donde también se desparraman tropas fracasadas. Por aposentos a medias alumbrados con lámparas de aceite, llegó al Estado Mayor General. ¡Nadie! Lo que fuera industrioso despacho del General Silva, es ahora una habitación abandonada. Por una ventana entraba el viento a remover papeles que nadie recogió del escritorio. Ni siquiera hay centinelas. La diestra del coronel recorrió charoladas superficies, bordes de cuero, pesados sellos oficiales. No creyó posible semejante naufragio. Siempre acompañado por Vélez, se apuró rumbo a la Secretaría de Guerra. Algún obstinado conserje había iluminado para nada esos aposentos. Golpeó con los nudillos la puerta entreabierta. ¡Nadie! Archivos reservados, emblemas, gabinetes, sillones, todo sigue en su lugar. ¿Dónde está Secada? ¿dónde los secretarios y edecanes? También abandonaron el telégrafo. A saltos subió entonces a la suprema oficina. Había documentos volcados sobre el piso. Sin embargo no parece que hayan violado los archivos presidenciales o que los hayan ocultado. Por aquí se amortecía la luz de las lámparas. Han de haber trajinado estas habitaciones al comenzar la noche, dejándolas de prisa al conocer catastróficas noticias. Entraron al salón del consejo y luego al despacho del Jefe Supremo y en fin atisbaron la desierta residencia de los presidentes. ¡Nadie! Ribeyro salió del palacio como de un lugar mal-

dito. ¿Para esto habíamos combatido y muerto los peruanos? En la puerta del palacio, un anciano conserje respondió al fin sus preguntas. Todos se fueron a casa. Licenciaron al ejército. Su Excelencia viaja a la cordillera. No, ni siquiera vino a recoger su equipaje. Le mandaron sus cosas desde Desamparados.

A órdenes de un teniente coronel había llegado una fuerza de caballería a cerrar las bocacalles de la Plaza de Armas. Los reservistas observaron el acongojado semblante de su jefe cuando salió a caballo del palacio. Dedicó una sombría mirada a las tropas que bloquean su camino antes de impartir orden de marcha. De nuevo se escuchó el solitario tambor, las acompasadas suelas de los ciudadanos. Nerviosos jinetes retrocedieron en la oscuridad.

—¡Alto! —se oyó por fin.

—¿Quién lo ordena? —tronó el señor Ribeyro.

—Teniente coronel Barredo —un jinete se acercó a la esquina.

—Coronel Ramón Ribeyro y los restos del batallón N° 4 —respondió el ciudadano.

—¡Paso libre a esos valientes! —Barredo saludó con su espada mientras gritaba a su escuadrón—: ¡Presenten armas!

VOLVÍA EL CAMPO DE BATALLA a atronar su sueño intermitente, como si aún no hubiera regresado y los líquenes de la muerte siguieran expandiéndose por los túneles de sus venas. Antes de medianoche, el coronel salió de Miraflores muchas veces, de nuevo desangrado mientras escudrones enemigos galopaban a decapitar a los vencidos. Pero no eran caballos, sólo el urgente corazón bombeando sangre exigua en delgados torrentes. En torrente también los minutos lo arrastraban del sueño a la vigilia, altibajos de delirio en los que se parapetan cadáveres amados a seguir combatiendo. Porque hasta medianoche, el coronel existió entre fantasmas que no sueltan el rifle y repiten el último disparo machacando en su cabeza el mismo pensamiento: la guerra no ha terminado. Lentamente a flote, la vida lo succionó de abismos sin cuerpo, en los que la idea del dolor sustituía el veraz martirio de la pierna arrancada, del compañero hueso triturado, de la carne sólo sujeta

por un laberinto de fibras en contracción. Y en el viaje arriba, a la superficie del movimiento, se desdobló en piel y su contorno, en vida y en cuerpo gastado por el tránsito de vivir. A la vez el vidente y la visión, adentro y afuera de sí mismo, existió en el salto y en la memoria del niño con bombachos que subía a los árboles de Pampas para ensayar el vértigo de los pájaros. Al fin prevaleció la poderosa esperma original y el coronel aulló saliendo de una negra travesía submarina. Fue como si tomara aire luego de una prolongada inmersión. Al frente suyo reconoció al capitán José Miguel Pérez. Estuvo brevemente a sus órdenes, durante el segundo contraataque. Servía en las filas del batallón *Concepción* y volvió ileso en busca de un jefe para seguir la guerra. Ahora Cáceres recordó haber pedido al joven capitán que fuera al palacio, a insistir en que enviaran al menos a Chosica esas tropas reunidas en Lima. Cuando por fin hubo enfocado el rostro del oficial, comprendió que había fracasado. No hay nadie con quién entenderse, mi coronel. Pérez recorrió la ciudad en busca de jefes. Al señor Secada se lo tragó la tierra. Se desconoce el paradero de Suárez y Dávila. Cerca de la Exposición, el oficial tropezó con el cabito Porturas que conducía dos mulas con los cuerpos acribillados de Enrique y Augusto Bolognesi. ¿Muertos? Aún no, mi coronel, pero sin esperanzas de vivir. Entre La Calera y La Palma los acribilló una ametralladora. Uno recibió nueve balazos y el otro, cinco. Al coronel Canevaro lo atendían en el consulado de Rusia. Hay setecientos heridos en Santa Sofía, quinientos en la Exposición, doscientos en la *Maison de Santé*, ochocientos en San Bartolomé. No alcanzó el capitán Pérez a visitar el hospital Dos de Mayo pero sí se detuvo en los claustros de San Pedro. Hace diez meses abrieron allí las puertas de su colegio los padres jesuitas, vueltos al Perú en 1871, ciento cuatro años después de que fueran expulsados por el rey Carlos III de todas las colonias de España. Por falta de espacio, esta noche trasladan a los heridos graves de la Salvadora Lima a la casa de los jesuitas.

A RATOS SOSTENIDO POR Bergasse du Petit Thouars, a ratos ayudado por Sabrano y el almirante Sterling, el maltrecho señor von Gramatzki tuvo que renguear hasta Li-

ma. Por fortuna no se había roto ningún hueso. Ensuaciados por la diabólica caminata, los plenipotenciarios entraron a la ciudad despues de las cinco de la tarde. Desarmados marineros de la escuadra neutral custodiaban las legaciones extranjeras. Mil quinientos refugiados repletan la residencia de Saint John y dos mil ochocientos el palacio de Torre Tagle donde funciona la Legación de Francia. Ansioso por recibir una frotación de árnica, von Gramatzki miró con disgusto a los infelices cobijados bajo su propio techo neutral. Una costra de sed le impedía articular sonido. Acongojados secretarios lo subieron a su alcoba. Después del baño y de la cerveza fría, von Gramatzki se enfundó la camisa de dormir. Estaba de pésimo humor, cubierto de magulladuras. No llegó a meterse en cama. Encabezados por Tezanos Pinto, reaparecían los plenipotenciarios.

Tan pronto volvió a Lima, el incansable Saint John despachó al capitán inglés Carey-Brenton a pedir una entrevista con Baquedano. También Viviani envió un emisario a Chorrillos. Sólo el oficial italiano pudo regresar el mismo sábado. Avisa que mañana su compañero inglés traerá una comunicación escrita del jefe chileno, pero que Baquedano ya resolvió bombardear Lima hasta que se rinda incondicionalmente. El ministro alemán se desplomó en una butaca. ¿Bombardearnos? ¡Pero si ya no hay gobierno! Saint John asintió. Acaba de visitar palacio, sin encontrar a uno solo de los secretarios de estado. Claro, los chilenos no tienen por qué saberlo. Y las potencias tampoco van a permitir que Lima sea arrasada salvajemente. Habrá que entrevistarse con Baquedano. El mismo tren esperaba a sus excelencias para llevarlas nuevamente al sur. Von Gramatzki protestó. Sus piernas se niegan a sostenerlo y se le amorataba la espalda. El señor de Vorges no admitió excusas. Todos los plenipotenciarios están igualmente fatigados. Han dormido menos de dos horas desde ayer. Pero en cualquier momento empezará la destrucción de Lima, con cañones y hasta con artilleros alemanes. Con un lastimoso suspiro, von Gramatzki accedió a viajar.

En efecto, el mismo tren que los dejara al mediodía en Miraflores, esperaba en la estación vecina a la ambulancia de Melitón Porrás. Informado del ultimátum del enemigo, el alcalde Torrico aguardó a los ministros en el andén. Irá con ellos, a pactar la entrega de Lima. En derredor de la Plaza de Armas, piquetes de caballería pro-

curaban encerrar a los vencidos. Rotos los mandos, esas tropas podrían pensar por su cuenta y adueñarse del gobierno. Torrico deseaba concluir su misión cuanto antes. Si han de entrar los chilenos, que lo hagan de una vez.

Un escalofrío recorrió a las exceiencias. Balas chilenas habían agujereado su inviolable vagón en Miraflores. Cambiaron un ceremonioso saludo con el burgomaestre. Racimos de soldados duermen a la intemperie en la Exposición, sin escuchar lamentaciones exhaladas por el hospital de sangre. Quince mil combatientes de ambos bandos habían caído en la prolongada batalla de Lima. Y aún no la daban por concluída. Con grave semblante, du Petit Thouars repasó con Sterling y Sabrano las instrucciones impartidas a los comandantes de la escuadra neutral: atacar a la flota chilena si empieza el bombardeo de la capital del Perú. Por el Callao desembarcan medicinas y cirujanos extranjeros. Nada más podían hacer por ahora.

Ni siquiera conocen dónde se encuentra el ejército de Baquedano, si nocturnamente avanza para asediar Lima o si se detuvo en Miraflores, cuyo incendio aclaraba el horizonte. Ojalá nos estén esperando, se preocupó Tezanos Pinto. Ya la locomotora tironeaba del vagón rumbo a la tiniebla de nadie. La sola trepidación de la máquina hacía sufrir a von Gramatzki. Con sombrío humor, Viviani contempla arder los pinos de su compatriota Porta. Diez mil extranjeros no han podido abandonar Lima. Esta vez deben impedir matanza y saqueo, así tengan que declarar guerra a Chile. A bordo de la *Garibaldi* y de la *Archimides* alistan torpedos Whitehead. Los blindados *Triumph* y *Victorieuse* están listos para trabar combate. Hasta los marinos yanquis, celosos de cualquier intervención europea, han tenido que preparar sus buques para un sorpresivo zafarrancho.

Sin novedad pasaron Limatambo. No habían visto a un solo chileno en el trayecto. Ahora contemplaban la atroz combustión de Miraflores. Viejas formas familiares se gasifican mientras silbantes llamaradas ondulan hasta tocar el cielo. Los almirantes reconocieron la carbonizada armazón del Hotel Principal, donde esta mañana bebían aperitivos. A dos kilómetros del gran incendio, Sabrano reconoció otra luz, más pequeña y aguda. ¡Al suelo! —gritó. Una explosión y el brusco frenazo de la locomotora confundieron su voz. De nuevo cañonearon los chilenos. Ahora von Gramatzki vomitó furiosas maldiciones. Hasta

el correcto du Petit Thouars soltó un significativo *merde!*
El tren de la paz regresaba a todo vapor.

EL CANCELLER PEDRO José Calderón despertó temprano el domingo 16 de enero. Ayer poderoso, hoy cabeza de gabinete de una república sin verdadero gobierno, examinó un sombrío porvenir. Porque Calderón perdía mucho más que el resto de los peruanos. Se derrumba de la alta casa de gobierno a la democrática calle donde se apretujan hombres sin empleo. Con cierto rencor pensó en Piérola escapando a la cordillera sin invitarlo a unírsele. Ayer, Calderón ni siquiera se acordó de destruir o esconder los secretos archivos diplomáticos de la república. Sólo sometido al Jefe Supremo, durante un año había gobernado como si el suyo fuese un cargo vitalicio. Ahora lo preocupa la falta de dinero. Aunque anoche haya limpiado los fondos confidenciales que guardaba en la caja fuerte de la cancillería, no le parece suficiente compensación por los servicios que ha prestado a la nación desde el 23 de diciembre de 1879. Riva Agüero escapó de su venganza al amparo de la Legación de Argentina. El General de la Coterá está tranquilo a bordo del blindado *Triumph*. La fiel policía secreta se desbandó al conocer el desastre de Miraflores y la fuga de Piérola. Barinaga se había evaporado y otras importantes figuras del gobierno empezaban a esconderse. También Calderón quiere desaparecer antes de que lleguen los chilenos o que la vindicta popular elija su cabeza. Con variable humor, el populacho olvidó a los civilistas traidores. Vaya uno a saber cómo se orientará hoy la cólera callejera. Todavía canciller, Calderón decidió capturar el Tesoro de la República. El carruaje oficial esperaba frente a su casa. Vistió de prisa, a la vez que ordenaba a su ama de llaves preparar equipaje.

Las puertas del palacio seguían abiertas a las ocho de la mañana. Empujados por el hambre, los combatientes que durmieron en sus patios salieron al amanecer. Los piquetes de caballería habían desaparecido. Lentamente la tropa sin dueño se dirigía a la plaza del mercado en busca de comida. El canciller se hizo depositar en el patio de honor. Sólo escoltado por su secretario Beingolea, se dirigió al despacho de Barinaga. Halló las puertas tran-

casas. Tampoco pudo entrar a la tesorería. Entonces oyó carraspear detrás suyo. Reconoció a un oscuro funcionario de la Junta Emisora de Billetes Fiscales. Se llamaba Genaro Saavedra. El pobre hombre andaba en busca de instrucciones. Era depositario de todos los billetes aún no lanzados a la circulación y preguntó al señor canciller dónde podía esconderlos.

—¿Y se trata de una suma importante? —procuró no mostrarse muy interesado el secretario de Estado.

—¡Oh, sí, señorita! —Saavedra bajó la voz— ...son varios millones, en pliegos de seis billetes cada uno. Algunos están sin numerar. Pero son auténticos incas, sólo hay que cortarlos.

—No se preocupe más, yo me haré cargo, para eso soy canciller —dijo Calderón—. Usted vaya preparando su entrega con todas las formalidades.

Diez minutos más tarde, Beingolea tocó la puerta de la oficina de la Junta Emisora. Traía una comunicación escrita y firmada por Pedro José Calderón. Al señor Saavedra le quemaban los billetes. Leyó: *Sírvase usted entregar al portador, don J. J. Beingolea, todos los billetes de incas expeditos para ser emitidos y los completamente litografiados, aunque no tengan número. Así conviene e importa que se haga en vista del porvenir. Calderón.* Beingolea miraba en derredor, en busca de la fortuna.

—Esta comunicación es suficiente para mí —se oyó a Saavedra. Mostró un cajón lacrado y sellado—. Contiene ocho mil pliegos con un total de cuarentiocho mil billetes útiles. En el otro paquete hay novecientos ochentinueve pliegos ya numerados.

—Le extenderé un recibo —se apuró Beingolea.

A LAS NUEVE DE LA MAÑANA, la avanzada chilena de Miraflores vio acercarse a una enlutada mujer y a un chino en una carreta tirada por un jamelgo. Los rifles apuntándola no parecieron amedrentarla. Como el viernes sobre San Juan y Chorrillos, hoy llegaban los buitres a cebarse en los cadáveres de la última batalla. ¡Alto! La mujer ordenó al chino que detuviera la carreta. Rumbo a los reductos, había presenciado la huella de los sables chilenos ensañados contra inermes fugitivos. Con altiva

postura esperó que se acercaran enemigos a registrar. Un oficial siguió a los soldados de línea. La carreta estaba vacía.

—¿Qué se le ofrece? ¿no sabe que estamos en guerra?
—a unos pasos el oficial descubrió el ajado semblante de la mujer. Tenía más de cincuenta años. A su lado, el chino parecía tiritar de frío.

—Vengo a buscar el cuerpo de mi esposo.

—Hay muchos muertos, señora, mejor vuélvase a casa —se suavizó el enemigo.

—No me iré sin él. Tengo obligación de darle cristiana sepultura.

—No estoy autorizado para franquear el paso a nadie... ¿cuál es su nombre?

—Dolores Grau de Gómez. Mi esposo era el coronel Manuel María Gómez.

Oficial y tropa cambiaron miradas. Acaso es familiar del almirante al que los chilenos enterraron con honores militares.

La dejaron pasar. La hermana mayor de Miguel Grau sabía adonde dirigirse. Anoche buscó al coronel Ribeyro en el colegio de Belén. Se decía en Lima que todo su batallón sucumbió. La saludó compasivamente. Por última vez había visto a su esposo en el reducto, protegiendo la retirada de un puñado de reservistas. Aunque lo aguardaron por Limatambo, no se les reunió. Dolores atravesaba ahora el campamento chileno con los ojos puestos en el fortín vecino a la vía férrea. A su lado, el chino Francisco lleva las riendas mientras muestra sus largos dientes nerviosamente. Negras hileras de cañones Krupp apuntan en dirección de Lima. En las chacras próximas al pueblo forrajeaba la caballería. Los regimientos vencedores callan al paso de esa mujer que avanza con flojante lentitud de espectro. El abrasado balneario exhala todavía un calor insoportable. No todos los inmensos pinos de Porta se habían quemado. Sólo chamuscados se alzan algunos sobre la retorcida ruina de Miraflores. La estación está intacta. Nadie se ha molestado en recoger a los muertos de ambos bandos. Más peruanos que chilenos yacen aquí abiertos a bala y bayoneta. Tan rotundos difuntos varias veces asesinados por el repaso chileno, no serán olvidados por Francisco. Olfateaba la carnicería, el rastro de sangre mezclándose al tufo del incendio. Nadie más les preguntó adónde iban. A la izquierda de Mira-

flores, los vencedores pasaban rancho a la vista de la manzana. La festiva vibración de las bandas de músicos saludaba el día de la victoria chilena. Hoy entrarán en Lima.

Bruñidos gallinazos negros se alínean sobre la cortina del reducto, constatando la quietud de los cadáveres. Por segunda vez en tres días, la guerra les obsequia un incontable almuerzo.

—¡Malditos! —prorrumpió Dolores saltando de la carreta. También Francisco los espantó a pedradas. Después ella se tambaleó y tuvo que apoyarse un rato en el brazo del cocinero. Nadie consiguió disuadirla de hacer este viaje. Si el coronel Gómez ha muerto, debe enterrarlo. Y si está herido, no impedirán que ella misma lo conforte. Tardó en reconocerlo entre un centenar de cadáveres. El valeroso coronel yacía boca arriba, cerca de la ametralladora y del destrozado guardiamarina Moreno. Una expresión de horror, casi una fealdad que ella no le había conocido, se enfriaba en su rostro de cera. Sacudida por sollozos, lo cubrió con su propio cuerpo, como si aún fuese posible abrigar su agonía. Terminó la vida pero no murió el amor. Y sin embargo el verdadero amor ya no es posible bajo este lento sol austral, nada ha de existir en adelante como no sea la melancolía del amor, esa tristeza que confunde y esa paz que nunca, que otra vez, que más allá. Manuel, esposo mío. Cuando sus viejos ojos la miraban con súbita ternura, cuando le murmuraba vida, vida mía adorada, ¿quién hubiera imaginado estos buitres atentos a su adiós? Amor, inocencia a pesar de todo, corazón de niño pulsando su melodía en algún lugar remoto. El duro cuerpo exuda un humor helado. Anciano recién nacido a la muerte, esa otra nada en soledad, recuérdala si puedes. El chino se quejaba con un agudo lamento. Dolores Grau miró el cielo, su jocunda luz de verano sosteniendo a los gallinazos. El sol, diminuto huevo de luz, calentaba el campo de batalla apurando la pudrición de los caídos. De pronto se sintió observada. Negras miradas enemigas profanaban la enormidad de su dolor. Ayúdame, Francisco. Auxiliada por el chino, arrastró el cadáver hasta subirlo a la carreta.

EL TREN DE LOS PLENIPOTENCIARIOS pudo entrar al mediodía hasta el cuartel general chileno. Esta vez lle-

vaba sólo a Saint John y a de Vorges, aparte del alcalde Torrico, los almirantes y el comodoro Sabrano. Cruzando lentamente los campos de batalla, habían perdido la cuenta de los muertos tirados a la buena de Dios. A la vista de la matanza, el burgomaestre se hundió en espantado silencio. Para Rufino Torrico, hasta ahora la guerra había sido algo imaginado, como un sonido en la distancia o apenas un telegrama adverso. Porque Torrico, igual que el otro Torrico que jefatura la artillería peruana, no se ha movido de la ciudad desde que los chilenos empezaron a desembarcar en Curayacu. Por fin testigo, el señor Torrico se niega a creer el tamaño de estos combates. Cadáveres de uno y otro ejército se amontonan en los reducidos y a los costados de la vía férrea y hay sitios donde la sangre derramada todavía enrojece el polvo ahito de chuparla. Entre el cauteloso golpe de los pistones de acero que impulsan a la locomotora y el vecino, perezoso vaivén del océano en calma, sólo se alzan ruinas negras, aquí un carbonizado costillar, vigas ayer recubiertas por un diáfano mirador, allá tiznados adobes, la cálida niebla que brota de las cenizas. Ni madreselvas o buganvillas, ni setos o fornidos pinos, ni macizos de geranios o pensativos floripondios sobrevivieron al bárbaro calor alimentado con trapos y kerosene. Después el alcalde prestó atención a hoscos chilenos acercándose a la línea. Habían vencido y Lima era su botín. Estos hombres vienen a disputárselo en nombre de la civilización. Baquedano se había cuidado de que su ejército no volviera a emborracharse o la gran ciudad ya habría sido saqueada. En Chorrillos, jefes enemigos aguardaban con distinta expresión. Saben que Piérola se fue y que antes licenció gratuitamente a todos sus batallones. Así que ya ganaron la guerra. Estaban cansados de pelear. Ni Baquedano ni sus generales quieren otra batalla más. Si Lima no se rinde sin condiciones, la someterán a bombardeo hasta que cambie de opinión.

La presencia de los jefes de la escuadra neutral molestó al jefe del Estado Mayor General chileno. Calcula Maturana el disgusto causado por la matanza de extranjeros en Chorrillos. Compuso su expresión mientras saludaba en la destruída estación. Baquedano espera en una tienda de campaña a medio kilómetro de distancia. Maturana ofreció caballos. A los diez minutos desmontaban en presencia del comandante en jefe.

Hijo del General Torrico, el alcalde de Lima se había

educado en buenos colegios chilenos. Algunos de los personajes reunidos en derredor de Baquedano no le eran desconocidos. El vencedor demostró cierta afable disposición. Ni el alcalde, ni los ministros extranjeros o los almirantes eran responsables de que las tropas peruanas hubiesen violado la tregua. Ya sentados en la amplia tienda de campaña, Saint John explicó que a la luz de evidencias obtenidas en Miraflores al empezar la batalla, los plenipotenciarios acreditados ante el gobierno de Lima opina justamente lo contrario, es decir, que Chile y no Perú había roto la tregua. Los jefes chilenos vieron enrojecer a Baquedano.

—Usted, señoría, ofreció que su ejército no iría más allá del territorio ocupado por su gran guardia, así que no debió enviar tropas tan cerca de la línea peruana —se explicó de Vorges.

—El jefe del ejército de Chile no pone su conducta en discusión —replicó el General y repitió—: No se discute, no se discute. . . dispararon contra mi persona. Oí las balas, cerca, ya lo creo, cerca.

—Pienso que nos estamos apartando del objeto de esta reunión, señoría —intervino Saint John para suavizar las cosas—. El capitán Carey-Brenton nos entregó esta mañana el oficio en que se sirve comunicarnos su decisión de bombardear la ciudad.

—¿Qué dice el señor alcalde? —sonrió Baquedano.

—He venido a pactar con usted la entrega de Lima —a Torrico le costaba decirlo.

—Nada de pactar, qué tontería —replicó Baquedano—. Perdieron la guerra. Exijo rendición incondicional o de inmediato principiará el bombardeo. ¿Es que no han tenido suficiente?

—En ese caso, monsieur, tengo algo que decir en mi calidad de jefe de la escuadra neutral estacionada frente a Chorrillos y el Callao —se oyó a Bergasse du Petit Thouars.

El sol calentaba la tienda del chileno. Un violento hedor a muerte había acabado por impregnar los uniformes de Baquedano y sus generales.

—Lo escucho, señor almirante.

—La vida de muchos súbditos neutrales no ha sido respetada por el ejército de su señoría. Puesto que en Lima hay cerca de diez mil extranjeros, los excelentísimos señores ministros plenipotenciarios han encargado a mi escuadra la protección de tan numerosa población neutral.

No lo deseo, pero si es preciso usaré toda la fuerza a mi mando para impedir el bombardeo que usted anuncia.

Sterling y Sabrano asentían.

—Lima se rinde, señor —volvió a escucharse a Torrico— ...se rinde siempre y cuando usted garantice un trato civilizado.

—Tendrá que confiar usted en mi sentido del honor —presionó Baquedano. Ahora se volvió a mirar fijamente a Petit Thouars. El veterano marino ni siquiera parpadeó. El chileno se daba tiempo para pensar—. Las palabras del señor almirante suenan como una amenaza, lo que sería intolerable para las armas de Chile.

—Señoría, en momentos tan graves es preciso que los hombres que mandan fuerzas no beligerantes entre sí, hablen con toda claridad y franqueza...

Esta vez Baquedano asentía.

—...Lima se rinde no para sufrir la matanza de su población civil y el incendio y saqueo de sus edificios, como infortunadamente sucedió en estos pueblos que acabamos de recorrer. La ocupación deberá efectuarse en condiciones que no violenten el espíritu de la Convención de Ginebra y sin causar más perjuicios a los neutrales residentes en la ciudad. En caso contrario, tendremos que intervenir para proteger a nuestros connacionales.

—No será necesario. Prefiero ocupar Lima sin más derramamiento de sangre —concedió Baquedano—. Desde luego, no debe agredirse a los hombres a mi mando.

—Me permito preguntar con qué fuerzas se propone llevar a cabo tal ocupación —intervino de Vorges.

—Escogidas... escogidas. Regimiento *Buin*, gendarmería del batallón *Bulnes*, artilleros, caballería. Nada más se necesita. Lima se rinde, eso es todo.

—Debo pedir a su señoría que haga efectiva la ocupación mañana por la tarde —habló Torrico—. Antes debemos desarmar a todos los dispersos que entraron después de la batalla.

—Convenido, convenido —Baquedano recobraba su buen humor—. No se diga después que somos inflexibles.

Media hora más tarde firmaron el acta de rendición.

COMO MUCHOS SOLDADOS SIN rumbo, el hambriento raso Collantes husmeó los aledaños de la plaza de abastos en

busca de cualquier cosa de comer. Desaparecido el gobierno y licenciado el ejército, nadie tiene obligación de procurar rancho a estos miserables. Hoy se cotizaron los incas a medio penique. Tiendas y restaurantes y pulperías, todo sigue clausurado. A Collantes le flauteaban las tripas. Hubiera regresado a su terruño ahora mismo. Pero alguien ha de ayudarlo. Muchos pudientes se habían refugiado en Ancón. En templos y legaciones se asilaban miles de limeños. Ante indiferentes fachadas, por la Plaza de Armas y su inútil palacio presidencial deambulan los vencidos sin soltar el rifle. Cierta inocultable indignación iba fermentando bajo sus uniformes. No pasaban de mil pero pronto los rodeó el mismo populacho que el jueves quiso asaltar la Legación del Imperio Británico y que aplaudió a los gendarmes que violaban la residencia de los franceses. Por la callejuela de Hoyos, los hambrientos empujan puertas de negocios. Aún no pretendían derribarlas. Piden alimentos todavía por las buenas. Pronto entrarán los chilenos a saquear. Hombres que nunca oyeron hablar de la Comuna de París y a quienes sin embargo se llama comunistas sólo porque son pobres, empiezan a pedir pan y a olfatear las ocultas riquezas de Lima. A nadie se le ocurrió abrir la aduana de Santo Domingo repleta de harina y manteca que pronto alimentarán al enemigo. Después se esparcieron noticias. Se había acordado la rendición incondicional de la ciudad. Todos deben ser desarmados. Baquedano exige que le entreguen intactos buques peruanos y también los castillos del Callao. Si estos derrotados combatientes no sueltan sus rifles, Lima será reducida a escombros por los cañones enemigos y el jefe chileno enviará por delante a su batallón de chinos.

Collantes sacudió la cabeza. Si quieren su fusil, que vengan a quitárselo. Abandonado a su miseria, es lo último que le queda. Dicen que la república ha dejado de existir. Pues bien, Collantes debía defenderse. Se oyeron balazos en Capón y Hoyos. La multitud se había acordado de infelices asiáticos. Es verdad, mil quinientos chinos sirven a órdenes de Baquedano. Si alguien traicionó a los defensores de la capital, habían sido esos sucios cantoneses. Eran las cinco de la tarde cuando estalló el saqueo. Pronto desvalijaron tiendas de asiáticos en la calle de Malambo. Abajo el Puente ahorcaban a los chinos de los postes de gas. Al principio asustado, Collantes observó cómo los cazaban a tiros en las madrigueras de Ca-

pón. Se abrió paso por un roto almacén de víveres. La turba se abrevaba en toneles de aguardiente. El raso regresó achispado a la calle. Muy bien, que vengan los chilenos. La flaca muchedumbre se adueñaba de Lima y lo envolvía fraternalmente. Bastaba mirar a los chinos para entender que no son de los nuestros. Hablan otro idioma, usan trenza, visten ropas extrañas, tienen la piel como un pergamino. Acaso los vagabundos coolies de Lima son los mismos que acompañan a Baquedano. ¿Cómo adivinar quiénes son los espías? Se habla de amarillos traidores que guiaron al enemigo por caminos que sólo puede conocerse desde adentro. Y en todas las haciendas de Chorrillos y Miraflores había peones chinos en la víspera de la batalla. Sí, son aliados de Chile. Una semana atrás, a Collantes le habría repugnado esta cacería de seres humanos. Pero en siete días ha visto mucha crueldad. Empezaba a creer que así es el mundo verdadero. Camaradas de batallón cayeron decapitados por la caballería enemiga entre Miraflores y Lima. Igual que los cantoneses en la calle Capón, corrían en busca de refugio. Al otro lado del Rímac se declaraban incendios. No sólo hay coolies en Lima, también chinos acaudalados, mandarines que gobiernan emporios de seda y marfil con escaparates olorosos a alcanfor que se abren sobre la Plaza de Armas. Collantes se unió a la turba que bajaba hacia los portales. Comprendió que mientras tuvieran cartuchos, nadie podría disputarles el dominio de la ciudad.

En la atestada casona de Torre Tagle, donde los franceses siguen acogiendo a refugiados, el almirante du Petit Thouars escuchó consternado la crepitación de los rifles. A menos de que los propios peruanos aplasten la sedición, será imposible impedir que mañana entren chilenos a bayoneta calada. Entonces Lima correrá el mismo abominable destino que Chorrillos o Miraflores. Encargado de proteger la Legación de Francia, el capitán Rivet distribuyó armas a sus veinte fusileros navales. Temprano trajeron rifles de la *Victorieuse*. Ya desfilaba la amotinada multitud frente a Torre Tagle. No hay muchos dispersos soldados peruanos, pero hasta los vagabundos habían encontrado fusiles. El pálido señor de Vorges compartía la ansiedad del almirante. Corría el plazo para la pacífica recepción de los vencedores. Entonces se acordó de la Guardia Urbana. Aunque disuelta el primero de enero, el

alcalde podía convocarla ahora mismo. En Santa Catalina hay armas y cartuchos.

Antes de detenerse en su Legación, monsieur de Champeaux visitó a los bomberos de la *France*. Unos quieren apagar incendios, otros imponer orden a tiros. Crecía la balacera cerca del palacio presidencial. Un andrajoso gentío disputa fardos de seda y cuernos de marfil en los ricos almacenes de la Plaza de Armas. La enorme tienda de Kin Ton estaba destruída. A las ocho ardían las calles de Albaquitas y Polvos Azules. A las nueve saquearon Bodegonos y la calle Palacio. Más tarde robaron Melchormalo. Hacia medianoche, doscientos chinos habían sido fusilados o ahorcados, achicharrados en sus viviendas o, en fin, muertos a garrotazos y puntapiés. Un centenar de incendios iluminaba ensangrentadas calles limeñas. Con la aprobación de Champeaux, el capitán Bartet decidió intervenir. Refrescaba el viento y un fuego descomunal podía engullir Lima a la vista del enemigo.

Desde las once, los italianos de la bomba Roma mojabán con delgados chorros de agua el incendio que destruye el almacén de Kin Ton. Después llegó la briosa *Merry Weather* de los bomberos ingleses. Mister Clissold, comandante de la *Victoria Fire Brigade*, contempló ese infierno cruzado por arteros balazos. Debían impedir que el fuego saltase del Barrio Chino al hospital Santa Sofía. Mientras desenrollaban mangueras de cuero, los ingleses sintieron acercarse proyectiles. Giuseppe Garriva, de la Roma, se desplomó con la cabeza deshecha por un tiro. Entonces Clissold envió a una de sus compañías a pedir rifles al alcalde Torrico.

Al fin con el estómago lleno, el raso Collantes encontró al sargento Jaija royendo un trozo de galleta en las gradas de la Catedral. ¿Y ahora, mi sargento? Ya no soy tu sargento, cholo. Estamos sin empleo, lejos de casa y con el enemigo encima. Collantes había decidido viajar a Chosica y luego a su chacra. Allí esconderá el fusil. Jaija lo escuchó sin mucho interés. Fuera de la milicia, no tiene adónde ir. Para el sargento, la guerra era un trabajo ordinario. El contenido furor contra Chile se disolvía en esta vana matanza de asiáticos, pero la multitud que pecoreaba no era su ejército. No quedan ya verdaderas tropas de línea mezcladas con el gentío. Y nadie intenta conducirlos a ninguna parte. ¿A Chosica? Sí, tal vez. Collantes no quería viajar solo.

El incendio se propagó al hospital Santa Sofía a las dos de la mañana. Por tercera vez aplicaban cauterio al exangüe capitán Max Velarde, cuando el cirujano mayor Alarco percibió el humo llenando salas repletas de heridos. Ni siquiera hay camillas para evacuar a anónimos héroes puestos a su cuidado. Alarco y su hermano Aurelio corrieron por el hospital ordenando que quienes aún pueden caminar, salven al resto de sus camaradas. Se ampollan paredes tocadas por el calor exterior. Después humearon los techos y como una espontánea combustión brotó en varios sitios a la vez. En derredor de Santa Sofía, locas descargas remecían las calles. Agitando sábanas blancas salieron heridos y barchilones a pedir paz. Muchos rehúsan salir, creyéndose sitiados por un enemigo que rara vez toma prisioneros. Afuera encontraron a mister Clissold. Veinte de sus bomberos traían rifles. Por el otro lado del Barrio Chino, la mitad de los italianos apagaba incendios mientras el resto barría a balazos a ebrios francotiradores.

Había que aplastar pronto la incipiente Comuna de Lima. El señor de Champeaux eligió rifles rémington en el cuartel de Santa Catalina. Turbas llegadas de Abajo el Puente amenazan ahora almacenes europeos de Mercaderes y Espaderos. Y dentro de unas horas llegarán los chilenos. Aprovecharán para desarmar a los peruanos. El alcalde Rufino Torrico autorizó al jefe de la artillería, Joaquín Torrico, a proporcionar armamento a la Guardia Urbana. Media hora más tarde, Champeaux conducía personalmente a sus hombres por Mercaderes. Irrumpió disparando en la Plaza de Armas. El teniente Remy avanzó en dirección de la calle Palacio. Bartet cargó por los portales. Rápidas descargas tendieron al sorprendido populacho. Al grito de los chilenos, atacan los chilenos, se agruparon desaliñados nacionales a defender el palacio presidencial que no se atrevieron a tocar. A la luz de los incendios, Jaija rectificó el error. En verdad atacan los neutrales de la Guardia Urbana. Collantes retrocedió a Pescadería, a saltos protegiéndose de la ríflería de Champeaux. Quería pelear. Jaija lo arrastró hacia el río.

Al amanecer, broncas explosiones iluminaron el distante puerto del Callao. Los peruanos hundían los restos de su escuadra y volaban algunos fuertes antes que entregarlos al enemigo. Champeaux reconquistó la Plaza de Armas y Desamparados. Al clarear el nuevo día, limpió de revoltosos la otra ribera del Rímac. A las nueve de la

mañana, la Guardia Urbana liquidó borrachosos focos de lucha en los Barrios Altos.

Estaba libre el camino que debe seguir Baquedano.

NADA HABÍA CAMBIADO verdaderamente, ni rugosas calles empedradas sobre las que se encharca el agua de los bomberos, ni desvencijados tendenjones que parecen soportar el palacio presidencial sobre los hombros, ni la alquitranada vía férrea subiendo con rectilíneo progreso hacia los Andes, ni la profundidad violácea de los cerros como un estanque puesto de costado. Todo sigue en su lugar, las cosas secuestradas por el orden inmutable de dueños veraces y los recuerdos, ni siquiera amarillentos, dispuestos como en un álbum de postales, de hoy hacia atrás, agrupándose en derredor de grandes horas felices y de fechas atroces. Pero ni el blanco atardecer de una boda o la quemada memoria del día de los Gutiérrez tienen la importancia de este sediento lunes de enero. Se les oía acercarse a la Exposición a las tres de la tarde, anunciados por ruedas de acero y filudos herrajes. Baquedano mandaba una fuerza de cuatro mil hombres para ocupar la ciudad. Y aquí, los guerreros guardan la lívida quietud de los recién amortajados y se trancan puertas como si un pestillo bastara para impedir la entrada de la guerra o para proteger tibios gastados tiempos en que podíamos ser lo que quisiéramos. Venían a mandar hombres de otra parte, con la apurada crueldad de los conquistadores de paso. Su acento y sus costumbres eran extranjeros. Aunque no se atrevieran a marchar con música chilena, por la fuerza de sus armas había que considerarlos superiores. A partir de hoy, siempre tendrán la razón en caso de discordia. Llegaban con pasos duros, atisbando intimidades como un transeúnte de reojo, asomado a cuartos en demolición. Nadie de esta tierra debe ser feliz mientras ellos dominan. No importa que la ciudad parezca deshabitada, sus gentes tendrán que procurarles comida, techo, ropa y hasta un sueldo. Y se llevarán lo que quieran, habían venido a hacerse ricos. Acaso los sorprendió la soledad de las calles. Ni siquiera los miran de perfil, con curiosidad oculta por celosías coloniales. Ah, ya verán. Si un chileno muere en una reyerta callejera, fusilarán a cinco o diez de los

nuestros. Venían a gobernar hombres de otra parte y nadie puede discutir sus decisiones. Han de someter con su sola presencia, superiores y terribles. Habían mojado y hasta engominado sus cabezas, untado con sebo sus chirriantes botas amarillas, cepillado sus ya lustrosos uniformes. Y nadie salía a mirarlos. Lo mismo han de sentir esos actores que representan en un teatro con un solo espectador o con ninguno. Como un hueco de nada, el silencio de Lima suprimía la estridencia de sus fanfarrias. La soledad empequeñeció a los chilenos y sus grandes cañones Krupp que avanzan por delante. Baquedano prefería quedarse en Chorrillos por ahora. Tardarán un tiempo en sentirse dueños de la ciudad más importante de América del Sur. Sólo uno que otro barbudo europeo vio pasar a caballo al General Cornelio Saavedra, inspector del ejército chileno y nuevo jefe político y militar de Lima. Acompasados tacones remecieron Mercaderes al ritmo de un alegre pasodoble de marcha. Muy bien, llegaron. Seiscientos *buines* yacen bajo la estéril geografía de la guerra inconclusa, cuyo final creían celebrar negros corazones. Aquí sacaban pecho veteranos y también tiznados reemplazos. Desde las gradas de la Catedral, el General Saavedra revistó el paso de sus tropas. No fue necesario pedir a nadie las llaves del palacio. Seguía abierto. De inmediato lo ocupó el batallón *Bulnes*, que agrupa a los gendarmes chilenos. Tampoco se atrevieron a izar su bandera sobre la casa de gobierno del Perú. El regimiento *Buín* 1º de Línea fue a establecerse en la amplia penitenciaría que construyó Castilla, los zapadores al antiguo cuartel de los ausentes pierrolistas y la caballería al cuartel de Barbones. En Santa Catalina, los Torrico entregaron al enemigo el intacto parque limeño, sus miles de buenos fusiles. Al ponerse el sol, patrullas chilenas iniciaron un todavía mesurado registro. Debían ubicar a conocidos jefes peruanos. El primero de la lista era el coronel Andrés A. Cáceres.

—BUENOS DÍAS, REVERENDO padre —un capitán chileno llegaba a San Pedro seguido por una patrulla. Dos días después de tomar posesión de la ciudad, los invasores se multiplican. Ya no cuatro sino veinticinco mil pululan

Lima y los suburbios. No había rastro de Cáceres. En vano registraron todos los hospitales y hasta la casa de San Ildefonso. El oficial escudriñó el rostro del sacerdote—
¿Son todos sus heridos, padrecito?

—El hospital termina en esta puerta —contestó suavemente Gumersindo Gómez de Arteche, superior de los jesuitas—. Ayer se fueron a casa los refugiados en el templo.

—¿Y arriba? —presionó el chileno.

—Arriba duermen los sacerdotes —con el breviario en las manos, Gómez de Arteche caminó hacia el hospital de sangre, arrastrando consigo a los visitantes. La guerra y sus lamentaciones no habían espantado a los pájaros de estos viejos y arbolados claustros. Pero la paz termina ahí, bajo el cielo de verano, a la vista de Dios. Traspuesto el umbral del colegio convertido en ambulancia, se oía morir a desdichados combatientes, curaciones sin anestesia arrancaban roncós aullidos. El jesuita miró a los ojos del chileno. Parecía decir que has tenido suerte, hijo, y el otro comprendió. Algo más amistoso pidió la ayuda del sacerdote.

—Vea usted, reverendo, por orden de mi General Baquedano tengo que encontrar al coronel Cáceres, todo un valiente. Deseamos rendirle un homenaje...

Gómez de Arteche enarcó las cejas.

—¿Un homenaje?

—... pues algo simbólico, padrecito, usted me entiende.

En la atestada sofocación de una sala con treinta heridos dispuestos en colchones sobre el suelo, el superior de los jesuitas eligió un sitio cualquiera.

—Allí estuvo, un hombre tuerto, de patillas espesas. Los chilenos cambiaron miradas.

—¿Y dónde se encuentra?

—Han venido muchos y también se han ido —el jesuita se encogió de hombros.

—Espero, padre, que si lo vuelve a ver, bueno, avise de inmediato...

—Puede estar seguro de que así lo haré.

—... muchas gracias, padre. Y buenas tardes.

—Que Dios lo acompañe, hijo.

El superior de los jesuitas y primer rector del colegio de La Inmaculada había ordenado el domingo que llevarsen al coronel Cáceres a su propia habitación. Con los padres Garcés y Astrain prestaba auxilios espirituales en

Miraflores cuando empezó la batalla. Algo debió protegerlo de los balazos, pues se movió entre la estación ferroviaria y el reducto del mar hasta las cuatro de la tarde sin recibir un rasguño. Antes de la última ofensiva chilena, viajó a Lima con varias carretas llenas de heridos. No pudo volver al frente. Astrain, que quedó cerca del segundo reducto, había regresado a San Pedro a las siete de la noche, presa de profunda turbación. Incapaz de relatar atrocidades presenciadas, fue a postrarse largo rato ante el altar. Después los sacerdotes se dedicaron a confortar moribundos en la ambulancia. Gómez de Arteche no necesita conocer personalmente a Cáceres para confirmar que es el nuevo jefe de los peruanos. Lo había visto combatir en Miraflores. Un hombre así, no ha de rendirse ni siquiera ante tanta adversidad. El cirujano Sosa aprobó la decisión del padre superior. Dentro de unas horas, mañana, en algún momento llegarán chilenos a vigilar si es que no a tomar prisionero al coronel ayacuchano. En nombre del Perú, había que protegerlo.

Amanecía cuando depositaron a Cáceres en la escueta cama de Gómez de Arteche. No sólo el dolor demacraba ese rostro sin afeitar desde la víspera de San Juan. Por su piel resbala el inaguantable infortunio colectivo. En vano intenta entender el espíritu de derrota que se había adueñado de antiguos camaradas. Viejas sangres ague-rridas sostuvieron su cuerpo maltrecho. Por su abuela materna, el coronel descendía de Catalina Ayala, nieta de Huayna Cápac. Y por el abuelo Tadeo, la suya era una estirpe de militares que se remonta a la única hija bastarda de Felipe II con la célebre tuerta de Éboli. Desde esa cama de barrotes, soportó el estrépito del saqueo y las fanfarrias enemigas entrando a la ciudad ya sometida y las voces extranjeras que se acercan a San Pedro siempre preguntando su nombre. Aún tironeaba de sus párpados un cansancio sin fondo. Alimentado con cucharadas de caldo, despacio se recobra de la bárbara hemorragia que estuvo cerca de matarlo. A la funesta luz del día de la ocupación, aún después pareció delirar, sin cuerpo transportarse a casa, a otros tiempos en que se divertía con las niñas y se vio, con torpe mano dibujando cómicos patos para ellas y también en el patio de azulejos, como sargento de un minúsculo batallón integrado por las niñas y sus ayudantes, Coyla y dos o tres cusqueños y hasta por el viejo Patrocínio y la paciente Elena, dictando órdenes de marcha

que su pequeña tropa cumplía con perfección de alarde en fiestas patrias. ¡Marche el *Zepita*! Y el *Zepita* hogareño describía círculos mientras él acechaba a las niñas con el curvo bastón que le regalara Castilla antes de partir a Saint Cyr y Berlín hasta atrapar a una de sus hijas mientras gritaba alegremente: ¡presa, presa! Pobre patria amoratada, amor de su infancia hecho de montañas. Durante tres días humillados, oculto en esta celda de jesuita, el coronel repasó todas sus campañas, los ratos felices, los cadáveres recientes. Cuántas esperanzas degolladas. Había atacado siempre y para nada. Pensó en *Turco*, acribillado, y en el *Elegante*, obsequio de su amigo Loayza, y en el veterano *Lunarejo* que espera en San Ildefonso a que su dueño vuelva a cabalgar campos de batalla. Algo ha salido mal desde el principio, hasta el arco iris brilló con los colores del Tahuantinsuyo de parte de los chilenos al concluir la última batalla. Con felposas pisadas entró el hermano Saturnino. Viene su esposa, murmuró. ¿Y los chilenos? Se fueron, no se atrevieron a dudar del padre superior. Gracias, hermano. Cáceres se revolvió entre las sábanas. Si no hubiera recibido este inoportuno balazo, ya estaría en las sierras levantando otro ejército. ¡Cuánto tiempo perdido! Ayer entró Baquedano a Lima. El Callao está en poder de Lynch. En el Rímac acampa la división de Lagos y el General Sotomayor se encuentra en Vásquez. Ni han abierto las tiendas, ni entran o salen trenes por la vía del Trasandino, pero otra vez funciona la compañía del gas y al puerto entraron buques chilenos y la escuadra neutral. El enemigo había recogido quince mil rifles, 222 cañones de todo calibre y cuatro millones de cartuchos. Habíamos perdido 19 ametralladoras. Sólo en el Castillo del Sol, el comodoro Lynch se había adueñado de 70 toneladas de pólvora. Y Cáceres aquí, inmóvil, con el fémur astillado, mientras lo busca la policía secreta chilena. Pues pasará de nuevo al ataque si cometen el error de no atraparlo. Se rumorea que Chile no tardará en disolver divisiones y en repatriar a parte de sus tropas, encargando la ocupación a antiguos regimientos de línea. Daban la guerra por concluída sin saber que Cáceres no se rinde.

Antonia escuchó una suerte de gemido cuando entró a la celda del superior. No podrá quedarse más de diez minutos. Lo había conocido en Ica, de paso por su hacienda hacia una guerra civil. Galante y divertido, pro-

metió vivir lo suficiente para volverla a ver. Cumplió su palabra y se casaron. Tal vez ahora, en la hora más amarga de su existencia, pueda darle el ansiado hijo varón. Se sintió agobiada por la tristeza del coronel. Traía una canasta con golosinas ayacuchanas. Besó su rostro, sintiéndolo enflaquecido al solo contacto de sus labios. Cáceres se tomó de los barrotes para alzar la cabeza mientras ella arreglaba la almohada. Antonia, y ahora yo qué hago —dijo súbitamente con voz que no soporta más esta quietud. No podía vivir con los chilenos, no toleraba tanta humillación. Antonia acarició sus grandes manos surcadas por gruesas venas. ¿Piensas seguir peleando? Buscó respuesta en los ojos que parecen haberse oscurecido, transitando del verde sauce al verdioscuro color de tranquilos estanques. No, no había paz bajo esa tersa superficie. Al cabo reconoció a Cáceres emergiendo con peligrosa frialdad. Sí, claro que sí. Pues entonces ocúpate de tus soldados que yo me encargo de las niñas, sonrió ella. La mano que empuña la espada, la que escribe su nombre con enérgicos trazos, oprimió suavemente las manos de Antonia puestas sobre el regazo y fue como si en la penumbra de las seis, Cáceres no viera a su mujer sino a nuevos batallones desfilando por vertiginosos abismos, ni escuchara otra cosa que cornetas surcando el crispado aire de las punas. Pelear arriba, en la cordillera, lo que siempre había deseado desde que estalló la contienda. La sierra está intacta, Antonia, nos iremos a los cerros. Ella asintió. No te preocupes por mí. Conseguiré armas y pertrechos y te los mandaré donde te encuentres. Muchos han guardado su fusil, sólo hay que pedir ayuda, ya verás.

Llamaban al Angelus. Belisario Sosa aprovechó la creciente oscuridad para deslizarse hasta el piso superior. Encontró a los Cáceres conversando con un murmulio. Lo buscan a usted para saludarlo —sonrió el cirujano—, una fina atención de Baquedano. También estuvieron en casa, contestó Antonia. El coronel lo contempló disponer los instrumentos para cauterizar la herida de bala: una delgada varilla de plata, medio metro de mecha, fósforos. Y después, vendas. ¿Cuándo podré irme, doctor? Tan pronto se pueda, mi amigo. Diestramente el cirujano pasó la mecha a través del muslo perforado. Cáceres se había aferrado a los barrotes de la cama. Sosa le embutió un trapo entre los dientes. ¿Listo? Los ojos verdes del coronel dijeron que sí. Siseó la mecha inflamada. Cuando

la lenta combustión de la pólvora empezó a atravesarlo, se empapó en sudor. Ni un músculo se movió en el rostro de Antonia. La miraba fijamente mientras mordía la tela, pensando que esto es peor que el propio proyectil. Ya había empezado a estremecerse tan violentamente, que debajo suyo la cama se movió a saltos. Un largo minuto duró el suplicio y ni un sonido brotó de su garganta. Cuando al fin Sosa tiró de la mecha consumida, el coronel escupió el trapo con la huella de sus dientes y se permitió un bronco quejido. Hora de partir. Volvían a dejarlo a solas con su país agonizante. Por las ventanas teatinas entraba el sonido de clarines chilenos ordenando retreta. Antonia volvió a besarlo, acercándole la canasta con víveres y la jarra de agua fresca. Ya en el pasillo y sobre el patio amoratado por el que regresan los jesuitas, sintió que lágrimas calientes resbalaban por su rostro. Lloraba por Cáceres y por todos los peruanos.

SONARON CINCO CAMPANADAS en San Pedro y el coronel sonrió satisfecho de no haberse sometido a Baquedano. Porque hasta las cinco de la tarde de este viernes 21 de enero, jefes y oficiales peruanos debían comunicar su paradero a la policía enemiga. Están todos bajo arresto, aunque pueden cumplirlo en casa si prometen no tomar armas contra Chile. De estas cinco campanadas, de la peligrosa fuga de San Pedro en el centro de la ciudad ocupada, no hay retorno posible. Inclínándose cuanto se lo permite la herida, Cáceres se observó en un pequeño espejo de tocador que fue preciso pedir a casa del cirujano. Aún con gafas negras el coronel descubría rotundas facciones tan familiares. Pero nunca tuvo amigos chilenos y pocos invasores lo conocían, así que este atuendo que apenas lo disfrazaba debía bastar para el corto recorrido que lo espera. El hermano Saturnino mostró una sonrisa de aprobación. Le había recortado las patillas castañas, ayudándolo a vestir pantalón y levita negra, botines de charol y blancos escarpines. En el próximo hospital de sangre, los heridos guardaban silencio. Murieron quienes habían de morir. Los vivos devueltos a la vida, cierto apesadumbrado sosiego empieza a derramarse como un aceite. Una pesada luz amarilla caldeaba los adobes de San Pedro. Como por una

grieta se filtra un armonioso humor dentro de Cáceres. Miró al hermano y después las cuatro paredes que conoce de memoria, sus imperfecciones al tacto y sus ampollas infladas por la humedad del último invierno. Aquí se sintió derrotado por primera vez y de aquí se marcha a seguir combatiendo. Por ahora se propone desaparecer. Ha de curar su pierna, reunir fusiles, comunicarse con antiguos oficiales. Morales Bermúdez ofrecía formar un batallón de tarapaqueños tan pronto pudiera evaporarse de su modesto alojamiento del Hotel de los Andes, donde lo tenían vigilado. El anciano coronel Tafur fue a ofrecer su espada en San Ildefonso. Sus heridos ayudantes Bedoya y Castellanos se pondrán a sus órdenes tan pronto estén restablecidos. El capitán José Miguel Pérez le servía de enlace en la ciudad repleta de enemigos y Coyla, Chuquihua-ra, hasta la animosa Huacacolqui andaban reclutando voluntarios en los barrios pobres. Golpearon la puerta tres veces y entró el padre Gumersindo. Venía de observar la calle. Hay grupos de chilenos en la plazuela y frente a la vecina Legación de Francia. En silencio se estrecharon la diestra. Otra vez conversarán apoltronados en una ciudad libre, ya no amenazados de muerte o bajo ley marcial. Aunque Lima jamás vuelva a ser la misma, ni estos trágicos días de enero puedan olvidarse, ambos confiaban compartir épocas mejores. Después el coronel se despidió del padre Astrain, agradeciendo sus bondades con voz confusa. Forzadamente los jesuitas alzaron la silla y, con el coronel a cuestas, recorrieron el claustro superior y bajaron al patio. A unos pasos de la puerta, Cáceres se colocó un terso sombrero de copa y empuñó el antiguo bastón de Castilla. Irá a hospedarse con la familia del Real, en cuya casa vive ahora el ministro del Imperio del Brasil. Tan pronto pueda montar a caballo, se irá a las sierras. El territorio enemigo comienza en esa vereda a la que salió el padre Gómez de Arteche. Bien, el carruaje del señor Mello y Alviní se aproxima a San Pedro. Lo auxiliaron a incorporarse y, paso a paso, avanzó hacia la calle con su pierna rota. Vuelta ciudad chilena, sobre Lima se agitan banderas enemigas. Hasta ahora sólo había visto esos uniformes en tiempo de una batalla. Los llevan hombres sonrientes, de permiso y por su barrio, que vociferan con chillona voz de fanfarrones. Como un rápido vértigo hizo que titubeara. Ningún enemigo le prestó atención. El jefe del *Zepita*, el vencedor de la quebrada de Tarapacá, el veterano de Tacna,

San Juan y Miraflores, el que nunca les dará cuartel estiró su metro noventa de estatura. No habían podido atraparlo. Entonces le tocó el vientecillo serrano. Un súbito perfume a retama bajó a saludarlo desde la cárdena cordillera. Sintió brotar fríos manantiales a pulsaciones de roca, abrirse abismos azules, sonar el follaje de sagrados pisonais. Los bosques andinos y los ríos le eran propicios. Tibiamente la brisa se acercó a su rostro como una caricia venida de las breñas. Fue como si sólo ahora, cuando el coronel volvía a incorporarse sin haber rendido su espada, sus amados muertos se echaran a descansar —en el inmóvil Tiempo verdadero. No estábamos derrotados. Mientras Andrés Avelino Cáceres pudiera combatir, el Perú no había perdido la guerra.



3 9001 01677 4930

Este libro se terminó de
imprimir el día 18 de Julio
de 1979 en los Talleres
Gráficos de EDITORIAL
UNIVERSO S.A. Av. Nicolás
Arriola N° 2285 Apdo. 241
— Telf. 24-1639 La Victoria
Lima-Perú.



